

# CAMINOS DE VUELTA

Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos  
en San Francisco (Antioquia, Colombia).

Mateo Valderrama Arboleda



# **CAMINOS DE VUELTA**

Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos  
en San Francisco (Antioquia, Colombia)

**Mateo Valderrama Arboleda**

Universidad de Antioquia  
Maestría de Estudios Socioespaciales  
Instituto de Estudios Regionales  
Medellín, Colombia,  
2019

# **CAMINOS DE VUELTA**

Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos  
en San Francisco (Antioquia, Colombia)

**Mateo Valderrama Arboleda**

Trabajo de grado para optar al título de:  
**Magíster en Estudios Socioespaciales**

Asesora:  
Ph.D, Natalia Quiceno Toro  
Docente asociada al Instituto de Estudios Regionales

Grupo de Investigación:  
Cultura, Violencia y Territorio

Universidad de Antioquia  
Maestría de Estudios Socioespaciales  
Instituto de Estudios Regionales  
Medellín, Colombia,  
2019

## AGRADECIMIENTOS

A todas las campesinas y los campesinos de San Francisco que participaron de esta investigación, abriendo las puertas de sus casas y sus organizaciones y disponiendo de su tiempo para aportar y aprender juntos.

Al equipo de la Asociación Campesina de Antioquia por todo el apoyo brindado en términos metodológicos y logísticos y por su compromiso para apoyar investigaciones que busquen incidir en el fortalecimiento y la autocrítica de la organización y la lucha campesina, a partir de lecturas conjuntas de nuestra realidad. También por hacer posible espacios excepcionales de aprendizaje.

A mi asesora Natalia Quiceno por su dedicada, comprometida y creativa orientación, aportando siempre análisis, referentes y recomendaciones que enriquecieron este trabajo.

A la profesora Beatriz Arias por permitirme hacer parte del equipo de la investigación y por enseñarme, en la práctica, del trabajo conjunto con mujeres y organizaciones campesinas.

A Isabel González por los aprendizajes tejidos al ritmo de la aguja y el hilo.

A las organizaciones que conforman el MOVETE, por compartir sus análisis y sus conocimientos sobre el Oriente antioqueño, los cuales fueron una fuente permanente de inspiración y aprendizaje.

A los procesos del Congreso de los Pueblos y la Red de Hermandad y Solidaridad con Colombia, con quienes tuvimos la oportunidad de caminar y compartir experiencias que permitieron tener una visión más amplia de las problemáticas y de las alternativas que se

están construyendo en distintos rincones de Colombia y el mundo.

Al grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio por su apoyo, generando espacios para la discusión de los resultados del trabajo en diferentes momentos del proceso.

A las compañeras y los compañeros de la Maestría en Estudios Socioespaciales, con quienes un buen número de veces escuchamos y dialogamos sobre nuestros trabajos, teniendo siempre un consejo o una palabra de apoyo en los momentos más angustiantes del proceso.

A todo el equipo de profesoras y profesores del INER, que siempre hicieron críticas y aportes que ayudaron a madurar esta investigación.

A las profesoras y los profesores del departamento de antropología, porque sus enseñanzas se siguen madurando a través de este trabajo de investigación y los que seguirán.

A todo el personal del INER que en igual medida ayudó a que nuestro proceso académico se desarrollara con éxito.

A mi familia por todo el apoyo brindado.

A Andrea por su aporte fundamental con el trabajo visual y gráfico que potencia este trabajo y ayuda a sobrepasar mis limitaciones para expresarme, tan viciadas por la cultura letrada. Por hacer posible conversaciones siempre fructíferas y productivas sobre el espacio.

## RESUMEN

Este trabajo indaga por la forma en que las comunidades campesinas del municipio de San Francisco (Antioquia, Colombia), han desarrollado unas prácticas para subsistir en contextos hostiles y reconstruir lazos familiares, vecinales y organizativos, así como sus vínculos con el lugar, que han sido fracturados y tensionados por procesos de desarraigo asociados al conflicto social y armado y a la implantación de un modelo de desarrollo capitalista y extractivista para Colombia. La perspectiva teórica que lo fundamenta estudia la relación de doble vía entre las dinámicas y prácticas sociales y los procesos de producción del espacio. Para hacerlo pone el foco sobre la manera en que estas prácticas producen una forma particular de espacio social y también sobre los efectos que los procesos socioespaciales a diferentes escalas tienen sobre estas.

La metodología utilizada se basa en el método etnográfico, que combina observación participante, recorridos territoriales, talleres sobre historia y cartografía social, entrevistas y acompañamiento a movimientos socioterritoriales. Estas técnicas se desarrollaron en tres veredas de San Francisco que, entre 2003 y 2004, han sufrido procesos de desarraigo y han contado con distintas formas de volver por parte de la población campesina, desde el año 2005 hasta el presente. Algo que comparten estas experiencias es que nos hablan de diferentes formas de reconstrucción de la trama de la vida, tejida a través de vínculos entre cuerpos, materialidades y espacios, que han emprendido campesinos de Colombia tras sufrir procesos de violencia estructural, desarraigo y opresión.

**Palabras clave:** campesinos, territorio, lugar, desarraigo, formas de volver, trabajo, cuidado, movimientos socioterritoriales, Oriente antioqueño, San Francisco, etnografía.

# CONTENIDO

|                                                                                                                          |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>INTRODUCCIÓN</b> .....                                                                                                | 9   |
| Delimitación espacio-temporal.....                                                                                       | 26  |
| Cartografías sociales.....                                                                                               | 28  |
| <b>1. CAMINAR PARA CONOCER: UN ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DEL LUGAR Y LAS COORDENADAS DE SU INVESTIGACIÓN</b> .....      | 36  |
| <b>2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS</b> .....                                                                                 | 80  |
| 2.1. ¿Una guerra integral contra campesinas y campesinos?.....                                                           | 81  |
| 2.2. El desarrollo geográfico desigual: América Latina, Colombia, Oriente antioqueño.....                                | 96  |
| 2.2.1. <i>Los conflictos por los bienes comunes y la necesidad de un enfoque relacional</i> .....                        | 96  |
| 2.2.2. <i>Las geografías del capitalismo</i> .....                                                                       | 98  |
| 2.3. Desarraigos y violencias que se entretajan.....                                                                     | 107 |
| <b>3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER</b> .....                                                                            | 134 |
| 3.1. Sobre los mosquitos, el pueblo, estar lejos y estar cerca: cambios en la distribución espacial de la población..... | 135 |
| 3.2. Formas de volver.....                                                                                               | 148 |
| 3.2.1 “ <i>Andando calles</i> ”.....                                                                                     | 148 |
| 3.2.2 “ <i>Yo no retorné, yo me volví</i> ”.....                                                                         | 150 |
| 3.2.3 “ <i>Estamos es reubicados</i> ”, recibiendo algunas ayudas y proyectos.....                                       | 152 |
| 3.3. Trabajos y cuidados para volver.....                                                                                | 160 |
| 3.3.1. <i>Trabajar a machete, pico y pala rastrojeras, montes y potreros</i> .....                                       | 162 |
| 3.3.2 <i>El colinito de plátano: sembrar para volver</i> .....                                                           | 165 |
| 3.3.3 <i>Cuidados y saberes discretos</i> .....                                                                          | 170 |
| 3.3.4 <i>Trabajos remunerados</i> .....                                                                                  | 173 |
| 3.3.5 <i>Convites, juntas y mingas: formas solidarias de trabajo</i> .....                                               | 175 |
| 3.3.6. <i>Hacer comunidad</i> .....                                                                                      | 178 |
| <b>4. “NUESTRA HISTORIA HACE PARTE DEL RÍO”: ORIENTE ANTIOQUEÑO, RÍOS Y COMUNIDADES CAMPESINAS EN MOVIMIENTO</b> .....   | 192 |
| 4.1. Movimientos Cívicos.....                                                                                            | 195 |
| 4.2. Del conflicto armado a los conflictos socioambientales: Movete.....                                                 | 198 |
| 4.3. Ríos y vida cotidiana: entender la movilización regional desde la experiencia campesina.....                        | 213 |
| <b>CONCLUSIONES</b> .....                                                                                                | 222 |
| <b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....                                                                                                | 229 |

## LISTADO DE SIGLAS

ACA: Asociación Campesina de Antioquia.

AUC: Autodefensas Unidas de Colombia.

CNA: Coordinador Nacional Agrario.

ELN: Ejército de Liberación Nacional.

FARC-EP: Fuerzas Alternativas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo.

JAC: Junta de Acción Comunal.

MOVETE: Movimiento Social por la Vida y la defensa del Territorio del Oriente antioqueño.

ONU: Organización de Naciones Unidas.

REDHER: Red de Hermandad y Solidaridad con Colombia.

UNODC: Oficina de las Naciones Unidas contra las Drogas y el Delito (por sus siglas en inglés).

USAID: Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación<sup>1</sup> se pregunta por las prácticas a través de las cuales campesinas y campesinos han vuelto a sus tierras, o se han reubicado en otras, y por cómo al hacerlo han reconstruido y recreado una vida colectiva y unos *lugares* en común, que han sido afectados por el desarraigo<sup>2</sup> y por múltiples y entrelazadas violencias que echan raíces en procesos socioespaciales de larga duración, como la configuración de *territorios* y *regiones*. También se pregunta por la forma en que estas prácticas son puestas en tensión por conflictos que se renuevan tras suspenderse la confrontación armada, así como por el modo en que las prácticas campesinas se ponen en movimiento, en articulación con otras colectividades y procesos locales, para hacerle frente a múltiples formas de despojo y opresión (constitutivas del colonialismo interno, el capitalismo y el patriarcado) sobre los bienes comunes y los cuerpos campesinos.

Es pertinente, desde el comienzo, esbozar las definiciones de los conceptos que son transversales en esta investigación, las cuales más adelante se profundizan o entran a dialogar o a confrontarse con los conocimientos de los sujetos con los cuales se investigó, o con el llamado “material empírico” de la pesquisa.

En primer lugar definamos qué entendemos por *espacio*, en tanto categoría general que subyace tras otras como *lugar*, *territorio* y *región*. Antes de hacerlo, es necesario aclarar

---

<sup>1</sup> La investigación se enmarcó en un proyecto mayor titulado “Soberanía campesina y salud mental: vínculos y relaciones que construyen mujeres de organizaciones campesinas, en tres regiones de Colombia, 2016-2018”, cofinanciada por el Comité para el Desarrollo de la Investigación -CODI-, la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia y la Secretaría de Mujeres del Coordinador Nacional Agrario -CNA- y realizada en coautoría con la última organización mencionada. Equipo: Beatriz Elena Arias López, Elsa Pilar Parra Mojica, Laura Antonia Coral Velásquez y Luz Estella Cifuentes.

<sup>2</sup> En esta investigación usaremos nociones como desarraigo o destierro para sustituir la más extendida sobre desplazamiento forzado, por diferentes razones que se discuten en el apartado 2.3.

que, dependiendo de las tradiciones académicas de la geografía y las ciencias sociales, estas categorías fueron abordadas y puestas en relación de un modo distinto, por lo que la nuestra es una opción entre muchas por elaborar conceptos operativos y pertinentes para el análisis en esta investigación en particular.

Definimos *espacio* como “un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones” (Santos, 2000:18). De acuerdo con el geógrafo brasileiro Milton Santos, la noción de *espacio* posee unas categorías analíticas internas (paisaje, configuración territorial, división territorial del trabajo, entre otras) y opera en relación con unas delimitaciones espaciales (región, lugar, redes, escalas). Nosotros optamos por utilizar los conceptos de *lugar*, *territorio* y *región* partiendo de definiciones que hacen operativo el estudio del espacio social y los procesos socioespaciales, sin concebirllos necesariamente como formas de delimitación espacial sino como lentes que permiten ver diferentes matices a la hora de estudiar con ellos las espacialidades.

El concepto de *lugar* sirvió para poner el foco en la experiencia humana en relación con un espacio, haciendo énfasis en su dimensión subjetiva y sensible. El *lugar* se produce en estrecho vínculo con la vida cotidiana y con los sentidos que los sujetos atribuyen a sus materialidades y espacios habitados. Este concepto encuentra similitud con concepciones locales como la de *comunidad* o *vereda*, nociones usadas por las comunidades campesinas para referirse a los espacios de la vida en común, cargados de sentidos, memorias, valores y prácticas compartidas. Los referentes teóricos para este concepto provienen de la geografía humanística (Tuan, 1979) o de la geografía crítica (Agnew, 2008) (Oslender, 2002) (Massey, 2004), entre otros.

Por su parte, usamos el concepto de *territorio* para referirnos a un conjunto de vínculos de dominio, poder, pertenencia, apropiación, identidad y afecto entre un espacio y un determinado sujeto individual o colectivo (Montañéz, 2001). La clave de este concepto está en su carácter político, en tanto hace referencia “a una apropiación política del espacio, que tiene que ver con su administración y, por lo tanto, con su delimitación, clasificación,

habitación, uso, distribución, defensa y, muy especialmente, identificación” (Segato, 2006:130).

El acumulado teórico del concepto de *territorio* nos permite pensar la apropiación política del espacio a la luz de diferentes dimensiones. En primer lugar, la dimensión ambiental pone el foco en las formas de manejo, control y valoración de la biodiversidad, las materialidades biofísicas y los bienes comunes. En segundo lugar, la dimensión económica permite ver la importancia de la tierra como un recurso disputado, apropiado, incorporado al conflicto entre clases sociales y cuya posesión es determinante para el poder. En tercer lugar encontramos una dimensión simbólica que hace referencia a aquellos emblemas con los que el sujeto dota de una identidad militante al espacio, marcando su pertenencia, su control y soberanía: monumentos, “sitios históricos” y todo aquello que compone el imaginario de “la patria”, en su versión más nacionalista. En otro nivel de análisis podríamos pensar en las marcas, las inscripciones, el vestuario, las poses, los discursos y el performance con los que un cuerpo es definido como *territorio* y apropiado políticamente, en reclamo de soberanía, frente a la dominación y la agresión por parte de sujetos externos. Si bien todas estas dimensiones son políticas, existe una cuarta de un carácter más estrictamente político-militar, que hace énfasis en la noción de terreno, cuyo control permite el establecimiento y el mantenimiento del orden en una posición estratégica y la capacidad de restringir o limitar el acceso al espacio a los adversarios o enemigos (Haesbaert, 2011) (Elden, 2010) (Segato, 2006) (Gregory, 2009).

El dominio que un sujeto tiene sobre su *territorio* no es absoluto, por el contrario, puede coexistir en diversos grados. El concepto de *territorialidad* ayuda a explicar este grado de dominio, así como el conjunto de prácticas y sus expresiones materiales y simbólicas, capaces de garantizar la apropiación y la permanencia lograda por el sujeto (Montañéz, 2001). A la luz de este concepto planteamos la noción de *territorialidad campesina*, haciendo referencia al repertorio de prácticas recreadas por las comunidades campesinas para asegurar su apropiación, permanencia y dominio en determinados espacios al volver a ellos, o al reubicarse en otros, luego de haber sido desarraigadas. El grado de dominio que alcanzan

coexiste, en alianza, tensión o abierta contradicción, con el de movimientos y organizaciones sociales y políticas, instituciones del Estado, medianos y grandes propietarios y empresas capitalistas.

Categorías como *territorio* y *territorialidad* encuentran resonancia en el uso político que le dan organizaciones que participaron en la presente investigación como la Asociación Campesina de Antioquia<sup>3</sup> – en adelante ACA-, el Coordinador Nacional Agrario<sup>4</sup> – en adelante CNA- y el Movimiento Social por la Defensa de la Vida y el Territorio<sup>5</sup> – en adelante MOVETE-, las cuales hablan de *su territorio* para hacer referencia a un espacio que las comunidades y los movimientos socioterritoriales<sup>6</sup> defienden frente a lo que consideran como amenazas, que corresponden a la apropiación política que del espacio quieren hacer las élites económicas y políticas: megaproyectos extractivos, infraestructuras al servicio del capital,

---

<sup>3</sup> La Asociación Campesina de Antioquia -ACA- tiene como objetivo fortalecer los procesos organizativos del campesinado, apoyando procesos de formación, organización, movilización e investigación, que buscan su empoderamiento y la reconstrucción de su tejido social. La ACA surge como una propuesta de campesinos afectados por políticas económicas en la década de 1990, que lucharon por una reforma agraria integral, contando con una gran capacidad de movilización. Tras sufrir fuertes persecuciones, amenazas y desplazamiento por parte del paramilitarismo, desde 1995 la Asociación se concentró en el apoyo a los campesinos desplazados en la ciudad de Medellín. Desde el 2006 la ACA ha regresado al trabajo con campesinos en municipios como San Francisco (Asociación Campesina de Antioquia, 2009).

<sup>4</sup> Es una coordinadora que articula cerca de 60 organizaciones de base, entre las que se cuenta la ACA, y tiene presencia en 22 departamentos de Colombia, con incidencia importante en el suroccidente, noroccidente, nororiental y centro oriente del país. Entre sus banderas están la reforma agraria integral, la soberanía alimentaria, la construcción de vida digna en el campo colombiano, la soberanía popular, el reconocimiento del campesinado como sujeto de derechos y el diseño y la puesta en práctica de figuras autónomas de ordenamiento y autogobierno territorial como los Territorios Campesinos Agroalimentarios. Se articula a la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo –CLOC- y a la Vía Campesina Internacional (ver: <https://www.cna-colombia.org/quienes-somos/>).

<sup>5</sup> Articulación de organizaciones campesinas, ambientalistas y juveniles del Oriente antioqueño. Su historia será tratada en el capítulo 4.

<sup>6</sup> El concepto de movimiento socioterritorial (Fernandes 2005) (Fernandes, 2013) permite estudiar los procesos por medio de los cuales los movimientos sociales producen espacios a través de un ejercicio de territorialidad. Estos procesos son conflictivos, ya que implican la disputa entre distintas colectividades que buscan ejercer su territorialidad en contradicción con otras. También son políticos, ya que estas colectividades son fuerzas políticas que se enfrentan para crear, conquistar y controlar sus territorios (Fernandes, 2005: 273-284). Para los movimientos socioterritoriales el territorio es fundamental para su existencia, sin la producción del espacio, es imposible para ellos transformar la realidad.

entre otras.

Es importante mencionar la necesidad de establecer un diálogo entre las categorías académicas y los movimientos socioterritoriales, en tanto esta investigación se realizó a lo largo de una relación con la ACA que evolucionó desde el trabajo conjunto entre universidad-asociación -el cual se realizaba a través de la integración al equipo de investigación y formación de la ACA de una profesora y de mí como estudiante-, como ocurrió en sus inicios, hasta la investigación realizada desde adentro de la Asociación, como ocurre ahora. El sentido de esta relación reside en la necesidad que en la investigación encontramos de generar procesos de producción de conocimiento que fueran pertinentes para el fortalecimiento del movimiento campesino y que promovieran su protagonismo como sujeto del conocimiento y no como un pasivo objeto de estudio.

Sin embargo, la categoría de *territorio* a su vez entra en tensión con otros usos locales, al no estar presente en el lenguaje cotidiano de campesinas y campesinos no tan conectados con las apuestas políticas de las organizaciones sociales. Como esbozamos anteriormente, en la vida cotidiana aparecen otras nociones como la de vereda o comunidad, que teóricamente tienen más relación con el concepto de *lugar*. En relación con el sentido político del *territorio*, podríamos encontrar un correlato local en la noción de *vividero*, que emergió de espacios protagonizados por mujeres campesinas.

En esta noción sobresalen valores como la vecindad, la solidaridad, la ayuda mutua, los espacios de encuentro y trabajo comunitario, que si bien tienen una profunda cercanía con la carga subjetiva del *lugar*, cuando se debe luchar para que esos valores sean la garantía de una “vida digna en el territorio” -consigna usual en el movimiento campesino local-, el *vividero*<sup>7</sup> se convierte en una forma deseable de apropiación política del espacio que se debe

---

<sup>7</sup> En la investigación realizada por Beatriz Arias (2013) se encuentra la referencia a dos espacios importantes en los que se desenvuelve la vida cotidiana campesina: el *trabajadero* y el *vividero*:

La cotidianidad campesina transcurre fundamentalmente en dos espacios: el *trabajadero* y el *vividero*, el corte de trabajo y la casa. Residir y trabajar envuelven los movimientos, las trayectorias y las relaciones cotidianas de la mayoría de sus grupos familiares. Trabajar implica no solo desplegar una

disputar contra otros actores que la obstaculizan a través de amenazas que conoceremos más adelante (desarraigo, violencia, proyectos hidroeléctricos, etc.).

En *La geografía: un arma para la guerra*, Yves Lacoste (1977) definió el concepto de *región* como un poderoso obstáculo, inventado por Vidal de la Blache y posicionado más como un dato evidente que como una particular manera de establecer cierta delimitación espacial, que escamoteaba el problema capital de la diferenciación espacial de los niveles de análisis y su importancia para la acción (política, militar, urbanística, etc.).

Tras profundos cuestionamientos del antiguo concepto de *región*, como subterfugio que naturalizaba diferencias producidas históricamente de acuerdo a una ideología nacional que no cuestionaba sus postulados, actualmente si se quiere hablar de una *región* necesariamente debe concebírsele como una producción geohistórica, más como resultado de un “proceso de regionalización” (Albet, 1993) que como un espacio dado a priori. Las *regiones* existentes provienen de la reproducción de las relaciones sociales que cobran un alcance que es entendido como “regional” de acuerdo a criterios socialmente aceptados en un espacio-tiempo determinado. Este proceso de producción es dialéctico, ya que la *región* es el resultado pero también la condición de estas relaciones sociales entre grupos e instituciones humanas. Las particularidades de este proceso crean una estructura interna que permite diferenciar una *región* de otra (Albet, 1993:17-18).

Este proceso dista mucho de ser armónico, gestándose a través de los conflictos y las disputas por la hegemonía entre diferentes sujetos:

[...] la existencia presente de una *región* determinada puede ser vista como el resultado de la preeminencia de un grupo social concreto en una estructura regional, que posee fuerza suficiente como para imponer una estandarización (sus valores, normas, etc.) en un área y en un tiempo dados, dando paso así a una entidad regional concreta y diferenciada del resto a su entorno. Como sea que las relaciones de poder [de] cada estructura regional están, por

---

actividad que “*permite el devenir histórico y cultural*” de su sociedad; sino emprender una acción que opera como eje organizador del resto de actividades cotidianas (Heller, Op. cit., pp.119-125). Por su parte residir significa establecerse en el espacio, desplegando para ello múltiples actividades de apropiación y producción del mismo, hasta conseguir convertirlo en un vivero, término que adjetiva la cualificación del mismo, como lugar de disfrute, seguridad, certidumbre y bienestar (Arias, 2013:88).

## INTRODUCCIÓN

definición, en constante reajuste, aquella situación puede variar y las pautas impuestas pueden modificarse; sí no existe ningún grupo suficientemente preponderante, la estructura regional será dominada y absorbida por otros grupos a escalas más amplias (Gilberí, 1988 citado en Albet, 1993:18).

La estructuración de una región en el marco del capitalismo implica de manera recurrente al capital y la división espacial del trabajo, al Estado y sus instituciones y a la sociedad y sus actores (Albet, 1993:23-24).

Después de esbozar las anteriores definiciones conceptuales, como requisito básico para dotar de un mínimo de inteligibilidad al presente trabajo, es momento de presentar algunas características del espacio que aseguró las condiciones de posibilidad para esta investigación.

El ejercicio mismo de presentar las coordenadas para ubicarnos en el espacio donde se desarrolló el trabajo, implica ciertas opciones y delimitaciones que tienen consecuencias sobre el análisis.

En términos político-administrativos, el trabajo investigativo lo realizamos en el municipio de San Francisco, ubicado al suroriente del departamento de Antioquia.

San Francisco se ubica a 101 kilómetros de la ciudad de Medellín y tiene una extensión de 372km<sup>2</sup>, de los cuales únicamente 0,1km<sup>2</sup> se encuentran urbanizados, constituyéndose el área restante en zona rural (Departamento Administrativo de Planeación de la Gobernación de Antioquia, 2010 citado en PNUD y Ministerio del Trabajo, 2013). La amplitud de la zona rural asegura ciertas condiciones para la reproducción de una vida campesina no tan impactada por los procesos de urbanización, aunque afectada por problemáticas como la falta de vías para la comercialización de los productos agrícolas, el acceso a tierra, fuentes de empleo, educación y salud, entre otros bienes y servicios básicos.

San Francisco es un municipio rico en agua, siendo este un bien común actualmente

disputado entre los proyectos hidroeléctricos y las comunidades que quieren usarla para la reproducción de su vida. Por eso es importante reconocer la importancia de esta cualidad presente en su materialidad biofísica. Su conformación hidrológica se compone principalmente de las cuencas de los ríos Samaná Norte y Río Claro. Al Río Samaná Norte convergen las aguas que drenan desde el sector suroccidental del municipio hasta la parte norte, incluyendo la zona central.

La microcuenca del río Santo Domingo, sobre el límite con el municipio de Cocorná, abastece el acueducto municipal a través de la fuente La Aguada. El Santo Domingo es considerado uno de los ríos menos contaminados a nivel regional (Alcaldía Municipal de San Francisco, 2012, pág. 16 citado en PNUD, 2013:12). En el sector sur de San Francisco nacen el río Claro y el río Caunzal (Esquema de Ordenamiento Territorial, 2000 citado en PNUD, 2013).

Además del agua, San Francisco tiene una ubicación estratégica en cuanto al acceso a infraestructura vial. A la cabecera municipal se llega a través de la autopista que comunica Medellín con Bogotá, de donde se desprende el ramal de la Piñuela, conocido como el tramo Cocorná-San Francisco. En tiempos de confrontación armada, era importante para los grupos armados tener el control de la autopista porque les permitía paralizar un importante circuito de la economía nacional.

Otra vía de acceso a San Francisco es conocida como la carretera de Mc Guiver<sup>8</sup>, llamada así porque en efecto fue construida bajo la dirección de este jefe paramilitar entre octubre de 2005 y junio de 2007, costando cerca de 4000 millones de pesos colombianos.

---

<sup>8</sup> Hay dos artículos de prensa en el sitio Verdad Abierta que ilustran el papel del jefe paramilitar McGuiver y las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio en la construcción de obras de infraestructura en el Oriente antioqueño, que tuvieron como objetivo tener un mayor control y accesibilidad al terreno en términos militares, y también ganar adeptos entre la población campesina. Véase: <http://www.verdadabierta.com/tierras/despojo-de-tierras/2253-la-carretera-con-la-que-macguiver-quiere-reparar-a-sus-victimas> y <http://www.verdadabierta.com/component/content/article/75-das-gate/3512-un-minobras-paralelo-en-el-oriente-antioqueno/> (consultadas el 24 de febrero de 2017).

## INTRODUCCIÓN

Esta obra contó con una licencia ambiental que Cornare le dio al alcalde municipal del momento para su construcción. Comunica la cabecera municipal con la autopista Medellín-Bogotá por el tramo El Tagual – Paraje la Mañosa, es usada como vía alternativa cuando hay derrumbes por el acceso principal y su construcción da cuenta del poderío que tuvieron los paramilitares en el municipio y su incidencia en su actual configuración territorial.

Esta investigación se concentrará en tres veredas de San Francisco: Boquerón, La Eresma y la reubicación de parte de la población de la hoy deshabitada vereda de Jardín Campoalegre hacia el sector de Jardín Matecaña, de la vereda La Maravilla. Las tres se ubican en el ala noroccidental del municipio, en el área de influencia del casco urbano.

La vereda Boquerón es entre las tres la más alejada del casco urbano, en dirección al suroriente. Se llega por carretera destapada a 40 minutos en carro desde el parque principal, por el camino que va hasta el corregimiento de Aquitania, el cual está en límites con el municipio de Puerto Triunfo. Cuenta con una escuela, un salón de la JAC y una tienda en su centralidad. En sus límites se encuentran el río Calderas y el río Verde para formar el río Samaná. Su paisaje es dominado por los cañones de esos ríos y por las neblinas del bosque húmedo tropical. La población de Boquerón contaba con un nivel organizativo importante que se quebrantó con la intensificación de la violencia, ya que su población, alrededor de 55 familias, fue desplazada en los años 2003 y 2004. Tras esto, ella volvió por su cuenta a partir de los años 2009 y 2010 y ahora se encuentra en un proceso de reconstrucción del tejido social emprendido por cerca de 25 familias (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

La vereda La Eresma queda a cerca de 1 hora a pie desde el casco urbano y se puede llegar por distintas rutas. Hay un camino para ir a pie paralelo a uno para ir en bestia, partiendo desde el parque principal en dirección norte. La otra ruta es tomando la carretera que lleva a Boquerón hasta la vereda San Isidro, una centralidad ubicada a cerca de 20 minutos en carro del parque principal, por donde se toma un camino peatonal en dirección norte. La vereda anteriormente era una finca donde se cultivaba caña de azúcar. Después de

los desplazamientos masivos de población ocurridos entre 2003 y 2004 principalmente, la alcaldía compró las tierras de La Eresma para cederlas en comodato a familias provenientes de diferentes veredas de San Francisco, municipios del Oriente antioqueño, así como de otras regiones del país. La vereda cuenta con escuela y ahora la comunidad sigue construyendo infraestructura para el vecindario, como el salón de la JAC y otras obras.

La vereda Jardín Buenos Aires o Campoalegre (según se adopte terminología administrativa o comunitaria) limita por el norte con Boquerón. Su población, compuesta por alrededor de 45 familias, tenía una organización importante alrededor de la producción de panela hasta el año 2004, en que fue desplazada. Posterior a eso una tercera parte de las familias duró un corto lapso de tiempo en el casco urbano y luego se reasentaron en la vereda La Maravilla, gracias a que la alcaldía compró un predio que les cedió en comodato. La vereda La Maravilla queda sobre la carretera que de la autopista Medellín-Bogotá conduce a San Francisco, a unos 10 minutos en carro antes de llegar al parque principal. Esa vereda cuenta con escuela y salón de JAC. La población reubicada fundó en el 2005 un sector llamado Jardín Matecaña, haciendo honores a la experiencia del trabajo con la caña que llevaba en sus manos y su memoria y a la intención de seguirla cultivando.

El marco temporal de esta investigación abarca principalmente 20 años, desde 1997 hasta 2017. La década de 1997 a 2007 está marcada por la disputa territorial y el escalamiento del conflicto armado entre guerrillas, paramilitares y ejército que causó el desarraigo de miles de campesinas y campesinos. Podemos llamarla la década del entramado de las violencias. La década de 2007 a 2017<sup>9</sup> es el tiempo de volver a construir vínculos entre personas y entre ellas y los lugares, conocidos o desconocidos, que fueron rasgados por el desarraigo y múltiples violencias. Podemos llamarla la década para rehacer los entramados comunitarios<sup>10</sup> (Gutiérrez, 2012).

---

<sup>9</sup> Puede verse el artículo <http://www.verdadabierta.com/victimas-seccion/los-resistentes/5696-en-san-francisco-las-minas-son-cosa-del-pasado> (consultado el 24 de febrero de 2017).

<sup>10</sup> El concepto de entramados comunitarios, propuesto por la socióloga mexicana Raquel Gutiérrez (2012), hace referencia a un conjunto de prácticas de solidaridad y reciprocidad que llevan a cabo los pueblos para vivir y hacerle frente a las relaciones capitalistas de explotación.

## INTRODUCCIÓN

Desde luego, la complejidad del tiempo y el espacio no cabe en las delimitaciones administrativas ni en los recortes temporales. Más bien, hemos aprendido que las actuales espacialidades están conformadas por una superposición de tiempos con múltiples estratos donde se sedimentan procesos históricos de al menos más de dos siglos. Y que es inútil estudiar lugares aislados sin entender su relación con otros a partir de la extensión mundializada de fenómenos económicos, políticos y culturales, que producen escalas y delimitaciones socioespaciales patentes en las actuales “regiones”, “territorios nacionales”, “continentes”, que se convierten a su vez en condición de posibilidad para la reproducción de las relaciones sociales.

Por eso es importante entender a las espacialidades que hicieron posible esta investigación, delimitadas administrativamente como municipio de San Francisco y sus respectivas veredas La Maravilla, Boquerón y La Eresma, como nodos involucrados en procesos socioespaciales que se han extendido, conectando redes de nodos y produciendo diferenciaciones espaciales que han adquirido formas históricas concretas como la “región” del Oriente antioqueño, el “territorio” nacional de Colombia y el “continente” latinoamericano.

Los fenómenos y las problemáticas estudiadas en la presente investigación rebasan el ámbito local y municipal e, incluso, serían poco comprensibles si no reconocemos la forma en que su misma extensión, su área de ocurrencia, ha generado “escalas” (Silveira, 2004) que obligan a elevar la mirada del nivel de análisis, lo que hace necesario ubicar a San Francisco en relación con sus municipios vecinos y con el proceso de regionalización más amplio en el que está involucrado como realidad socioespacial, material e inmaterial.

Este municipio limita al norte con los municipios de San Luis y Cocorná, al sur con el municipio de Sonsón y al oriente con el municipio de Puerto Triunfo (Alcaldía Municipal de San Francisco, 2012 citado en PNUD y Ministerio del Trabajo, 2013).

San Francisco ha sido clasificado en la zona de Bosques húmedos tropicales junto

con sus vecinos Cocorná y San Luis y se ubica bajo la jurisdicción de CORNARE<sup>11</sup>. Esta zona está atravesada por la autopista Medellín-Bogotá, posee una economía campesina subordinada en la jerarquía regional y ha sido protagonista del conflicto social y armado, constituyéndose en foco de disputa entre grupos guerrilleros, paramilitares y el ejército colombiano en mayor medida en la década de 1997-2007 (García & Aramburo, 2011).

La pregunta por la relación dialéctica entre las prácticas campesinas de reconstrucción del tejido social y los procesos de producción del espacio social en San Francisco difícilmente puede responderse si no tenemos en cuenta que los fenómenos a estudiar se han extendido y reproducido, con algunos rasgos similares, en las áreas con características más campesinas de lo que hoy conocemos como “Oriente antioqueño”, que administrativamente se clasifica como una “subregión” del departamento de Antioquia, pero que históricamente ha sido nombrada como una “región” por diferentes actores, como movimientos sociales nacidos en su interior, académicos, líderes “regionales”, entre otros.

El Oriente antioqueño que hoy conocemos ha sido el resultado de un proceso de regionalización que será tratado con mayor profundidad en los capítulos que siguen a esta introducción. Por ahora podemos esbozar que este proceso ha sido jalonado por los actores comúnmente asociados a la configuración de regiones que, de acuerdo con Abel Albet (1993), corresponden con las empresas y los conglomerados capitalistas, el Estado y las organizaciones de la sociedad. En los antecedentes investigativos, resaltando el trabajo de Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (2011), encontramos avances significativos para el conocimiento del proceso de regionalización del Oriente antioqueño, que permiten andar por tierra firme a la hora enfocarnos en fenómenos más detallados en los niveles municipales o locales, sin redundar necesariamente en lo ya dicho.

A modo introductorio, podemos señalar algunas claves que marcaron el proceso de

---

<sup>11</sup> En el capítulo 2 pueden encontrarse las circunstancias que llevaron a esta delimitación, así como al nacimiento de esta Corporación Autónoma Regional, que le dan forma a lo que ahora conocemos como “Oriente antioqueño”.

regionalización del Oriente antioqueño: la colonización antioqueña desplegada desde Rionegro, Marinilla y Sonsón en los siglos XVIII y XIX que fue dirigida por élites económicas, políticas y religiosas y posibilitó la expansión del proyecto sociocultural paisa; los procesos de reconfiguración socioespacial asociada a la profundización de las relaciones capitalistas en la segunda mitad del siglo XX, a partir de la construcción de obras de infraestructura, transporte, megaproyectos hidroeléctricos, industrias, vivienda; el ordenamiento territorial agenciado por el Estado en los años 1980; los procesos de movilización social y resistencia frente a la guerra y el modelo de desarrollo de los años 1970, 1980, 1990, 2000 e incluso los contemporáneos, que han generado una identidad, construyendo un “nosotros”, alrededor de la unidad “regional” del Oriente antioqueño frente a las amenazas externas a la soberanía popular y el bienestar de los habitantes oriundos de la “región”.

Aunque disímiles y contradictorios, estos elementos configuran el proceso de regionalización del actual Oriente antioqueño. No es ninguna novedad que un proceso de esta naturaleza sea el fruto de la disputa entre los proyectos regionales de diferentes actores que luchan por imponer su hegemonía frente a los demás, a menudo lográndolo solo de manera parcial y momentánea.

El oriente antioqueño tiene una importante ubicación geoestratégica en la geografía colombiana. Es un nodo del sistema eléctrico y energético, contando con embalses y centrales hidroeléctricas como Playas, Guatapé, San Carlos, Jaguas y Calderas, que para el año 2000 generaban el 29% de la energía nacional y el 73% del total departamental. También es un nodo del sistema vial del país, articulando la capital de la república con las costas Atlántica y Pacífica, el oriente y el occidente de Colombia y comunicando a Bogotá y a Medellín, dos de los más grandes centros urbanos (Cámara de Comercio del Oriente antioqueño, 2014).

El carácter del Oriente antioqueño como nodo estratégico se produce gracias a una ubicación privilegiada en el centro de la geografía colombiana, entre las vertientes orientales de la cordillera central y la llanura aluvial del río Magdalena; entre el cañón del río Cauca,

los corredores de los ríos Magdalena, Medellín-Porce, Nus y sus afluentes: Samaná, Nare-Negro, Claro, Buey-Arma y Porce. Esta riqueza es disputada en términos económicos para el aprovechamiento de montañas, lomeríos y valles de la cordillera central, así como de las llanuras de estos ríos y los suelos en la cordillera de ocupación andina (Cámara de Comercio del Oriente antioqueño, 2014).

Después de estar ubicados en las coordenadas espaciales que hicieron posible esta investigación, es momento de conocer a grandes rasgos cuáles fueron sus objetivos y su marco teórico-metodológico.

El objetivo general que orientó esta investigación fue describir el modo en que las prácticas, a través de las cuales campesinas y campesinos de San Francisco reconstruyen la vida afectada por el desarraigo y las formas imbricadas de opresión, producen y son producidas por el espacio social. Este objetivo buscó allanarse a través de: 1) identificar formas de uso y ocupación del espacio, técnicas de trabajo y sentidos de lugar que practican campesinos y campesinas y la forma en que se relacionan con procesos de desarraigo, contextos hostiles y formas imbricadas de opresión; 2) identificar el rol de mujeres y hombres en las prácticas de producción del espacio y su expresión en las relaciones de género; 3) analizar las afectaciones que producen los procesos de configuración del espacio sobre las prácticas campesinas; y 4) analizar la influencia de las prácticas campesinas en la producción del espacio.

La investigación adoptó el marco teórico y metodológico de la etnografía del espacio y el lugar (Low, 2017) -la cual se expondrá con mayor detalle en el siguiente capítulo-, que en términos resumidos busca trascender la división entre dos grandes tendencias de pensamiento social sobre el espacio: 1) la de la producción social del espacio, de corte materialista y con mayor énfasis en la economía política; y 2) la de la construcción social del espacio, de corte constructivista y con mayor énfasis en los imaginarios, discursos, sentidos y emociones. Muy apretadamente, este enfoque sostiene que estas divisiones son de orden principalmente analítico y que para entender la complejidad de los procesos socioespaciales

deben combinarse múltiples lentes y perspectivas, frecuentemente abordadas de modo separado, que guíen el trabajo de investigación etnográfica.

En el primer capítulo establecemos una relación entre la historia del lugar y el abordaje metodológico que utilizamos, buscando afianzar la coherencia entre el “referente empírico” y la metodología empleada. Profundizamos sobre la metodología del “caminar para conocer”, forma como hemos llamado a nuestra etnografía del espacio y el lugar (Low, 2017) que integra recorridos territoriales, recuperación de la historia local, cartografía social, narrativa visual y escrita y vinculación y trabajo conjunto con movimientos campesinos y socioterritoriales, principalmente con la ACA.

En el segundo capítulo nos preguntamos por las condiciones que hicieron posible el desarraigo que afectó la vida y los vínculos que campesinas y campesinos establecían entre sí y con los espacios que habitaban. Estudiamos la forma en que se imbrican múltiples violencias en una guerra integral contra las comunidades campesinas que combina: 1) profundización de las relaciones capitalistas aunada a procesos de reconfiguración socioespacial; 2) re-ordenamiento territorial agenciado por el Estado y presionado por agencias multilaterales; 3) operaciones militares, escalamiento del conflicto armado y múltiples hechos de violencia contra la población civil; 4) asistencialismo; y 4) violencia contra las mujeres y profundización de las relaciones patriarcales. En este capítulo sostenemos que estas violencias han tenido un uso estratégico en el marco del desarrollo geográfico desigual característico del capitalismo, que comporta rasgos comunes en América Latina, Colombia y el Oriente antioqueño, entre los que resaltan los conflictos por los bienes comunes.

En el tercer capítulo cuestionamos la noción de “retorno” y estudiamos cómo a través de diversas formas en que las y los campesinos vuelven a sus tierras o se reubican en otras se profundizan distancias que han caracterizado la configuración histórica del Oriente antioqueño: entre lo “lejano” y lo “cercano”, la vereda y el casco urbano, el campo y la ciudad... Estas nociones espaciales están vinculadas en el sentido común y en la experiencia

corporal a una división en la que lo “lejano” está asociado al agotamiento del cuerpo y de la tierra para trabajar, a la enfermedad, la incomodidad, el aislamiento y el incumplimiento de derechos, mientras que lo “cercano” está relacionado con la cercanía al pueblo, a la ciudad, al mercado, a la salud y la educación. Una tendencia de los procesos de reubicación es que la gente se desplace de “lo lejano” a “lo cercano” y que se profundicen estas distancias, produciendo a su vez un poblamiento concentrado alrededor del casco urbano que genera cambios en la economía familiar y en las formas de uso, ocupación y apropiación del espacio. Este capítulo cierra con una descripción de distintos trabajos y cuidados a partir de los cuales las y los campesinos hicieron habitables los espacios a los que llegaron luego de estar desarraigados, tejiendo de nuevo los vínculos entre personas y entre ellas y estos espacios. También muestra la tensión entre estos trabajos y la presión hacia el trabajo remunerado y al jornal que empuja a muchos campesinos fuera de sus tierras, familias y comunidades.

El cuarto capítulo trata sobre los “movimientos por la defensa del territorio” en el Oriente antioqueño, desde una perspectiva diacrónica que establece hilos de continuidad con los Movimientos Cívicos de los años 1970 y 1980 y desde una visión socioespacial que reconoce a los ríos como elementos materiales que hacen posible la articulación “regional” de diferentes colectividades y procesos locales, haciendo énfasis en la vida campesina en movimiento. En este capítulo resalta un análisis de la configuración regional a partir del desenvolvimiento de los conflictos y las respectivas mutaciones a lo largo del tiempo que han tenido sus componentes predominantes: de una dimensión social a una armada (1970-1980), de una armada a una socioambiental (1990-2010). Buscamos dar cuenta de las tensiones y amenazas que actualmente se le presentan a las comunidades campesinas para reconstruir una vida y unos lugares en común en donde volvieron o se reubicaron, así como del modo en que sus formas de vida se ponen en movimiento y se articulan con otros procesos locales para hacer frente al despojo de cuerpos y territorios con que intimida el colonialismo interno, el capitalismo y el patriarcado, múltiples rostros de una misma realidad de opresión.

Entre los capítulos habrá interludios con narraciones visuales y escritas que buscan impactar en la sensibilidad y captar tramas, significados y sentidos de la vida cotidiana a

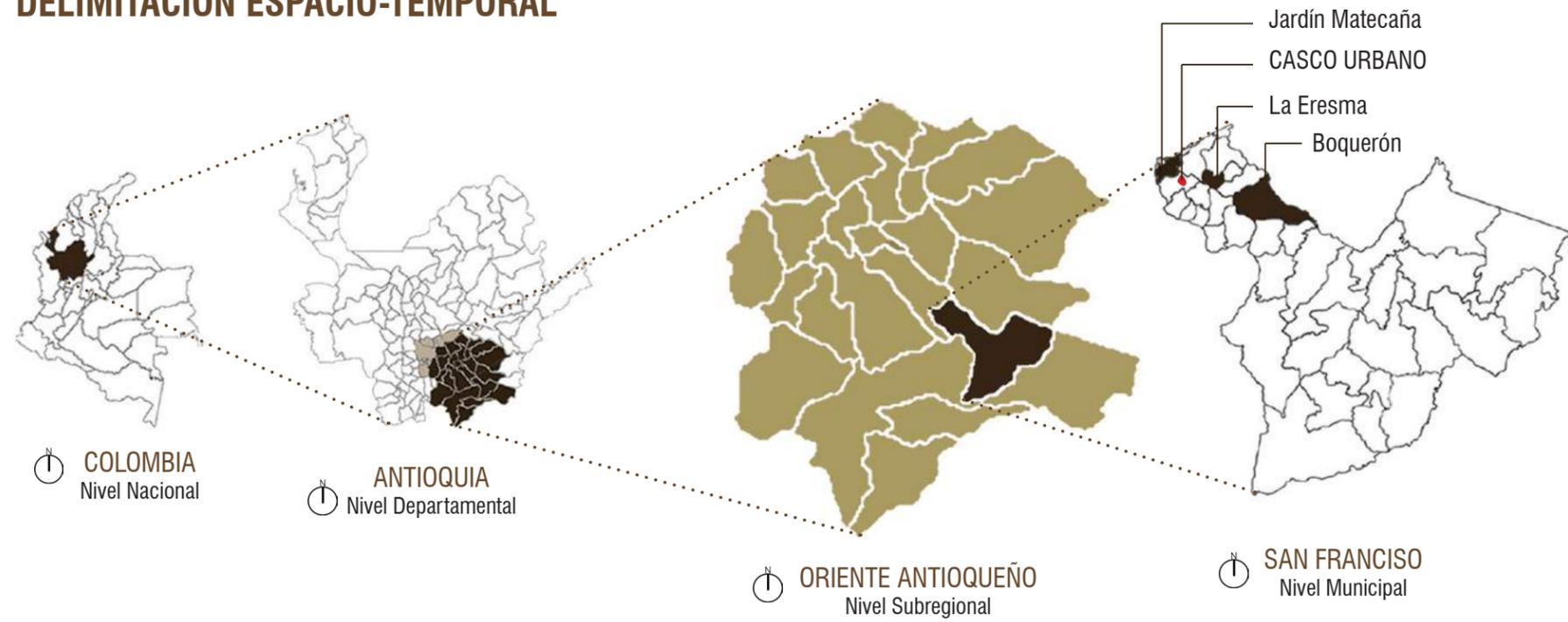
partir de los detalles y las narraciones etnográficas.

Antes de comenzar, es necesario aclarar algunos aspectos sobre la redacción del presente texto. Escribimos en primera persona del plural con la intención de cuestionar las pretensiones positivistas de la neutralidad valorativa, la objetividad y la asepsia como supuestos cánones de la investigación científica que deberían, por prescripción, verse reflejados en el uso de la tercera persona para los textos académicos. También cuestionamos el uso de la primera persona del singular, en tanto oculta que el conocimiento producido es fruto de una relación social entre quienes participamos de la presente investigación, en la que intentamos superar el tradicional autoritarismo y la instrumentalización de los sujetos como objetos pasivos, que ha caracterizado la investigación convencional en ciencias sociales. El conocimiento que este texto recrea no es fruto del ingenio del estudiante que firma esta tesis, sino de un proceso de aprendizaje a partir de conversaciones, caminatas, luchas y experiencias que compartimos distintas personas por caminos, veredas, casas, fincas y ríos de San Francisco y el Oriente antioqueño. Por eso es más preciso y potente hablar desde el nosotros. Este nosotros se refiere más explícitamente a la ACA. La relación investigativa mutó de una relación entre academia y ACA a terminar, al final de la investigación, a ser una investigación desde el interior de la ACA.

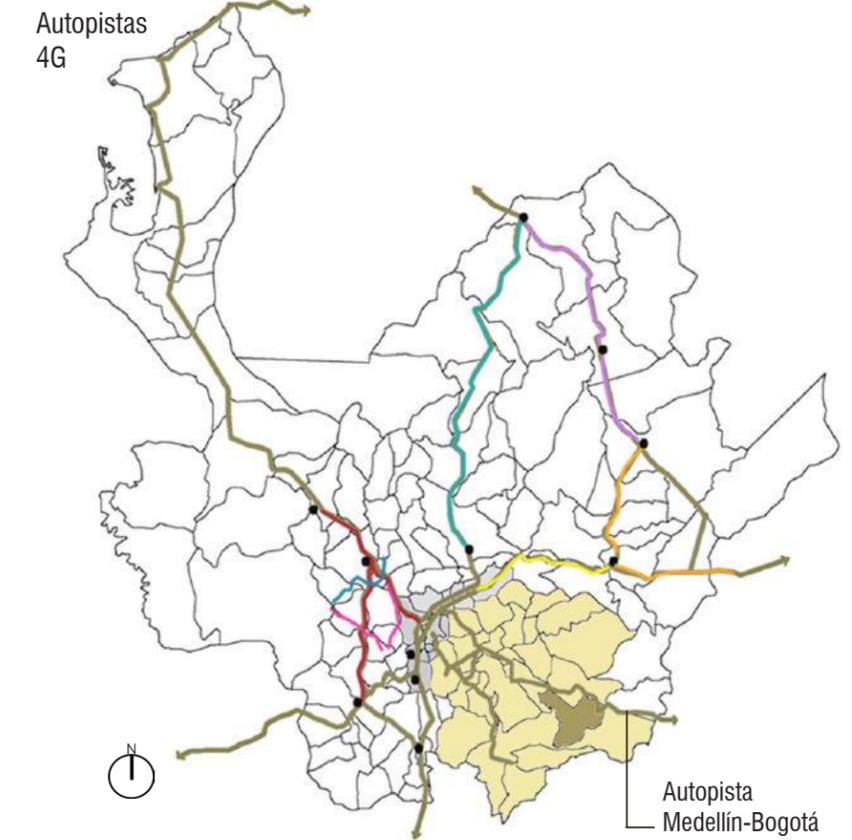
Para captar la profundidad de las voces de los sujetos con los que caminamos, se respeta su lenguaje y la riqueza conceptual de sus nociones locales, por lo que en muchas ocasiones se hará uso del lenguaje “coloquial” como parte integrante de la narrativa etnográfica.

Los nombres propios de todas las personas que aparecen en el texto fueron cambiados por cuestiones de seguridad, en un país en el que cada día es puesta en peligro la vida y la libertad de cualquier persona que lidere o pertenezca a un proceso social o defienda su territorio. Se usan siglas de las organizaciones que serán presentadas en una tabla al inicio del documento para facilitar la lectura.

## DELIMITACIÓN ESPACIO-TEMPORAL

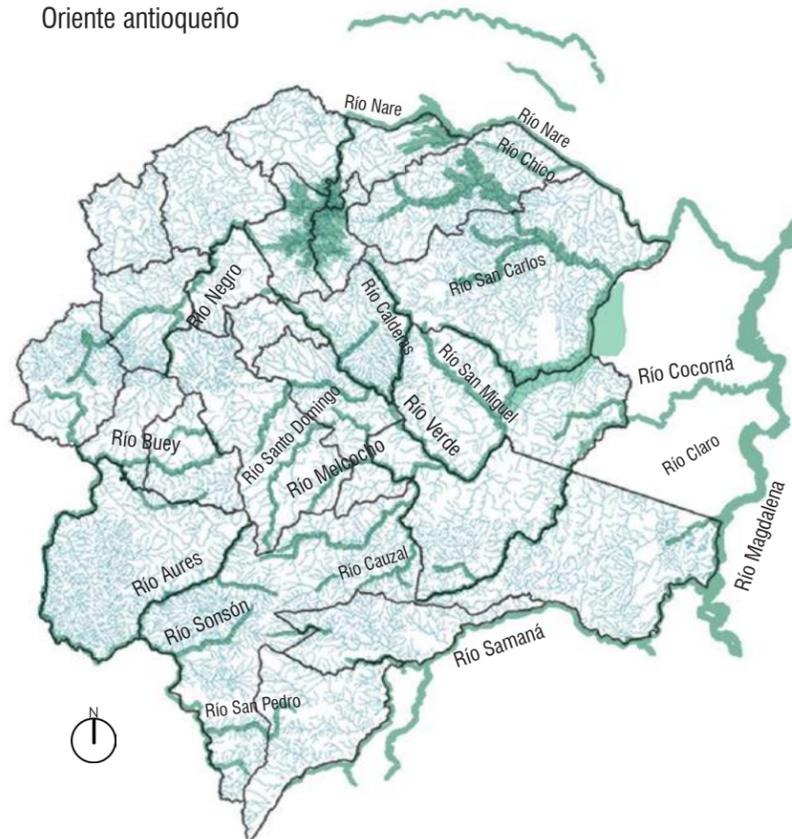


## RELACIÓN SISTEMA VIAL DEPARTAMENTAL- Nacional



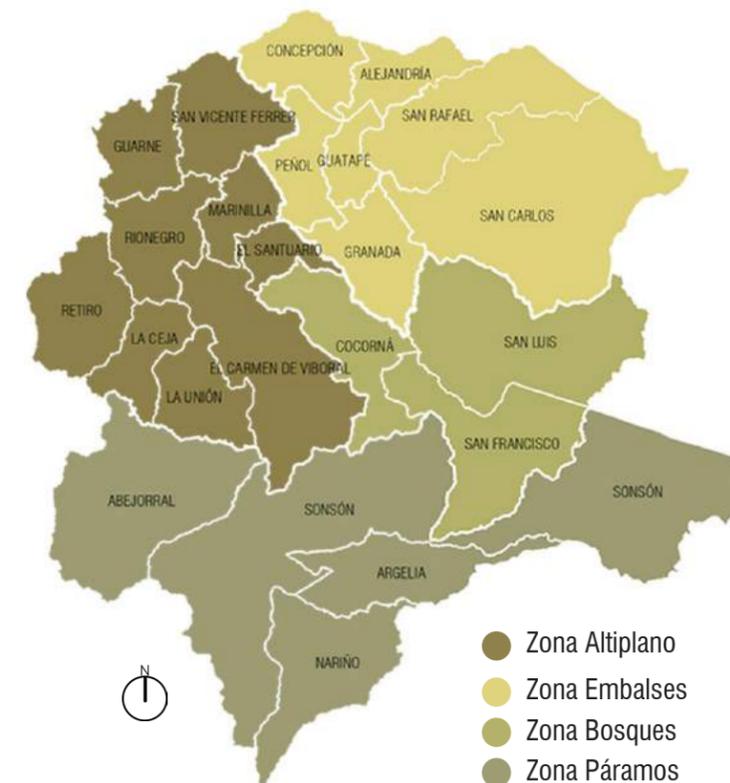
## HIDROGRAFÍA

Oriente antioqueño



## RELACIÓN SUBREGIONAL DEL SUELO

Oriente antioqueño



## ECONOMÍA- EMBALSES

Oriente antioqueño



# CARTOGRAFÍAS SOCIALES

## JARDÍN MATECAÑA

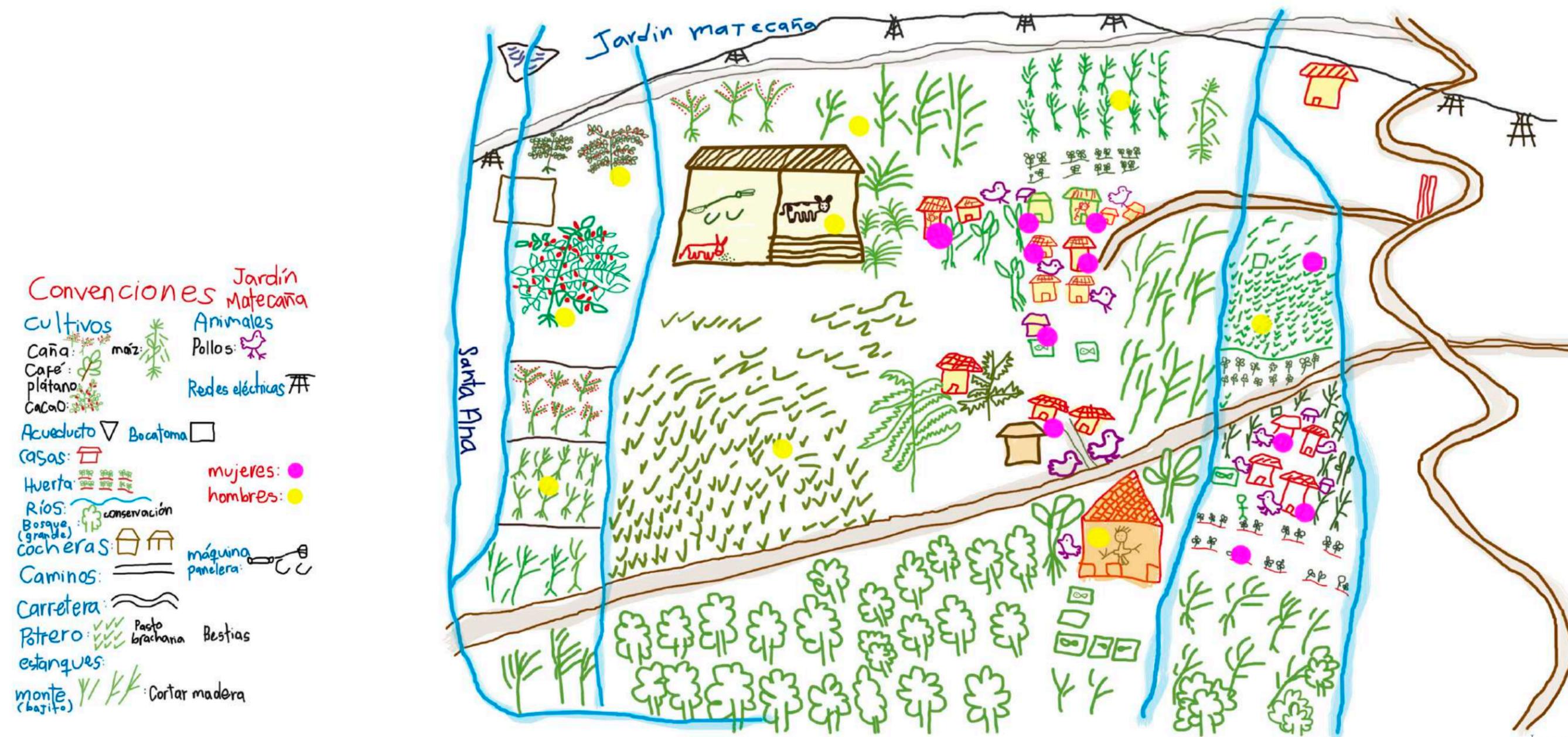
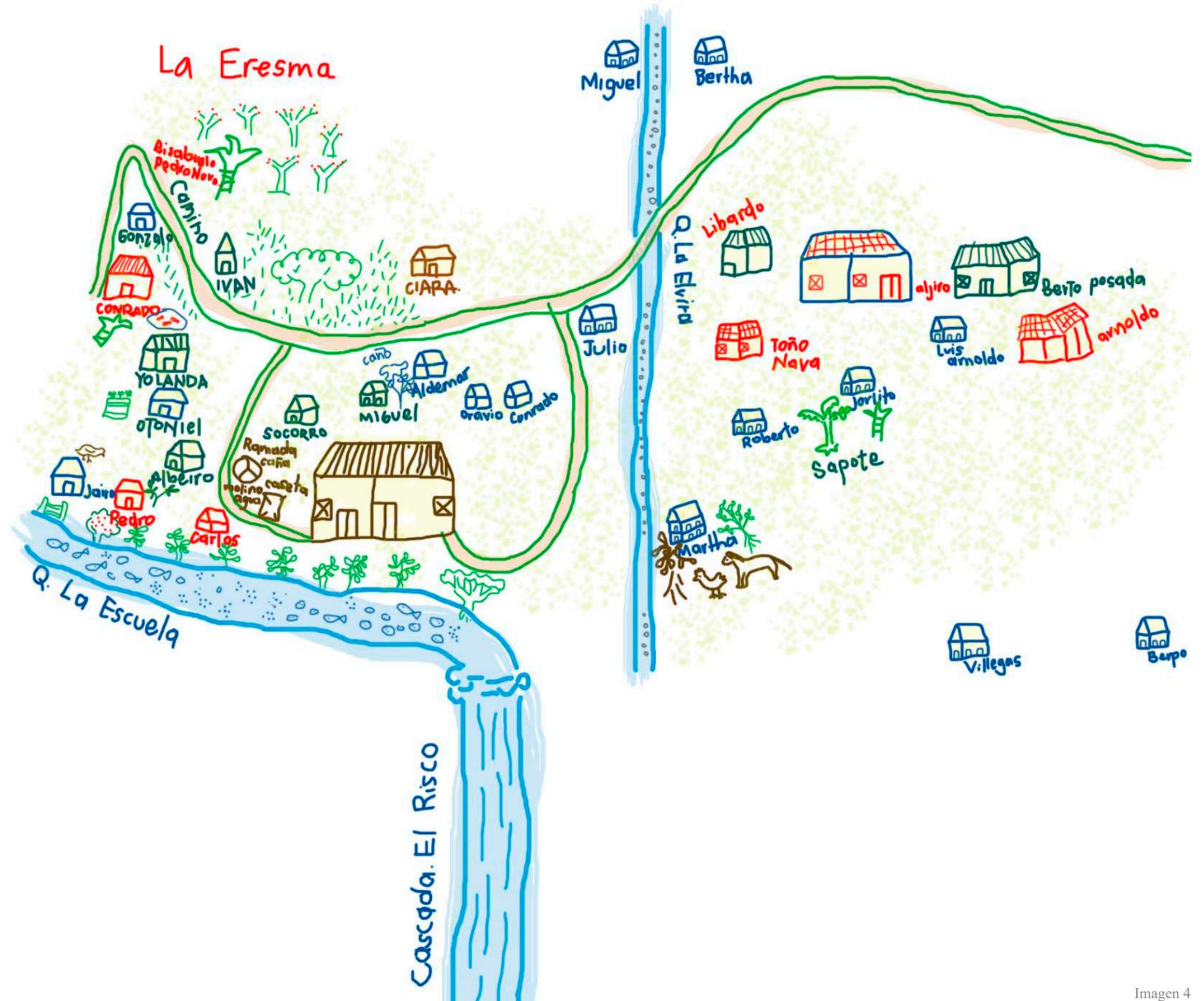


Imagen 3



1. La Eresma, Vereda, casa, finca

2. Elementos

- Ríos, bosques, montañas, otros.
- Sitios de trabajo
  - Cultivos
  - Huertas
  - Cocina
  - animales
  - Otros
  - Caza
  - potreros
- Organización Comunitaria
- Infraestructura: caminos, puentes, carreteras.
- Casas y fincas
- Espacios de mujeres, de hombres o mixtos.





# 1.CAMINAR PARA CONOCER

Un acercamiento a la historia del lugar y las coordenadas  
de su investigación



*“La historia comienza al ras del suelo, con los pasos. Son el número, pero un número que no forma una serie. No se puede contar porque cada una de sus unidades pertenece a lo cualitativo: un estilo de aprehensión táctil y de apropiación cinética. Su hormiguelo es un innumerable conjunto de singularidades. Las variedades de pasos son hechuras de espacios. Tejen los lugares”.*

Michel de Certeau (2000 [1990]:109).

*“Caminar es recordar el sacrificio de los antepasados, de los abuelos, de los padres”.*

Producciones El Retorno, documental: “Por las huellas de los abuelos” (2017).

Una mañana húmeda y calurosa partimos del pueblo. Tomamos una calle empinada que nos fue alejando del asfalto y ayudó a calentar nuestras piernas al ritmo de la subida. Cruzamos un bosque que ofrecía una sombra y una frescura que luego deseábamos con ansias, por el que se andaba saltando una trama de riachuelos, haciendo parte de ella. Caminaba viendo lo que Alejandro me mostraba, escuchando lo que me decía y aprendiendo lo que me enseñaba mientras nos acercábamos poco a poco a su vereda. Era la primera vez que venía a La Eresma por este camino, porque al principio los muchachos me llevaban por el de abajo, el de San Isidro, por el que llegan los de afuera. Ese día sentí que algo había cambiado al tomar esta nueva ruta.

Tomamos agua de nacimientos y recorrimos mentalmente el trayecto de los arroyos cuando se convierten en cascadas y luego forman el río Calderas, represado hace algunos años, que al encontrarse con Río Verde se convierte en río Samaná. Desde un punto del camino, Alejandro me mostró la autopista Medellín-Bogotá y la represa del Calderas. Yo pensé que ambas infraestructuras encarnaban con fuerza los cambios que ha tenido el Oriente antioqueño hace ya casi seis décadas, que configuraron este espacio como una región que es despensa energética nacional y que se ubica estratégicamente entre dos de los ríos más extensos y dos de las ciudades más grandes del país: Cauca y Magdalena, Medellín y Bogotá.

La importancia de esta ubicación no es nueva. Durante más de cinco siglos, el Oriente que hoy conocemos ha sido espacio de *frontera* que ha comunicado “los milenarios ritmos históricos del valle del río Magdalena con los de la cordillera central antioqueña y la cuenca del río Cauca” (Prodepaz y Strata, 2002:2).<sup>12</sup>

Cuando hablamos de *frontera* no sólo hacemos referencia a un espacio de dinámicas interacciones históricas entre valles, cuencas y cordilleras. En la historia de lo que hoy conocemos como Oriente antioqueño, hubo procesos de colonización desde los primeros y principales centros de poder de la incipiente región -”País de Rionegro”, “País de Marinilla”-, ubicados en el altiplano que ocupa su franja más occidental, hacia los sitios que las élites económicas, políticas y religiosas desde muy temprano comenzaron a comprender como las fronteras<sup>13</sup> de sus proyectos colonizadores, que han variado históricamente pero mantienen hilos de continuidad: desde la colonización española hasta la colonización antioqueña y su proyecto socio-cultural paisa (Prodepaz y Strata, 2002).

El espacio que ocupa el municipio que actualmente conocemos como San Francisco, ha sido representado en las fronteras de estos proyectos desde hace más de dos siglos. A principios del siglo XVIII se estableció el resguardo indígena de San Antonio de El Peñol en la Provincia de Antioquia. Pero pronto estas tierras fueron ocupadas por familias de Marinilla que probablemente buscaban sacar provecho de las vías de comunicación hacia el Río Magdalena por el camino del Nare (Prodepaz y Strata, 2002:72). Esto ocasionó un conflicto

---

<sup>12</sup> “La arqueología regional es clara en indicar la existencia de asentamientos referidos a los últimos cinco siglos anteriores a la Conquista, dispersos en las vertientes cordilleranas y ligados a la dinámica histórica del Magdalena Medio y la Cuenca media del río Cauca” (Prodepaz y Strata, 2002:23).

“Para el siglo XVI las comunidades asentadas donde ahora se ubica el actual Oriente antioqueño se encontraban fundamentalmente ligadas a dos núcleos de población, con diferentes características en cuanto a su organización política, económica y territorial: la cuenca del Magdalena medio y la cuenca del Cauca medio. La forma diferencial de ocupación espacial que poseían estas comunidades, influyó de forma determinante sobre el rumbo del establecimiento español en la zona” (Prodepaz y Strata, 2002:25).

<sup>13</sup> Recomiendo ver la crítica a la idea colonial de la frontera que hace la antropóloga colombiana Margarita Serje (2005) (2013).

territorial entre los indígenas de este resguardo con las familias de Marinilla, en el que salieron perdiendo los de siempre y terminaron adjudicando sus tierras a estas familias. A los indios se les otorgaron otras tierras en el Alto de la Cruz, entre los ríos Santo Domingo y Cocorná hasta la unión del río Calderas, donde hoy se ubica San Francisco. Se fueron para allá y también para otros sectores alejados de “libres” como las “selvas” de Cocorná (que quizá ocupen el mismo San Francisco de hoy) y San Carlos. “Al parecer los pleitos constantes entre los indígenas y la población libre por las tierras del resguardo de El Peñol a lo largo de los siglos XVIII y XIX, la liberación del tributo en 1812, la disolución del Resguardo y las guerras de independencia, llevaron a que muchos indígenas decidieran emigrar a otros sitios alejados, en tierras aún incultas, en el Morro o Morrón, hoy San Francisco” (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:30).

Otra versión de esta historia es que los indios del resguardo de El Peñol se trasladaron hacia la cuenca del río Calderas desde tiempos coloniales para escapar del yugo de la Corona y del pago de tributos al rey. En esta cuenca quedarían libres de la coacción de los curas doctrineros del resguardo (Prodepaz y Strata, 2002:113). Quizá sea tanto lo uno como lo otro. O quizá también haya existido población indígena en el espacio que hoy ocupa San Francisco desde tiempos muy anteriores, sólo que aún no hemos investigado lo suficiente para saberlo.

Ya para estos días estaba en marcha la colonización antioqueña y Marinilla junto con Rionegro se configuraban como los dos enclaves de poder desde donde las élites “regionales” se disputaban quién iba a relevar a los españoles en la conducción política, económica y religiosa del embrión histórico del Oriente antioqueño desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX (Prodepaz y Strata, 2002:52).

Esta conducción puede enmarcarse en lo que María Teresa Uribe llamó el proyecto o “ethos sociocultural antioqueño”, dirigido por intelectuales orgánicos de las élites antioqueñas, que lograron establecer una red mercantil que permitió desarrollar su economía, así como generar un consenso de valores entre amplios sectores de la población y dirigir el rumbo político de las poblaciones integradas en la “región” en formación. Este proyecto

estaba compuesto por aspectos económicos, ético-culturales y políticos (Uribe, 2001:97).

En su dimensión económica, este proyecto “apuntaba a crearle bases sólidas al modelo mercantil especulativo con el cual esa élite se había enriquecido” (Uribe, 2001:99). Por eso se creó una red mercantil que tuvo varios puntos de anudamiento, que perfiló a la ciudad de Medellín como su centro económico, político y religioso. En el Oriente y suroriente, Rionegro y Sonsón, respectivamente, cumplieron la función de anudamiento en la red de mercados regionales (Uribe, 2001:99). Desde estos centros el proyecto paisa proyectó la colonización de espacios no integrados en la red mercantil:

El modelo económico mercantil se apoyó en la estrategia de la colonización de frontera o ampliación del territorio socioeconómico, no porque la agricultura en sí misma fuese un interés prioritario del modelo, sino como condición del funcionamiento pleno de la red mercantil y caminera orientada hacia el abaratamiento de la explotación del oro, de la importación-exportación y para ofrecer recursos mínimos a los viajeros y sus recuas de mulas (Uribe, 2001:100).

Este proceso colonizador, a nivel de Antioquia, buscaba consolidar y ampliar las redes comerciales desde los altiplanos y cañones hacia las superficies aluviales y las zonas boscosas, las cuales comenzaron a comprenderse como las “fronteras” del proyecto socio-cultural paisa (Giraldo, 2008:55-61).

En el plano simbólico, estos espacios de “frontera” se clasificaron a partir de rótulos como “selvas” y “baldíos”, y algunos de ellos se distribuyeron a través de planes de poblamiento y otros fueron colonizados de forma más “espontánea”. Además, se clasificó a su población como anómala, pecadora y contraria a los valores morales del ethos sociocultural paisa. Quizá desde el inicio de la vida republicana se perfile una geografía moral que puede verse en situaciones como la siguiente:

En carta enviada a las autoridades provinciales por el Cabildo de Marinilla en 1820 se hacía referencia a los habitantes del paraje El Morro, donde vivían 40 familias “licenciosamente cometiendo graves pecados”, para prevenir éstos y otros males y por ser un lugar apartado de Vahos (Granada), y no poderse administrar justicia pide se cree allí un Partido con un juez que vele por la conducta moral y política de los pobladores. Petición que se hizo efectiva a finales de noviembre del mismo año (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:32).

En el año 1839 tomó mayor auge el poblamiento de ese espacio luego de construirse un puente para pasar a la otra banda del río Cocorná, lo cual permitió la exploración de tierras “incultas”, así como la extracción de ricos minerales, especialmente oro, de los ríos Santo Domingo, Río Verde y El Melcocho. “Para esa misma época se solicitó abrir un corto trayecto para salir al río Magdalena por el paraje Buenavista, donde existían ricas estancias y se destilaba aguardiente desde 1787” (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:32).

Los poblados de San Francisco y Aquitania fueron considerados como tierras baldías desde 1840 hasta 1891-1892, periodo en el cual se da inicio a la asignación de tierras a individuos procedentes de Granada, San Luis, el Peñol y Cocorná (Prodepaz y Strata, 2002:114). Para este tiempo, “San Francisco era sólo uno entre varios puntos de descanso y pequeño comercio en el camino que de Cocorná bajaba al Magdalena, pasando también por San Isidro, La Honda y Aquitania, siendo éste último el poblado más importante” (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:34). Esta ubicación le otorgaba ciertos privilegios a Aquitania: era el paso frecuente de arrieros y comerciantes, así como también la ruta que se trazaban los aserradores para incursionar por los extensos bosques vecinos y por el río Samaná sur hacia las planicies del Magdalena (Strata y Prodepaz, 2002:114).

San Francisco y Aquitania se configuraban entonces como “fronteras” del avance del proyecto sociocultural paisa: de la expansión de sus redes de integración comercial a través de los caminos que llevaban al río Magdalena; de la ganadería; la minería; la agricultura; la conducta moral y política.

Pero cuando la importancia del río para la circulación de mercancías fue suplantada por la de las carreteras y autopistas, Aquitania comenzó a perder protagonismo. Y La Violencia que se desató en los años 50, y viene renovándose una y otra vez en conflictividades sociales y militares, acabó de restarle importancia a este poblado, ocasionando una migración de sus habitantes hacia Medellín, San Luis, Cocorná, San Francisco, La Danta, San Miguel y otros sitios del Magdalena Medio (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:37). Las mismas transformaciones de la técnica y La Violencia de

mediados del siglo XX comenzarían a invertir los papeles: la Aquitania que antes conectaba con el mundo vía río Magdalena, ahora empezaba a quedar lejos y sería poco atractiva para vivir.

Este cambio comenzará a dar visos de una transformación en la configuración territorial asociada a la pérdida de centralidad que tuvo el río Magdalena como vía de comunicación con el centro del país y al protagonismo que comenzó a tener otro eje vial: la autopista Medellín-Bogotá. Como consecuencia de esto perdió importancia la ruta que iba al Magdalena y la vida social que se dinamizaba a su alrededor.

Aún con autopista, San Francisco se ha mantenido clasificado en los escalones más bajos de la jerarquía social del “proyecto socio-cultural paisa” en el Oriente antioqueño, que a su vez heredó una imaginación geopolítica colonial, renovando categorías como “lo salvaje” o “lo inculto” en oposición a la “civilización” y el avance del “progreso”.

En el Oriente antioqueño, el proyecto sociocultural paisa se expresaba, y a su vez encontraba las condiciones para su expansión, en determinadas configuraciones socioespaciales: los centros y las fronteras de la red mercantil, a través de la cual también trataron de imponerse los valores y el sentido común de la antioqueñidad -centrados en la laboriosidad, la competencia, la moral cristiana- a las poblaciones “indias” y “negras” a través de un proceso de “blanqueamiento”, en el que debían renunciar a su identidad étnica para ser integradas al mundo antioqueño “blanco-mestizo”.

La continuidad de los proyectos colonizadores, con su geopolítica material e imaginaria, nos permite hablar de la existencia de colonialismo interno para el caso del Oriente antioqueño. Esta definición está originalmente ligada a fenómenos de conquista, en que las poblaciones nativas no son exterminadas y forman parte, primero, del Estado colonizador y, después, del Estado que adquiere una independencia formal, manteniendo condiciones similares de opresión, explotación y discriminación (González Casanova, 2006:410). El sociólogo mexicano recién citado ha planteado la existencia del colonialismo

a nivel internacional, intranacional y transnacional (2006:425). El concepto de colonialismo interno también permite hacer énfasis en la existencia de relaciones coloniales y de explotación, bien de unas regiones por otras, bien de poblados campesinos por los centros urbanos, asociadas a los procesos de dominación del capital nacional e internacional y a su ocupación de los espacios territoriales al interior de los países (2006:421-422). Las fronteras de este colonialismo se constituyen en “frentes de invasión”: “La redemarcación de territorios y regiones rompe y rehace antiguas divisiones geográficas, y crea nuevos límites y flujos. Abre al país. Mueve, por distintos lados, el “frente de invasión” (González Casanova, 2006:423-424).

Los sitios que ocupaban las “fronteras” o los “frentes de invasión” de los proyectos colonizadores en el Oriente antioqueño han sido clasificados a partir de rótulos como “selvas” y “baldíos” por parte de las élites que han conducido estas empresas. Los imaginarios que subyacen tras estas clasificaciones han pervivido históricamente en diferentes escenarios, que hacen parte del sentido común que ayuda a mantener la hegemonía del colonialismo interno:

El primero es un escenario cotidiano: el de la división histórica, que aún existe en la percepción y la imaginación de las élites y los ciudadanos de a pie en el Oriente y otras regiones de Antioquia, que se establece entre “Oriente cercano” -Rionegro, Marinilla y el resto del actual Altiplano- y “Oriente lejano” -los demás municipios ubicados hacia la franja oriental, en las vertientes del Magdalena-. La colonización antioqueña en esta región partió desde las altiplanicies ubicadas al extremo occidental, hoy Oriente “cercano”, hacia las vertientes colindantes con la cuenca del río Magdalena, que hoy constituyen el Oriente “lejano”. Desde esta división histórica, lo “cercano” sería la fuente de civilización y progreso que se expandiría para sacar del salvajismo, la inmoralidad y el atraso a las “selvas”, así como para cultivar las incultas tierras “baldías”.

El segundo es el de la tradición académica regional de los Estudios Regionales y Políticos -algunos haciendo parte de los procesos de planeación regional- que han usado conceptos como “territorios vastos”, “espacios vacíos” o “frontera agrícola” para comprender

estos espacios.

Por último, este imaginario también hace parte del sentido común que permea el vocabulario de las actuales campesinas y campesinos de municipios como San Francisco, cuando hablan de las veredas que dejaron atrás, al ser desterrados, como lugares lejanos, insanos y llenos de mosquitos, representaciones que veremos a lo largo de este trabajo.

Represa y autopista, objetos que detonaron la anterior reflexión sobre frontera y colonialismo interno, pueden ser entendidos como signos de los tiempos de ahora, así como otros que no se veían desde este punto del camino, como aeropuerto, zona franca, industrias, viviendas, flores, que en su conjunto sintetizan la forma como se proyecta y se organiza actualmente el espacio del Oriente antioqueño desde las esferas dominantes de poder. Signos de los tiempos es una expresión que puede tener fuerza comunicativa, en tanto podemos estar familiarizados con ella, pero no tanta potencia teórica. En verdad, más que signos, los elementos que acabamos de mencionar pueden ser mejor entendidos como objetos técnicos, en el sentido que le da el geógrafo brasileño Milton Santos a este término. Estos objetos hacen referencia al contenido técnico del espacio, que también es un contenido en tiempo - el tiempo de las cosas- (Santos, 2000:41).

¿Cómo entender la técnica y para qué nos sirve tenerla en cuenta? En términos generales, las técnicas son un “conjunto de medios instrumentales y sociales, con los cuales el hombre realiza su vida, produce y, al mismo tiempo, crea espacio” (Santos, 2000:27). La importancia de estudiarlas radica en que nos permite abordar empíricamente la relación entre espacio y tiempo y entre diferentes escalas y procesos socioespaciales. De acuerdo con Santos:

En realidad, toda técnica es historia engastada. A través de los objetos, la técnica es historia en el momento de su creación y en el de su instalación y revela el encuentro, en cada lugar, de las condiciones históricas (económicas, socioculturales, políticas, geográficas), que permitieron la llegada de esos objetos y presidieron su operación. La técnica es tiempo congelado y revela una historia (Santos, 2000:42).

El uso de los objetos a través del tiempo denota historias sucesivas desarrolladas en el lugar y fuera de él. Cada objeto se utiliza según ecuaciones de fuerza originadas en diferentes escalas, pero que se realizan en un lugar, donde van cambiando a lo largo del tiempo. Así, la manera como la unidad entre espacio y tiempo va realizándose, en el transcurso del tiempo, puede ser entendida en virtud de la historia de las técnicas: una historia general, una historia local (Santos, 2000:43).

La instalación de la autopista, los embalses, el aeropuerto, la zona franca, las industrias, las viviendas, los cultivos de flores, revelan el encuentro de procesos geográficos, históricos, económicos, políticos y culturales que permitieron la llegada de estos objetos en la segunda mitad del siglo XX al espacio que hoy conocemos como Oriente antioqueño.

Estos objetos existen concretamente en los lugares donde se implantan, pero su uso conecta trabajadores, mercancías y fuentes de materia y energía con los circuitos de circulación de capital que rebasan las fronteras locales. Esta conexión con las redes de la economía mundial está cargada de tensiones, en tanto las relaciones de fuerza se producen entre lugares y actores con profundas desigualdades económicas, donde las grandes empresas capitalistas son las que se benefician con esta organización de los espacios, los objetos y las técnicas en función de sus procesos de acumulación y circulación de capital. El revés de esta conexión es la desconexión de las veredas que habitan los campesinos de las carreteras, las escuelas, los hospitales y los mercados para comercializar sus productos agrícolas.

Últimamente ha estado lloviendo mucho, decía doña Gloria. Al rato alcanzamos a Julio, el presidente de la Junta de Acción Comunal -JAC- que también subía para la reunión de la Junta. Este camino es el que usa la gente de la vereda para regresar desde el pueblo a pie. Cuando van en bestia, cogen por otro camino paralelo, como lo hacía Javier, el hermano de Alejandro y Sergio, montado sobre su yegua.

La carretera que pasa por San Isidro, que los habitantes locales asocian con el camino “real”, ya que ésta en varios de sus tramos se corresponde con el antiguo trazado del camino, es la que usa la gente de afuera, como el alcalde y el padre, para ir del pueblo a La Eresma. Un padre que era muy amigo de la gente se venía por el camino de arriba. Siguiendo esta misma pauta acerca de las relaciones con extraños y conocidos, cuando yo no conocía muy bien a la gente de la vereda al principio me llevaban era por la ruta de abajo, por la carretera

que sigue el trazado del camino “real”. Ya otras investigaciones etnográficas han mostrado cómo los “rituales” de caminar crean espacios atravesados por desigualdades sociales (como la clase y el género) a través de movimientos y trayectorias que inscriben el paisaje con significados sociales, culturales y políticos (Low, 2017:108). Esto se ve cuando unos caminos están restringidos por el uso y la costumbre a los campesinos locales y otros a quienes ocupan posiciones más altas en la jerarquía social: el alcalde, el sacerdote, el ciudadano.

La denominación de “real”, con que algunos campesinos llaman al camino que fue calcado en tramos por el trazado de la carretera principal, también se encuentra en la literatura historiográfica y arqueológica sobre caminos, que supone tácita o explícitamente que los caminos de mayor tránsito o envergadura, como este camino que comunica con el río Magdalena, fueron trazados o construidos por españoles (Botero, 2007:348). Contra este supuesto, estudios como los de la arqueóloga Sofía Botero (2005) han demostrado la existencia de una red vial prehispánica que comunicaba todos los nichos de interés para el asentamiento humano, que los colonizadores se esforzaron por destruir -en espacios como los que hoy ocupa el departamento de Antioquia- para permitir el paso de mulas y caballos (Botero, 2007:350) (Botero, 2005).

La historia de los caminos no hace parte del objeto de estudio de la presente investigación y la alusión a ellos en este capítulo se hace con el fin de relacionar la estrategia metodológica utilizada con su importancia empírica como objetos para la configuración de los espacios sociales con que se relacionan los campesinos; de esta manera el método y el objeto de investigación se construyen en coherencia con la realidad sensible. Para hablar de los caminos, es necesario cuestionar los presupuestos ideológicos tras una denominación como la de “real”<sup>14</sup>, que hace parte del sentido común, permitiendo no cerrar de entrada otras posibilidades para entender de dónde vienen estos caminos. Más adelante veremos una pista, que no será profundizada, que nos da Pablo, un señor de la vereda Boquerón, cuando dice que por allá “pasaban todos los indígenas”. Personajes como él tienen muy presente que los

---

<sup>14</sup> Haciendo esta salvedad, cuando usemos el término de camino “real” lo haremos cuando así lo llaman algunas de las personas con las que se ha realizado esta investigación.

ancestros recientes de pueblos como San Francisco fueron indígenas y que incluso en veredas vecinas como Farallones, sus habitantes todavía son conocidos por el resto del pueblo como “indios” (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990).

Así todavía existan algunas huellas de la presencia de indígenas en municipios como San Francisco, este hecho es negado por gran parte de los actuales campesinos de veredas como Boquerón, quizá por compartir parte de ese mismo imaginario, instaurado por la conquista, que resalta el papel de conquistadores y colonos y clasifica a los protagonistas de anteriores formas de vida como “indios salvajes” que habitaban tierras “indómitas”. La continuidad de este imaginario es una de las señales del colonialismo interno. Uno de los aspectos cualitativos de este colonialismo es la pérdida de identidad de los “nativos”, o la creación de una “conciencia colonizadora” entre las distintas clases sociales (González Casanova, 2006:423-424).

El día que fui por primera vez a La Eresma recuerdo mucho cuando pasamos junto al cementerio que construyeron en su tiempo los elenos<sup>15</sup>, para tomar un camino de piedra y tierra que nos llevaría a la vereda. Subimos y subimos por una loma tumbapechos, como la llamaba Alejandro, sin descansar, con el corazón latiendo a toda velocidad, con la respiración agitada y un sol ardiendo en nuestro rostro. El camino no iba a ser fácil. Yo no quería parar y mis pies obedecieron continuando la marcha, torpe pero persistente. Cuando Sergio me decía que ya íbamos a llegar al sitio donde empezábamos a descender, yo miraba hacia arriba y solo veía una loma empinada y eterna, bajaba la cabeza y únicamente me preocupaba por mover las piernas adelante. Casi sin darme cuenta, comenzamos a caminar por un terreno más o menos plano, con árboles que daban sombra y otras montañas que se abrían sobre nuestra vista descansada. Quizá este tramo pueda ser una *travesía*, un descanso en el camino, que es recto, ni subiendo ni bajando. Abrimos empujando un portoncito de madera que era usado como límite entre las veredas San Isidro y La Eresma. Seguimos andando hasta comenzar a saludar los primeros vecinos y en el camino nos encontramos unos hombres que

---

<sup>15</sup> En términos coloquiales se usa esta expresión para hacer referencia a los miembros del ELN.

habían participado en una capacitación técnica de la ACA.

Por la historia que podemos conocer a partir de algunos estudios revisados, el camino que ahora los pobladores llaman camino “real” es hijo del camino de Mulatos, ruta hacia el río Magdalena por la que, cerca de 1867, transitaban arrieros y comerciantes. Este es el contexto regional que posibilitó la configuración del poblado de Aquitania, como sitio de paso. En la década de 1920 es trazado el camino “real” que vinculaba los centros poblados de Cocorná, San Francisco, San Isidro y La Honda con Aquitania en la ruta hasta la vertiente del río Magdalena. “En la red vial del Oriente y del Departamento estos eran caminos secundarios y/o terciarios pues el grueso de la actividad comercial circulaba por los llamados caminos del Nare (el de Islitas y el de Remolino) y la salida al Magdalena desde el sur (por Sonsón)” (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990:27-28). Algunos pobladores con los que he conversado recuerdan que esta ruta se usaba para seguir un itinerario por los siguientes puntos: Aguacate-Cañadahonda-San Isidro-La Ventana-Cantarrana.

En una cena para cerrar el año 2017 en la casa de la ACA en Medellín, pudimos ver el documental “Por las huellas de los abuelos”, realizado por Producciones El Retorno, el equipo de comunicaciones de esta asociación. En el video relataron un recorrido que nombraron como Caminata por la memoria y el territorio, realizado en julio de 2013 por varios integrantes de la ACA y otros acompañantes. Su propósito era volver a recorrer los caminos usados por los abuelos para viajar desde San Francisco hacia destinos como Aquitania. El itinerario partió desde Boquerón, una vereda a la que se llega desde el camino “real” varios kilómetros después de dejar San Isidro, y siguió por Río Verde, Comejenes, La Honda, La Aurora, El Venado Chamurro y Aquitania. Muchos de estos puntos son nombres de veredas recordadas por la importancia del trabajo en convites para su construcción, como en el caso de El Venado Chamurro. También por la gran población que algunas tuvieron en los años 1990, pero que luego fue diezmada por el destierro que causó el conflicto social y armado, como en el caso de La Honda.

Después de ver el documental uno de sus caminantes protagonistas nos contó que uno

de los sentidos de la caminata era ir hablando, mientras andaban, sobre “dónde era que caminaban nuestros viejos”. En nuestras mentes quedó grabada una frase escrita en un pliego de papel periódico que la cámara registró: “Caminar es recordar el sacrificio de los antepasados, de los abuelos, de los padres”. Uno de los sacrificios era el que hacían estos padres (¿y madres?) al cargar el mercado en los hombros desde San Francisco hasta Aquitania. Estos caminos jugaban un papel importante en la vida de la gente y en hacer posible las relaciones de diferente ámbito entre diversos poblados y lugares.

Los protagonistas del vídeo contaron que afrontaron numerosas dificultades, debido a que en la mayoría del trayecto les tocó abrir un camino que permaneció abandonado desde la época en que se hizo más crudo el conflicto armado en San Francisco y el Oriente antioqueño, entre los años 1997 y 2005. Además de la distancia que tuvieron que recorrer abriendo trocha, debían esquivar las minas antipersonales alrededor del camino. Los caminantes tenían que ceñirse a caminar estrictamente por éste y nunca desviarse.

En el camino advirtieron que Boquerón era la única vereda en la que sus habitantes habían vuelto, o “retornado”, el resto de las veredas del trayecto permanecían abandonadas hasta Aquitania. La idea que los impulsó a emprender este recorrido fue recuperar los caminos abandonados como consecuencia de la guerra, para poder “volver a trabajar en las tierritas”. Una parte pequeña de este propósito se ha conseguido: ahora hay un puente en Río Verde y el camino está abierto hasta Aquitania. Tanto en La Honda como en Comejenes una familia regresó para cada una de estas veredas. Pero el camino todavía tiene minas. Y una familia para cada vereda es muy poquita gente, aunque es un gesto valiente de su parte. Volver a trabajar en las tierritas es el reto grande por el que cada día luchan muchas familias de San Francisco, mujeres y hombres desde sus capacidades y roles. Recuperar los caminos es el primer paso de esta hazaña.

Esta recuperación la están emprendiendo actualmente en veredas como Boquerón. Así me lo contaba don Mauricio, un campesino de un poco más de cincuenta años, con los ojos verdes y arrugas en su rostro y sus manos, que dejan ver en su cuerpo el paso del tiempo,

del trabajo, del conocimiento. Cuando una tarde del 9 de abril del 2018 estaba por hervir el sancocho que estábamos cocinando con algunas mujeres de esa vereda, pasó Mauricio frente a nosotros y nos saludamos. Yo le pregunté si estaban en el convite y él me contestó que sí. ¿Qué estaban haciendo? -Volví a inquirir-. Y me dijo que estaban recuperando el camino El Cartageno, que habían abandonado con la violencia. Ese camino llevaba a las tierras fértiles que quedaban abajo, junto a Río Verde. Era importante recuperarlas porque cuando el río bajaba fertilizaba la tierra con los residuos orgánicos que traía consigo, los cuales se convertían en abono. Recuperar los caminos era necesario para volver a trabajar la tierra, para sembrar comida.

En un taller de cartografía social que hicimos esa tarde, aprendimos que esas tierras junto al río se llaman *trabajaderos*. Don Mauricio y otros hombres dibujaron más caminos hacia estos sitios. Uno de ellos es el camino de San Rafael, que daba a un *trabajadero*<sup>16</sup> del mismo nombre abajo en el río Calderas, donde había una tierra muy fértil y muy buena para sembrar yuca, plátano, cacao. Una señora, al ver que los compañeros dibujaron este sitio, dijo: “Allá nos levantamos los Agudelos”, haciendo referencia a que allá se había criado su familia.

Por la importancia que tienen los caminos para la vida campesina es que empezamos con ellos nuestro relato, que busca conocer el volver a la tierra de hombres y mujeres, que haciéndolo reconstruyen una vida en común, unos lugares y recrean un proyecto político a partir de sus trabajos cotidianos.

Los caminos son importantes porque ellos pudieron haber hecho posible el nacimiento de veredas como Boquerón. Para algunos de sus habitantes, el origen de esta vereda está relacionado estrechamente con el camino “real”. Recuerdan que había gente que

---

<sup>16</sup> En la investigación de Beatriz Arias (2013) se muestra cómo estos *trabajaderos* fueron abandonados en los tiempos más intensos de conflicto armado (2002-2006). Ver pág. 114 de su informe.

se iba de Cocorná pa'<sup>17</sup> Aquitania, pal Magdalena medio y pasaban por donde ahora es Boquerón, que era la ruta. Por eso se iban asentando allá, también en La Honda, en Comejenes. Le escuché a Don Pablo que por Boquerón “pasaban todos los indígenas”. Para Guillermo el camino en esa época, en dirección contraria, subía del Boquerón al Aguacate, bajaba a Cañada Honda, pasaba por San Isidro, luego por La Ventana y salía a Cantarrana. Para ellos el origen de su vereda se relaciona con el movimiento de caminantes, arrieros y cosas por ciertas rutas, el cual se fue sedimentando con el asentamiento de algunas tiendas, tabernas, casas.

En los albores del siglo XXI, estos caminos se recorrieron en dirección contraria cuando los hombres y las mujeres habitantes de estas veredas sufrieron el desarraigo. En el capítulo 3 podremos conocer con mayor detalle algunos de sus itinerarios, entre los que se menciona el éxodo por la autopista Medellín-Bogotá, el paso por municipios como Rionegro y la llegada a ciudades como Medellín. O la toma de la autopista en dirección contraria para llegar a Bogotá o a otras urbes como Cartagena, Barranquilla, entre otras.

Los caminos son los que nos llevan por primera vez a conocer la historia de un lugar. En este proceso, conocemos a través de nuestros pies, de nuestros sentidos, del movimiento y de las palabras, que también se caminan con el compañero o la compañera de viaje. Los caminos son, a su vez, las rutas que hemos emprendido en este esfuerzo por conocer. Es necesario compartir sus coordenadas con las lectoras y lectores, para que entiendan cómo se ha venido produciendo el conocimiento que este texto pretende recrear, para que vuelvan a andar estos caminos previendo algunos obstáculos, advirtiendo nuestras debilidades y ayudando a descubrir aprendizajes más profundos. Otra razón fundamental para describirlos es que es necesario dar a conocer cuáles han sido los suelos para estos pensamientos que queremos poner en común, sus condiciones de posibilidad (Deleuze y Guattari, 1993).

---

<sup>17</sup> En el uso cotidiano del lenguaje por parte de las comunidades campesinas en el Oriente antioqueño por lo general se abrevian expresiones como “para”, “para el”, por medio de “pa”, “pal”. En algunas ocasiones se hará uso de las expresiones de uso popular, abreviadas, con la intencionalidad de transportar al lector al universo de prácticas, discursos y significados de la población campesina con que se investigó.

Hemos tratado de recrear la etnografía como un método, un enfoque, una manera de narrar y una forma de aprender con la gente y con el mundo, así como una práctica ética, política y estética que busca potencialidades de vida, transformar la realidad y a nosotros mismos (Guber, 2001) (Ingold, 2015). Desde esta propuesta, el cuerpo es nuestro principal instrumento para conocer en conversación con el mundo y con los otros. Pero la conversación no agota el ejercicio. Es necesario también dejarnos afectar por los lugares que ocupamos, las posiciones que experimentamos y las intensidades que las acompañan y abrir nuestra sensibilidad para comunicar estos afectos con los demás (Favret-Saada, 2013 [1990]:63-64). Caminos, casas, ríos, vestigios, han intervenido activamente en la generación de preguntas y en sacudir prejuicios y creencias librescas. La forma en que nos han afectado objetos, espacios y cuerpos ha influido con fuerza los pensamientos que aquí se recrean (Piazzini, 2015).

Estos pensamientos tienen unas geografías y se han producido a partir de relaciones germinadas por la afección. Afectarnos al caminar nos ha transformado y ha abierto rutas de aprendizaje a partir de lo sentido, escuchado, probado, observado. Esta comprensión de la etnografía como “dejarnos afectar” tiene relación con el llamado que hace el filósofo español José Luis Pardo cuando habla de la geografía del pensamiento y de la historia de la afección, sobre restituir el lugar de la afección (término que puede subsumir los de espacio y tiempo) como aquello que condiciona y hace posible el pensamiento: “lo pensado tiene como referencia última lo sentido, pensamos porque somos afectados, y pensamos [...] nuestras afecciones” (Pardo, 1992:41). Así, los aprendizajes que ha posibilitado la etnografía han surgido a partir de relaciones de afección entre cuerpos, lugares, materialidades.

Caminar para conocer, la estrategia que pretende concretar un modo específico y situado de hacer etnografía, no es un novedoso invento de este trabajo. Por el contrario, tiene diversas fuentes de inspiración. Una de ellas es un principio metodológico llamado “conocer es recorrer”, que hace parte de los conceptos guambianos que fundamentaron la etnografía realizada por el pueblo Misak y un grupo de solidarios con las luchas indígenas, entre ellos Luis Guillermo Vasco. Este principio está ligado a los procesos de recuperación territorial,

que implicaron a su vez procesos de recuperación de la historia de este pueblo. Estas recuperaciones partieron de una concepción sobre el tiempo y el espacio como dimensiones interdependientes. Por eso en el proceso de recuperación de la historia recorrieron en múltiples direcciones sus antiguas tierras y también las que recuperaron a los terratenientes.

En esos recorridos confirmaron que “su territorio” es el resultado de una superposición de capas que se funden y modifican a través de los trabajos de las diferentes generaciones que lo han habitado y apropiado; “de este modo, la larga sucesión temporal queda presente y comprimida en el espacio que se habita y se transforma en la actualidad” (Vasco, 2002a:435). El transcurrir del tiempo fue visto como desenvolvimientos en el espacio, como recorridos, práctica fundamental en el proceso de constitución de una territorialidad densamente histórica (Vasco, 2002b:443). La recuperación de la historia a través de los recorridos tuvo como objetivo ayudar a resolver problemas que este pueblo tenía en su momento, relacionados fundamentalmente con la recuperación del territorio y de las formas propias de vivir en él, un uso y una apropiación política:

Precisamente, al moverse por los distintos lugares y siguiendo las direcciones señaladas, se van ligando los diferentes tiempos y los acontecimientos que en ellos ocurrieron, relacionándolos con el ahora en que se recorre y con los propósitos y objetivos de hoy con los que se hacen tales recorridos. En el territorio, constituyéndolo, existen todos los tiempos, como capas que se han depositado en él y que es necesario levantar, separando, retomando y relacionando precisamente aquellas que son necesarias para conducir la vida de hoy y resolver sus problemas. Los recorridos territoriales de los guambianos son un ir y venir a la vez en el espacio y en el tiempo (Vasco, 2002b:46-47).

No digo que las y los habitantes de San Francisco compartan el mismo principio de “conocer es recorrer”. Más bien al caminar junto con ellas y ellos para conocer sus veredas y sus casas fuimos reconociendo poco a poco la importancia de este ejercicio y todas las posibilidades que abre para aprender de un lugar, de sus historias, de los trabajos con los que la gente a diario se relaciona con él, siendo afectada por éste y otorgándole sentidos. Y al ver el documental “Por las huellas de los abuelos” y conocer de la Caminata por la memoria y el territorio que emprendieron varias campesinas y campesinos de la ACA, hemos venido aprendiendo que, si se tiene el propósito y la intención, caminar puede tener un importante

sentido político de recuperación de los caminos, la tierra, el territorio y la historia. Recordemos que el objetivo de esta caminata era recuperar los caminos abandonados como consecuencia de la guerra, requisito indispensable para regresar a sus casas y poder “volver a trabajar en las tierritas”. Por eso para este trabajo ha sido fundamental caminar, debido a los aprendizajes que hace posible y a la intención de continuar profundizando su potencia política, en tanto contribuye a volver y recuperar la tierra.

Caminar se ha acompañado de otros ejercicios como las reuniones con las comunidades en sus lugares de encuentro: el salón de la Junta de Acción Comunal, la escuela, el corredor de una casa... En estas reuniones tuvimos conversaciones sobre la historia de las veredas, en las que participaron mujeres y hombres de diferentes edades. En algunos casos hicimos estos encuentros a la manera en que los hacen cotidianamente, como una chocolatada por la tarde y viendo documentales realizados por Producciones El Retorno. Y mientras se hacía más cotidiana y tranquila, la conversa funcionaba más, desbordando formatos cuadrículados que llevábamos como las líneas de tiempo, recordándonos con fuerza que el tiempo no es lineal y que los relatos iban y venían narrando recuerdos memorables para la vida comunitaria, explorando sus causas y consecuencias, sin hacer mucho énfasis en las fechas exactas, haciendo conexiones que permitieran entender mejor nuestro presente, los problemas antiguos que aún persisten y los retos a afrontar como comunidad en el futuro.

Estos ejercicios también tenían dificultades: en algunos lugares los hombres tomaban el protagonismo y parecía que su palabra era más importante. Muchas mujeres callaban y al preguntarles por su silencio algunas jóvenes respondían que estas reuniones eran de hombres, así ellas, como mujeres, fueran las protagonistas en muchas reuniones importantes para su vida política como parte de la ACA: la preparación y realización de las Ferias Campesinas, los encuentros de la cooperativa de productores COPROACA, entre otras. En otras ocasiones simplemente se abstendían de hablar o tocar temas que pudieran ponerlas en problemas con sus compañeros varones. Por eso era importante compartir otras situaciones cotidianas, donde fuera posible conversar sin la presión del grupo y sin la presencia de los compañeros, así mi sola presencia como hombre también limitara tratar asuntos que sólo se tratan en

espacios con otras mujeres. Algunos de esos asuntos más íntimos los aprendimos en espacios como los talleres de tejido y asambleas donde desde el equipo de investigación promovimos discusiones en torno al tema de género en la Asociación.

En estas reuniones también realizamos cartografías sociales. Podemos entender a la cartografía social como una estrategia que permite caracterizar, analizar y representar de forma participativa el lugar desde la perspectiva de los actores que lo habitan, conocen y producen cotidianamente. Ésta posibilita una producción dialógica y situada de conocimiento, que puede combinarse con recursos como imágenes audiovisuales, memorias recreadas a través de recorridos, historias y relatos de vida, fotografías y archivos gráficos, dibujos y expresiones creativas, así como mapas dibujados colectivamente (Montoya, García y Ospina, 2014:192). Su aplicación no sigue una receta rígida, al contrario, debe ser recreada a la luz de las condiciones concretas del espacio desde donde se la produce (Montoya, García y Ospina, 2014).

Las cartografías sociales han surgido como iniciativa de comunidades locales y movimientos sociales, en función de sus procesos de “defensa del territorio” y reclamación de derechos territoriales frente a las amenazas del modelo capitalista de despojo y explotación de los bienes comunes. Pueden entenderse como una alternativa a los mapas oficiales, que han sido prácticas clasificatorias de apropiación de territorios, recursos y poblaciones para el Estado moderno (Anderson, 1991 citado por Montoya, García y Ospina, 2014:195). Las representaciones cartográficas, tanto las que han tenido como finalidad controlar como las que han pretendido resistir a los procesos de dominio territorial, son fuentes de poder. Por lo tanto, la cartografía social se integra en una metodología coherente con una concepción del conocimiento que se valida a partir de la transformación de la realidad y el aporte que genere a las luchas de los pueblos.

Existen antecedentes importantes de elaboración de cartografías sociales en el marco de procesos de producción de conocimiento vinculados a las luchas de pueblos y movimientos sociales en América Latina y Colombia. En Brasil, el Proyecto Nueva

Cartografía Social de la Amazonia (PNCSA) ha producido mapas que se han usado en movilizaciones políticas, convirtiéndose en instrumentos de lucha y “defensa del territorio” (Almeida, 2013: 33 citado por Montoya, García y Ospina, 2014:195). En Colombia, “los solidarios”<sup>18</sup> en los años 1970 y 1980 promovieron los mapas parlantes en su acompañamiento investigativo a las luchas indígenas del suroccidente del país. Estos mapas fueron instrumentos pedagógicos que servían a la lucha por la tierra, conectando las luchas históricas con las luchas del presente que libraban estos pueblos. En nuestro país otros actores como la Fundación Minga, el Observatorio de Territorios Étnicos y diferentes organizaciones de comunidades negras han puesto en práctica cartografías sociales que aporten a sus luchas por la autonomía territorial (Montoya, García y Ospina, 2014:195-196).

En los antecedentes investigativos revisados que han empleado la cartografía social, hemos encontrado como una de sus fortalezas la integración de recorridos territoriales, con los cuales estas pesquisas han buscado identificar lugares, objetos, eventos y personajes significativos para la vida cotidiana de los participantes y su relación con los recuerdos y vivencias del pasado (Montoya, García y Ospina, 2014:198).

Recuperando los aprendizajes de dichos antecedentes, en el presente trabajo realizamos caminatas que lograron la identificación de elementos similares, pero estas se hicieron siguiendo los ritmos cotidianos de las personas con las que investigamos, acompañándolas a pie en los trayectos al interior de sus veredas o entre sus veredas y el casco urbano del municipio. La idea de no romper en algunas ocasiones con esos ritmos cotidianos por medio de una actividad extraordinaria, como los talleres y otras actividades programadas, partió de la intención de preguntarse por cómo las personas aprenden entre ellas, cómo conocen su espacio y cómo se relacionan entre sí, con la finalidad de integrar estas formas a la práctica investigativa, confrontándolas con las técnicas y métodos de las ciencias sociales.

---

<sup>18</sup>Se conoció como “los solidarios” a una colectividad conformada por mujeres y hombres profesores y estudiantes universitarios, trabajadores, campesinos y pobladores urbanos de diferentes regiones de Colombia que acompañaron las luchas indígenas del suroccidente del país e hicieron junto con ellas un importante trabajo investigativo y político durante las décadas de 1970 y 1980. Algunas de las figuras que se resaltan son las de Víctor Daniel Bonilla, María Teresa Findji y Luis Guillermo Vasco.

De esta confrontación pudo germinar una forma particular y situada de hacer etnografía, que sigue estando cargada de contradicciones, de las que pueden seguir surgiendo nuevos conocimientos.

En nuestros ejercicios de cartografía, dibujamos mapas de las veredas en donde las y los participantes expresaron la forma como se relacionan con el lugar que comparten y donde se hace posible su vida en comunidad. A través del dibujar, o confrontando diferentes dibujos, se generaron diálogos productivos que pusieron en tensión diferentes formas de experimentar el lugar. Estos mapas hoy son documentos de los que podemos aprender parte de la complejidad de las relaciones y vínculos que constituyen el espacio social de las veredas.

La puesta en práctica de esta técnica de investigación permitió confrontar un presupuesto que llevábamos en relación con el lenguaje referido al espacio social, al reconocer algunas nociones locales para nombrarlo. La noción de *territorio*, que hace algunos años viene siendo usada por la ACA en las movilizaciones políticas -como parte de un movimiento campesino como el Coordinador Nacional Agrario -CNA- que tiene entre sus banderas el reconocimiento del sujeto campesino y su territorialidad-, sonaba extraña para algunos participantes de los encuentros, con excepción de algunos líderes o personas que han participado en espacios más formales de formación o incidencia política. La *vereda* (La Eresma, Boquerón), o un sector de una vereda (La Maravilla) en el que vive un segmento de la población que comparte una historia y una identidad (Jardín Matecaña), o la *comunidad* son las palabras más usadas para nombrar ese espacio compartido que dibujaban.

Esto que emergió en los talleres de cartografía social no es sólo un problema de los usos del lenguaje, sino que expresa la forma en que operan las luchas campesinas en la vida cotidiana y en espacios a nivel local o veredal. Los movimientos socioterritoriales campesinos necesitan generar una apropiación política del espacio para transformar la realidad hacia la consecución de objetivos como el acceso a la tierra, la reforma agraria, la soberanía alimentaria, la construcción de formas de autogobierno territorial, entre otros. La “defensa del territorio”, bandera de estos movimientos, expresa con pertinencia ese carácter

político de la relación con el espacio que buscan y promueven entre sus bases sociales.

La promoción del concepto de *territorio* por parte de los movimientos entre sus bases sociales, es parte de un proceso que no ha alcanzado a consolidarse hasta llegar al conjunto de la población campesina. Sin embargo, este concepto no es la única forma de nombrar al espacio social y los movimientos campesinos podrían explorar otras opciones, incluso posibles de encontrarse en las mismas nociones locales. Una de estas nociones es la de *vividero*, que elaboraremos en la exposición de la estrategia metodológica del tejido, que sigue después de la de cartografía social.

Hay retos metodológicos para poner en práctica la cartografía social. Quienes participaban más activamente del dibujo de los mapas eran personas que habían tenido algún contacto con la educación básica o secundaria: niños, jóvenes estudiantes o adultos que terminaron o dejaron incompleto el colegio. Cuando se propiciaba un ambiente de confianza y cooperación, las demás personas a través del diálogo sugerían qué dibujar y cómo, señalaban dónde se ubicaban sus casas, sus cultivos, cómo era la trayectoria de los caminos y los ríos y otros elementos que configuran el espacio de las veredas y sus alrededores. Pero a veces era difícil conseguir el interés y la participación activa de todos los participantes. Logramos mayor participación cuando trabajamos el dibujo de los mapas a partir de grupos más pequeños por adscripción de género y generación: un grupo de mujeres, otro de niños y jóvenes y otro mixto. En los grupos mixtos por lo general tendían a tomar protagonismo los hombres. En los mapas encontramos una representación visual, que desarrollamos analíticamente en el capítulo 3, de los trabajos y cuidados que sostienen el espacio y la vida de las veredas, la división del trabajo de acuerdo al género, los vínculos con los ríos, la distribución espacial de viviendas, cultivos, animales, entre otros elementos. Por ahora, quisimos resaltar en los aspectos metodológicos involucrados en la puesta en práctica de la cartografía social.

Como parte de la estrategia metodológica de la investigación realizamos acompañamiento a unos talleres de tejido con las mujeres campesinas promovidos por la

ACA y la Universidad de Antioquia -UdeA-<sup>19</sup>, los cuales se convirtieron en importantes espacios de producción de conocimiento que aportaron a nuestra investigación, principalmente porque en estos emergió la noción local de *vividero*.

Los talleres se realizaron desde una metodología participativa que hacía énfasis en el tejido, comprendido desde su naturaleza de trabajo manual con hilos y telas, pasando por el sentido de hilar unos pensamientos, una historia, una narración de experiencias personales y colectivas mientras se trabaja con las manos, hasta su significado más alegórico relacionado con el fortalecimiento, la reconstrucción y la terapéutica de los vínculos sociales, del “tejido social”. Desde esta analogía entre la práctica manual y los vínculos sociales, la práctica de tejido emerge como un *arte de hacer* que, de acuerdo con la propuesta de Michel de Certeau (2000), es una práctica cotidiana que tiende a una terapéutica de los vínculos sociales deteriorados por la atomización del espacio, tras las consecuencias generadas por el conflicto armado y el modelo de desarrollo.

Cuando en los talleres de tejido se hizo la pregunta a las mujeres por qué entendían por *territorio*, ellas respondieron que el territorio es el lugar donde se vive con tranquilidad, dignidad y paz, con todo lo necesario, con todo lo que hace falta. También es el cuerpo y la vida, tiene una memoria y una historia, y es el lugar donde se teje la vida social. El “territorio” fue nombrado por ellas como un *vividero* que se forma a través de las relaciones entre vecinos, la solidaridad, la ayuda, los espacios de encuentro y trabajo comunitario.

Esta concepción de *vividero* que tienen las mujeres puede encontrar resonancia en la propuesta teórica de James Scott sobre la “creación de espacio social para una subcultura disidente”, donde se sostiene que sólo en un espacio social seguro, en el que se puedan reunir los dominados para encontrar refugio, apoyo y comunicación con quienes comparten su misma condición, pueden germinar las semillas de dignidad. Incluso este autor plantea que

---

<sup>19</sup> En el marco de un proyecto denominado “Tejer a Varias Manos: pedagogía para diseñar Planes de Vida Territorial”, realizado por las investigadoras Isabel González y Beatriz Arias, de la UdeA y Pilar Parra, de la ACA, durante el año 2017.

para entender el proceso de desarrollo de una resistencia es indispensable analizar cómo se crean espacios sociales con cierto nivel de autonomía frente a los sectores dominantes (Scott, 2000:147). Sólo especificando cómo se elaboran y se defienden esos espacios es posible entender la forma en que se socializan las prácticas y los discursos de la resistencia, constituyéndose sujetos colectivos a partir de la comunicación y la construcción de vínculos entre sujetos individuales. La forma de elaboración de estos espacios podremos conocerlas con mayor detalle en el capítulo 3 a partir de las categorías de trabajo y cuidado.

Esa construcción colectiva no nos debe hacer perder de vista que las relaciones de poder y las resistencias también se dan al interior de las mismas colectividades, como en el movimiento campesino, cuando las mujeres luchan por hacer escuchar su voz y ser partícipes en los espacios políticos y organizativos. Las mujeres crean sus propios espacios para compartir, reflexionar sobre sus experiencias, solidarizarse entre ellas, poner en práctica discursos políticos donde denuncian su posición subyugada y planean hacer escuchar su voz y tomar un papel más protagónico en su comunidad y su movimiento: estos espacios son los costureros, los grupos de tejedoras que se han venido formando en San Francisco como parte del trabajo de la ACA.

En este trabajo fue importante la fotografía como un lenguaje con potencia particular para narrar historias que detonan los espacios y las materialidades. La revisión de antecedentes de investigación señaló la pertinencia de la articulación entre la narrativa visual de la fotografía y la investigación etnográfica sobre problemas referentes a la historia y la memoria en relación con procesos de violencia que atraviesan la configuración de la Colombia rural (Montoya y Arango, 2008) (Severino, 2009). En estas investigaciones se señaló la potencia de la imagen como dispositivo que puede activar un conjunto de relatos a partir del cual se han generado narraciones que reconstruyen la memoria de un grupo social determinado, las cuales se han usado con fines políticos que, para el caso de nuestra investigación, los constituyen la recuperación de prácticas de organización comunitaria y apropiación del espacio social que han sido afectadas por procesos de violencia, como las formas colectivas de trabajo -convites, mingas y juntas-. La narrativa visual que acompañó

esta investigación buscó la recuperación de prácticas que potencien los procesos organizativos en el presente y hacia el futuro.

Por ser la recuperación de prácticas comunitarias un uso político de la memoria al cual pretendió aportar este trabajo, fue importante el uso de la imagen fotográfica y su intervención a través del *collage* en la activación de relatos sobre un pasado que hoy se encuentra condensado en los lugares que hemos caminado para conocer. Esta activación no solo se generó usando las fotografías como evidencias de este pasado sino también como metáforas que evocaron preguntas sobre los procesos que están dinamizando la configuración material y simbólica de los espacios en la mediana y la larga duración del tiempo histórico. Esa fue la intención y el sentido de componer los *collages* y la combinación de imágenes con textos narrativos que puede encontrarse entre los distintos capítulos de este trabajo. Estas composiciones tratan de ilustrar las claves que hacen posible pensar el espacio: *multiplicidad, coexistencia, interrelación* (García, 2009).

La antropóloga Catalina Severino (2009) ha sido una de las investigadoras que ha estudiado la forma en que las prácticas artísticas detonan la reflexión sobre la forma en que fenómenos como el de la violencia en Colombia se sedimentan en el presente y avizoran reclamos hacia el futuro por parte de movimientos sociales y ciudadanos. Su enfoque tuvo pertinencia para enriquecer nuestra propuesta metodológica abierta, protagonizada por una etnografía preocupada por entender los procesos socioespaciales, al dirigir nuestra mirada hacia la pregunta por cómo las memorias se condensan en lugares, objetos, cuerpos y sustancias (Cortés Severino, 2009:168). Las críticas que esta antropóloga hizo de las producciones artísticas, la llevó a mostrar “cómo la memoria está en continua relación con niveles materiales, inmateriales, vivos, muertos, animales, vegetales, es decir, la memoria como deriva que liga diferentes agentes y temporalidades en el presente” (Cortés Severino, 2009:174). Desde esta perspectiva, las imágenes y sonidos que componen escenarios, no monumentales, de la memoria, no pretenden simplemente informar, visibilizar y mostrar sino crear espacios sensoriales, reflexivos y dialógicos a través de formas que afecten los sentidos de sus audiencias (Cortés Severino, 2009:175).

Las prácticas artísticas que estudia Cortés Severino tienen el poder de afectar la historiografía privilegiando formas que van más allá del texto escrito e involucrando las memorias que detonan los cuerpos, los lugares, las materialidades biofísicas, abriendo la posibilidad para la intersección y conjunción de múltiples temporalidades, que cuestionan la linealidad del tiempo occidental, y para las lógicas no duales entre pasado/presente, tiempo/espacio, razón/afecto, entre otras (Cortés Severino, 2009:185-186). Al usar narrativas como la imagen fotográfica trabajamos con fuentes “no oficiales” de la historia (Cortés Severino, 2009:192): paredes de casas abandonadas, grafitis pintados en ellas, cementerios construidos por la guerrilla, instrumentos de trabajo en desuso, ríos que murmuran en sus corrientes historias de encuentros y conflictos, manos de hombres y mujeres alzadas al aire en una asamblea; imágenes que componen los *collages* de este trabajo y nos ofrecen, a investigadores y lectores, una ventana para pensar el espacio en un registro diferente al lenguaje escrito.

Las imágenes del espacio fueron para nosotros una forma de conocer a través del ser afectados y no un objeto pasivo de contemplación o adorno. Porque es necesario advertir sobre la función ideológica que ha cumplido la fotografía de los “paisajes” como forma de consumo de masas: su difusión masiva por los medios de información ha situado a los espectadores en una posición de pasividad y contemplación, que oculta la importancia estratégica, en términos políticos y militares, de las representaciones y los saberes relativos al espacio (Lacoste, 1977: 20-21). Al visualizar los *collages* debe tenerse esto en cuenta para no caer en la tentación de contemplar como tarjeta de postal las imágenes de unos espacios que han sido terreno de operaciones y confrontaciones militares, las cuales han dejado profundas marcas en el paisaje.

La invitación es a dejarnos afectar por las imágenes de lugares, en tanto involucran nuestros sentidos y nos comunican, tanto a través de su narración escrita como fotográfica, las huellas de procesos geohistóricos que permiten, al ser narradas, recordar unos cuerpos y lugares sociales fragmentados por la implantación de un modelo de desarrollo y por el conflicto social y armado. Para lograr este propósito “es necesario recuperar el sentido de la

estética fundamentada en el cruce de relaciones que la afección posibilita, más allá de una teoría de lo bello o de un dispositivo neurofisiológico” (Cardona, 2015:20). Esto nos previene de una contemplación pasiva de bellos paisajes y nos incita a dejarnos afectar.

Como ya esbozamos anteriormente, la apuesta metodológica de esta investigación buscó formas de vinculación con la Asociación Campesina de Antioquia -ACA- y otros movimientos a los que ésta se articula o comunica a nivel regional, como el Movimiento Social por la Vida y la Defensa del Territorio del Oriente Antioqueño -Movete-, nacional, como el Coordinador Nacional Agrario -CNA- y el Congreso de los Pueblos, e internacional, como la Red de Hermandad y Solidaridad con Colombia -Redher-. En coherencia con esta búsqueda, realizamos acompañamiento y trabajo conjunto con los equipos de investigación y formación de la Asociación, participando de sus actividades educativas y políticas. También participamos en eventos que organiza el Movete para discutir y visibilizar problemáticas y conflictos de carácter sociambiental en el Oriente antioqueño como el VIII y IX Festival del Agua (San Luis, 22 y 23 de octubre de 2016 y Sonsón, 19 y 20 de octubre de 2017) y otros como la Caravana por la Vida, el Agua, el Territorio y la Paz (12 al 19 de agosto de 2017 recorriendo municipios pertenecientes a las 4 zonas en que se delimita el Oriente), en alianza con Redher, y el Festival del Río Samaná (San Francisco y San Luis, 18 y 19 de marzo de 2017), en alianza con la Fundación Yumaná.

La búsqueda de un trabajo vinculado con movimientos sociales parte del principio que sus propuestas están a la vanguardia del pensamiento sobre temas como tierra, territorio, autonomía alimentaria y modelos alternativos de desarrollo, volviendo anacrónicas las propuestas del Estado y la academia, las cuales solo nos pueden conducir a una mayor devastación ecológica y social (Escobar, 2014:14). El antropólogo colombiano Arturo Escobar señala tres dimensiones en las que estos movimientos aportan al pensamiento social: 1) su cuestionamiento de divisiones como naturaleza y cultura y el reconocimiento de los humanos como parte de la trama de la vida en la Tierra; 2) su propuesta de transición ecológica y cultural profunda, que deje atrás el capitalismo y busque órdenes socio-naturales alternativos; y 3) la prioridad que le dan a aspectos como la alimentación y a la conducción

de la economía con miras a satisfacer las necesidades de la vida y no del mercado y las corporaciones. Es por eso que él hace un llamado a sentipensar con la tierra, los territorios, las culturas y los conocimientos de los pueblos, “más que con los conocimientos descontextualizados que subyacen a las nociones de “desarrollo”, “crecimiento” y, hasta, “economía” (Escobar, 2014:14-16).

Sentipensar es un concepto que el sociólogo barranquillero Orlando Fals Borda aprendió con los ribereños de la Depresión Momposina (Fals, 2002 [1979]:19A). Arturo Escobar lo retoma porque aporta para el necesario propósito de aprender del arte de vivir de los pueblos en relación con sus espacios vitales. Es un concepto anfibio: como combina agua y tierra, al ser fundamento de la cultura anfibia de los ribereños, también combina actuar con el corazón y con la cabeza. Al hacerlo, anticipa las críticas que posteriormente las geografías feministas le harán a dicotomías como razón y emoción, mente y cuerpo, cultura y naturaleza, género y sexo (Haraway, 1995), entre otras, que han sido tomadas como cimientos por parte del conocimiento burgués, patriarcal, blanco, producido “desde ninguna parte”.

La propuesta metodológica de caminar como modo de conocer pretende aportar a un campo que la antropóloga estadounidense SETHA LOW (2017) ha nombrado como la etnografía del espacio y el lugar. Esta autora ha estudiado cómo la investigación etnográfica ha sido usada para entender el espacio y el lugar y ha argumentado que la etnografía ofrece una aproximación única y valiosa para el esfuerzo interdisciplinario de los Estudios Socioespaciales. El estudio etnográfico del espacio y el lugar es crucial para entender la vida cotidiana de personas cuyos hogares y lugares de origen son trastornados por la globalización, el desarrollo desigual, la violencia y la inequidad social. Estos y otros problemas mundiales contemporáneos están ligados de forma inextricable a los aspectos materiales, simbólicos, emocionales e ideológicos del espacio y el lugar. La habilidad de la etnografía para producir descripciones precisas y análisis matizados desde múltiples perspectivas provee la flexibilidad y la creatividad necesarias para entender la complejidad de las relaciones sociales y las configuraciones culturales contemporáneas, así como para integrar la materialidad y el significado de acciones y prácticas en diferentes escalas con las

que se desenvuelven procesos socioespaciales (Low, 2017:1-2). La etnografía contemporánea requiere de una concepción del espacio flexible y móvil, que permita estudiar cómo éste es producido históricamente en su dimensión material y cómo es creado a través de interacciones sociales, interrelaciones ambientales, cuerpos en movimiento, sueños y deseos (Low, 2017:6).

Low (2017) establece un marco teórico que fundamenta la etnografía del espacio y el lugar, que resume bajo la noción de Espacializando la cultura (*Spatializing Culture*), la cual dio nombre a su libro. Esta noción da cuenta de un proceso dialógico que vincula la producción social del espacio con la construcción social del espacio y los significados del lugar, integrando los aspectos sociales, económicos, ideológicos y tecnológicos de la producción material con la experiencia fenomenológica y simbólica mediada por procesos sociales de intercambio, conflicto y control. Los énfasis materialistas de la producción social son útiles en definir la emergencia histórica y la formación económica y política del espacio, mientras la construcción social hace referencia a la transformación del espacio a través del lenguaje, la interacción social, la memoria, la representación, el comportamiento, el uso y las acciones que transmiten significados (Low, 2017:7).

Dentro de este marco, los cuerpos son concebidos como unidades espaciotemporales con sentimientos, pensamientos, preferencias, intenciones y prácticas culturales. Los cuerpos de humanos y no humanos a partir de sus movimientos y trayectorias cotidianas inciden en la configuración de los lugares y en los significados con los cuales se dotan. De eso habla el fundamento teórico de la etnografía del espacio cuando sostiene que lugar y espacio están siempre corporeizados<sup>20</sup> o encarnados (Low, 2017:6-8). Es en sus cuerpos donde los sujetos

---

<sup>20</sup> En el original en inglés la autora usa el concepto de embodied space. Embodied podría traducirse también como personificado, encarnado o materializado. En la jerga científica de la antropología del cuerpo, esta palabra ha sido usada conservando el término inglés de embodiment o traduciéndola con palabras como “corporización”, que no hacen parte de la lengua castellana (ver por ejemplo: <http://red.antropologiadelcuerpo.com/index.php/tag/embodiment/>). La palabra corporeización sí existe en el castellano, es la acción y el efecto de corporeizar: “Dar cuerpo a una idea o a otra cosa no material” (DRAE), un significado similar a uno de los sentidos que tiene embody: “to give a tangible, bodily, or concrete form to (an abstract concept)” (<https://www.thefreedictionary.com/embodies>).

experimentan en su vida cotidiana los impactos de procesos económicos, políticos o culturales que rebasan las fronteras locales, produciendo en ellos sufrimiento, placer, incertidumbre, según la posición que se ocupe en la jerarquía social (clase, género, cultura, generación, etc.).

Entre las diversas estrategias metodológicas que han sido usadas en las etnografías del espacio y el lugar, sobresale para nuestro trabajo la importancia que algunas investigaciones etnográficas le han dado al caminar y al movimiento en la creación de espacio, como prácticas y fenómenos que redefinen el lugar como movimiento e intersección de caminos y cuestionan la visión dominante que lo comprende como simple “contenedor” de los hechos sociales (Low, 2017:103).

Por ejemplo, el geógrafo Allan Pred (1984) traza la historia de las microgeografías de la vida cotidiana en el sur de Suecia para determinar las formas en que el movimiento y el comportamiento cotidiano generan transformaciones espaciales en la tenencia de la tierra y en la estructura social local. Los análisis de De Certeau (1984) de las tácticas espaciales de orientación y movimiento se enfocan en cómo los actos mundanos de caminar y divagar resisten el orden estatal y los regímenes de la planeación urbana. Tom Hall y Robert Smith (2013) adhieren al “ritmoanálisis”, un método propuesto por Lefebvre (1996, 2005) para analizar los ritmos de los espacios urbanos y los efectos de estos ritmos en sus habitantes (Low, 2017:103). John Gray (1999), en su investigación sobre el pastoreo de ovejas en las fronteras de Escocia, argumenta que el *hirsell*, un espacio que incluye tanto al pastor de ovejas como a su área de pastoreo, es constituido por las caminatas o las rondas que los pastores dan por las montañas para cuidar sus animales (Gray, 1999 citado en Low, 2017:103).

En sus investigaciones etnográficas llevadas a cabo en el noreste de Escocia, Ingold y Vergunst (2008) argumentan que la relación entre caminar, corporeización y sociabilidad es crucial. Para ellos, caminar permite una experiencia de corporeización que está fundada en una relación inherentemente social entre el ser y el ambiente. Basados en el estudio de los caminantes de Aberdeen, conceptualizan la relación entre cuerpos y ambiente en tres vías: 1)

el caminante puede mirar o sentir el ambiente; 2) el caminante puede rondar al interior de pensamientos, memorias o historias mientras está experimentando y percibiendo; y 3) los caminantes pueden hacerse conscientes de o cruzar la frontera del cuerpo y el ambiente a través de sus interacciones corporeizadas y emocionales (Ingold y Vergunst, 2008 citados en Low, 2017:104).

En sus propias investigaciones, Low describe formas de caminar en ciudades latinoamericanas, como San José de Costa Rica, como la *retreta* y el *paseo*, que se relacionan con prácticas culturales de cortejo y disfrute del espacio público y tienen ritmos particulares relacionados con los gestos, las miradas y el tiempo con que se da cada paso (Low, 2017:108-113). Esta antropóloga también remite a una investigación etnográfica realizada en Serbia sobre el *corso*, una forma de caminar el centro de ciudades como Smederevska Palanka en la que se inscriben espacialmente jerarquías basadas en el género, la clase y la generación (Low, 2017:113-116).

Nuestro trabajo dialoga con investigaciones etnográficas enfocadas en el caminar, en el movimiento y el ritmo que relaciona cuerpos, espacios y formas de sociabilidad, las cuales están enmarcadas en un campo teórico que Low define como espacio corporeizado, que propone trascender la separación entre las perspectivas constructivistas de la construcción social del espacio y los macro-análisis de la producción social del espacio. Este campo constituye una aproximación materialista que estudia la agencia de cuerpos humanos y no humanos, así como los afectos y los movimientos de estos cuerpos, en la creación del espacio vivido (Low, 2017:206).

## Conclusiones

La estrategia metodológica que orientó esta investigación nos ha enseñado cómo a partir del movimiento y el caminar se han configurado las veredas como espacios fundamentales para la vida campesina; cómo caminar es un ejercicio donde experimentamos

la unidad indisoluble entre espacio y tiempo a través del contacto con los objetos técnicos; y cómo al caminar se ponen en relación cuerpos, espacios y materialidades que intervienen activamente en la producción del conocimiento. Estas enseñanzas están informadas por teorías sobre las geografías del conocimiento y la historia de la afección; las etnografías del espacio y también las que se fundamentan en el ser afectados y en las formas de aprendizaje conjunto con el mundo y con los otros; los conocimientos situados y las geografías feministas; la Investigación-Acción-Participativa (Fals, 1986) y Recoger los conceptos en la vida (Vasco, 2002c).

Caminar ha detonado análisis sobre la producción social de los espacios que se recorren, bajo los lentes de la historia, la economía política y la geopolítica para cuestionar la infraestructura, las hegemonías, las técnicas, los procesos de circulación y acumulación de capital, entre otros aspectos. También ha propiciado otros análisis sobre su construcción social, que se preguntan por la imaginación geopolítica, las representaciones, clasificaciones, percepciones y geografías morales que configuran un sentido común que sostiene las hegemonías actuales sobre estos espacios, que tienen relación con desigualdades sociales basadas en la clase, el género y el espacio que se habita, entre otras.

La estrategia ha combinado la puesta en práctica de técnicas, que son en sí mismas apuestas por la construcción colectiva de conocimiento con implicaciones epistemológicas, como la cartografía social, los talleres sobre historia de las veredas, las caminatas, la fotografía, el acompañamiento a las actividades de los movimientos sociales, el compartir la vida diaria de la gente. Estas se encuentran en algunos nodos comunicantes como las relaciones espacio/tiempo, territorio/historia, lugar/memoria; por la importancia del ser afectados y del papel activo de los cuerpos en la producción de conocimiento; y por la necesidad de producir un conocimiento que contribuya con los propósitos de la recuperación del territorio y la organización comunitaria. Es preciso recordar que cuando hablamos de “recuperación” hablamos de una apropiación del espacio con un sentido político a través de las prácticas que producen lo común.

Cuando elaboramos el proyecto de investigación, diseñamos estrategias metodológicas pensando en las mujeres y hombres campesinos y en los espacios que habitan como sujetos activos en la producción de conocimiento. De antemano era difícil entrever que no se es sujeto de la noche a la mañana en el marco de unas relaciones sociales que cada día nos convierten en objetos para el sistema capitalista. Y este impacto en la subjetividad se notó en el momento en que fue difícil involucrar al conjunto de las “comunidades” campesinas en el desarrollo de la investigación, sobre todo en algunos aspectos clave como la participación activa en los talleres de cartografía social y recuperación de la historia comunitaria. “La comunidad” se mostró como una construcción con divisiones internas, no homogénea y que se une de acuerdo a coyunturas. Y en ella resaltaban personas que se comprometían con el trabajo y otras que tenían seguro otras prioridades.

Además, el impacto subjetivo generado por el asistencialismo campante en el Oriente antioqueño, que ha caracterizado los procesos de construcción de institucionalidad estatal y redes clientelares y se ha profundizado en el marco de la atención a las víctimas y “desplazados” con posterioridad a la pacificación de la región, ha hecho que muchas de estas comunidades participen en proyectos esperando recibir las ayudas o los refrigerios a los que las instituciones del Estado, las agencias y los gamonales las han tenido acostumbradas por años. El asistencialismo es uno de los más importantes retos a los que se enfrentan las organizaciones y movimientos sociales que quieren hacer trabajo comunitario en el Oriente antioqueño. Este tema será profundizado en el capítulo 2.

Otra dificultad reside en que no se contó con el tiempo necesario para hacer una etnografía “de antaño”, que requiere estancias prolongadas de vida compartida con las personas. La etnografía se realizó a través de visitas periódicas durante dos años, en las que se alcanzaron a captar algunas claves sobre cómo se organiza la vida cotidiana en relación con el espacio, así como a recogerse testimonios importantes con respecto al problema de investigación. Actualmente, la investigación social que se realiza desde el marco institucional de la universidad cuenta con el reto de realizar etnografía sin contar muchas veces con el tiempo y los recursos necesarios para compartir la vida con las poblaciones con las que se

estudia de acuerdo a los ritmos locales.

Un reto importante que queda por realizarse es el de la intencionalidad política con que se planteó esta investigación, en tanto buscaba conocer las prácticas campesinas de producción del espacio para potenciar su carácter político y su capacidad para transformar la realidad. En los tiempos académicos de la investigación este propósito no se logra. Solo puede lograrse en tanto se vincule con procesos de más largo plazo jalonados directamente por las organizaciones campesinas, en el marco de sus propias iniciativas de investigación y formación. Ese es el camino por el que ahora continuamos andando.



Imagen 8



# Fundadores BOQUERÓN

Marco **Ciro Beltrán** - Polonia Toro (esposa Marco)  
 - bisabuelo de Norberto  
 - Luis Pamplona y Marcelina  
 - Donilio Pamplona  
 Arcadio Zuluaga (de Cocorná a Boquerón)  
 Miguel Agudelo Aristizábal  
 Ernesto Zuluaga  
 Arcadio Quintero

Papá de

Ciros y Pamplonas - Indígenas

Boquerón: Sitio de tránsito para el Magdalena M.

Boquerón = alto donde se divisa

Juan Clímaco Gómez



→ Se daban las primeras clases en la escuela (más de 70 años)  
 Casa de Bareque  
 → Construcción de Escuela de Paja (más de 50 años)  
 → mata: cargamanta - se usaba para lavar ropa  
 - Se hacía jabón de ceniza con cebo  
 - Se hacía lejía → echaban ceniza en un balde con agua  
 → Se cultivaba sin usar químicos  
 Iban a vender caminando hasta Cocorná y Santuario (¿les pagaban con esterlinas?)  
 ↓  
 Había café pajarito y borbón  
 ↓  
 lo recogían en canastos de cogollo de guadua o guaduillo  
 → los primeros químicos llegaron con el café caturro (hace como 40 años) ②

## Primera Escuela

En barro, con máquina se sacaba tierra trabajo en Junta

Asarías Ciro (presidente de JAC)

Berto Montoya ( " ) Estuvo preso en Cocorná por gastar plata de la JAC

Luis Arsenio Agudelo ( " )  
 Reinaldo Morales ( " )  
 1970

Proyecto de Vivienda PNR

vivienda para las profesoras trabajo en convites

(desde el pueblo traían materiales) " río Verde " )

Había 34 estudiantes

1980's-1990  
 60 estudiantes en la escuela

• Padre Mario Castaño

Sacerdote, médico y filósofo

• Bárbara García - Ayudante de Parroquia

Faroles: latas de sardinas con velas

Camino Real: aguacate - Cañadahonda San Isidro - La Ventana

\* Trabajo en mingas, iba a la vereda a hacer la rocería

③

Casas: paja y bareque, algunas de tapia

Convite / Minga

Uno tenía que llevar su comida Le daban la comida a uno y se tomaba chicha por canecadas (guarapo)

Romerías

Catecismo en los pelaos ejercicios espirituales

Alumbrados a la virgen

rezos y cantos a la virgen

Rifas cantarillas y plata para la virgen

Chicha, la llamaban "la mona"

Se hacía de arroz

Pipo canecas de Chicha

Cucharas de palo y totuma

Calabazas

Festivales, fiestas

- música en vitrola - después radiola

- Comida : empanadas, natilla, buñuelos

- Bailes: con ficho músicos - el coyetón de Chirimbila

La Florida, La Capotera, Pescado

Cocorná

San Luis

④



Caminar Para Conocer



Cuando llegamos a la tienda de San Isidro, me fijé que en su letrero decía: “Tienda de Paz”, una iniciativa que surgió con los procesos de paz que se dieron en el municipio y se levantó con recursos de Bavaria, la empresa cervecera. A duras penas la tienda seguía abierta, soportando muchas crisis económicas.

Desde la tienda Nestor me señaló un cementerio que los elenos habían construido para enterrar a sus muertos. Según la muchacha de la tienda, de allá habían excavado como diez cuerpos. Lo había hecho el gobierno y otros organismos buscando si podían ser secuestrados o desaparecidos, según contaban. En el cementerio enterraron combatientes al parecer de otros lados, que caían en combates que se desarrollaban allí en San Francisco o en municipios cercanos. La gente del pueblo que caía, era recogida por sus propias familias. Los elenos no alcanzaron a enterrar mucha gente en su cementerio porque por allá por el año 2000 llegaron los paras y las FARC a disputar el territorio.

Comenzamos a caminar. Yo me desvié por un momento para conocer el cementerio. Sentí un poco de miedo subiendo. Estaba completamente sólo y abandonado, y en su interior crecía la vegetación. En el cuarto de la parte inferior crecía musgo y maleza, como le ha crecido también a las casas que llevan abandonadas más de diez años porque sus dueños salieron corriendo de la guerra. Entrando por el portal uno podía ver árboles que crecían circundados por estructuras sencillas de cemento sobre el pasto. Me quedé un rato, lo recorrí, sintiendo tranquilidad. Me devolví corriendo.

El día siguiente madrugué para Boquerón con Guillermo. Fuimos en moto, él y yo íbamos en una y en otra iban dos periodistas de Teleantioquia que querían entrevistar a algunos campesinos del Boquerón preguntándoles sobre el proceso de sustitución de cultivos de coca por otros de cacao y café, que ellos habían experimentado. Su entrevista obedecía a una campaña del Plebiscito por la paz que se desarrollaba en el 2016, en la que darían un mensaje exitoso de campesinos “coqueros” o “cocaleros”, quienes ahora cultivaban otras especies en el campo.

Nos agarró un aguacero tremendo y a medida que nos acercábamos al Boquerón comenzábamos a temer por una caída de la moto, debido al mal estado de la carretera. No habían bastado los arreglos que había hecho la comunidad con maquinaria que les había prestado la alcaldía.

Sanos y salvos, dejamos la moto en una pequeña entradita que apuntaba a un camino destapado, de tierra rojiza y arcillosa. Cogimos ese camino para visitar las primeras casas. Caminando, Guillermo señaló un cerro por donde habían entrado los soldados en el desarrollo de la Operación Marcial, en el año 2003, entrando a la vereda y apaleando a diez niños y muchachos y asesinando a dos. Continuamos nuestro camino y a medida que avanzábamos, él nos hablaba de las historias de los lugares que recorríamos.



Cuando hablamos de un lugar, los geógrafos nos señalan diferentes dimensiones que enriquecen su definición: en las discusiones teóricas de la geografía anglosajona, la palabra lugar denota el significado de la experiencia humana del espacio (Agnew, 2008:23). Cuando se piensa el espacio como lugar desde esta visión, el interés se centra en el ámbito fenomenológico y de la experiencia que vincula lugares y personas (Entrikin, 1991; 2001 citado en Agnew, 2008:24). Siendo la experiencia y la agencia humana el toque secreto del concepto de lugar, Agnew (2008:24) distingue diferentes formas en que éste ha sido entendido:

1) Como locación o sitio en el espacio donde un objeto o actividad se ubica, que tiene relación con otros sitios a través de interacciones y movimientos (Agnew, 2008:24). Oslender (2002) llama a esta dimensión como la ubicación: el espacio geográfico concreto que incluye a la localidad afectada por procesos económicos y políticos que operan a distintas escalas.

2) Como escenario donde las actividades de la vida cotidiana toman lugar, donde se genera la transformación de la vida social y el ambiente (Agnew, 2008:24). Para Oslender (2002), este punto debe ser entendido como localidad: escenarios físicos asociados con las interacciones rutinarias de las colectividades humanas.

3) En tanto sentido de lugar o identificación con un lugar que establece una comunidad, un paisaje y un orden moral. En esta construcción, todo lugar es singular y particular (Agnew, 2008:24). Según Oslender (2002), este sentido se refiere a la orientación subjetiva que se deriva del vivir en un lugar particular, al que individuos y comunidades desarrollan profundos sentimientos de apego (topofilia) a través de sus experiencias y memorias.

Para Doreen Massey, el sentido de lugar, su singularidad y particularidad, no deriva de una mítica raíz interna o de una historia de aislamiento que fue fracturada por la globalización, sino de la particular manera en que una mixtura de influencias se articulan en el lugar (Massey, 1999:22 citada en Agnew, 2008:25).

¿Cuáles son los sentidos de lugar y las experiencias humanas vinculadas al espacio? Más adelante podremos profundizar en otros asuntos como las afectaciones de procesos económicos y geopolíticos, la relación entre diferentes lugares (escalas) y los vínculos entre lugar y vida cotidiana.

La conversación con Guillermo mientras caminábamos, dejaba relucir los sentidos que tenían los lugares que recorriamos. Pasando por un tramo del camino rodeado de bosque, que a mí se me parecía a otro cualquiera, Guillermo señaló La Vaga de los Espantos: un sitio donde se decía que habían enterrado muertos. Ellos espantaban, sus almas divagaban por ahí. Era muy común que los grupos armados mataran gente y la enterraran en el monte, en terrenos cercanos a la vereda. Una práctica de los paras y del ejército era tapar caletas de armas y dinero con cadáveres. Enterraban la caleta y encima le ponían cuerpos picados y huesos humanos, para que así quien se topara con esto dejara de buscar, del miedo que le producía ver estos restos. En un tramo más adelante del camino, Guillermo señaló un sitio, otra vez imperceptible a mi vista, sobrevolado por gallinazos, que encarnaban guerrilleros muy malos que hubo allá. Volaban haciendo ruido y cacareando.

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS



Imagen 14

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

*“¿Quién hizo en todo el territorio eso? ¿Quién? El señor gobierno que teníamos en la presidencia.*

*Álvaro Uribe, ¿cuál fue la meta de él? Mandar a los paramilitares a que mataran, no a la guerrilla, que mataran a los campesinos y los sacaran del territorio, ¿cuáles eran los intereses que tenían? Aquí abajito desde hace muchos años tienen pensado hacer una hidroeléctrica” [...]*

Participantes del taller sobre la historia de nuestra vereda en Boquerón (30/10/2017).

Algunas huellas dan cuenta de una vida tejida por vínculos entre personas y entre ellas y los espacios que habitaban, con sus fincas, casas, cultivos, animales, tierras, ríos, escuelas, trapiches y ramadas... Muchos de estos vínculos fueron rasgados por múltiples formas de violencia que ocasionaron el desarraigo de miles de personas, afectaron proyectos comunitarios y reconfiguraron espacios sociales. ¿Por qué se han producido estas violencias que han partido en dos la vida de tantas personas, comunidades y sus vínculos entre sí y con los espacios? ¿Qué consecuencias han tenido? ¿Han cesado?

### 2.1. ¿Una guerra integral contra campesinas y campesinos?

La confrontación entre grupos armados y sus manifestaciones más sensibles sobre la población civil -operaciones militares, enfrentamientos, ejecuciones extrajudiciales, desaparición forzada, masacres, asesinatos, presencia de minas antipersonales y municiones sin explotar, bombardeos, amenazas, reclutamiento, sensación de zozobra permanente, violaciones y vejaciones, entre otras- son apenas la punta del iceberg de un entramado de conflictos de distinto orden (económico, político, social, ambiental, militar) que se concretan en y por el *territorio*: “foco de disputa” en sí mismo, terreno de operaciones militares (que a su vez envuelven diferentes formas de relacionarse con la población civil) y espacio que

facilita o dificulta las condiciones de posibilidad para la disputa política y militar.

En este capítulo será más pertinente, en términos de análisis, referirnos al espacio social como un *territorio*. Territorio es uno de los conceptos más polisémicos de las ciencias sociales, tiene un amplio repertorio historiográfico y conceptual y ha sido abordado por distintas disciplinas con sus respectivos enfoques y recortes de la realidad. Haciendo esta salvedad, jugaremos con una definición útil para analizar el problema que se trata en este capítulo.

El investigador inglés Stuart Elden (2010) propone entender el territorio a partir de dos conceptos: 1) tierra (*land*), que es un recurso disputado, apropiado y cuya posesión es determinante para el poder -objeto de la economía política-; 2) terreno (*terrain*), que hace referencia a una posición estratégica en el sentido político-militar y cuyo control permite el establecimiento y el mantenimiento de un orden (similar a un campo de batalla) -objeto de estudio de la geología y la estrategia militar-. Desde esta perspectiva, territorio toma su sentido de los conceptos de tierra y terreno y los trasciende, haciendo referencia específica a las técnicas de control político del espacio, las cuales son inherentemente violentas y se expresan por la vía militar y los conocimientos que la facilitan, como la cartografía, y por la vía jurídica y sus códigos legales (Elden, 2010).

En su libro sobre el paramilitarismo en Colombia, el investigador alemán Raul Zelik estudia cómo han sido usados la violencia y el terror como instrumentos estratégicos por parte de élites regionales -terratenientes y/o mafiosas-, empresas, grupos de ultraderecha y el mismo Estado colombiano para destruir tejidos sociales y organizativos y así controlar a las poblaciones rebeldes (Zelik, 2015:18). Es preciso añadir que estos tejidos, que buscan ser destruidos, también pueden entenderse como vínculos a través de los cuales, además que se generan relaciones sociales, se produce el espacio social (Massey, 2007). Estos vínculos con el lugar también han sido destruidos o modificados para controlar poblaciones rebeldes, despoblar los territorios que ocupan y desarrollar en ellos las estrategias económicas y políticas de ocupación del espacio de las élites.

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Esta dimensión espacial ya ha sido intuida por Zelik en su crítica a las doctrinas contrainsurgentes inspiradas en los planteamientos de Schmitt, las cuales llegaron al punto de justificar la ocupación alemana en la Unión Soviética. En este caso, las atrocidades de las tropas alemanas no se debieron a lógicas contrainsurgentes (como sugería Schmitt) sino al “resultado de planes nazis que buscaban asegurarle tierras de asentamiento a su “pueblo sin espacio”. El desabastecimiento sistemático de alimentos para la población nativa y los ataques constantes contra civiles hacían parte de una estrategia dirigida a despoblar los territorios” (Zelik, 2015:39).

Para estudiar el fenómeno del paramilitarismo en Colombia, Zelik (2015) realiza una exploración sobre diferentes conceptos y doctrinas militares (Clausewitz, Schmitt, Haffner, Van Creveld, Hammes, Kaldor, Münkler, Klare, Hardt y Negri, Imperial and Royal Austro-Hungarian Marine Corps, Arquilla y Ronfeldt, entre otros) y discute sobre la forma en que han caracterizado lo que denominan las “viejas” y “nuevas” guerras a partir de conceptos como *guerra irregular, nueva o asimétrica, conflicto de baja intensidad o guerra de cuarta generación*, así como su pertinencia para analizar el caso colombiano, concluyendo que su complejidad empírica rebasa estos esquemas teóricos (Zelik, 2015:78).

Una clave analítica que recupero de estas discusiones, es la comprensión integral de la guerra que han venido elaborando los Estados occidentales a partir de las experiencias de guerra irregular -que se dan dentro de un mismo Estado y donde la distinción entre actores armados y civiles no es clara (Zelik, 2015:76)- en que han participado: Irlanda del Norte, Argelia, Indochina, Malasia, América Latina, Irak, entre otras. Veamos en qué consiste esta integralidad:

Los EE.UU. y otros Estados occidentales, desde hace décadas, están respondiendo a estas nuevas constelaciones de conflictos con un replanteamiento estratégico de sus doctrinas militares. Este se caracteriza por una comprensión más integral de la guerra. Comunicación, política, propuestas de desarrollo, operaciones psicológicas secretas, manipulación y la imposición forzosa de ciertas estructuras socioeconómicas, hacen parte de las nuevas lógicas de los conflictos. Frente a la complejidad de las guerras asimétricas, la contrainsurgencia ha reaccionado con la irregularización de la violencia estatal (Zelik, 2015:77).

Esta irregularización de la violencia agenciada por los Estados y las élites políticas y económicas, ha tenido como principal blanco a la población civil: tanto para los proyectos sociales, de desarrollo, de manipulación mediática y psicológica, como para la coerción física que en Colombia es famosa por estrategias como la de “quitar el agua al pez”, que han ejercido militares y paramilitares para alejar a las guerrillas de la población, desplazándola o amedrentándola con violencia cuando lo han necesitado.

Este marco de comprensión integral de la guerra es útil para entender parte de la complejidad de las violencias que han transformado la vida de personas y lugares en municipios como San Francisco y en general del Oriente antioqueño. Es posible plantear que en estos espacios el Estado y las élites económicas y políticas han agenciado una estrategia de guerra integral contra el campesinado -en la que se han confrontado ejército, paramilitares y guerrillas- que ha combinado distintos factores:

En primer lugar, se ha generado una inserción más dinámica del Oriente antioqueño al capitalismo internacional desde la década de 1960, acompañada de una importante reconfiguración socioespacial (García y Aramburo, 2011). Esta reconfiguración ha girado en torno a la implantación de un modelo de desarrollo proyectado desde los centros de poder económico y político para la región, que integra como parte de un mismo conjunto los siguientes elementos<sup>21</sup>: la construcción de infraestructura y conectividad (aeropuerto internacional José María Córdova, zona franca, autopista Medellín-Bogotá); la expansión de la vivienda, la industria y los servicios desde el Valle de Aburrá hacia los municipios ubicados en el altiplano; la construcción de un complejo de embalses hidroeléctricos que generan una tercera parte de la energía eléctrica del país (Prodepaz y Strata 2002:3); agroindustria (flores y actualmente aguacate de exportación tipo hass); minería; y áreas protegidas.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Esta reconfiguración se genera a la par de la relevancia geopolítica que cobra el Oriente antioqueño por la inversión de grandes capitales para la segunda mitad del siglo XX (Prodepaz y Strata, 2002:3) Este punto será ampliado en la próxima sección.

<sup>22</sup> Con respecto a este último factor, movimientos sociales de la región como el Movete han señalado que la constitución de áreas protegidas en la zona de Páramos hace parte constitutiva del modelo

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Investigadoras como Marisol Grisales (2012) han propuesto que este modelo debe entenderse como un ejemplo de desarrollo geográfico desigual<sup>23</sup> -que incluye procesos de acumulación por despojo-, el cual profundizó la fractura del Oriente antioqueño entre “centro” y “periferia” que se remonta a la forma en que se ha configurado históricamente este en tanto proceso de regionalización<sup>24</sup>.

En segundo lugar, el Estado ha agenciado un re-ordenamiento del espacio social para garantizar la implantación de este modelo de desarrollo económico, produciendo e institucionalizando la región del Oriente antioqueño como unidad y su respectiva subregionalización. Esta institucionalización fue agenciada por Cornare, creada por la ley 60 de 1983<sup>25</sup>, obedeciendo una exigencia del Banco Mundial para tramitar megaproyectos económicos y cumpliendo el sueño de las élites paisas de unificar el Valle de Aburrá y el Altiplano del Oriente antioqueño. A partir de la delimitación de las nacientes subregiones y zonas se planearían y ejecutarían las políticas públicas referidas al espacio (García y Aramburo, 2011:45-50).

Grisales (2012) señala cómo la delimitación de zonas o subregiones bajo los rótulos de “Altiplano” o “Valles de San Nicolás”, “Embalses” o “Aguas”, “Bosques” y “Páramo” se realizó con base en la necesidad estatal de ordenar el espacio de acuerdo a los “recursos naturales” indispensables para el desarrollo energético del Oriente antioqueño: agua, madera, represas, industria y servicios. A su vez, este ordenamiento reprodujo y profundizó una

---

de desarrollo extractivista para el Oriente antioqueño, en tanto su intención es proteger las fuentes hídricas de los ríos en los que ya existen o se pretenden construir centrales hidroeléctricas, en las zonas de Embalses y Bosques. En el capítulo 4 se presentan algunos casos de conflictos socioambientales relacionados con este modelo de desarrollo.

<sup>23</sup> Más adelante profundizaremos sobre este concepto y su pertinencia para analizar las geografías del capitalismo en América Latina y Colombia.

<sup>24</sup> Como vimos anteriormente, un rasgo de esta configuración es la distinción entre oriente “lejano” y oriente “cercano”, relacionada con procesos como la colonización antioqueña y la construcción del ethos sociocultural paisa, estudiados por María Teresa Uribe (2001). Más adelante volveremos sobre estas distinciones y la forma en que se actualizan a través de los desplazamientos y las formas en que la gente ha vuelto o se ha re-asedado.

<sup>25</sup> Disponible en: [http://www.suin-juriscal.gov.co/clp/contenidos.dll/Leyes/1612109?fn=document-frame.htm\\$f=templates\\$3.0](http://www.suin-juriscal.gov.co/clp/contenidos.dll/Leyes/1612109?fn=document-frame.htm$f=templates$3.0)

jerarquía en la que el “Altiplano” industrializado (Rionegro, Marinilla -centros históricos de poder regional- y otros) se desarrolló a costa de la explotación de los espacios que corresponden a los rótulos mencionados anteriormente, dentro de los cuales se los clasificó. Esta forma de desarrollo desigual sigue la lógica del colonialismo interno expuesta anteriormente (González Casanova, 2006). San Francisco fue clasificado dentro de la zona o subregión de “Bosques” por contar con un ecosistema biodiverso, con montañas imponentes de espesa vegetación.

En tercer lugar, se han ejecutado una serie de operaciones militares en el marco de una campaña contrainsurgente estatal y para-estatal para remover los obstáculos que se le han presentado a la implementación del modelo de desarrollo, que han usado métodos de guerra irregular. Los cambios en la distribución espacial de la población, que expulsaron a campesinas y campesinos desde las veredas más “lejanas” hacia las más “cercanas” a los cascos urbanos o directamente hacia las ciudades, quizá no sólo fueron un efecto del ejercicio sistemático de la violencia en el marco de estas operaciones, sino también una de sus tácticas para lograr “quitar el agua al pez” y vaciar los espacios de gente que pudiera hacerle resistencia al modelo económico que se ha venido tratando de imponer en la región.

Entre los años 2003 y 2006 se desarrollaron cuatro de estas operaciones militares en el Oriente antioqueño: Marcial Norte (2003), Espartaco (2004), Ejemplar (2005) y Falange I (2006). Éstas hicieron parte de la política de “seguridad democrática” y se legitimaron ante la opinión pública gracias a que se configuró a municipios como San Francisco como *espacios de excepción*, clasificándolos como zonas con presencia guerrillera y estigmatizando a los campesinos como subversivos, colaboradores o simpatizantes de la insurgencia. Según Grisales (2012) y García y Aramburo (2011), el conflicto armado de comienzos del siglo XXI debe entenderse en clave del ordenamiento territorial y el desarrollo geográfico desigual que viene operando desde la segunda mitad del siglo XX: a partir del 2003, la política de “seguridad democrática”, promovida por el presidente Álvaro Uribe ofreció protección a la bonanza económica del altiplano industrializado y a las hidroeléctricas, lugares donde se estableció presencia militar y paramilitar, e implantó en los

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

municipios de las demás zonas la lógica de la eliminación del enemigo interno, clasificándolos bajo la rótula del terrorismo. Así, esta política pudo constituir un mecanismo que aseguró la acumulación de capital por medio del despojo (esto lo profundizaremos en la próxima sección), generando el desarraigo de la población y el abandono de la agricultura campesina para las zonas del Oriente que han sido representadas a partir de lo “lejano” y lo “periférico” (García y Aramburo, 2011:133).

Investigadores como Zelik (2015:78) han sostenido que es plausible asumir a Colombia como un escenario del *estado de excepción*, que se usa como técnica de gobierno en las guerras contemporáneas (Agamben, 2005), en las que la excepción se ha vuelto la regla del orden mundial para controlar, a partir de operaciones irregulares, a aquella parte de la población no integrable en el sistema político (Agamben, 2005) (Agamben, 2010). También para el caso colombiano, Margarita Serje (2013:101) aborda una perspectiva similar para analizar la relación entre el Estado y las regiones periféricas de la nación, caracterizada por una “inclusión-excluyente” en la que los grupos dominantes que encarnan al Estado ejercen su poder para generar un *espacio de excepción* en las regiones periféricas, clasificándolas como “tierras de nadie” en donde reina lo arbitrario y se posibilita la explotación sin control sobre sus habitantes: aquellos cuya vida se puede destruir sin cometer homicidio, tal como sucedió con los campesinos asesinados impunemente en el marco del proceso de pacificación del Oriente antioqueño.

La clasificación como zona guerrillera conllevó al establecimiento de municipios como San Francisco como zonas de indeterminación del orden jurídico, donde la población fue objeto de la pura dominación de hecho por parte de las fuerzas militares y paramilitares que aniquilaron pobladores sin que esto se considerase homicidio por parte del orden y los valores dominantes. La presencia de grupos insurgentes fue el pretexto que usaron estas fuerzas para librar una guerra que algunos de los campesinos con los que conversamos entienden que fue realmente contra ellos, los pobladores inermes, siendo el combate a la guerrilla una excusa para lograr vaciar el territorio y ejecutar allí megaproyectos de desarrollo.

La presencia guerrillera en el Oriente antioqueño comienza en la década de 1970 con el establecimiento de algunos asentamientos insurgentes. Pero es entre 1997 y 2007 cuando se produce un escalamiento del conflicto armado, con la expansión de la guerrilla desde la zona de “Embalses” (o “Aguas”) y la autopista Medellín-Bogotá hacia las zonas de “Embalses”, “Bosques” y “Páramo”, donde pasa a concentrarse el grueso de los eventos armados. En esta década se produce una fuerte crisis humanitaria por este escalamiento en el que participan los paramilitares, el ejército, las FARC y el ELN (González en García y Aramburo, 2011:16).

Para esta década se han establecido cambios en las tendencias de los actores armados que reflejaban sus dinámicas territoriales: el ELN controlaba entre 1997 y 2002 las zonas rurales aledañas al eje vial (Bosques y Embalses) y hasta el año 2000 tuvo cierto protagonismo armado. Las FARC-EP dominaban extensas áreas del sur y los cascos urbanos de Nariño y Argelia entre 1999 y 2002. Los paramilitares las cabeceras municipales del Altiplano y los embalses entre 1999 y 2004. El ejército, que inicialmente sólo tenía presencia brindando seguridad al complejo hidroeléctrico, fue haciéndose al control del eje vial y la zona de embalses entre 2002 y 2004 para proyectarse entre 2007 y 2009 hacia la zona de páramos, en el sur. Entre 2002 y 2005 la confrontación se centra sobre todo entre el ejército y las FARC, que se disputan el control del eje vial, la zona de Embalses y Páramos. Los paramilitares mantienen presencia en cascos urbanos y se encargan de confrontar principalmente al ELN (García y Aramburo, 2011), no sólo combatiéndolo directamente sino generando terror en las poblaciones campesinas, hasta que participan en un proceso de desmovilización con el proceso de Justicia y Paz (2003-2006) que ha sido ampliamente cuestionado en Colombia.<sup>26</sup>

Los grupos armados tuvieron distintas modalidades de accionar y diversas maneras de relacionarse con la población civil. Parte importante de las raíces regionales del ELN en el Oriente podemos ubicarlas en los sobrevivientes del exterminio paramilitar al Movimiento

---

<sup>26</sup> En este vínculo puede encontrarse un balance sobre este proceso:  
<https://verdadabierta.com/especiales-v/2015/justicia-paz-10/>

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Cívico<sup>27</sup> de las décadas de 1970 y 1980, cuando el asesinato de la mayoría de sus dirigentes fue interpretado como una muestra del agotamiento de las vías legales y democráticas de lucha política. En el momento en que es aniquilado este movimiento comienza a haber presencia del ELN en la región (Olaya, 2012). La continuidad entre movilización social y surgimiento de la guerrilla es uno de los elementos para diferenciar la naturaleza del ELN y de las FARC en el Oriente. El ELN tuvo lazos de parentesco con los pobladores locales y se interesó en consolidar una base y un trabajo político en la región. Sus frentes Carlos Alirio Buitrago y Bernardo López Arroyave eran considerados como “hijos de esta tierra”, de procedencia campesina y de antiguos líderes del Movimiento Cívico (García y Aramburo, 2011:66).

Un hito que marca la creación de estos frentes fue la masacre perpetrada por los paramilitares de cinco jóvenes campesinos de la vereda de Santa Rita, cerca al sitio Estación Cocorná, en la frontera entre el Magdalena Medio y el Oriente antioqueño, el 17 de septiembre de 1982. Allí murieron los hermanos Carlos y Alirio Buitrago Ramírez, dos hermanos catequistas conocidos como los mártires de Cocorná, de los que tomó su nombre el frente del ELN, así como Fabián Buitrago Zuluaga, Marcos Marín y Gildardo Ramírez (El Mundo, Medellín, septiembre 19 de 1982, p.1 citado en Olaya, 2012:149) (Vélez, 2015:35). Estos jóvenes campesinos pertenecían a las Comunidades Eclesiales de Base que ayudaba a organizar el sacerdote Bernardo López Arroyave en las regiones del Magdalena Medio, el Nordeste antioqueño y el cañón del río Nus (Olaya, 2012:149-150) (Lopera, 2016:17). En los años 1970 y 1980 el cañón del Nus, el Nordeste antioqueño y el Magdalena Medio fueron regiones que se comunicaron gracias a la Teología de la Liberación, corriente del cristianismo promovida por sacerdotes y líderes entre las comunidades campesinas que acompañó luchas por el derecho a la tierra, el trabajo, los servicios públicos, entre otras (Lopera, 2016:17). La contigüidad geográfica de estas regiones con el Oriente antioqueño permitió que allí también llegara la Teología de la Liberación, las Comunidades Eclesiales de Base y las Comunidades Cristianas Campesinas. Tras el exterminio de estas comunidades y los movimientos cívicos,

---

<sup>27</sup> En el capítulo 4 se amplía sobre la historia y las demandas de este movimiento.

el frente guerrillero que se conformó en Oriente también recibió apoyo de los movimientos armados de estas regiones. Luego del asesinato de Bernardo López Arroyave perpetrado por los paramilitares el 25 de mayo de 1987, se conforma un frente del ELN en la región del Nus que adopta el nombre de este sacerdote en respuesta a los asesinatos y el despojo de tierras realizados por paramilitares y terratenientes de la zona (Olaya, 2012:149-151).

A pesar de la raigambre regional del ELN, posteriormente los frentes de esta guerrilla fueron sumamente debilitados por la fuerte persecución que los grupos paramilitares hicieron contra las comunidades que fueron señaladas como sus bases sociales, gracias al control de estos grupos sobre los cascos urbanos y a la ofensiva del ejército sobre las carreteras principales y las cabeceras municipales (González en García y Aramburo, 2011:19).

La presencia de las FARC en el Oriente antioqueño se hizo más fuerte también en la década de 1980, con la llegada del frente 9 de esta guerrilla a los municipios de San Rafael, San Carlos, San Luis, Cocorná, Concepción y Alejandría y del frente 47 a los de Argelia, Nariño, Sonsón y San Francisco (Vélez, 2015:33-34).

Otro factor a tener en cuenta para la derrota militar del ELN en la región fue la disputa que esta guerrilla tuvo con las FARC cuando esta última pretendió copar los territorios donde aquella mantenía presencia. Esta disputa, además de generar una escalada y una descomposición del conflicto, generó fuertes cambios para la población civil. Ya que mientras el ELN daba espacio a formas de participación comunitaria y permitía acercamientos humanitarios con las autoridades locales, las FARC se comportaba como un ejército de ocupación que desconfiaba de cualquier actividad que no contara con su aprobación, afectando más directamente a la población con su enfoque militarista (González en García y Aramburo, 2011:20).

Algunos grupos paramilitares que hicieron presencia en municipios como San Francisco y Cocorná fueron las Autodefensas del Magdalena Medio, lideradas por Ramón Isaza y su yerno Mc Giver, que también mantenían relaciones de parentesco en el Oriente

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

antioqueño (González en García y Aramburo, 2011:20). Al Oriente antioqueño también llegaron otros grupos paramilitares como el Bloque Central Bolívar, Bloque Metro y Bloque Héroes de Granada (Prodepaz, 2012).

En el período que corresponde a la política de “seguridad democrática” han sido documentadas ejecuciones extrajudiciales y violaciones a los derechos humanos contra la población civil por parte del Estado colombiano (Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos, 2007). De acuerdo con Philip Alston, relator de Naciones Unidas para las ejecuciones extrajudiciales, sumarias y arbitrarias, el mayor incentivo de los mal llamados “falsos positivos” ha sido la impunidad: “La falta de un sistema eficaz que obligue a responder por los hechos es el factor clave de continuidad de los falsos positivos. El cálculo de la tasa corriente de impunidad de los asesinatos atribuidos a las fuerzas de seguridad del Estado es del 98.5%” (Alston citado en CINEP, 2011:6). Estos asesinatos a manos del ejército fueron justificados por las mismas palabras del presidente Álvaro Uribe, por medio de frases como “De seguro, esos muchachos no andaban recogiendo café”<sup>28</sup>.

Los asesinatos extrajudiciales perpetrados por el ejército y el accionar paramilitar en municipios como San Francisco conservan una lógica similar:

El “falso positivo” obedece esquemáticamente a la misma estrategia del Paramilitarismo: obtener unos resultados ilícitos sin deslegitimar al actor. En el PARAMILITARISMO, la estrategia busca saltarse las barreras legales de la guerra sin ilegalizar al actor estatal, para lo cual transfiere la autoría o responsabilidad de los crímenes a un autor anónimo sin vínculo aparente o formal sino clandestino con el Estado. En el FALSO POSITIVO, la estrategia busca también poder saltarse las barreras legales de la guerra, pero ya no constituyendo un actor que evite poner en cuestión la legitimidad del Estado, sino dándole apariencia de legalidad al mismo acto ilícito, haciendo creer que las víctimas murieron “en combate” (en acciones de legítima defensa) y que, por lo tanto, era legítimo y legal quitarles la vida (CINEP, 2011:9).

---

<sup>28</sup> Ver artículo de internet: <http://www.lapatria.com/columnas/esas-tristes-frases-celebres>. La frase literal de Uribe data del 7 de octubre del 2008 para justificar el asesinato de 11 jóvenes de Soacha por parte de la fuerza pública: “El Fiscal General de la Nación aseguró que los jóvenes desaparecidos de Soacha fueron dados de baja en combate, no fueron a recoger café, iban con propósitos delincuenciales y no murieron un día después de su desaparición, sino un mes más tarde” (ver: <http://www.elnuevosiglo.com.co/articulos/10-2012-falsos-positivos-victimas-no-recogian-café?>).

En la vereda Boquerón de San Francisco fueron torturados y asesinados los jóvenes Ruperto Agudelo Ciro y Oreste de Jesús Morales por parte de la Cuarta Brigada del ejército el 13 de marzo de 2003. Sus cuerpos fueron encontrados en la morgue de Rionegro con signos de tortura el 1 de abril de 2003, después de que las víctimas fueran reportadas como muertas en combate (CINEP, 2011:59). Según un líder de la vereda con el que conversé, ellos andaban en un grupo de diez jóvenes, entre los que se supone había un joven guerrillero. El ejército detuvo y apaleó al grupo, un desmovilizado de la guerrilla que se fue de militar señaló a todo el grupo como guerrillero y posteriormente los soldados asesinaron los jovencitos inermes<sup>29</sup>:

**Caso No. 0227:** 01-Abr-03: En RIONEGRO, Antioquia, tropas pertenecientes a la Brigada 4 del Ejército Nacional, torturaron y ejecutaron a RUPERTO AGUDELO CIRO y ORESTE DE JESÚS MORALES. De acuerdo a la fuente “(...) *Las víctimas fueron detenidas por el Ejército inicialmente en la vereda El Boquerón del municipio San Francisco y puestas en libertad. Nuevamente fueron detenidas y sus cuerpos aparecieron en la morgue de Rionegro con muestras de tortura. En el operativo participaron cuatro desertores de la guerrilla que iban con armas y uniforme (...) las víctimas habían sido reportadas como muertas en combate. Estas acciones se realizaron en el marco de la operación Marcial Norte (...)*” (CINEP, 2011:59 -cursiva en el original-).

**Caso No. 0229:** 09-Abr-03: En la calle del Hospital de SAN FRANCISCO, Antioquia, fue detenido por miembros del Ejército JHON FREDY RESTEPO ÑOREÑA, de 20 años, cuando llegaba de la vereda La Florida de Cocorná a vender sus productos agrícolas. Estuvo desaparecido dos días y luego su familia fue informada de que su cadáver estaba en la vereda Cañada Honda de San Francisco. Luego los militares llevaron el cadáver a Rionegro, presentándolo como muerto en combate (CINEP, 2011:59).

**Caso No. 0322:** 19-Oct-03: En un retén instalado en el relleno sanitario de SAN FRANCISCO, Antioquia, fue retenido por miembros del ejército RODRIGO ALBEIRO JIMÉNEZ GIRALDO. Otros que iban con él hacia el trabajo le informaron a su familia que él había sido dejado en el retén. Cuando la familia fue a buscarlo, pudo ver en el retén la ropa que él llevaba ese día pero a él no lo vieron. Luego de buscarlo mucho, encontraron su cadáver en Rionegro donde los militares lo habían llevado, presentándolo como un guerrillero dado de baja cuando iba a colocar una bomba en un bus de pasajeros (CINEP, 2011:82).

**Caso No. 0380:** 31-Ago-05: En SAN FRANCISCO, Antioquia, fue ejecutado por tropas del Batallón Juan del Corral de la Brigada 4, el campesino FRAY MARCIAL RETREPO ÑOREÑA, desplazado de Cocorná. Se desplazaba de la vereda La Lora y fue llevado a una casa de retén donde los militares estaban sometiendo a interrogatorios a la gente. Cuando vio que sus captores tenían botas que no eran las acostumbradas por el Ejército, creyó que eran paramilitares y huyó pero más adelante, en la carretera fue acibillado por los militares. El

---

<sup>29</sup> Producciones El Retorno realizó este video para conmemorar y denunciar este crimen de Estado: <https://www.youtube.com/watch?v=1xuDPWbsrnM>

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

mayor VILLATE llamó varias veces a la personería para saber si se había puesto la denuncia; al enterarse que el ejército había sido denunciado por este hecho, intentó conseguir armas con los paramilitares para colocárselas a la víctima, pero, según se supo, los paramilitares no se las quisieron suministrar (CINEP, 2011:94).<sup>30</sup>

Todos sus cuerpos terminaron en la morgue de Rionegro, algunos con signos de tortura y fueron presentados como guerrilleros caídos en combate. Eran campesinos. Sus asesinos fueron miembros del ejército “nacional” y algunos de sus procedimientos se vinculaban con el accionar de los grupos paramilitares que operaban en el territorio. 3 de los 4 casos citados se dieron en el marco de la Operación Marcial Norte (2003).

Yo hablé con Graciela, la mamá de Oreste. La conocí el día que subí a Boquerón con Guillermo y con unos periodistas de Teleantioquia que iban a hacer unas entrevistas sobre la sustitución de cultivos de coca. Ella me contó que el ejército mató a su hijo cuando inició la operación Marcial en el 2003. Su niño iba a la escuela a terminar el libro de sexto año y en el camino el ejército paró a diez muchachos y niños y los agarró a palo. Los soldados encerraron al tío del niño en una casa para que no pudiera hacer nada. En esos momentos de encierro, él alcanzó a desgranar un costal de mazorca. Después se escuchó una plomacera. Ellos estuvieron en una incertidumbre desde ese jueves hasta el día domingo en que llegaron con la triste noticia de la muerte de su hijo (DC 22/9/2016).

En ese tiempo en Boquerón no se daban cuenta de nada, según cuenta Doña Graciela. Ellos no sabían de ninguna operación ni nada. Ese día les dijeron que habían llegado los soldados y ella sólo rogaba que su hijo llegara bien de la escuela. No sabía por qué lo habían matado. Era un niño trabajador, trabajaba de lunes a jueves y los otros días iba a la escuela. Tras el asesinato de su hijo, Doña Graciela y su esposo se desplazaron de la vereda, pero regresaron al pasar tres meses, tiempo que pudo convertirse en una eternidad en semejante momento de incertidumbre y dolor (DC 22/9/2016).

---

<sup>30</sup> Es alarmante y escalofriante la cantidad de casos que se presentan para el Oriente antioqueño entre 2002 y 2010, siendo Granada el municipio que más presenta casos, seguido por Cocorná, San Luis, San Francisco y en menor medida Santuario y Sonsón. Aquí sólo transcribí algunos casos documentados para San Francisco.

En el taller sobre la historia de la vereda La Eresma las y los participantes también narraron un caso de ejecuciones extrajudiciales:

“Ya al niño nos tocó montarlo a caballo, porque ya estaba sin zapatos, ni boticas, ni nada, y ya, nosotros siempre nos fuimos para la casa, habíamos dejado allá como nueve marranos, estaba todo, de gallinas no había nada. Ya fuimos allá a la casa y cuando contamos la noticia de que habían matado a tres personas, el marido de Leticia, el mono.... Los hicieron pasar como guerrilleros, eran falsos positivos. Y bueno, y así seguimos la vida” (Taller historia de nuestra vereda La Eresma 4/9/2017).

El cuarto factor que compone la estrategia de guerra integral contra el campesinado es la proliferación de proyectos asistencialistas que han terminado de minar la capacidad organizativa y la cohesión de las comunidades. Estos proyectos estuvieron precedidos por la cooptación de importantes iniciativas regionales frente a la guerra como las Asambleas Provinciales y los Consejos Provinciales de Paz por parte de ONG, organismos internacionales, agencias multilaterales, empresas de energía, entre otros actores, desviando el potencial político que pudieron llegar a tener. Entre los antecedentes de estas iniciativas regionales se encuentran el Laboratorio de Paz, la incidencia de grupos religiosos y la emergencia de los movimientos de víctimas, como la Asociación Provincial de Víctimas a Ciudadanas -APROVIACI- y Promotoras de Vida y Salud Mental -PROVISAME- en sus distintas expresiones locales, que cumplieron un papel importante frente a la guerra en la primera década del siglo XXI (García y Aramburo, 2011:145-155).

Con respecto al asistencialismo, integrantes de la ACA cuentan que cuando llegó la asociación a San Francisco hace 11 años, lo que encontró fue gente refugiada, un “desfile de chalecos”, organizaciones y proyectos. La pregunta que las personas desplazadas le hacían a la ACA era: ¿Ustedes qué dan? La Asociación respondía que daba conocimiento y poco a poco algunos fueron entendiendo qué era eso y cuál era su valor. Para Sara, mujer perteneciente a la ACA, la abundancia de esos proyectos hacía parte de la guerra del Estado contra los movimientos campesinos, de una estrategia de intervención con daño (DC 9/9/2017).

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

En el taller sobre la historia de la vereda Boquerón, para uno de los participantes lo que había acabado con la organización comunitaria, incluso más que el desarraigo, era el asistencialismo, los subsidios y proyectos como Familias en Acción (DC 30/10/2017):

“Pero es que no fue la guerrilla, ni tampoco fueron los paracos<sup>31</sup>, ni tampoco fue el ejército, fue el mismo asistencialismo. ¿Por qué [se acabó la organización]? Porque a todo el mundo lo empezaron a subsidiar, [...] le dieron viviendas en Cartagena, le dieron un montón de cosas, comida, ¿entonces qué empezaron a hacer? Como ya nos están dando comida, yo ya no necesito [organizarme]. Eso es un pensamiento que nos metieron y eso viene desde allá” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

El caldo de cultivo para la proliferación del asistencialismo es un contexto extremo de necesidades insatisfechas que se genera en el momento en el que las poblaciones tratan de regresar a las veredas donde vivían o reubicarse en otras, sin contar con cultivos o fuentes de ingreso para comer. También puede entenderse en una perspectiva de mediana duración, en cuanto a su asociación con las formas de construcción de la institucionalidad estatal que en Colombia ha pasado por la creación de redes clientelares a través de las cuales los gamonales, en representación de uno u otro partido político tradicional, han intercambiado con las poblaciones la satisfacción de sus necesidades básicas, que el Estado central no garantiza, por votos. Estas lógicas han cooptado espacios básicos de toma de decisiones como las Juntas de Acción Comunal, y quizá sean las mismas que se actualizan cuando después de la pacificación del Oriente antioqueño se multiplica la cantidad de proyectos para “atender” a la población víctima y desplazada<sup>32</sup>.

El quinto y último componente de esta estrategia de guerra es la forma en que el conflicto social y armado -así como las condiciones estructurales de empobrecimiento y precarización que ha producido la implantación del modelo económico capitalista en amplias capas del campesinado- ha profundizado el sistema patriarcal, reproduciendo las subjetividades dominantes en términos de género y ahondando en la subordinación de las

---

<sup>31</sup> “Paras” o “paracos” son expresiones que se usan para referirse a los grupos paramilitares en esta región de Antioquia.

<sup>32</sup> La acentuación de la dependencia de la población campesina hacia el Estado con posterioridad al desarraigo también es señalado por Beatriz Arias (2013).

mujeres campesinas. Al respecto, la antropóloga Rita Segato (2014) ha estudiado la violencia contra las mujeres como objetivo estratégico en el marco de las nuevas formas de la guerra, que se despliegan en un espacio para-estatal. En una sección más adelante, donde se aborda la imbricación de las violencias, al conocer algunas historias particulares de mujeres que han sido afectadas por este conflicto social y armado indagaremos sobre su victimización como componente fundamental de esta guerra integral.

## **2.2. El desarrollo geográfico desigual: América Latina, Colombia, Oriente antioqueño**

### ***2.2.1. Los conflictos por los bienes comunes y la necesidad de un enfoque relacional***

La lógica de la estrategia de guerra integral contra el campesinado obedece a la implementación de un modelo de desarrollo para el Oriente antioqueño y los diferentes municipios que lo conforman. Esta hipótesis puede relacionarse con la propuesta sobre la “nueva geografía de los conflictos” del profesor norteamericano de geoeconomía, Michael Klare, para referirse a las nuevas constelaciones de la guerra. De acuerdo con la revisión realizada por Zelik, “Klare considera que una geopolítica de los recursos y los procesos de marginalización causados por la globalización deberían ser los puntos de partida para un análisis de los conflictos armados. Así, la creciente escasez de recursos, la política de aseguramiento de materias primas por parte de los países del G-7 y las dinámicas competitivas en las regiones excluidas son los motivos principales de los nuevos conflictos armados” (Zelik, 2015:63).

Desde esta visión, la competencia por “recursos” vitales se convierte en el móvil principal para el uso de medios militares (Klare, 2001:214 citado en Zelik, 2015:64). Un estudio realizado por Klare en Borneo, “evidencia cómo están ligados entre sí la estatalidad, la integración al mercado internacional a causa de la globalización, las crisis ecológico-sociales y las erupciones de violencia” (Zelik, 2015: 65), factores que considero pertinentes

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

para entender parcialmente las distintas formas de violencia que han afectado la vida de personas y lugares en San Francisco y el Oriente antioqueño.

La disputa por los “recursos” -forma en que desde los discursos dominantes en lo político y lo económico se ha entendido lo que de ahora en adelante nombraremos como *bienes comunes*- tiene relación con algunas teorías sobre el desarrollo geográfico desigual y las espacialidades del capitalismo, que pueden aportar a la comprensión de los conflictos socio-ambientales, económicos, políticos y militares en América Latina y Colombia. Antes de pasar a profundizar sobre estas teorías, detengámonos por un momento en la discusión sobre “recursos” y bienes comunes.

La noción de “recursos” hace parte de la concepción moderna fundamentada en una serie de oposiciones dicotómicas tales como: naturaleza/cultura, exterior/interior, espacio/tiempo, cuerpo/mente, forma/contenido, mujer/hombre, materia/idea, emoción/razón, entre otras. Esta concepción no es sólo nominal sino que implica que el segundo par de la oposición (cultura, hombre, tiempo, etc.) para desarrollarse debe hacerlo a costa de la apropiación y la lucha contra el primer par (naturaleza, mujer, espacio, etc.). Para Sachs, “Considerar el agua, los suelos, los animales, la gente como recursos los convierte en objetos para la administración por parte de los planificadores, y para la tasación por parte de los economistas (Sachs, 1988 citado en Vega, 2010: 345-346). Por lo tanto, esta noción describe y legitima el proceso de mercantilización de la naturaleza y su comprensión como algo que se puede explotar y someter a las lógicas de costo-beneficio.

Frente a esta mercantilización, hace algunos años entre movimientos sociales, grupos ambientalistas y enfoques académicos como la ecología política se ha venido posicionando la noción de *bienes comunes* para hacer referencia a los elementos del entorno con los cuales se relaciona el ser humano, sin instrumentalizarlos ni reducirlos a mercancías. Quien media en esta relación entre los seres humanos y los elementos del entorno son las técnicas: “conjunto de medios instrumentales y sociales, con los cuales el hombre realiza su vida, produce y, al mismo tiempo, crea espacio” (Santos, 2000:27). Es por eso que Milton Santos

propuso que el estudio de las técnicas llevaba a una visión integradora de las oposiciones dicotómicas sobre las que se ha fundamentado gran parte del pensamiento moderno, reseñadas anteriormente.

Desde este enfoque relacional, idea y materia, espacio y tiempo, “no son entidades preexistentes ni dominios estructurantes de la realidad social y natural, sino efectos de la particular pauta organizativa del sujeto en su entorno. Al final del camino no habría nada parecido a naturaleza o cultura como órdenes separados” (Cardona, 2015: 49). Por eso físicos, geógrafos y antropólogos han empezado a usar la noción de la trama de la vida (propuesta por Fritjof Capra en 1996 y recuperada por autores como David Harvey, 2007), donde: “No hay corte o separación entre dos dominios opuestos sino una dinámica red de mediaciones y referencias móviles, a veces cercanas, tal vez internas, de cuando en cuando vaporosas, simplemente tramas. Tramas en las que todo es natural, social y narrado” (Cardona, 2015:61).

### ***2.2.2. Las geografías del capitalismo***

El capitalismo, sistema económico reinante en la actualidad, posee una geografía característica. Al menos desde la década de 1980, distintos geógrafos, preocupados por comprender la dramática reestructuración que se venía produciendo del espacio geográfico dos décadas atrás, se comenzaron a preguntar por cuáles son los patrones y procesos espaciales específicos que caracterizan la sociedad capitalista y por la forma en que estos pueden cambiar con el futuro desarrollo del capitalismo (Smith, 1984:1-3). Autores como Neil Smith (1984) y David Harvey (2007), propusieron que un proceso complejo, contradictorio y combinado de desarrollo desigual sería entonces la sistemática expresión geográfica de las contradicciones inherentes a la más amplia constitución y estructura del capital. Esta propuesta teórica no sólo se enfocaría en los efectos del capitalismo sobre la geografía, sino también en los que tiene la misma configuración geográfica y espacial para la supervivencia del capitalismo (Smith, 1984:4).

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

El desarrollo geográfico desigual es una consecuencia de la circulación del capital y de los movimientos económicos que usan, se apropian y transforman los espacios para hacerlos funcionales al capital. El patrón espacial que resulta de esta lógica es que se produce “desarrollo” en un polo y “subdesarrollo” en el otro, proceso que va tomando lugar en, a la vez que va produciendo, distintas escalas espaciales, que le dan coherencia a esta forma de desarrollo (Smith, 1984:6-7). Un ejemplo de esto para nuestro caso es la forma en que el desarrollo capitalista ha profundizado la división histórica entre un polo donde se ha concentrado el poder político y económico, como el altiplano ubicado en el extremo occidental del Oriente antioqueño (representado como “cercano”), y los espacios de la región ubicados en las vertientes orientales y hacia el sur del departamento, que han sido saqueadas y empobrecidas (representadas como “lejano”). La colonización que otrora fuera proyectada desde el Oriente “cercano” hacia el Oriente “lejano” ahora es reemplazada por el desarrollo. Esta es la dimensión espacial del colonialismo interno, que se dinamiza en la configuración regional.

Una de las características del patrón geográfico del capitalismo, es que bajo su lógica la producción se genera por medio del agotamiento de las fuentes de toda riqueza: el trabajo y la tierra, los términos con los cuales se igualan a los seres humanos y a la naturaleza en el mundo gobernado por este sistema (Smith, 1984:155). ¿Cómo se genera este agotamiento? El capital, en su afán por circular perpetuamente como valor, involucra una frenética búsqueda de materiales -viejos y nuevos- con los cuales poner en combustión el proceso de acumulación (Smith, 1984:154). Estos materiales constituyen fuentes de riqueza, que abarcan no sólo el suelo sino los recursos minerales, la flora y la fauna, la biodiversidad en su conjunto, así como el trabajo, los conocimientos y habilidades de los seres humanos. De esta manera, el desarrollo geográfico desigual va conllevando paulatinamente a una degradación ubicua del paisaje (Smith, 1984:158).

Resumiendo este punto, el capitalismo avanza desgastando la trama de la vida y haciendo de la Tierra un desierto: puede ser un desierto verde de monocultivos de flores, aguacates, caña, palma, bananos, coca y venenos, con suelos, aguas y trabajadoras

intoxicadas. O también formando pequeñas islas saturadas de aparatos electrónicos que se alimenten de las centrales hidroeléctricas a su alrededor, donde los niños puedan conocer los ríos vivos y libres en los museos y textos escolares de historia natural. O quizá otras tramas que aún no podemos imaginar.

Para David Harvey, el desarrollo geográfico desigual opera a través de la acumulación por medio de la desposesión o el despojo<sup>33</sup>. Harvey propone actualizar el concepto de acumulación originaria de Marx con el de *acumulación por despojo*, con el propósito de señalar que la acumulación basada en la depredación, el fraude, la rapiña y la violencia no se remonta sólo a una antigua etapa del capitalismo, sino que es una característica constitutiva de este sistema económico en la actualidad. Para Harvey esta forma de acumulación se acelera cuando ocurren crisis de sobreacumulación en la reproducción ampliada de capital, cuando no parece haber otra salida excepto la devaluación (Harvey, 2004:115). Además, este concepto también busca dar cuenta del proceso por medio del cual espacios que contaban con distintas formas de organización socioeconómica o bienes preexistentes a la acumulación son ensamblados -como fuerza de trabajo, dinero, capacidad productiva o como mercancías- y puestos en circulación como capital. Esta acumulación de capital se produce en el espacio y en el tiempo y opera casi como una “ley” constitutiva del desarrollo geográfico desigual, que debe estudiarse en situaciones espaciotemporales concretas.

Así estas teorías hagan parecer que el capitalismo se expande con una fuerza invencible sobre la trama de la vida, lo cierto es que también tienen en cuenta la emergencia de luchas sociales y políticas, que se dan en distintas escalas geográficas (Harvey, 2007:21-22), para hacer frente a los procesos de despojo. En el capítulo 4 profundizaremos sobre estas luchas y sus disputas por defender los bienes comunes en el Oriente antioqueño.

---

<sup>33</sup> El geógrafo argentino Vicente Di Cione (2004) propone que la palabra despojo es más precisa – con el fin de comprender el concepto- que desposesión, para traducir al español la palabra inglesa *dispossess* usada por Harvey, que puede traducirse como desposeer o despojar. Compartiendo su argumentación, preferiré hablar de acumulación por despojo.

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Estas teorías sobre el desarrollo geográfico desigual pueden ser pertinentes para entender la importancia que las espacialidades de América Latina y Colombia tienen para el actual funcionamiento del capitalismo.

América Latina y el Caribe cuentan con una posición estratégica en términos geopolíticos y económicos (localización de recursos y condiciones óptimas para la acumulación de capital) que la ponen en la mira de países como Estados Unidos, que lleva al menos medio siglo tratando de dirigir los destinos del continente e intentando poner las reglas del juego en materia económica, política y militar. Este país, en su afán de garantizar el acceso de sus capitales a los bienes comunes de las naciones latinoamericanas, ha impulsado el desarrollo de megaproyectos de infraestructura; el establecimiento de tratados de libre comercio, programas de reforma estructural y políticas de apertura económica; la implantación de bases militares y el despliegue de tácticas de militarización y paramilitarización que aseguren el control de terrenos; e incluso de políticas de protección a la biodiversidad y los recursos hídricos, con miras a incorporarlos a los mercados financieros (Jiménez, 2012a:490-491 y 499).

La investigadora y docente colombiana Carolina Jiménez (2012) propone tres ejes para entender el carácter estratégico de América Latina: en primer lugar sus recursos energéticos, especialmente los hidrocarburos, que son fundamentales para mantener el actual sistema de producción y consumo sustentado en la quema indiscriminada de combustibles fósiles; en segundo lugar, aspectos de su biodiversidad como las fuentes hídricas y suelos para la producción de agro-combustibles; finalmente su posición geoestratégica, por la cual se vienen construyendo grandes megaproyectos de infraestructura como la IIRSA y el Plan Puebla-Panamá (Jiménez, 2012a:484). Incluso plantea la posibilidad de entender como cuarto eje la plantación de cultivos de coca para uso ilícito, debido a que el narcotráfico se constituye hoy como uno de los negocios más rentables para soportar el proceso de acumulación de capital a escala global (Jiménez, 2012b). Podríamos añadir que también se convierte en la excusa para establecer controles por medio de la política antidrogas e incluso para abrir nichos de mercado como el de los insumos para la aspersion aérea con glifosato de

este tipo de cultivos, que comercializan empresas como Monsanto<sup>34</sup> (Fajardo, 2014).

Para el caso colombiano, académicos como Jairo Estrada (2012) han estudiado fenómenos que se relacionan con el desarrollo geográfico desigual:

Durante las últimas tres décadas el país ha vivido un incesante proceso de cambio y reconfiguración de su formación socioeconómica, en el que se ha interrelacionado la intensificación con la expansión geográfica de la relación social capitalista. Tal proceso se encuentra inmerso y es parte a la vez de nuevas dinámicas de la acumulación que trascienden (y hacen estallar) la frontera nacional para adquirir dimensiones regionales y transnacionales (Estrada, 2012:501).

Este economista plantea una serie de transformaciones importantes en el capitalismo colombiano, de las que retomaremos las que aún estén vigentes, tengan hilos de continuidad o consecuencias que aún persistan en el presente, teniendo en cuenta que poseen temporalidades distintas enmarcadas sobre todo en las décadas de 1980, 1990 y 2000.

En primer lugar, asegura que se ha culminado el régimen de acumulación basado en la industrialización dirigida por el Estado, haciéndose la transición a un régimen de acumulación flexible y de financiarización de la economía, inspirado en las políticas de reforma estructural del Consenso de Washington. El nuevo régimen ha venido produciendo una nueva espacialidad capitalista “sustentado en el despliegue de nuevas y múltiples formas de acumulación y en la activación inusitada de la violencia capitalista” (Estrada, 2012:502). Para el autor, su rasgo esencial ha sido la *acumulación por despojo*. El historiador Forrest Hylton también han señalado la pertinencia del concepto de acumulación originaria para analizar el capitalismo contemporáneo en nuestro país y su relación con el conflicto armado (Arango, 2017).

En segundo lugar, “se han acentuado las formas depredadoras de la reproducción capitalista, afectando en forma creciente las condiciones generales socioambientales de la reproducción de la formación socioeconómica” (Estrada, 2012:502). Las tendencias de la

---

<sup>34</sup> Puede verse por ejemplo en el sitio web de la misma compañía: <http://www.monsanto.com/global/ar/productos/pages/que-es-el-glifosato.aspx>

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

acumulación capitalista hacia sectores como minería, hidrocarburos, agro-combustibles y megaproyectos de infraestructura, implican “una relación destructiva con la naturaleza y con el conjunto de relaciones sociales constituidas en torno a ella” (Estrada, 2012:502).

En tercer lugar, para el período presidencial de Álvaro Uribe (2002-2010), se consolidó un régimen autoritario de gobierno que implicó la militarización generalizada del país, acompañada de la captura institucional por parte de configuraciones criminales y mafiosas (Estrada, 2012:502) (Fajardo, 2014). Es importante tener en cuenta que fue en este período donde se realizaron las operaciones militares que se reseñaron en la sección anterior. Esto refuerza el argumento sobre el papel de estos hechos de violencia en la lógica de una comprensión integral de la guerra, que está estrechamente relacionada con la implementación de un modelo desarrollista, que a su vez debe entenderse en el marco más general del desarrollo geográfico desigual y la forma como opera en países como Colombia.

En cuarto lugar, se han desarrollado nuevas formas de inserción de la economía colombiana en el capitalismo transnacional, “que acentúan la relación de dependencia económica, política, militar y sociocultural frente al imperialismo” (Estrada, 2012:502-503). Esta dependencia se mantiene por vías legales, brindando múltiples beneficios al capital transnacional, y por vías militares, disponiendo “del territorio nacional para la estrategia de control, injerencia y eventual intervención militar directa del imperialismo estadounidense en América Latina mediante la instalación de bases militares” [...] (Estrada, 2012:502-503).

En quinto lugar, se ha impuesto una lógica sociocultural basada en valores capitalistas, egoístas e individualistas sobre las prácticas cotidianas y las subjetividades de amplias capas de la sociedad colombiana. En sexto lugar, la consolidación de un proyecto económico, político y sociocultural, que combinaba la institucionalidad del Estado con la promoción del paraestado y la violencia paramilitar, trayendo como consecuencia el debilitamiento de movimientos sociales y populares, que apenas hoy están resurgiendo de la persecución, estigmatización y violencia a la que fueron o siguen siendo sometidos. Esta violencia militar y paramilitar tuvo fuertes repercusiones en municipios como San Francisco

en el marco del desarrollo de la política de “seguridad democrática”, como vimos anteriormente.

Por último, se ha producido una profunda reorganización de las relaciones de propiedad, desatándose un nuevo ciclo de concentración y centralización de la riqueza y de la propiedad, acentuándose su naturaleza capitalista privada y transnacional y produciéndose una expropiación masificada de trabajadores, campesinos, indígenas, afrodescendientes y sociedad en general, en términos de ingresos, tierras, bienes públicos y comunes (Estrada, 2012:504).

Esta serie de transformaciones sintetizan un proceso de neoliberalización del capitalismo en Colombia, en el cual se han desplegado múltiples formas de acumulación fundamentadas en la producción de una nueva espacialidad capitalista, donde se han intensificado y extendido las relaciones capitalistas en distintos campos de la vida social y en espacios que no estaban incorporados tan intensamente a estas lógicas. Este proceso, se puede resumir bajo tres conceptos que pueden usarse para explicar tres fenómenos interconectados: *acumulación por despojo*, *nueva espacialidad capitalista* y *neoliberalización* (Estrada, 2012:504).

Para Estrada, la transición hacia el régimen de acumulación flexible y financiarización del capital en Colombia se produjo gracias al surgimiento de un nuevo empresariado vinculado a los circuitos transnacionales de la acumulación: el empresariado de la cocaína. En la segunda mitad de la década de 1970 se produjo una articulación entre formas legales e ilegales de la acumulación capitalista (Estrada, 2012:512). Uno de los principales rasgos de la producción de una nueva espacialidad capitalista en el país sería entonces la articulación entre empresarios de la cocaína, estructuras mafiosas y paramilitarismo; así como el entendimiento entre paramilitarismo y ejército nacional, como brazos armados de las formas legales e ilegales de acumulación de capital.

El paraestado que se configura con esta lógica ha constituido una estrategia

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

transnacional de resignificación de la Tierra como fuente de valorización capitalista en términos de biodiversidad, recursos hídricos o recursos minerales y de promoción de megaproyectos infraestructurales y energéticos (Estrada, 2012:514).

Aquí llegamos directamente al caso del Oriente antioqueño, donde precisamente en el período 2002-2010 operaciones conjuntas entre ejército y paramilitares garantizaron el control del terreno para dar vía libre a megaproyectos energéticos que hoy se están proyectando y ejecutando en la región, configurando una nueva forma de espacialidad capitalista. Este ha sido un proceso de acumulación por despojo, que para desarrollarse ha recurrido a la intensificación del conflicto armado en municipios como San Francisco, cobrando inmensas cantidades de víctimas, ocasionando el destierro, el desarraigo, la desaparición forzada, las ejecuciones extrajudiciales y la estigmatización contra el campesinado.

Este mismo argumento salió a relucir en un taller sobre la historia de la vereda Boquerón, en el que los participantes debatieron sobre las razones que llevaron a su desarraigo y su destierro. Para algunos de ellos los principales responsables habían sido el gobierno de Álvaro Uribe, los paramilitares y el ejército, quienes “iban detrás de la hidroeléctrica” que querían construir en río Verde -que hace parte de su vereda-, como ahora lo hace CORNARE<sup>35</sup> (DC 30/10/2017).

“¿Quién hizo en todo el territorio eso? ¿Quién? El señor gobierno que teníamos en la presidencia.

Álvaro Uribe, ¿cuál fue la meta de él? Mandar a los paramilitares a que mataran, no a la guerrilla, que mataran a los campesinos y los sacaran del territorio, ¿cuáles eran los intereses que tenían? Aquí abajito desde hace muchos años tienen pensado hacer una hidroeléctrica” [...] (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Para ellos, las operaciones militares y la violencia paramilitar habían tenido un fin

---

<sup>35</sup> En este taller de historia muchos de los eventos que se recordaron y narraron se conectaron con las problemáticas del presente. Actualmente la disputa por la defensa de los ríos la libran los movimientos socioterritoriales del Oriente antioqueño frente a actores como EPM y CORNARE. El tema de estos movimientos, conflictos y la relación con los ríos se abordará en el capítulo 4.

muy claro: permitir la entrada de las multinacionales y los proyectos hidroeléctricos. Y narraban algunos hechos para demostrarlo, siendo el desminado uno de los ejemplos. Cuando el ejército realizó el desminado en la vereda, posterior a la pacificación por la vía militar del Oriente antioqueño, “sólo pensaba desminar el camino para el río por donde querían entrar las multinacionales, por donde buscaba llegar la empresa Integral para construir la hidroeléctrica. Sólo desminaron los caminos de la vereda porque la comunidad lo exigió” (DC 30/10/2017).

Desminaron el mero camino para llegar al río, ¿por qué desminaron los caminos? Porque nos emputamos y empezamos a exigir, ojo, cómo así, porque lo primero que hicieron fue venisen desde San Pacho desminando todo el camino ve dele, dele y llegaron fue derecho al río, ni siquiera aquí en la vereda la desminaron, imagínese pues...

¿Pa' qué? ¿Y sabía pa' qué? Pa' que entraran las multinacionales a mirar el río.

Ahi fue donde entraron los de Integral pa' hacer los estudios en el río, a sacar los pescaos, a medirlos, a pesarlos...

Estaban esperando que desminaran ese pedacito.

Nos desminaron las viviendas y las dentradas porque nosotros dijimos: “bueno, necesitamos las [...] de nosotros pa' las viviendas” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Como pudimos ver anteriormente, los complejos hidroeléctricos en el Oriente antioqueño no son un fenómeno del siglo XXI. Por el contrario, su construcción constituye uno de los componentes fundamentales de la relevancia geopolítica que esta región adquiere para la inversión de grandes capitales desde las esferas del capitalismo internacional a partir del siglo XX (Prodepaz y Strata, 2002:3):

Los altos índices de precipitación pluvial y la riqueza hídrica de las vertientes cordilleranas permitieron la implementación de un sistema de embalses que ha llegado a generar una tercera parte de la energía eléctrica del país. Así mismo, la riqueza de hidrocarburos del Magdalena medio, y la conversión de gas natural en energía eléctrica, han hecho que parte de la región soporte un tupido entramado de líneas de interconexión, oleoductos, gasoductos y poliductos. La localización geográfica y los cronogramas técnicos de construcción y operación de este complejo energético, se convirtieron en las coordenadas espaciotemporales de buena parte de los movimientos y comportamientos poblacionales de las últimas cuatro décadas. Así mismo, en torno de las figuras de la contratación, la compensación por impactos sociales y ambientales, así como la transferencia de regalías, se articularon poderosos mecanismos de organización del trabajo, financiación y planeación de las economías locales. De otra parte, al ser proyectos agenciados desde esferas de poder supraregionales, se vio disminuida la eficacia de los sistemas políticos locales como mecanismos de regulación en la toma de decisiones que afectaban los intereses de la comunidad (Prodepaz y Strata, 2002:3).

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Algunas investigaciones han señalado incluso que factores como la “explotación de los recursos bióticos y abióticos” por parte de proyectos políticos y económicos de alcance supraregional, que otorgan una posición geoestratégica a la región, tienen una continuidad en la larga duración:

[...] consideramos que los proyectos políticos y económicos de alcance supraregional que han incidido en los últimos cinco siglos en la dinámica histórica del Oriente poseen un denominador común: un desconocimiento de la región como territorio social e históricamente construido, y un consecuente direccionamiento de las acciones sobre éste centradas en la explotación de los recursos bióticos y abióticos o en su posición geoestratégica (Prodepaz y Strata, 20024).

Estas investigaciones también han documentado que este proceso de reconfiguración socioespacial del Oriente antioqueño- asociado a los particulares patrones espaciales que adquiere la apropiación y transformación de la trama de la vida en la región para hacerla funcional al capital- ha tenido estrecha relación con desarrollo del conflicto armado y la disputa que diferentes grupos han librado por el control militar de la región -“globalización” y “conflicto armado”, que en realidad, si los abordamos desde enfoques como el de la “nueva geografía de los conflictos” (Klare, 2001 citado en Zelik, 2015), hacen parte de un conjunto indiscernible- (Prodepaz y Strata, 2002:4).

Esto nos da bases para sostener que tanto el desarrollo geográfico desigual del capitalismo como el conflicto social y armado, dos fenómenos vinculados en la historia del Oriente antioqueño, han sido los causantes de uno de los procesos que ha marcado más profundamente la vida de las personas y los lugares de esta región en los últimos 15 años: el destierro y el desarraigo.

### **2.3. Desarraigos y violencias que se entretajan**

Una de las consecuencias más visibles del conflicto social y armado y de la implantación de un modelo de desarrollo capitalista en municipios como San Francisco ha

sido el *desarraigo* de miles de familias campesinas. Entre 1999 y 2005 se produjo una disminución del 50% de la población de San Francisco a causa del desarraigo. Posterior a la Operación Marcial (2003), más del 70% de la población rural, habitante de las veredas, fue desalojada y despojada de sus tierras (Asociación Campesina de Antioquia, 2009). A nivel regional, San Francisco ha sido el cuarto municipio con más población desarraigada del Oriente antioqueño, con un total de 13.400 personas entre 1997 y 2010 (Ministerio del Trabajo y PNUD, 2013).

En esta investigación usaremos nociones como desarraigo o destierro para sustituir la más extendida sobre desplazamiento forzado, por diferentes razones que discutiremos a continuación. El origen de la noción de desarraigo me lo contó Sara, una de mis maestras en el trabajo de campo, en una de sus valiosas historias. A comienzos de la década del 2000, Medellín se convirtió en un centro de recepción de “desplazados” de distintas regiones del departamento. En ese tiempo la ACA, después de haber sufrido una fuerte persecución política que ocasionó el “desplazamiento” de la mayoría de sus integrantes a esta ciudad, concentró su trabajo en acompañarlos en este duro momento de sus vidas. En un foro sobre el tema del “desplazamiento forzado”, en el que participaron, se plantearon la pregunta: ¿Nos vamos a quedar aquí de desplazados por siempre? En dicho espacio, los movimientos alternativos como la ACA propusieron sustituir el concepto de desplazados por el de *desarraigados*, que para ellos hace referencia a un proceso en el que a las comunidades se les arranca de raíz del espacio en el que viven, se les quita su tierra, se rompen las relaciones culturales y afectivas que mantenían con este lugar y se genera una ruptura en sus vidas por parte del modelo de desarrollo y de la guerra (DC 9/9/2017).

Anteriores investigaciones (García, 2012) (Vergara-Figueroa, 2018) que han abordado el tema del despojo, el destierro y el desarraigo en Colombia han documentado cómo redes de movimientos sociales del país han denunciado su desacuerdo con el marco jurídico para la definición y la atención de la problemática del “desplazamiento forzado”, principalmente por la representación que ha posicionado, en conjunto con ONG, medios masivos de comunicación y otros actores, sobre los desplazados como “migrantes”,

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

invisibilizando con ello la tragedia humanitaria que estas personas padecen como víctimas de la guerra, obstaculizando la búsqueda de soluciones estructurales y convirtiéndose en últimas en un eufemismo que enmascara la crisis humanitaria de más de 7 millones de personas en nuestra nación, así como de sus causas.

Rotular a las víctimas como desplazados internos o forzados previene e inhabilita a los investigadores para comprender una larga historia de despojo que por lo general ha precedido a los hechos victimizantes; a las instituciones para entender cómo estas violencias echan raíces en, a la vez que actualizan, las desigualdades de clase, género y espacio, entre otras, que han atravesado la configuración de la nación colombiana; y a las comunidades para conectar sus reclamos actuales con una historia padecida de desarraigo y destierro de larga duración (Vergara-Figueroa, 2018: xxviii). La socióloga afrocolombiana Aurora Vergara-Figueroa (2018:4) ha argumentado incluso que el concepto de desplazamiento forzado puede contribuir a la continuidad y la legitimación de la explotación, el despojo de tierras y el pillaje de las poblaciones que dice proteger, debido a que concibe los hechos victimizantes que las afectaron de forma aislada y descontextualizada con respecto a las condiciones históricas y estructurales de desigualdad y discriminación, sin las cuales es imposible entender las razones del destierro y el desarraigo. Incluso agencias multilaterales, como la USAID y el Banco Mundial, clasifican a ciertos países de acuerdo a porcentajes de “desplazamiento forzado” o de “Estados fallidos” para legitimar su intervención a través de, por ejemplo, la “atención humanitaria” o “la ayuda” a “los desplazados”, que esconde sus reales fines de “lucha contra el terrorismo” (Vergara-Figueroa, 2018:13-15) e injerencia imperialista. Ya vimos anteriormente el papel de este asistencialismo en el marco de una guerra integral contra las comunidades campesinas, como una táctica para minar su autonomía y acentuar su dependencia con las instituciones de los vencedores.

Por eso movimientos alternativos e investigadores han insistido en el uso de categorías como destierro y desterrados para nombrar la historia de desarraigo y despojo material y simbólico provocada por el conflicto armado, la violencia, la explotación y la desigualdad social que han configurado nuestras sociedades y espacios sociales (García,

2012:31) (Vergara-Figueroa, 2018). Destierro y desarraigo son entonces nociones que emergen como alternativas a la del “desplazamiento forzado”, por ser más fieles en describir las situaciones de quienes experimentan estas problemáticas: “Mientras que la noción de desplazamiento remite al cambio de locación, al tránsito circunstancial entre dos o más lugares, el destierro se refiere a una experiencia de larga duración que fractura las relaciones territoriales de los pueblos afectados” (García, 2012:32). Por su parte, la categoría de desarraigo nombra un conjunto de procesos de índole económica, social, política, ideológica y cultural que envuelve el despojo violento de los pobladores de sus espacios vitales, haciendo énfasis en la fractura que se produce entre las comunidades y las tierras que ellas han apropiado, trabajado y luchado (Vergara-Figueroa, 2018:xxx). Los procesos de desarraigo toman lugar en cuerpos, prácticas, saberes y espacialidades y constituyen una relación social e histórica de dominación que se fundamenta en las clasificaciones de los otros con base en representaciones de “marginalidad” y “aislamiento” y en el mantenimiento de su subordinación de acuerdo a las jerarquías de clase, sexo, género, región, cultura (Vergara-Figueroa, 2018:18-19). Clasificaciones de este tipo se actualizaron con el desenvolvimiento del conflicto armado y del modelo de desarrollo en el Oriente antioqueño, representando a los espacios que fueron blanco del despojo como “lejanos”, “territorios vastos” “guerrilleros”; “espacios vacíos” que fueron efectivamente vaciados de gente para abrir paso a los megaproyectos y afianzar la hegemonía de los conglomerados empresariales-político-militares en la región.

En una conversación con las mujeres de Jardín Matecaña ellas me contaron cómo fueron desarraigadas de Jardín Campoalegre, la vereda donde vivían. Recuerdan que padecieron el desarrollo de la Operación Marcial (2003), la presencia de diferentes grupos armados y el asesinato de uno de sus líderes, el presidente de la Junta de Acción Comunal:

“cuando ya se entró el tal operativo ese que llamaban y eso era todo el grupo armado ese que llegaba a la casa. Y uno viviendo con esa familia, eso desocupaba un grupo, llegaba otro, eso era muy duro eso con esa familia. Y ya hasta que mataron un líder de allá y mejor nos vinimos” (Conversación con Mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Un líder de Jardín Matecaña cuenta que tuvieron varios desplazamientos de Jardín Campoalegre. El primero fue en el 2003, cuando pasaron 3 meses en el casco urbano de San Francisco -“el pueblo”, como le llaman coloquialmente- hasta que vieron “que la cosa se fue calmando y nos aburrimos aquí, y tomamos la decisión todos juntos y [...] nos devolvimos” (Conversación 22/9/2016). Francisco cuenta que en el 2004 hubo otro operativo militar: “ese sí llegó bravo, más bravo, y ya nosotros empezamos a hacer como esa resistencia, resistencia, hasta que no fuimos capaces, eso hubo que salir siempre otra vez, ya con un muerto, el líder del grupo...” (Conversación 22/9/2016).

Cuando le pregunté por cómo intentaron resistir, me respondió lo siguiente:

“Pues nosotros nos quedamos todos juntos por allá, eso nos uníamos en casas, nos quedábamos juntos y decíamos no, pues esperemos a ver, esperemos, esperemos hasta que, hasta que un día dijeron que tocaba ayudar, colaborar o salir o que nos moríamos. Y ahí sí toco fue que... ya tomar decisiones. Teníamos quince días de plazo para salir. Como a los ocho o quince días mataron al señor y ahí sí salimos todos ya con lo que más se pudo, ya con miedo, imagínese ese muerto” (Entrevista 22/9/2016).

Fueron las FARC quienes les dijeron que les tocaba colaborar o desplazarse. Esta guerrilla minó el camino principal a Jardín Campoalegre, lo que obligaba a sus habitantes a dar un rodeo como de dos horas para llegar a su vereda. Y fue también quien, para imponer su autoridad, asesinó al presidente de la JAC. Tras estas amenazas, las campesinas y campesinos tuvieron que salir dejando todo atrás.

En este caso no fueron el ejército o los paramilitares los que los desterraron para darle vía libre al modelo de desarrollo, sino los efectos dramáticos sobre la población civil que desencadena cualquier guerra -que no por esto deja de tener entre sus causas estructurales la implementación de este modelo en la región-. En las guerras, los lugares con los que sus pobladores establecen fuertes vínculos sociales, productivos, emocionales y afectivos (entre otros), son convertidos en terrenos donde se libra la confrontación entre grupos armados, en campos de batalla. En el caso de las FARC, como vimos anteriormente y como seguirá apareciendo en el material empírico, este grupo llegó al Oriente antioqueño más como un

ejército conformado por personas extrañas a los sitios donde operaban, haciendo fuerte énfasis en el componente militar. Creo que esto hace que el espacio se convierta mucho más en un terreno de operaciones. Cuando el grupo armado se conforma por integrantes provenientes de los mismos sitios, es posible que ellos aún sigan manteniendo vínculos con sus familiares, amigos y los lugares donde crecieron, lo que tampoco quiere decir que dejen de estar en un campo de batalla.

A partir de la etnografía podemos describir los efectos de la guerra sobre la vida de las personas, siendo uno de los más dramáticos el destierro y el desarraigo. La noción de desarraigo, como vimos anteriormente, nos permite contextualizar histórica y geográficamente las condiciones que ocasionaron la expulsión de la gente de los espacios donde desarrollaban sus vidas. Lo que está en la superficie y en lo inmediato son las amenazas con fusil al hombro y los enfrenamientos armados, pero si profundizamos en la densidad geohistórica de la configuración de los espacios podemos ver que estos hechos de violencia se relacionan con una superposición espaciotemporal de desigualdades y formas de explotación de un espacio de la región considerado como “lejano” o “subdesarrollado” por otro “cercano” y considerado como “polo de desarrollo”, de la empobrecida población campesina por los proyectos económicos impuestos desde afuera, de las mujeres campesinas por unas relaciones sociales machistas que las afectan de las manos de distintos tipos de hombres involucrados de una u otra forma en sus vidas.

Esta complejidad nos lleva a pensar que, siendo importante clarificar los hechos asociados al conflicto armado y a la violación de los derechos humanos para contribuir con la exigibilidad de los derechos de las víctimas, es necesario empeñarse en la reconstrucción de las condiciones geohistóricas que llevaron a la violencia y el desarraigo, en las que han participado una multiplicidad de actores, desde élites políticas, económicas y religiosas, hasta empresas, Estado, ejército, paramilitares, guerrillas, ONG, agencias multilaterales, entre otros. En las historias que aquí tratamos de describir, con el detalle que hemos logrado alcanzar, podemos acercarnos a esta complejidad con los matices que colorean los casos concretos. Se advierte que es un acercamiento a la complejidad del desarraigo, ya que la

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

reconstrucción de estas condiciones es un problema de investigación en sí mismo, y de largo aliento.

Anteriormente estudiamos la presencia territorial de los actores armados y cómo ésta se reconfiguró con el tiempo y el desenvolvimiento de la dinámica bélica en el Oriente antioqueño. Ahora volvamos al tema pero a partir de casos más detallados de veredas como Boquerón, La Eresma y La Maravilla y de la voz de sus pobladores.

Hasta el año 2002, la guerrilla del ELN tenía fuerte presencia en territorios donde se ubica la vereda Boquerón. Sus pobladores recuerdan que en ese año volvieron las FARC, tras más de 30 años de no hacer presencia tan visible, a disputar este territorio con los elenos, lo que dio lugar a fuertes enfrentamientos entre ambos grupos. En el 2003 llegó la Operación Marcial y los paramilitares ocuparon principalmente el casco urbano, mientras las guerrillas se enfrentaban entre ellas en las veredas. Los testimonios de los habitantes de Boquerón describen esta absurda situación: “eran unos enfrentamientos los terribles y era las FARC con los elenos peliando, matándose ellos mismos que por territorio. Y los paracos en San Pacho maten campesinos” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

El desarraigo de la vereda Boquerón fue muy similar al de Jardín Campoalegre: su primer desplazamiento fue en el 2003, cuando pasaron 3 meses en el pueblo y regresaron. En el 2004, las FARC los reunieron y les dijeron que se fueran, con el argumento que los paramilitares iban cada rato allá a humillar a los campesinos, a interrogarlos, manteniendo redes de informantes a su servicio en la vereda. La guerrilla pensó en expulsar únicamente los informantes, pero esto significaba dejar como carne de cañón al resto de las familias para los paramilitares, a las que seguramente estigmatizarían como auxiliadoras de la guerrilla. Por eso la decisión que tomó las FARC fue expulsarlos a todos, desocupando la vereda (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

“Nosotros vivimos aquí 14 meses después del primer desplazamiento que fue el 2003, estuvimos 3 meses en el pueblo, que salió casi la mayoría de la comunidad de aquí, éramos 55 familias y apenas quedamos 25, y ya en el 2004 llegaron y nos volieron fue a todos. El 2 de julio de 2004 vinieron a una reunión aquí y dijeron váyanse.

El argumento fue porque las Autodefensas venían por aquí cada rato a humillar la gente, a los campesinos, y cuando menos pensaban era la gente con esos fusiles aquí en la espalda vea, que aquí está la guerrilla, cierto que aquí está la guerrilla, y pu' aquí no había nadie, osea que aquí isque habían unos sapos, eso fue [...] de ellos pues, que aquí habían unos sapos, que ellos no podían asomar [...] porque ahí mismo le contaban a los paracos.

Ellos tenían vigilantes allá en el pueblo, salían y decían que po' aquí habían visto gente y ahí mismo llegaban los paracos a humillar los campesinos aquí...” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

A partir de las trayectorias vitales de las actuales campesinas y campesinos, también es posible entender la complejidad del desarraigo como un entramado de violencias y de opresiones que se superponen con dimensiones como la desigualdad de género, la violencia contra las mujeres, la opresión estructural de poblaciones empobrecidas por una configuración socioespacial históricamente injusta, entre otras.

Veamos la historia de una familia que ahora habita la vereda La Eresma, que puede ser también la historia de muchas otras madres y jóvenes del campo colombiano.

Doña Gloria es de Yarumal, pueblo que abandonó cuando murió su madre. Allá sufrían mucho y ella se aburrió. Su hijo Sergio nació en Medellín y vivieron un tiempo en esa ciudad, en el cerro El Picacho. Cuando ella se separó del papá de Sergio se puso muy mal. Como no tenía casa en la ciudad, aceptó la oferta de un señor, quien les propuso prestarles una finca que tenía en Cocorná a ella y a un muchacho con el que vivió después para que se fueran a vivir allá con los niños. Se fueron para Cocorná y vivieron en distintas veredas como La Secreta y San Martín, ubicadas cerca de diez horas de camino a pie de la carretera hacia San Francisco, desde un punto conocido como Pailania. Pero cuenta doña Gloria que el señor que les hizo la oferta los engañó al meterlos pa' allá. En esa finca no había nada y les tocó quedarse ocho meses. “La gente nos llevaba revuelto, cosas”. Pero ella se cansó: “yo aquí no me quedo, aguantando hambre”. Su compañero se robaba la yuca de un yucal ajeno y la dueña cuando se dio cuenta les advirtió: “nos va a tocar hablar con la guerrilla”. Gloria habló con su compañero del problema que se había armado: “yo le dije y él se torió, [...] se ponía como una fiera” y él le preguntaba a ella que si “le iba a echar a la

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

guerrilla”, Él le decía: “vos sos una lambona, vagamunda<sup>36</sup>, perra”. Y en efecto llegó la guerrilla, pero no porque ella la haya llamado. Cuando eso los muchachos estaban muy pequeños (DC 4/9/2017).

Las historias de mujeres dejan palpar parte de la complejidad de las relaciones entre guerrillas y comunidades campesinas que se dieron en el Oriente antioqueño. En estos pueblos había mucha guerrilla, contaban Gloria y sus hijos. Alejandro, el menor, comentó haber visto a Karina, una guerrillera de las FARC-EP proveniente de la región de Urabá que fue comandante del frente 47, que operó entre Caldas y el Oriente antioqueño en la década de 1990 y comienzos de los 2000. Esta guerrillera después se convirtió en una desmovilizada y desmovilizadora dedicada a coser los uniformes de los militares en su lugar de reclusión.<sup>37</sup>

Doña Gloria contaba que “esa gente mantenía conquistándose los muchachos”, refiriéndose a la guerrilla. Alejandro narraba cómo un muchacho, guerrillero, iba a la casa y les enseñaba a dibujar a él y a sus hermanos. Unas mujeres que vivieron en veredas como La Nutria, La Cuchilla del Rejo y Jardín Campoalegre también contaban que “cuando eso la guerrilla enamoraba los muchachos.” Una de ellas le tenía que poner mucho cuidado a sus hijas para que no se las llevaran (DC 30/9/2017). En Jardín Campoalegre también contaban que los grupos armados ponían a hacer guardia a los jóvenes. Si llegaban sus enemigos, los muchachos debían echarse a rodar. Así recuerda estas situaciones Doña Vilma, una mujer mayor de la vereda Boquerón:

“Esa gente, cuando eso estaban las muchachas medianas todavía y venían isque a entrenar gente por aquí y yo no me las dejé llevar. Mejor dicho a esta hora estaban ya comenzando a acostase. Yo era pa’ que no se hablaran con ellos. Y ellos ay las niñas y yo ay esas muchachas muy cansadas, salen de la escuela y a cargar leña, traer revuelto y cosas que tienen que ayudar, llegan muy cansadas y se acuestan. Yo no las dejaba levantasen, yo: quedesen ahí quietecitas, no no...” (Conversación 31/7/2017).

---

<sup>36</sup> Son insultos que hacen parte de todo un imaginario patriarcal que desprecia a la mujer al ubicarla por fuera de los valores morales de la castidad y lo doméstico, razón por la cual debe ser castigada con violencia física o psicológica por parte del hombre según esta lógica.

<sup>37</sup> En este artículo puede verse parte de la historia de esta mujer: <http://pacifista.co/asi-es-el-encierro-de-karina/> recuperado de internet 22/7/2018.

Ellos “encargaban cosas”, contaba Doña Gloria. Un día les encargaron seis cubetas de huevos desde el pueblo, ellos las compraron y se encontraron con un retén del ejército, que la paró y la acusó de colaborar con la guerrilla. Ella se defendió diciendo que era para todo el mes. Esta estigmatización que sufrió por parte de los militares fue provocada en un contexto de presencia simultánea de grupos armados enemigos y también es una expresión de la doctrina militar que considera a la población civil en zonas de presencia guerrillera como parte del “enemigo interno” o del agua por la que los insurgentes se mueven como peces.

Luego “llegaron los paracos” a esas veredas de Cocorná, diciendo que “los que estuviéramos colaborándole a la guerrilla los mataban”, contaba Doña Gloria. Pero su situación era difícil, porque “uno les negaba un favor”, a la guerrilla, “y lo cogían en la mala”. Además, quien mandaba en ese entonces en esas veredas era la guerrilla. Ella me explicaba que “a la gente pobre así como ella la guerrilla no le hacía nada” (DC 4/9/2017).

Una noche que conversábamos con dos hermanas mujeres que ahora viven en Jardín Matecaña, escuchamos sus historias de las veredas La Nutria y Jardín Campoalegre. Algunos de sus hermanos se fueron para la guerrilla. A uno de ellos lo desaparecieron. Una de las mujeres se preguntaba: “¿por qué se iban?” (DC 30/9/2017). Es una pregunta muy compleja, porque las razones que los muchachos y muchachas han tenido para irse varían para cada tiempo, lugar, circunstancia y grupo.

En la vereda Boquerón algunos de sus habitantes recuerdan que los primeros que llegaron fueron los de las FARC, en el año 1979: “Yo estaba todavía potro. Cuando eso yo estaba en la casa y llegó una gente como a la 1 de la mañana, llegaron 10 manes y nos llamaron, yo me levanté, cuando ellos me llamaron y me dijeron que ellos eran del noveno frente de las FARC” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017). Llegaron proponiendo a los campesinos irse con ellos. Los acompañaban a cosechar y les enseñaban a manejar carabinas. Según Don Norberto, en ese momento algunos aceptaron y se fueron con los guerrilleros, pero él no quiso (DC 30/10/2017), prefirió quedarse tranquilo, rasguñando

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

la tierra:

[...] “se llevaron 3 o 4 pelaos de aquí de la vereda, se los llevaron no, ellos se fueron porque les dio la gana, los conquistaron... a mí también me dijeron, en la casa mía estuvieron una semana esos manes y yo tenía una sementera [...] entonces un man se fue conmigo por allá, pa’ traer plátanos y me enseñaba a manejar una carabina que tenía. Me dijeron que si quiere vámonos y yo: “no señores, yo prefiero morir rasguñando la tierra que yo coger un destino de estos”, ahí mismo me dijeron: “lo felicito hermano, lo felicito porque esto es un trabajo pesao”. Y llegaron los pelaos, por ahí un primo mío, dos primas, otras muchachas, y: “ahí yo me voy con ustedes”. Por ahí como a los dos años ya estaban arrepentidos, se querían volar de allá, y yo no, y yo tranquilo, rasguñando la tierra” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

En un taller sobre la historia de nuestra vereda en Boquerón, los participantes recordaban que en 1995 hubo una fumigación aérea de cultivos de uso ilícito en diferentes veredas de San Francisco. Según los testimonios de diferentes personas con las que he conversado, los cultivos de coca llegaron entre los finales de 1980 y los comienzos de 1990. La coca comenzó a sembrarse en pequeñas cantidades hasta que se fue expandiendo y copando las tierras de las veredas. En los relatos, la expansión de estos cultivos se asocia con la llegada de los grupos armados (Entrevista 22/9/2016). Una de las principales fuentes de subsistencia de las familias campesinas era trabajar en estos cultivos, ya que les generaban ingresos que por medio del cultivo de alimentos no podían conseguir para tener unas condiciones dignas de vida. Sin embargo, era un negocio peligroso porque les tocaba andar escondidos de la policía y el ejército (DC 22/9/2016). En varias veredas había cultivos y laboratorios y las familias trabajaban en distintas fases de la producción. Incluso se asocia la llegada y la generalización de los fertilizantes y pesticidas agrícolas a los cultivos de coca. En veredas que se dejaron atrás como Jardín Campoalegre, quienes la habitaban contaban que “por allá había eso de la coca y se mantenían encocados” (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017).

Integrantes actuales de la ACA cuentan que cuando llegaron a San Francisco en 2005 encontraron un monocultivo: la coca. Posterior al proceso de Justicia y Paz se realizó la sustitución de cultivos ilícitos. El ejército erradicó una parte y otra la erradicaron los mismos campesinos. La sustitución se daría a través de proyectos como la creación de la Asociación

de Familias Guardabosques -ASOFAGUA-, en la que se dedicarían al cultivo de cacao y café para su transformación y comercialización. Estos proyectos fueron promovidos por la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC por sus cifras en inglés). La sustitución tuvo resistencias por parte de algunas personas en veredas como La Eresma, pero la población organizada a través de la JAC presionó para sustituir la coca y acceder a los programas de forma colectiva (DC 30/6/2017).

Pero antes de la sustitución hubo fumigaciones sobre estos cultivos que causaron profundas consecuencias sociales y ambientales. En veredas como La Eresma una de las problemáticas que afronta su gente es que sienten que sus tierras están muy acabadas por las fumigaciones que se dieron a finales de los años 1990:

La avioneta pasaba por todas esas zonas fumigando, entonces los árboles frutales se murieron. Entonces por aquí ver un naranjo, un mandarino, es muy contado ver un árbol de esos, y primero en una casa había cuatro, cinco naranjos y eso se acabó con esas fumigaciones. Y esa avioneta hijuepucha se metía por un cañón de estos. Todo lo que había a este lado moría. Usted podía tener unas bellezas de rozas, porque nosotros teníamos unas montañas de rozas grandísimas, maíz y todo lo que había. Eso lo que recibiera de agua, todo se moría, la brisa se llevaba el veneno. Aquí no había coca como lo ha habido en muchas otras partes por cantidad, por plantación en números grandes. Y llegó esa vaina y acabó con todo. No sólo mataron los pastos de coca, sino la tierra (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

Los cambios en las prácticas productivas que introdujo la coca, así como las fumigaciones forzadas emprendidas por el gobierno, incidieron en las condiciones que luego posibilitaron el desarraigo de la población.

Las fumigaciones “mataron” la tierra y profundizaron los conflictos sociales que habían llevado a sembrar la coca. Después de la fumigación de 1995 que impactó distintas veredas<sup>38</sup> de San Francisco, afectando tanto los cultivos de coca como los de pancoger de los que dependía la subsistencia de muchas familias, muchos de los jóvenes afectados, ante el desespero producido por la miseria y la falta de oportunidades, así como la desconfianza y la

---

<sup>38</sup> Para proteger la seguridad de las poblaciones implicadas se protegerá información que permita identificar los lugares en específico.

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

aversión contra el Estado generada por estas acciones nocivas para el campesinado, terminaron enfilando las filas guerrilleras o paramilitares.

La mujer que se hacía la pregunta de por qué se iban los muchachos para allá, para el tiempo de la guerra ya tenía dos hijos con su primer esposo. Pero había un guerrillero que le parecía muy lindo, que bajaba a lavar sus botas a un lugar que ella frecuentaba, sólo para encontrarla. Cuando ella estaba en embarazo, a veces les traía cosas. “Un día se vino como con diez medias en los pies, con esa barriga y con un calor, para llevárselas a ellos” (DC 30/9/2017).

Cuando llegó el operativo, a una de ellas le tocó ir a un campamento de la guerrilla para refugiarse del ejército, que “venía muy bravo arrasando con lo que viera” (DC 30/9/2017). Un día que el ejército les estaba disparando a sus casas, las hermanas tuvieron que sacar banderas blancas y volearlas para que vieran que eran campesinos. A veces también los bombardeaban. Contaban que en las veredas La Nutria y en la Cuchilla del Rejo había sido muy fuerte la guerra, que hubo muchos asesinatos.

Doña Gloria y su familia abandonaron Cocorná. Un señor le dijo: “¿usted por qué no se va pa’ San Francisco?” Y ella le hizo caso y allí se encontró con un señor que la recomendó con el cura y una profesora del pueblo. Los de las carnicerías, el padre Pacho, la personera, le ayudaron con mercado, ropa, botas, “yo no tenía nada”. El señor le dijo que podía irse para la finca Villegas a trabajar como mayordomos, una finca, en ese tiempo de bareque, que Alejandro recuerda como La Culebrosa. Este señor le decía que “tenía una finquita por ahí sólo”, un rancho de paja. “Ahí estuvimos casi un año. Al año una señora nos echó, nos tocó abrimos” (DC 4/9/2017).

El muchacho con el que vivía Doña Gloria a veces se perdía cuatro días en el pueblo bebiendo y tirando vicio. Cuando la señora dueña de la casa en que vivía la pareja se dio cuenta de eso le dijo que “si no nos desocupaba pa’ mañana le echaba candela al rancho”. Así “empecé yo a rodar por allá, me metí unos días donde un señor que tenía una casa sola”,

contaba Doña Gloria, “escuché que había un alcalde que iba a comprar esta tierra”, la finca donde ahora se ubica la vereda La Eresma, que compró el alcalde Carlos Mario y se la dio en comodato a varias familias desplazadas de distintos lugares del municipio y la región. Una profesora le dijo que “voy a hablar con el alcalde que me la ubique a usted primero, que usted no sufra con esa familia”. “Fuimos a hablar con el alcalde, le comentamos, había que esperar” (DC 4/9/2017).

Doña Gloria ya había visto la finca donde ahora vive: “la finca la vendían en un millón, muy barato”. El problema era que su dueño tenía otros clientes interesados en ella: “venía una gente de Medellín a comprar la finca, pero les dijeron”, en el camino, “que era muy lejos, enhuecado, sólo”, y al escuchar esto los compradores se arrepintieron de la compra. Lo que a los ciudadanos les parecía “muy lejos” y “enhuecado”, para ella y su familia significaba conseguir un refugio de la lluvia, el frío nocturno y el desamparo de no tener un techo, a menos de dos horas a pie del pueblo. Las distancias de posición social moldeaban la forma en como experimentaban la distancia de los lugares. Así, “fuimos, hablamos con el alcalde. Al viejito”, el dueño, “le dieron quinientos mil pesos”(DC 4/9/2017). Y a los quince días se fueron a vivir a la finca.

Cuando llegaron a La Eresma, apenas vivían como tres familias en la vereda. Antes toda la vereda era una sola finca, luego el municipio la compró y les dio parcelas en comodato a las familias que necesitaban de un lugar donde vivir. Así llegaron muchas familias a poblar La Eresma. Por eso, casi todas viven allá hace poco tiempo, el tiempo en que la alcaldía les cedió esa tierra para reubicarse, hace poco más de diez años. Sólo hay como 2 o 3 familias que vivían desde antes. Su familia quedó casi con dos hectáreas de tierra, sin embargo, sentían que esta había sido mal repartida. Como la familia era numerosa, la gente de la vereda se contentó mucho, porque ya no iban a cerrar la escuela, ya que llegarían los cuatro hijos como estudiantes. Antes, la escuela corría el riesgo de ser cerrada por falta de alumnos.

Los vecinos de la vereda ayudaron a Doña Gloria a construir su casa. Aunque no todo estaba bien para ella. Tenía un esposo que fumaba mucha marihuana, se bebía y se gastaba

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

todo el dinero que le llegaba de los programas de víctimas y otras ayudas, y además la maltrataba a ella y a sus hijos. Cuando ellos eran más grandes, la defendían del esposo. Incluso una vez un vecino la defendió quitándole el machete al esposo, con el que éste quería agredirla. La JAC de la vereda le ayudaba, pero también la cuestionaba por estar con ese hombre. Luego, él tuvo que irse por presiones de la comunidad. Cuando se separaron, él se fue cortando a machete los cultivos de la finca en la que vivían, rociando la platanera como si fuera maíz, porque supuestamente él los había sembrado (DC 4/9/2017).

Este suceso de violencia le recordó a Gloria, mientras me lo contaba, otro que se dio en la vereda El Roblal. Allí una vez la guerrilla subió al mismo hombre, junto con ella, por una loma arriba del cafetal, lejos. “Cuando nosotros llegamos allá había unas muchachas y muchachos”. Gloria se preguntó: ¿qué va a pasar aquí? Encontró una muchacha formalita, que le preguntó: “¿este muchacho la estaba persiguiendo anoche, que la iba a matar?” Ella le respondió que él tiraba mucho vicio, era agresivo y le pegaba. “Yo lo echaba y no se quería despegar”. En ese momento la guerrilla lo echó: “no le pegue, no la insulte”. “Se vino un muchacho”, y le dijo: “vaya recójale la ropa y lo vamos a acompañar hasta que se vaya”.

El esposo se quedó en El Retiro un mes. Mandaba cartas, mecató, llamaba. “Si yo le muestro esas cartas a la guerrilla matan a ese man”. En las cartas él la amenazaba con que tenía que salir de allá viva o muerta, que él la sacaba viva o muerta. Incluso le dio un plazo de 15 días para salir y si no lo hacía la mandaba a matar. Ella se atemorizó y se cansó: “A mí me dio como pena”, con los vecinos y la gente de la vereda, “tantos problemas y tanta jodencia”. “Yo no me quedo sola, ese man es muy loco, lo mata a uno, aporrea a los muchachos y yo no quiero eso”. “Me salí pa otra parte y fue llegando él allá a las siete de la noche”. Ella dijo: “este man por qué viene a esta hora por ahí”. “Yo me vine porque me estaba haciendo mucha falta” -respondió él-. “Eso era una cosa horrible. Él volvió, ya sí se iba a manejar bien”. Pero se iba cuatro días a beber al pueblo y llegaba como una fiera. “Me tocó echale la policía, ahora está en la cárcel, hace dos años. Se juntó con otra vieja, que lo acusó de haber violado una pelada como de diez años. Hace poco me llamó que fuera a visitarlo. Estaba en Cocorná o Sonsón” (DC 4/9/2017).

Ahora, además de los tres hijos que viven con ella en San Francisco, Gloria tiene hijos en otras ciudades, porque son hijos de un paramilitar que la amenazó con hacerle algo si no le dejaba llevarse a los niños o si preguntaba por ellos. Uno más de sus hijos murió ahogado en el río Calderas mientras se bañaba.

Historias como la de Doña Gloria dan cuenta de violencias que se dan dentro de las paredes del hogar, perpetradas al igual por hombres soldados, paramilitares o simplemente por los compañeros sentimentales. Son las violencias que padecen las mujeres por el mero hecho de serlo, que van desde la agresión física hasta otras agresiones más sutiles, rutinarias e invisibles. En las historias de mujeres como Doña Gloria es difícil distinguir donde comienza y donde termina una u otra forma de violencia: ella ha sido desarraigada. Por un régimen injusto y desigual de concentración de tierras y segregación urbana que deja miles de familias sin finca y sin techo donde guarecerse; por un conflicto social y armado donde incluso actores como las guerrillas, que administraban justicia en los territorios que controlaban, entraron en su defensa como mujer frente a su agresor, a la vez que intentaban “conquistar” a sus hijos para que se les unieran y le pedían favores que implicaban diferentes grados de presión y ponían en riesgo su seguridad; por un sistema patriarcal que ha entronizado el uso de la violencia masculina hacia las mujeres y los niños como mediadora de las relaciones interpersonales y familiares; por un despojo que continúa operando en la vida de miles de campesinas y campesinos del Oriente antioqueño, al represar los ríos con los que ellas y ellos tienen vínculos de diversa índole (económicos, ambientales, afectivos, entre otros) y donde se realizan múltiples actividades cotidianas.

La necesidad de comprender cómo se imbrican las violencias para moldear las trayectorias personales de estas mujeres campesinas pone en tensión propuestas teóricas que expusimos al inicio del capítulo como la de “nueva geografía de los conflictos” y desarrollo geográfico desigual, que parecen dar más prioridad a las relaciones de explotación entre clases sociales y a las desigualdades y disputas de orden geopolítico y económico entre países y regiones. Por eso es necesario establecer diálogos entre estas teorías y los aportes de las investigaciones feministas que ponen en el centro las violencias contra las mujeres como

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

objetivo estratégico en el marco de las nuevas guerras (Segato, 2014).

Esta necesidad obedece al llamado que hace algunos años vienen haciendo las teorías feministas a partir de la perspectiva conceptual y metodológica de la interseccionalidad (Viveros, 2016), con la cual han buscado entender la forma en que se imbrican diferentes relaciones de poder, formas de dominación (clase, “raza”, género, generación, etc.) y violencias. Una de las cualidades de esta perspectiva es que nos permite comprender las desigualdades sociales a partir de experiencias de sujetos concretos, que sólo podrían clasificarse en distintas dimensiones para efectos analíticos (Viveros, 2016:8). Por eso aquello que aparece como un amplio abanico de problemas difíciles de abarcar (desarrollo geográfico desigual, conflicto social y armado, patriarcado) se concreta empíricamente para darle molde a la experiencia de vida de algunas mujeres campesinas.

La forma en que ellas han experimentado estos conflictos involucra formas de opresión -las causadas por el patriarcado- que no han sido tenidas en cuenta por las teorías que vienen ganando peso en el campo del pensamiento crítico en geografía y teoría social, como las expuestas anteriormente. Para enfrentar estas omisiones, otras propuestas teóricas como las geografías feministas se han preguntado por cómo la diferencia y las relaciones de poder (género, clase, etc.) “operan en relación con y a través de procesos socio-espaciales, al tiempo que moldean la producción de conocimiento, tanto académico como popular” (Nelson, 2016:21-22). A nivel latinoamericano, incluso las geografías feministas han descrito el modelo económico que se nos viene imponiendo hegemónicamente en América Latina como “extractivismo capitalista, colonial y patriarcal” (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2017), para resaltar la imbricación de las formas de opresión y la forma en que tienen arraigo material en la trama de la vida.

Este desconocimiento de la forma como se imbrican cotidianamente el capitalismo y el patriarcado no sólo está presente en los escenarios académicos o en las teorías que usamos en las ciencias sociales. También en los movimientos sociales tendemos a desconocer la relación entre los procesos de despojo que afectan a los territorios y aquellos que afectan

a los cuerpos y los sujetos que están subordinados por el patriarcado (mujeres, personas con diversas identidades de género, orientaciones sexuales o formas de vivir diferentes a los patrones hegemónicos de masculinidad y feminidad, etc.). Comprender integralmente cómo se imbrican estas violencias es uno de los mayores retos de los movimientos sociales en su búsqueda por un mundo más justo.

## Conclusiones

Necesitamos un enfoque que comprenda la forma en que se imbrican diferentes formas de opresión con los procesos de configuración socioespacial. En el Oriente antioqueño, ha existido un uso estratégico de la violencia con la intención de vaciar los espacios para implantar un modelo de desarrollo extractivista, capitalista y patriarcal, que reproduce y actualiza el colonialismo interno que ha marcado la configuración regional desde los siglos XVIII y XIX (Aramburo, González y Villegas, 1990) (Prodepaz y Strata, 2002). Hemos propuesto entender esta violencia en el marco de una estrategia de guerra integral contra las comunidades campesinas que abarca: 1) la profundización de las relaciones capitalistas aunada a procesos de reconfiguración socioespacial; 2) el re-ordenamiento territorial agenciado por el Estado y presionado por agencias multilaterales; 3) el desarrollo de operaciones militares que provoca un escalamiento del conflicto con múltiples hechos de violencia contra la población civil; 4) el asistencialismo; y 5) la violencia física y psicológica contra las mujeres y la actualización de las relaciones patriarcales por medio de la escalada del conflicto armado, que refuerza sus roles de madres, hijas y hermanas “atentas y cuidadoras”.

El caso del Oriente antioqueño ejemplifica diferentes rasgos de las geografías de capitalismo que también están presentes en otras regiones de Colombia y América Latina: desarrollo geográfico desigual; acumulación por despojo; degradación socioambiental; militarización, paramilitarización y violencia contra los movimientos populares y los sujetos subalternos; dependencia frente al imperialismo; y concentración de la riqueza.

## 2. VIOLENCIAS Y DESARRAIGOS

Las geografías del capitalismo y el conflicto armado actualizan relaciones históricas de dominación con base en la clase, el espacio que se ocupa, el género, entre otras. Las élites económicas, políticas y militares hacen uso de representaciones como las de la “lejanía”, el “salvajismo” o el “terrorismo” para legitimar las incursiones militares, la intervención humanitaria y la imposición del desarrollo como nueva forma de colonización. Este proceso comprendido en su integralidad establece las condiciones de posibilidad para el desarraigo.

Por eso el desarraigo es el resultado de la forma en que diferentes tipos de opresión -que se dan por parte de los “polos de desarrollo” (Altiplano del Oriente antioqueño, por ejemplo) hacia los espacios saqueados y empobrecidos en el proceso de regionalización (las zonas clasificadas como lejanas, sobre todo la de Bosques), por parte de las élites económicas y políticas (empresas multinacionales, propietarios de grandes conglomerados financieros, terratenientes, familias políticas tradicionales, etc.) hacia las capas oprimidas de la población (campesinado sin tierra, trabajadores, pequeños propietarios), por parte de sujetos masculinos que son fieles representantes del patriarcado hacia sujetos subalternizados como las mujeres, los jóvenes y los niños, entre otros- dan molde de forma diferenciada a los espacios y las trayectorias de vida de campesinas y campesinos. Estas contradicciones sociales, cuando se profundizan y no se tramitan por canales políticos democráticos, se degradan en hechos de violencia física o armada que han masificado el desarraigo de mujeres y hombres y los han llevado a protagonizar un éxodo masivo que en Colombia sobrepasa los 7 millones de personas<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> En 2017 Colombia encabezaba la lista de países con mayor número de “desplazados internos” según la terminología de los informes: <https://cnnespanol.cnn.com/2017/05/24/colombia-vuelve-a-ser-el-pais-con-mas-desplazados-internos-del-mundo/>



Imagen 15



A

A

B

C

D

E

F



Guillermo esa mañana caminando hacia la vereda Boquerón, nos enseñaba lo que los geógrafos humanistas nombran como lugar: una entidad única, un conjunto especial con su historia y sus significados, que encarna las experiencias y las aspiraciones de la gente y debe ser conocida desde sus propios sentimientos e ideas (Tuan, 1979:387). Y lo que nos contaba Guillermo tenía mucho que ofrecer para este propósito.

Desde esta perspectiva, el espacio sería profano y amorfo, si no fuera por los sitios habitados por espíritus: lugares sagrados, donde reina el sobrecogimiento; lugares con una personalidad monumental que asombra, o con una más acogedora, que despierta afectos. La Vaga de los Espantos es uno de estos lugares donde moran las almas en pena de los asesinados, los desaparecidos y enterrados en estos bosques. Más arriba en el camino algunos victimarios sobrevolaban otro lugar, encarnados en gallinazos.

Pero es preciso insistir en que estos espacios no son recipientes indiferentes en los que sus habitantes han volcado su presencia, sus sentidos, sus espíritus: estos espacios antes estuvieron necesariamente poblados por un rumor anónimo, por el murmullo de las cosas, los objetos, los hábitos, en el que se han inscrito las travesías y los andares de sus caminantes a lo largo del tiempo (Pardo, 1992:19).

Con esta advertencia en mente, vale la pena explorar algunas claves analíticas que nos aportan geógrafos como Yi-Fu Tuan para pensar lugares como la Vaga de los Espantos. Tuan (1979) distinguió dos tipos de lugares. En primer lugar los Símbolos Públicos: sitios sagrados que encarnan poder político y religioso, característicos por su arquitectura monumental. Es fácil verlos desde afuera y, como muchos monumentos, ni siquiera tienen vista interior.

El segundo tipo fue nombrado por Tuan como Campos de Cuidado: al contrario de los primeros, aquellos sólo pueden ser conocidos en esencia desde adentro. Y como no son monumentales, los campos carecen de identidad visual (Tuan, 1979:418): por eso foráneos como yo, al conocer veredas como Boquerón, simplemente no podíamos reconocer, ni distinguir, ni delimitar lugares que Guillermo me nombraba como La Vaga de los Espantos.

Estos lugares detonan memorias que personas como Guillermo narra al ser afectado, a través de su cuerpo, cuando camina por ellos. Así, estos espacios son cargados de sentido por miembros de la comunidad de la vereda Boquerón.



El segundo tipo de lugares que nombra Tuan también son aquellos donde los humanos establecemos campos de cuidado, redes de afecto inter-personal, en un asentamiento físico (Wagner, 1972 en Tuan, 1979:416-417). Son lugares a los que la gente está emocionalmente atada al ambiente material, donde es consciente de su identidad y de su límite espacial.

La materialidad de estos sitios ofrece las posibilidades de sostener y profundizar las relaciones humanas con las que interactúan. Y a su vez, también hay elementos que fortalecen los vínculos entre las personas y los lugares: los hábitos, las celebraciones religiosas, entre otros (Tuan, 1979:418). Para algunos geógrafos, el sentido de lugar quizás nunca es más agudo como cuando alguien tiene nostalgia por haber roto estos vínculos al dejar atrás su hogar y su familia. Incluso en inglés hay una palabra muy dicente para esto: homesick (Starobinski, 1966 en Tuan, 1979:419). Un sentido similar podemos encontrarlo en la noción de desarraigo, propuesta por organizaciones sociales como la ACA en un foro sobre desplazamiento forzado, que nos permite nombrar el proceso en el que a las comunidades se les arranca de su territorio, se les arrebató su tierra, memoria y cultura, y se genera una ruptura en sus vidas por parte del modelo de desarrollo y de la guerra (ver sección 3.3).

Cuando Guillermo y yo llegamos a la vereda y caminábamos cerca a la escuela de Boquerón, eran otros los recuerdos que a él le detonaban lugares como la antigua cancha que ahora está cubierta de manga: allá, en los tiempos de antes, cuando la vereda era muy poblada y unida y todavía no los habían desplazado, ellos hacían festivales. En las noches encendían unas lámparas de petróleo, que ahora no se ven, que con una mechita podían encender toda la cancha. Había muchachos que tocaban música y cantaban. Uno de ellos fue asesinado porque lo acusaban de guerrillero.

Esta cancha era de baloncesto, tenía un arco ubicado en dirección a la escuela y otro al frente. Allá jugaban mucho los muchachos como él. Una vez yendo para Boquerón en moto con Esteban, un mototaxista, él me contó que la misma gente tuvo que subir a pie los materiales y la arena desde el río para construir la escuela.

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER



Imagen 19

*“Ahi pero yo por allá no me vuelvo, eso está muy lejos, uno ancianito, pa’ una enfermedad pa’ uno salir... no... Por allá pica mucho ese mosquito”.*

Mujeres de Jardín Matecaña (15/7/2017)

*“Nosotros nos metimos por aquí, nos metimos trochando. Dije yo: nos metemos derecho, por ahí es el camino, vámonos trochando por allá, hasta que salíamos”.*

Mujer de Boquerón (31/7/2017).

Poco a poco personas, familias y comunidades, después de sufrir múltiples violencias y desarraigados, han vuelto, o se han reubicado, de diversas maneras, en sus tierras o en otras. Y en este ir y volver se han producido cambios en la forma en que la población se distribuye en y se relaciona con las espacialidades del municipio de San Francisco y de la región Oriente antioqueño, concentrándose en las veredas *cercanas* al casco urbano y dejando casi vacías de gente las veredas más *lejanas*<sup>40</sup>. Estos cambios recrean y profundizan unas distancias que se han producido históricamente a diferentes niveles (en lo regional: oriente “lejano”/oriente “cercano”; en lo municipal: veredas/casco urbano) y en algunos casos las recortan (entre los predios y las fincas que se apretujan formando caseríos en las tierras disponibles alrededor del casco urbano). En este proceso se generan nuevas relaciones en las tierras que se vuelven a habitar a partir del trabajo, donde se reconfigura la unidad de las veredas. Esta reconfiguración también tiene que ver con el re-ordenamiento de la presencia de las guerrillas y los grupos paramilitares y la emergencia de otros actores como empresas de energía, ONG, movimientos sociales y organizaciones campesinas.

### **3.1. Sobre los mosquitos, el pueblo, estar lejos y estar cerca: cambios en la distribución espacial de la población**

De las 45 familias que vivían en la vereda Jardín Campoalegre, sólo 14 quedaban en

---

<sup>40</sup> Así también lo sugiere la investigación de Beatriz Arias (2013). Ver página 106 de dicho informe.

Jardín Matecaña y no viven allí otras familias diferentes a las antiguas vecinas. Las 33 restantes están en Bogotá<sup>41</sup>, en la costa, en Medellín, en Doradal y Las Mercedes (corregimientos de Puerto Triunfo), en el pueblo, entre otros lugares (Taller historia de nuestra vereda Jardín Matecaña 9/9/2017). Quizá Bogotá sea destino por lo cerca que la hace sentir la autopista Medellín-Bogotá. Muchos jóvenes van allá a buscar futuro y en eso también inciden las redes de apoyo que se van formando en esas ciudades.

Volver a Jardín Campoalegre sería bueno, me decía un día María, pero una vez cuando la cogió la noche allá, sintió miedo. Rememoró las noches en que llegaban los grupos armados, los enfrentamientos y el terror. Desde que nació su niña, no va a Campoalegre. Su esposo y su hijo sí iban a cazar, antes de que el niño se fuera a trabajar a Bogotá.

Ella me lo contaba mientras caminábamos con su nieto pequeño y yo me la imaginaba corriendo con su hijo en brazos cuando se desplazaron, 13 años atrás. En eso pensaba hasta que me volvían a la realidad los carros que pasaban a toda velocidad por la autopista, rozando nuestros hombros. María contaba que al líder de la vereda le disparaban desde los helicópteros, mientras él corría con la esposa al hombro, escapando de las balas. Era normal que le tiraran a la gente.

Ahora siente que viven muy bueno, muy tranquilos en Jardín Matecaña. Sería mucho mejor si vivieran allí también el resto de familias que vivían con ellos en Jardín Campoalegre y ahora viven en otras ciudades. Ahora es bueno porque viven muy cerca al parque del pueblo y a la carretera, lo que hace muy fácil ir. Una pareja de adultos mayores, mucho tiempo atrás vivía en una vereda del corregimiento de Aquitania. Eso quedaba muy lejos de todo, desde allá les era muy difícil desplazarse si tenían una urgencia. Por eso se fueron a vivir a Jardín Campoalegre y con el desplazamiento terminaron en Jardín Matecaña. Y en Campoalegre, además de que quedaba lejos, “había mucho mosquito”. “Imagínese uno enfermarse por allá y ya con esta edad para volver... Pero nos desplazamos fue porque nos tocó” (DC

---

<sup>41</sup> La ciudad capital del país.

15/7/2017). Era similar escuchar expresiones como éstas en las conversaciones, donde sobresale la lejanía y asociado a ella un personaje selvático: el mosquito:

“Ay pero yo por allá no me vuelvo, eso está muy lejos, uno ancianito, pa’ una enfermedad pa’ uno salir, no...

L: Por allá pica mucho ese mosquito.

HY: Pero si no nos hubieran desplazado, todavía estaríamos por allá” (Entrevista mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).

Además de la lejanía y los mosquitos, en el relato anterior y en el siguiente puede verse una forma distinta de experimentar la fuerza del cuerpo para realizar trabajos (agrícolas, pecuarios, de cuidado), relacionada con el incremento de la edad. “No puede trabajar de fundamento” es una de las expresiones locales que sintetiza esta experiencia. Y en muchos casos no se puede “trabajar de fundamento” sólo porque el cuerpo está agotado por el paso del tiempo, sino también porque las comunidades que se reubican en sitios como La Eresma o Jardín Matecaña encuentran tierras agotadas por las fumigaciones o infértiles porque antes eran usadas como potreros donde la tierra se desgastaba con las pisadas de las vacas. En veredas como Boquerón, donde la gente volvió a sus tierras, sucedió algo diferente y es que algunas personas piensan que la tierra descansó mientras la vereda estuvo deshabitada por el destierro, volvieron animales que antes no se veían y se pudo volver a sembrar comida (Taller de cartografía social en Boquerón 9/4/2018). Un factor adicional que es visto como una dificultad por parte de las comunidades actualmente reubicadas para habitar en las veredas que dejaron atrás es el esfuerzo que debían hacer para llegar a los puestos de salud desde veredas que no contaban con hospitales y que quedan a varias horas a pie del casco urbano.

La vereda La Eresma también fue poblada recientemente por personas procedentes de diferentes lugares como El Castillo Venecia (vereda de San Francisco), La Florida (vereda de San Francisco en límites con Sonsón), Aquitania (corregimiento de San Francisco), San Martín (vereda de Cocorná), el municipio de Argelia, la vereda Boquerón, la vereda Jardín Buenos Aires-Campoalegre (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017). Un hombre que viene de Aquitania, población que figura como corregimiento de San Francisco pero que comparte más vínculos con el Magdalena Medio, también veía con optimismo que

ahora estaba “más cerca” del pueblo que el lejano lugar donde vivía:

“Por parte mía, yo era de Aquitania, y para mí es mucho mejor porque eso por allá eso es muy lejos pa’ uno vender lo que uno cosecha, al fin y al cabo, para mí fue bueno porque estoy más cerquita del pueblo. Por allá no teníamos nada, en cambio aquí tenemos la posibilidad de sembrar café y es un medio que hace más fácil sostenerse un poco. La gente también es muy amable, y la relación con la vecindad es bien porque son amables todos” (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

Pero las palabras de este hombre también saben a resignación, tras llevar sobre sus espaldas muchos años viviendo situaciones dolorosas, en las que su familia y su finca fueron desgarradas por la guerra:

“Ya uno se tiene que enseñar a donde está uno, porque uno entre más viejo, de más edad que no puede trabajar de fundamento. En cambio en donde yo estaba podía trabajar mejor, aquí yo no tengo esas capacidades... entonces ¿Qué le toca a uno? Resignarse. Recordar lo que me pasó a mí me da guayabo. Yo viví con mi familia allá, cinco, seis hijos, trabajando y este es el momento en el que yo estoy solo porque por la guerra a ellos les tocó abrirse, y yo detrás de ellos bregando a colocarlos en alguna parte y en la otra. Le doy gracias a Dios que en este momento ellos trabajan de cuenta de ellos en donde están y yo trabajo por aquí solo... ¿Por qué? Por culpa de la guerra, si no, estaría con mi familia en una sola finca” (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

Esta es la visión de un hombre desde una edad mayor en la que trata de adaptarse al lugar en el que está y piensa desde la distancia en tiempo y espacio los momentos en que vivía con su familia, antes del hito que significó ser desarraigado.

En Jardín Campoalegre era muy bueno porque todos vivían en fincas grandes, con suficiente tierra para cultivar y satisfacer las necesidades de las familias, podían tener animales sueltos y muchos cultivos:

“Cada uno tenía su finca, grande, grande pa’ trabajar” (Conversación con mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).

En Jardín Campoalegre la distancia entre las casas permitía esto. Habitantes de Jardín Matecaña recuerdan que en aquel lugar las casas quedaban más o menos a una hora de distancia entre ellas. Además, muchas de estas casas eran de madera (Taller historia de

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

nuestra vereda Jardín Matecaña 9/9/2017). En Jardín Matecaña, al asentarse en un lugar con una superficie más reducida, no hay tierra suficiente para vivir de lo que se produce y no se puede tener animales sueltos:

“Lo duro es que no podemos tener animales sueltos, sino que todo tiene que ser encerrado, eso es lo horrible. Yo no tengo un animal, solo los que me habían regalado ustedes y la alcaldía y ya no están, y ya no están las gallinas” (Taller historia de nuestra vereda Jardín Matecaña 9/9/2017).

“Ah sí esa es otra desventaja que no pueden tener animales sueltos por ahí, en cambio abajo [otra forma como se denomina Jardín Campoalegre] la gente cada uno tenía sus animales que hiciera lo que quisiera en la finca de cada uno. Acá no, acá como hay tantas casas cerquita no se permite, el que quiera tener encerradito en cada lote porque uno siembra por ahí en la huerta o cualquier cosa y esos animales escarban mucho y como ahí están tan cerquita todos esos lotes entonces eso andan por todo eso y de una vez se dijo que no. Y la gente dijeron listo no hay problema, pueden tener animalitos pero encerrados siempre” (Conversación 22/9/2016).

“Las tierras son más chiquitas, las huertas quedan cerquita de todo, entonces se van a hacer daños a los vecinos, porque eso es lo que uno hace, hacerle daño al vecino con esos pollos por ahí sueltos” (Taller historia de nuestra vereda Jardín Matecaña 9/9/2017).

El no poder tener los animales sueltos, aun siendo una dificultad para las familias derivada de la falta de tierras suficientes, demuestra un acuerdo colectivo, expresión de la capacidad organizativa que se reinventa en este proceso de reubicarse en otro espacio.

En la vereda La Eresma, sus actuales habitantes valoran que las casas queden lejos unas de otras, porque eso protege a las familias de los chismes o de las peleas por los linderos:

“Las casas de La Eresma quedan lejos unas de otras, lo que es bueno porque no había muchos chismes ni peleas con los vecinos por los linderos, porque allá la gente es muy cansona con ese tema. [...] menos mal el lindero de la finca de ellos lo delimitaba la quebrada, así no había líos ni lugar a equivocaciones” (DC 4/9/2017).

Es común escuchar entre los habitantes de Jardín Matecaña expresiones de nostalgia por los animales y cultivos que dejaron atrás cuando abandonaron Jardín Campoalegre:

“Yo cuando me vine de por allá dejé 80 animales, gallinas. Porque por allá rozaban en grande maíz y entonces eso lo entrojábamos y le echábamos aldrín <sup>42</sup>así para que no le diera gorgojo,

---

<sup>42</sup> Tipo de insecticida químico manufacturado.

y duró, tuvimos dos trojas que nos duró un año, y dándole a esos animales, comiendo nosotros arepa, mazamorra, y eso nos duró un año dos trojas...”

“Por allá quedaron mucha roza cuando nos desplazamos”.

“ Muchos animales largaítos por ahí, vivía uno muy bueno por allá. Ya por aquí se vino uno obligao uno”...

“Sí de obligao porque ya se complicó todo por allá. Por allá si era el doble de mejor que por aquí por muchas razones...” (Conversación con Mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).”

“Nosotros salimos y nos vinimos como en el 2004, dejando todo el entable allá, todo completo” (Conversación con Norberto Quinchía 22/9/2016).

Y no sólo se remite a haber dejado atrás los animales y los cultivos, sino la tierra y su extensión, que era mucho mayor de la que ahora tienen en comodato:

“Por allá era de todo, de todo, en cambio por aquí los pedacitos son muy pequeños. Aquí la verdad, los maridos no trabajan aquí lo poco que tienen, por vivir del jornal para poder [lograr el] sustento...”

No pueden labrar la tierra pa’ rozar en grande como pa’ vender, apenas pa’...

El pedazo no da pa’ sobrevivir y no tener que salir a jornaliar” (Conversación con mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017)

Las tierras que ahora tienen no son suficientes para la subsistencia de las familias y por eso los hombres deben salir a trabajar por jornales fuera de Jardín Matecaña. Esto genera mayor relación de dependencia a los trabajos que se hacen para otros por dinero, que por lo general son los que se hacen por fuera de las fincas. En Jardín Campoalegre, la mayor extensión de las tierras permitía hacer más trabajos en la misma finca, para la familia, que garantizaban mayor autonomía de sus productores.

Uno de los problemas de vivir en Jardín Matecaña es que todavía no tienen títulos de sus tierras, pues cada familia tiene un comodato con la alcaldía. La gente vive esperando a que uno de los alcaldes de turno les de sus títulos de propiedad.

Las dificultades de acceso a derechos fundamentales (salud, educación) y a la conectividad con los centros poblados urbanos (comercialización de productos), a lo que se suma el desarraigo causado por el conflicto armado, terminaron por ir acercando a familias

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

como éstas cada vez más al casco urbano del municipio y a dejar más despobladas las veredas más lejanas. En veredas como Boquerón, que quedan a 3 horas a pie desde el casco urbano, los jóvenes aún tienen dificultades para acceder a la educación:

“La hija de Don Pablo está en séptimo y no puede estudiar. Para hacerlo le tocaría caminar dos horas hasta San Isidro. Supuestamente el gobernador había aprobado al profesor de bachillerato para la vereda, pero nada” (DC 3/7/2017).

Lo que me contaban las familias que ahora viven en Jardín Matecaña sobre lo lejos que quedaban sus antiguas casas del pueblo y lo cerca que están ahora, me recordaba una conversación que tuve con unos muchachos en una de las caminatas hacia la vereda La Eresma, en la que ellos, al ver mi interés al pasar por el cementerio que construyeron los elenos, comenzaron a hablarme de los tiempos del conflicto. Ambos habían sido desplazados y habían ido a parar a la vereda La Esperanza, ubicada cerca de media hora a pie desde el casco urbano yendo por todo el “camino real”. Según ellos, las veredas cercanas al casco urbano como La Esperanza, San Isidro, La Eresma y La Maravilla se habían poblado después del desplazamiento.

Antes, contaban los muchachos, la gente vivía más en las montañas, las casas quedaban lejos unas de otras y se podía tener propiedades más grandes. Por ejemplo, la madre de Adrián antes vivía en una vereda más lejos del casco urbano y le tocó desplazarse e irse a vivir a La Esperanza, de allí desplazarse de nuevo y vivir un rato en el pueblo, como tres meses, y luego volver a La Esperanza. Adrián estaba chiquito cuando le tocó desplazarse hacia Medellín y participó del “retorno” en su vereda.

El desarraigo experimentado por las campesinas y campesinos, así como la vuelta a sus veredas o la reubicación en otras, ha profundizado las distancias entre “lo cercano” y “lo lejano”, nociones geográficas que echan raíces en la imaginación geopolítica que ha caracterizado la configuración regional del Oriente antioqueño. Para entender a cabalidad los imaginarios sobre los lugares dejados atrás como “lejanos”, “llenos de mosquitos, donde se hace difícil la vida, necesitamos remitirnos a algunos aspectos claves de la historia de esta

región de Antioquia.

Cuando en San Francisco se habla de estar lejos y estar cerca, y tratamos de entender estas ideas viendo al Oriente antioqueño en su conjunto, es inevitable pensar en la división histórica que se ha producido entre oriente “lejano” y oriente “cercano”.

San Francisco, como otros municipios de las zonas catalogadas a partir de la década de 1980 como “Bosques”, “Páramo”, “Embalses”, ha tenido una integración simbólica y una inclusión material desde una posición subordinada en la jerarquía regional y en el desarrollo desigual del Oriente antioqueño: han sido los municipios poblados por los otros del ethos sociocultural paisa, los "calentanos" que no encajan muy bien en el pujante pueblo de hacha, carriel y escapulario que habita las frías peñas antioqueñas. “El clima caliente” (de la vertiente cordillerana hacia el río Magdalena) ha sido uno de los elementos seleccionados intencionadamente por el imaginario de la élite para establecer esa frontera que diferencia los de aquí (los paisas “blanco-mestizos”) y los de allá (“los otros”). No es un determinismo geográfico que se imponga por alguna razón “natural”, en tanto también hay tierras altas y frías ubicadas en las “márgenes” o a lo “lejos” de las redes integradas históricamente por el proyecto sociocultural paisa en el Oriente antioqueño.

Esta división entre “cerca” y “lejos” se reproduce a nivel municipal cuando se experimenta y se piensa la distancia entre las veredas y el casco urbano. E incluso al interior de cada vereda: las veredas más “lejanas” por lo general también permitían que las casas quedaran más lejos entre ellas, dejando tener animales sueltos, sobrevivir de lo que se cultiva y protegerse de los chismes o de las peleas por linderos.

Como vimos en los relatos, la tendencia de este desarraigo ha sido que las personas desterradas abandonen las veredas más lejanas al casco urbano para ir hacia los lugares más cercanos a éste o hacia distintas ciudades del país. Esta lógica se asemeja a una táctica estudiada por Yves Lacoste, en sus análisis sobre la organización y producción de determinados espacios como parte de las estrategias de la guerra, en el contexto específico

de Vietnam: “se ha intentado modificar radicalmente la distribución espacial de la población practicando por diversos medios una política de reagrupación [...] y de urbanización forzada” (Lacoste, 1977:13). Esta modificación podría ser un importante componente de la guerra integral contra el campesinado.

Por lo general, las veredas “lejanas” son las que han quedado más despobladas e incluso deshabitadas a causa del desarraigo de sus antiguos habitantes. La guerra las ha vaciado. Es sugerente que estos lugares con anterioridad han sido nombrados a partir de términos como “espacios vacíos” o “territorios vastos” en la tradición académica regional de los Estudios Regionales y Políticos -algunos de los cuales han realizado investigaciones contratadas en el marco de la planeación territorial del Oriente antioqueño (Aramburo, Carmona y Villegas, 1990; Prodepaz y Strata 2002, entre otras)-, siendo María Teresa Uribe una de sus precursoras y exponentes más destacadas. ¿Es una coincidencia?

¿Cómo se ha producido material y simbólicamente la distancia? ¿Cómo y por qué se han configurado ciertos espacios -experimentados y pensados como lejanos, vastos, llenos de mosquitos- como lugares donde se hace imposible la vida? ¿Qué intereses hay tras un poblamiento de las veredas cercanas al casco urbano, generando dependencia de las poblaciones a los servicios del Estado, así como un despojo y vaciamiento de las veredas más “lejanas”?

San Francisco se ha mantenido clasificado en los escalones más bajos de la jerarquía social del proyecto socio-cultural paisa en el Oriente antioqueño, que a su vez heredó una imaginación geopolítica colonial, renovando categorías como “lo salvaje” o “lo inculto” en oposición a la “civilización” y el avance del “progreso”.

Esta imaginación geopolítica no ha estado sólo en las élites de Marinilla y Rionegro, sino que ha permeado, por ejemplo, la tradición académica regional de los Estudios Regionales y Políticos, que a su vez ha hecho parte de los procesos de planeación territorial para el Oriente antioqueño al menos desde la década de 1980. En algunos de estos informes

municipios como San Francisco aparecen también como “fronteras”, “territorios vastos”, “agrestes”, “boscosos”, “calentanos” y “marginales”, con “quebrada geografía”, “difíciles condiciones para el desarrollo de la institucionalidad” donde llegaron los indios para escapar del control del Estado, “sectores marginales poco incidentes en la dinámica económica supralocal<sup>43</sup>”. Y bajo esta lógica, de los sitios marginales, con bosques y “anomia estatal” a las “zonas rojas” de retaguardia guerrillera hay sólo un paso.

Por ejemplo, algunos autores han hablado del carácter “espontáneo”, “autónomo”, “aluvional”, “anárquico”, y “libertario” de muchas de las colonizaciones campesinas que se dieron en Colombia a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, desde las mesetas andinas, valles, ciudades y villas hacia los valles interandinos, los flancos de los ramales cordilleranos y la Orinoquía-Amazonía: “zonas periféricas de difícil acceso, donde la organización de la convivencia y la cohesión sociales queda en manos del libre juego de las interacciones entre pobladores” (González, Bolívar y Vásquez, 2002:200). Desde las visiones que permean estos estudios, el carácter de estas colonizaciones sería uno de los factores que explicaría el desarrollo de la violencia en algunas de las zonas que quedaron “al margen” de las redes clientelares de los partidos políticos tradicionales. Lo que no dicen es que muchas de ellas constituyeron ricas despensas de minerales y otros recursos que catapultaron los procesos de circulación de mercancías y acumulación de capital a diferentes escalas geográficas. Que esto ocurra es muy diferente de estar “al margen” de un proyecto económico, político y cultural.

Para el caso antioqueño, María Teresa Uribe propuso una comprensión de larga duración sobre la violencia en Antioquia, asociada a la forma en que se ha configurado el proyecto regional antioqueño y el espacio mismo del actual departamento. La autora hace un recuento histórico desde la independencia de Antioquia y caracteriza el ethos sociocultural antioqueño del que hemos venido hablando, compuesto por elementos económicos, ético-culturales y políticos. Desde su visión, ese proyecto estaba dirigido por “intelectuales

---

<sup>43</sup> En informes como el de Prodepaz y Strata, (2002:225-226) puede palpase este imaginario, así como en los que el INER elabora para CORNARE a finales de la década de 1980 (Aramburo, Carmona, González y Villegas, 1990).

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

orgánicos” de las élites antioqueñas, que lograron establecer una red mercantil que permitiera desarrollar su economía, así como generar un consenso de valores entre amplios sectores de la población y también dirigir el rumbo político de las poblaciones integradas en esta región.

Uribe advierte que esta configuración regional está atravesada por procesos de inclusión y exclusión que involucran formas de ocupación territorial y divisiones espaciales: desde su perspectiva, hubo amplias zonas integradas al proyecto regional, mientras hubo otras “excluidas”, que nombra como “territorios vastos”, “espacios vacíos”, derivados de los procesos de colonización espontánea, aluvional y anárquica a los que se hizo referencia anteriormente, donde se ubicaban todos aquellos otros que no vivían de acuerdo a los valores morales del ethos sociocultural paisa o que simplemente no estaban integrados a las redes mercantiles. Pero, ¿acaso no se los integraba en lo más bajo de la jerarquía de este orden social: lo calentano, lo atrasado, lo inmoral, lo vacío pero lleno de riquezas para descubrir y explotar? ¿No se lo definía a partir de la ausencia de: moral, Estado, orden, planificación, progreso, desarrollo?

Para el caso de la espacialidad que hoy conocemos como Oriente antioqueño -como resultado del proceso de regionalización- puede verse esta idea colonial de la “frontera”<sup>44</sup> en los trabajos de María Teresa Uribe:

Esta zona céntrica se expande también hacia el Oriente comprendiendo el espacio construido a partir de la polaridad Rionegro-Marinilla, cuya frontera histórico cultural se localiza en la vertiente de la cordillera Central, siguiendo una sucesión de poblados “calentanos” que jugaron un papel estratégico en la vieja violencia y que hoy reflejan no sólo los impactos sociales y políticos de los megaproyectos hidroeléctricos del Estado, sino también la multipolaridad de los conflictos del vecino Magdalena Medio (Uribe, 2001:105).

Este párrafo muestra una división de antaño, que aún existe en la percepción y la imaginación de las élites y los ciudadanos de a pie en el Oriente y otras regiones de Antioquia,

---

<sup>44</sup> Este concepto fue presentado en el capítulo 1 donde hablamos acerca del colonialismo interno como característica de la configuración regional del Oriente antioqueño y del papel que cumplió “la frontera” en el proceso de colonización antioqueña.

que se establece entre “Oriente cercano” (Rionegro, Marinilla y el resto del actual Altiplano, focos de la “civilización” y el “progreso”) y “Oriente lejano” (los demás municipios ubicados hacia la franja oriental, en las vertientes del Magdalena, “calentanos” y focos de violencia).

Esta imaginación geopolítica, que establece una geografía moral producida históricamente, donde a “lo cercano” y a “lo lejano” se le otorgan determinados valores, cualidades y defectos, pienso que también moldea la percepción de las actuales campesinas y campesinos de San Francisco, cuando hablan de las veredas que dejaron atrás, al ser desterrados, como lugares lejanos, insanos y llenos de mosquitos. Son ideas que han ganado el sentido común de la población, haciendo parte importante de la hegemonía económica, política y cultural impuesta por el proyecto cultural paisa, que ha actualizado su geografía moral con la intensificación de las relaciones capitalistas en el Oriente antioqueño a partir de 1960. Estas relaciones, junto con los estragos causados por la guerra, también han dificultado la vida en “lo lejano”, produciendo una base material real y unos espacios que hacen posible que las ideas sobre los mosquitos, los “territorios vastos” y las “fronteras”, entre otras, sigan moldeando la percepción, la experiencia y el sentido que se le asigna a estos lugares.

En este punto es necesario remitirnos a la crítica de esta idea colonial de “la frontera” -presente en la historia del proyecto sociocultural paisa, en la configuración regional del Oriente antioqueño, en los Estudios Regionales y Políticos, en los imaginarios de la población, entre otros escenarios- de la antropóloga colombiana Margarita Serje (2005) (2013). Para ella, las visiones de las que hemos hablado en esta sección descansan en dos geografías.

La primera, la de la imaginación, representa a las regiones “de frontera” como “pobres”, pero a su vez como guardianas de enormes riquezas y mano de obra, que constituyen la otra Colombia que no está excluida, sino clasificada en lo más bajo de la jerarquía del colonialismo: lo salvaje. La segunda, la de la gestión, es también la de la penetración, la apropiación de sus riquezas y la explotación comercial, legitimada por categorías como “baldíos” o “tierras de nadie”. En ésta es donde se construye infraestructura

que no sirve a las necesidades locales, regionales ni nacionales, sino a las rutas exportadoras del comercio metropolitano y mundial, produciendo un efecto de “inaccesibilidad” para sus habitantes que se percibe, paradójicamente, como ausencia del Estado (Serje, 2013:106). La extracción y la explotación que se produce en esta geografía permiten la reproducción y la acumulación de capital en los centros globales, como ha ocurrido en el Oriente antioqueño con la implantación de un modelo de desarrollo que ha traído dramáticas consecuencias para la vida de las personas y los lugares.

En las “zonas de frontera” se han implementado una serie de agresivas iniciativas de desarrollo que se estructuran bajo la lógica del capitalismo salvaje y se fundan en el principio de tierra arrasada que permite maximizar la rápida obtención de utilidades (Serje, 2013:107). Este principio se sustenta en políticas de enclave, que se dan a través de prácticas de terror y manejo coercitivo por parte de ejércitos privados y paramilitares, o de prácticas “amigables” de coerción como las misiones o la consulta previa, con el objetivo de “normalizar” y “pacificar” los “territorios salvajes”. Estas prácticas de terror fueron muy comunes en el marco de las operaciones militares que mencionamos anteriormente, y las prácticas amigables que hemos tratado hacen referencia al asistencialismo y al “desfile de chalecos” que también ha sido piedra angular del proyecto de guerra integral contra el campesinado.

Para hablar de estas zonas se usa un mito potente: “El mito de la ausencia del Estado”, que se encarga de invisibilizar eficazmente la acción de esta institución sobre las regiones periféricas, legitimando la intrusión militar y paramilitar y el uso de la violencia y el terror: “el terror es en sí mismo el eje del modelo económico, al mantener la situación de anarquía necesaria para articular las clavijas del capitalismo salvaje” (Serje, 2013:112). Así, este mito esconde una modalidad concreta de acción estatal, aliada al capital. Dicho mito funciona transformando estas regiones, centrales para la producción de riqueza y la expansión de la economía, en espacios de excepción, “donde es posible mantener una situación permanente de ilegibilidad que es condición de posibilidad de las formas de orden social, es decir de las categorías, políticas, territorios, por medio de las cuales se consuma su anexión a la lógica del capital” (Serje, 2013:113).

La idea de la “ausencia del Estado”, junto a otras como “frontera”, “baldíos” y “zonas rojas”, hacen parte del conjunto de valores asociados a “lo lejano”, que se presenta como un espacio vasto e inaccesible, pero a la vez lleno de riquezas por conquistar, por controlar por medio de la violencia y el consenso y por gestionar a través de las políticas de desarrollo.

Con el desarraigo lo “lejano” está cada vez más lejos. Muchas campesinas y campesinos se han desplazado de veredas más alejadas de los cascos urbanos y se han reubicado en lugares más cercanos a estos centros poblados, así como a las ciudades. Veamos con mayor detalle estas formas en que la gente ha vuelto a sus veredas o se ha reubicado en otras.

## **3.2. Formas de volver**

### **3.2.1 “*Andando calles*”**

Antes de volver, las desarraigadas anduvieron las calles en busca de un mendrugo de pan para dar a sus hijos, de un pedazo de tierra o una lata de zinc.

No todas las familias se reasentaron en otros lugares, comúnmente más cercanos al pueblo. En la vereda Boquerón, por ejemplo, le gente volvió a habitar sus casas. Algunos volvieron en pocos años, pero otros se demoraron más de 10 en regresar. De los tiempos que estuvieron por fuera hay relatos que hablan de un estado que se puede describir satisfactoriamente con expresiones como “andando calles”, que he escuchado de personas que vivieron esta situación cuando fueron desarraigadas de otros lugares: “Nosotros nos vinimos, acá la Cruz Roja nos dio alimento por tres meses y acá en esos tres meses no había nada que hacer, no hicimos nada, por ahí en las calles, andando calles” (Conversación 22/9/2016).

“Andar calles” puede verse en historias como las siguientes, que nos hablan de un

estado liminar de violencia, pobreza y desamparo:

“Entonces yo me fui a buscalo por allá en la cantina que estaba bebiendo [al esposo], eso era un bebedor, entonces yo le dije camine venga hablemos en la casa. Entonces le dije, yo no puedo volver a Boquerón, porque me están esperando pa’ rociamen isque gasolina y quemamen viva, entonces le dije yo, no se vaya por allá, póngase a buscar las bestias y ensille la una y la otra, traiga lo que pueda cosas de allá y traiga esa vaca cachona que hay allá porque la necesitamos pa’ que hagamos un rancho. Entonces se madrugó y se vino. Entonces yo me fui a pedile un puesto y era el último [...] Entonces él ya dio el puesto, mandó a que me lo señalaron y me puse a hacer el rancho. Ya consiguieron el señor pa’ que cortara madera. Yo me quedé un año completico allá en San Francisco. Eso fue muy duro, pa’ nosotros fue muy horrible” (Conversación con Vilma y su hija 31/7/2017).

“Cuando nos desplazamos me tuve que ir a Rionegro, a vivir a Rionegro, y como yo tenía un granero grande de comino, lo desbaraté pa’ echalo pa’ Rionegro. Entonces yo le decía a la mamá de los machetes que la que trabajaba era ella, en ese carro vendiendo revuelto. Entonces le dije yo, usted me va a trastear toda la madera que tengo, que me sirve allá, en ese carro y yo le pago con gallinas porque no tengo plata pa’ pagale. Y me llevó todo eso pa’ allá y cuando nos desplazamos ya teníamos el rancho allá, de zinc. La idea era tener en donde metese. No ve que la hija mía se fue y le prestaron un cuadrito, un pedacito de tierrita cierto, hicieron una cocinita así con los servicios ahí, y los niños tenían que dormir por debajo de la cama. Tenían que cerrar la puerta y se colocaban ellos dos en la cama y los niños ahí porque no cabían ahí los 4 en esa cama. Estaban medianitos, estaban estudiando. Ella trabajaba muy duro porque a ella le tocaba floristería” (Conversación con Vilma y su hija 31/7/2017).

Vivir del rebusque en Rionegro, ciudad que se ubica del lado del “desarrollo”, donde queda la morgue a la que fueron a parar los muchachos de la vereda asesinados por el ejército, presentados como guerrilleros caídos en combate. Andar sin plata, encontrar tener “donde metese”, en un rancho con techo de zinc o en lo que se pueda armar, hallar un pedacito de tierra donde refugiarse con los niños, como “buena madre” quitarse la comida de la boca para que ellos coman, trabajar duro en lo que resulte, en las flores que consumían la energía de su cuerpo y de sus manos.

Esta situación de desarraigo y desposesión era más pesada desde su condición de mujer sujeta a cargas e imposiciones morales como la de tener que ser una “buena madre”, “sacrificarse” y “dar todo” por sus hijos. Es una experiencia de doble explotación.

### 3.2.2 “Yo no retorné, yo me volví”

Cuando una tarde después del almuerzo Sara y yo caminábamos de regreso desde Boquerón hacia el pueblo, ella me contó que hace unos años, en un foro sobre el tema del desplazamiento forzado en el que participó la ACA, don Pablo comentó: “yo no retorné, yo me volví” (DC 30/10/2017). Esta expresión sintetiza muy bien la compleja situación de muchas campesinas y campesinos que tiende a simplificarse cuando se habla del “retorno”.

“Nosotros nos metimos por aquí, nos metimos trochando”, me contaba Doña Vilma. Ella ahora es una mujer mayor de 80 años, entonces cuando volvió trochando con su esposo a Boquerón ambos ya sobrepasaban los 60. Ya debían tener el cabello cano y sus manos ricas en huellas del trabajo en las ollas, las huertas, los cultivos y animales... Ella le decía a su compañero: “nos metemos derecho, por ahí es el camino, vámonos trochando por allá”, hasta que salíamos. En el tiempo que permanecieron desplazados, la carretera quedó hecha un trazo y les tocó abrirse paso a machete:

“si eso estaba cerrado, no se sabía por dónde era el camino, porque por adivinanza, porque uno ya sabía por donde era el camino, irnos trochando y no pudimos dormir esa noche, qué íbamos a dormir, en unas tablas, toda esa ropa podrida, eso fue muy horrible, pero nos fuimos, volvimos” (Entrevista Doña Vilma 31/7/2017).

“Empezamos de cero”, recuerda la gente de Boquerón cuando volvió. “Esperamos un Proceso de Retorno<sup>45</sup>”, que nunca llegó, el cual significaba cumplirle a la población víctima

---

<sup>45</sup> En términos de DDHH y DIH, el retorno es uno de los derechos de las “víctimas del conflicto armado”, así como la reparación, la restitución y la reubicación (Garay, 2016:17-18).

La política pública en materia de retorno ha tenido desarrollos normativos en la Ley 387 de 1997, los Decretos reglamentarios 2569 de 2000, Decreto 250 del 7 de febrero de 2005 “Plan Nacional para la Atención Integral a la Población Desplazada por la Violencia” y las órdenes que frente al tema de retornos ha emitido la Corte Constitucional en la Tutela T-025 de 2004, los AUTOS 177 y 178 de agosto 29 de 2005, y 008 de 2009 (SNAIPD, 2009:3). En el marco de esta política, el Estado debe restituir o garantizar los siguientes derechos a la población desplazada: Subsistencia Mínima, Alimentación, Reunificación Familiar, Educación, Identidad, Salud, Vivienda, Tierras, Generación de Ingresos, Vida, Integridad, Libertad y Seguridad Personal, Verdad Justicia y Reparación, Participación, Retorno y/o Reubicación (SNAIPD, 2009:6). Los principios rectores de

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

y desplazada con los derechos y las garantías para retornar dignamente en términos de vivienda, educación, alimentación, salud, proyecto productivo. Nada de esto se cumplió. En el taller sobre historia de esta vereda, los participantes contaron que “se perdieron” \$2.000.000.000 para apoyar a familias retornadas”. Recuerdan que Carlos Mario Montoya era un funcionario del DAPARD que los iba a apoyar, pero cuando él se fue “se perdió” la plata y el apoyo:

“yo en una reunión que tuve con Carlos Mario Montoya, le dije yo que qué pasaba con el proceso de retorno que nosotros esperamos el proceso con las comunidades desplazadas que pa’ volver a la vereda y que por ninguna parte ha resultado nada y lo que me contestó era que cuando él estuvo en el DAPARD y salió del DAPARD dejó 2.000 millones de pesos pa’ que retornaran las comunidades y entonces qué se había hecho esa plata, se había perdido. 2.000 millones dejó pa’ que los gobiernos apoyaran los retornos a las veredas de las familias desplazadas que quisieran retornar a las veredas” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

“Nosotros tenemos derecho a muchas cosas, sino que por aquí nosotros somos personas que nos hacemos y nos crecemos inocentes, porque así se llama eso, porque usted sale de Medellín pa allá y usted aprende a ser una persona civilizada, ahí es donde a usted le enseñan que una persona tiene muchas cosas que pedir, se la niegan a uno, se la roban pa decir la verdad, se la roban, se la niegan pa’ ellos cogela pa’ otra cosa. Si no ve pues, cuánto están ahí investigando por una multimillonada que se han robado [...] plata del campesino.

Las peticiones a las instituciones del Estado eran continuas, pero no fueron escuchados:

Yo le decía al alcalde: “vamos a hacer el proceso de retorno pa’ las personas que quieren volvesen a la vereda”. “Ah sí vamos a ver, vamos a ver” y iba que a la gobernación y no que no hay nada (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

“Sufriendo fue que volvimos”, resumían en Boquerón. Sólo con un tema cumplió a medias el “proceso de retorno”: con el desminado, pero haciéndolo después de que la gente volvió “abriendo trocha” y probando suerte esquivando minas:

---

la política de retorno son la Seguridad, la Voluntariedad y la Dignidad (SNAIPD, 2009:9).

San Francisco ha sido uno de los municipios pilotos para la implementación de la Política Pública de Retornos, ya que contaba con 1.020 hogares y 4.546 personas retornadas a septiembre de 2009, año en el que esta política se sistematizó y diseñó recogiendo los antecedentes jurídicos en la materia (SNAIPD, 2009:28).

“Lo único que hubo fue el desminado, eso fue lo único...  
Pero no hubo seguridad... Porque ya estábamos aquí cuando llegó el desminado.  
Ya estábamos aquí cuando llegó.  
¿Cuántas veces bajamos nosotros por allá por el camino, y pasamos por qué, por encima de 10 minas que habían...  
Pero hágame la cuenta, ¿entonces qué desminaron? Nada. En la casa, [hasta] por [debajo] de la cama también tenía otra [mina]<sup>46</sup>...  
No había seguridad sino que antes entraron fue ladrones, porque los militares que entraron que a cuidar se robaban lo que usted tuviera en la casa.  
Si encontraban plata se llevaban. Un cuñado mío vino por ahí a donde yo y tenía 70.000 pesitos en la billetera, en el bolso, ahí en la pieza y entraron esos hijuemadres y se lo llevaron. Y fui y hice el reclamo a mí y me negaron.  
Escopeta que encontraban, escopeta que se llevaban.  
Los hijueputas donde llegaban esculcaban las casas” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Por si fuera poco, además de la negligencia que demostraron las instituciones y el mezquino comportamiento de los militares, el Estado estigmatizó y revictimizó a los campesinos de Boquerón cuando comenzaron a exigir que se les garantizaran sus derechos con un Proceso de Retorno:

[...] “con la ACA empezamos a hablar de cuáles eran las garantías que nos tenían que dar a nosotros, cuáles eran los derechos que nosotros teníamos, empezamos ya a enfrentar, entonces ya empezaron a decir que nosotros éramos guerrilleros, que porque estábamos empezando a exigir lo que era de nosotros. Que el proceso de retorno en qué consistía, cuáles eran los compromisos que tenía, todú’eso, entonces ya empezaron a decir que los que estábamos ahí metidos eran guerrilleros.  
Cuando yo estaba en el Concejo me trataban que de guerrillero,  
Nosotros exigíamos lo que la ley contemplaba pa’ los desplazados, y ellos nos decían que no, que éramos guerrilleros porque estábamos exigiendo muchas cosas...” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

### **3.2.3 “Estamos es reubicados”, recibiendo algunas ayudas y proyectos**

En lugares como Jardín Matecaña y La Eresma la gente ha llegado de otras maneras.

Cuando las campesinas y campesinos de Jardín Campoalegre estaban desarraigados y andando calles en el pueblo de San Francisco, fueron a hablar con el alcalde, le contaron

---

<sup>46</sup> Hace referencia a que no hubo un desminado efectivo ni siquiera de las casas y los espacios domésticos.

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

del proyecto de vivienda que tenían antes de desplazarse, que consistía en cambiar los ranchos de madera por casas “de material”, y le solicitaron tierra para reubicarse y ejecutarlo. El alcalde aceptó y les dijo que fueran a buscar tierras para que el municipio las comprara. Después de revisar algunas fincas, cuando entraron al lugar donde ahora viven dijeron: “de una, no, ésta es, ésta es la que nosotros necesitamos”, la andaron toda y fueron corriendo a hablar con el alcalde, diciéndole: “mano ya tenemos la finca”. Resulta que la finca era de una señora que se llamaba Gabriela, a la que le habían matado el esposo por no pagar vacunas (conversación con Norberto Quinchía 22/9/2016).

Cuando les dieron la finca, bajaban desde el pueblo a trabajar allá sembrando yuca, maíz, entrando los materiales y haciendo los planes para sus futuras casas (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017). Algunas familias de Jardín Campoalegre se fueron pa’ la costa, otros pa’ Bogotá, “la gente no quiso, onde hubieran querido por ahí habíamos muchas familias, casi todo Jardín otra vez, pero no, aquí en este momento somos catorce familias que nos reubicamos ahí” (Conversación con Norberto Quinchía 22/9/2016).

Bautizaron al nuevo lugar donde vivirían como Jardín Matecaña, haciendo homenaje al trabajo con la caña que venían haciendo desde antes y querían continuar. Así se comenzó a llamar al recién fundado sector de la vereda La Maravilla, una de las más cercanas al casco urbano, ubicada a la vera de la carretera principal que desde la autopista Medellín-Bogotá conduce al parque de San Francisco.

Esta ubicación les ha permitido a sus habitantes contar con acceso a proyectos y “ayudas” de diferentes instituciones, que les han brindado algo de capital para hacer estanques de peces, así como alimentos para los animales, semillas y ganado. Esta situación es muy distinta a la experimentada por la población de veredas como Boquerón o La Eresma, a las que no es tan fácil ir para los funcionarios “de chaleco”<sup>47</sup>, porque toca caminar bajo el

---

<sup>47</sup> “Los chalecos” son una indumentaria con la que, en forma de chanza política, se hace referencia a la presencia de ONG, instituciones del Estado, agencias de cooperación, entre otros actores que cobran protagonismo en los espacios afectados por el conflicto armado, donde hay procesos de

sol o coger por carreteras destapadas y en mal estado. Sin embargo, los pobladores de Jardín Matecaña aún no tienen títulos de sus tierras, cada familia tiene un comodato con el municipio, que es quien figura como dueño de la propiedad. A cada alcalde de turno “le retacan”, pero aún no ha sido posible que se los den (Conversación con Francisco 22/9/2016).

Los hombres algunas veces vuelven a Jardín Campoalegre a dejar ganado pastando y a darle vuelta, a cazar, a “echar por ahí baño en el río”, han “rozao pa’ sembrar” y “sembrao productos”, pero los animales que hay allá han acabado con los cultivos. Cuando les hemos preguntado si les gustaría volver del todo nos han dicho que ya no les da para vivir en los dos lugares:

[...] “allá el que quiera trabajarle, otra vez iniciar puede, sino que como a nosotros no nos da porque aquí tenemos mucho donde entretenernos ya, mucho trabajito aquí en la finca y no nos da pa’ trabajar en las dos, mucho que hacer y uno sólo, eso se hace lo que pueda pues un poquito, imagínese uno cuidar ganao, los pescao, pa’ sembrar, ahí se entretienuno y se va el día” (Entrevista Francisco 22/9/2016).

Sus sueños aquí quizá se conforman de otra materia, la de los estanques, que escaseaban donde antes vivían. Algunos imaginan que los pescaditos les den la mano, y puedan decir algún día que viven “del pescao” y que el resto de trabajos son adicionales (Entrevista Francisco 22/9/2016). Quizá en estos anhelos ya no participen tanto las tierras de Jardín Campoalegre.

A la vereda La Eresma llegaron muchas familias desplazadas de diferentes veredas de San Francisco, de otros municipios del Oriente antioqueño e incluso de otras regiones de Colombia. Al igual que lo hizo la gente de Jardín Campoalegre, estas familias hablaron con el alcalde de la época, que estaba “regalando tierritas pa’ los desplazados”: “A la final sí nos atendieron y pudimos sacar la tierrita de allá arriba, la luchamos mucho y aquí estamos” (Taller historia de nuestra vereda La Eresma 4/9/2017). La manera en que muchos habitantes

---

desarraigo, reparación y “retorno”. “Desfile de chalecos” es una expresión que habla de gran cantidad de estas instituciones haciendo presencia simultánea en los espacios. Su presencia se encarna en los chalecos que visten los funcionarios de estas agencias e instituciones.

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

de esta vereda narran la forma en que llegaron aquí, le da gran protagonismo al alcalde que les cedió tierras en comodato y a algunos líderes que intermediaron con él para las gestiones de las viviendas:

“Carlos Mario [...] fue un Alcalde muy bueno que nos ayudó, por Carlos Mario estamos aquí los que tenemos, y si no ¿En dónde estaríamos?. Ha sido el mejor alcalde. Nos puso abajo unos costalados de café, y después proyectos de ganado, de café.

La gente nos tiene que agradecer a don Fabián y a mí, porque nosotros gestionamos la compra de todo esto, y también Carlos Mario que nos aportó mucho.

Por eso es que yo tengo esa territa allí, porque ellos me ayudaron mucho a tener la territa que ahora tengo, lo que fue don Fabián, don Eligio.

Tavo trabajó acá bastante, pero porque él trabajaba con la administración y él hacía lo que el Alcalde le mandara a hacer.

Aquí también trabajó mucho una profesora que se llamaba Miriam. Ella ahorita está en Aquitania.

El alcalde que fue muy bueno, el día del campesino le daba regalos a cada familia, ahora no, ahora se rifan” (Taller historia de nuestra vereda La Eresma 4/9/2017).

Cuando preguntábamos por cómo se habían organizado para “volver a empezar” en sus nuevas tierras, aparecía de forma recurrente en los relatos la figura del gobierno, el alcalde y “sus regalos”:

“Por medio de la ayuda del gobierno, aquí quedamos muchos sin ranchito, entonces el alcalde nos colaboraba con las tablas de zinc, maderita, en seguida proyectos, de maíz, de frisol, de café, de cacao. De pronto alguno que otro mercadito, pero muy poquitico, entonces uno va logrando todo eso.

Comenzamos de cero, nos dieron la territa, en seguida proyectos de café o cacao, plátano, alguitico de abono, de frijol y maíz. La administración nos ha dado de a proyecticos, así sean dos o tres kilos de frijol o maíz, pero nos han dado. Pero uno siembra los medicitos que ve por ahí, y de pronto cuando ve una matica de chocolito. Cuando yo sembré chocolito llegó una churica y se lo comió.

Ahora nos están dando a unos cuantos ahí un proyectico de unas gallinitas, unos pollitos y unos cuantos cerdos, vamos a ver si resultan. Pues los pollos y las gallinas ya nos lo dieron, vamos a ver si resultan los cerdos” (Taller historia de nuestra vereda La Eresma 4/9/2017).

Estos relatos me recuerdan una intervención que hizo Roberto, un miembro de la ACA, en una cena de cierre del año 2017, en la que participamos en un conversatorio después de ver el estreno del documental “Por las huellas de los abuelos”, dirigido por Producciones El Retorno. Hablábamos de las dificultades del retorno: al no haber garantías para los campesinos desterrados en las tierras que abandonaron, ¿quién va a regresar? En medio de la

discusión, este líder campesino dijo que una de las cosas más importantes que se pierden con el destierro es la autonomía: “el campesino al tener su finca tenía autonomía, al perderla se queda pidiendo” (DC 21/12/2017).

Esta pérdida de autonomía ocasionada por el desarraigo puede verse en veredas como La Eresma, donde la población que se reasentó allí ha generado fuerte dependencia hacia las “ayudas” y los proyectos que llegan de las instituciones. Esta dependencia ha sido profundizada por el asistencialismo. Incluso cosas que se han ganado a través de fuertes confrontaciones con el gobierno (la entrega de pollos y gallinas de las que hablan en La Eresma hacen parte de proyectos que ganó la Cumbre Agraria), como las que se dieron en la Minga Nacional Agraria, Campesina, Étnica y Popular (2016) -en la que comunidades indígenas, negras, campesinas y pobladores urbanos de todo el territorio nacional se movilizaron para expresar su inconformidad con el modelo de desarrollo, exigir reformas en el campo colombiano y apoyar los procesos de paz-, donde incluso participaron familias de muchas veredas de San Francisco, son vistas como “regalos” que no se diferencian mucho de lo que les dan los proyectos del Estado, las ONG o los programas de víctimas. Hasta ese punto ha llegado la capacidad desmovilizadora de la “ayuda” del Estado y las agencias multilaterales.

### ***Arroz, colada, guasquila***

“Cuando empezamos esto nos tocó duro mijo”, me decían en Jardín Matecaña, “aguantar hasta hambre”, “comiendo arrocito con la mera sal y sin manteca porque con qué íbamos a comprar, esto aquí nos tocó fue duro”. “Cuando llegamos en un principio sufrimos mucho por la familia y a veces teníamos que pasar un día con colada, sin con qué comprar algo, ni un vecino que nos diera, uno sin distinguir a nadie” [...] (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017).

Algo en común que encontramos en las formas como la gente se reasentó en Jardín Matecaña y en La Eresma, o volvió a Boquerón, fue el hambre que calmaron con arroz y

colada que les donaba la Cruz Roja a los desplazados, mientras crecían sus propios cultivos.

En Boquerón doña Vilma recordaba que “la Cruz Roja también nos mandó mucho arroz y lentejas” y en Jardín Matecaña otras mujeres contaban que “recién llegados aquí sí sufrimos mucho, pasándolo con coladita que nos daba la Cruz Roja”, “nosotras fuimos las primeras y nos tocaba salir por ahí a pedir revuelto”. En la Eresma, hablaban más de la guasquila: “hicimos un ranchito y ahí nos metimos a sufrir. Pasamos el día con cuatro hijos que tenía [...], había mucha guasquila regada y pasábamos el día comiendo guasquila, así que de hambre no moríamos”. Cuando yo preguntaba qué era una guasquila, me aterrizaron respondiendo: “pa’ los ricos es cidra, pa’ los pobres es guasquila” (Taller historia de nuestra vereda La Eresma 4/9/2017).

## Conclusiones

Los anteriores relatos dan cuenta de la complejidad del desarraigo y de las formas de volver de cientos de campesinas y campesinos. La salida y el regreso a un mismo lugar es una entre muchas otras formas de ser desterrado, de habitar un lugar desconocido, de volver a una vereda después de haber experimentado la vida en ciudades o pueblos diversos. Esta diversidad, opacada por el rótulo institucional del “retorno”, ha comenzado a ser reconocida en informes como el de la Primera Encuesta Nacional sobre la intención de retorno de la población víctima de despojo o abandono forzado de tierras realizada por Codhes en 2015 (Garay, 2016). En este documento diferencian el “retorno” de la “reubicación” a partir del Decreto 4.800 de 2011 (artículo 71 y 72): mientras que el retorno es el proceso mediante el cual la persona o el hogar víctima de desplazamiento forzado deciden regresar al sitio del cual fueron desplazados con el fin de asentarse indefinidamente, la reubicación es el proceso mediante el cual la persona o el hogar víctima de desplazamiento forzado deciden asentarse en un lugar distinto del que se vieron forzados a salir (Garay, 2016:25).

Este informe plantea incluso distintas posibilidades de retorno que se han clasificado a partir de los resultados de la Encuesta: 1) *Retorno pleno*: las personas u hogares regresan a predios que se les restituyeron, bien sea para vivir en ellos o para vivir y trabajar en ellos; 2) *Retorno económico directo*: las personas u hogares trabajan en el predio pero no viven en él; 3) *Retorno indirecto o familiar*: las personas u hogares no retornan pero permiten a familiares vivir o trabajar en su predio; 4) *Aprovechamiento económico sin retorno*: las personas u hogares no habitan ni trabajan en su predio, pero obtienen provecho económico de él usando distintas formas de arriendo, partija o aparcería (Garay, 2016:53). A nivel nacional, el 61,8% de las personas retornadas encuestadas no recibió ningún tipo de apoyo por parte del Estado, caso que aquí ejemplificamos con la vereda Boquerón. El 38,2% restante recibió alguno, siendo los más frecuentes el incentivo monetario condicionado, y los insumos y materiales para vivienda, medidas que hicieron parte del programa “Familias en su tierra” (Garay, 2016:61).

Resaltamos que en esos caminos de vuelta se han producido cambios en la distribución espacial de la población, que han reforzado las distancias que se han configurado históricamente entre el casco urbano y las veredas que quedan más alejadas de su radio de influencia. Estos cambios se dan cuando la población desarraigada se re-ubica en las veredas más cercanas a los cascos urbanos, teniendo acceso a los servicios del Estado pero generando una fuerte dependencia del asistencialismo agenciado por esta y otras instituciones. No es que en las veredas más “lejanas” no haya asistencialismo, debido a que este constituye una práctica asociada a la forma en que ha operado históricamente el Estado local en Colombia, incorporando a las comunidades a través de redes de clientelas que les brindan ayudas a cambio de votos, como vimos anteriormente. Así el asistencialismo supere las distancias, en las veredas “más cercanas” podríamos sostener que hay mayor oferta de “ayudas”, en tanto hay mayor acceso de múltiples instituciones que van más allá de las tradicionales redes clientelares.

Los caminos de vuelta no sólo alejan, también acercan: como parte de estos cambios se han acercado las casas al interior de algunas veredas, pasando de un poblamiento disperso

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

a uno concentrado, que significa cambios en la economía familiar y en las prácticas cotidianas (no tener animales sueltos, tener que salir a jornalear para conseguir el sustento de la familia porque las tierras ya no alcanzan...). A su vez, han concentrado la población en los cascos urbanos, cuando no en las grandes ciudades.

Como vimos anteriormente, también ha cambiado la forma de experimentar los lugares a los que se llega. En los casos de las reubicaciones es corriente escuchar que se experimente un cambio en las condiciones del cuerpo y de la tierra, que se sienten agotadas para el trabajo. Sobre todo porque las personas que se reubican y se quedan viviendo en el campo son de mayor edad. En su mayoría, la generación de sus hijos ha marchado, o está marchando, a trabajar en condiciones indignas a las grandes ciudades.

La forma de vida colectiva ha perdido cohesión al reducirse el número de familias que poblaban las veredas en una tercera parte y al quedar marcas dejadas por el conflicto armado como la desconfianza hacia el otro. Las formas colectivas de trabajo, como los convites, las juntas y las mingas, prácticas fundamentales para la producción de territorio, vida y movimiento campesino, fueron también afectadas por el desarraigo y el destierro. En la siguiente sección conoceremos sobre la importancia que tuvieron prácticas como éstas en la vida de las veredas anterior al destierro y sobre la que actualmente tienen para volver a hacer una vereda, un lugar y una vida en común.

Algo que no ha cambiado ha sido el estado de precariedad con respecto a derechos fundamentales como el de una vivienda digna, salud, educación, acceso a servicios públicos o apoyo a la producción y comercialización de productos, condiciones para un “retorno efectivo y digno” que no se le han resuelto a la mayoría de personas desterradas y desarraigadas en Colombia (Garay, 2016). Es por eso que muchas no regresaron a sus tierras o se reubicaron en otras donde pudieran suplir estas condiciones al menos parcialmente. Para relacionar estos hallazgos con el contexto nacional, el 23,3% de las personas retornadas en la encuesta de Codhes no retornaron porque consideran que su familia está mejor donde está ubicada actualmente (Garay, 2016:98). Otras razones que aparecieron en la Encuesta, que

aquí hemos corroborado, son el dolor que produce volver al sitio donde fueron victimizados (27,1% de los encuestados), que podemos palpar en los relatos recorridos a lo largo de este trabajo.

### 3.3. Trabajos y cuidados para volver

Para volver o re-ubicarse, las personas desarraigadas tuvieron que realizar una serie de trabajos para re-hacer una vida y unos lugares en común. Esta sección trata de los trabajos que se han hecho para responder a la amplia gama de necesidades humanas que requiere este proyecto de reconstrucción. Para entender el sentido de estas prácticas es necesario superar algunas divisiones históricas y culturales que se han establecido entre las actividades que se consideran trabajo y las que no, las cuales han restado importancia y reconocimiento a las labores llevadas a cabo tradicionalmente por las mujeres y por ende les ha dado a ellas una posición subordinada en la jerarquía y en el espacio social.

La producción de una vida en común por medio del trabajo ha sido un tema recurrente en la teoría social.<sup>48</sup> El reconocimiento que cada sociedad le ha dado a los distintos trabajos que se necesitan para la producción de la vida ha variado de acuerdo a las relaciones sociales predominantes en condiciones geográficas e históricas determinadas. En las sociedades que han heredado los cánones culturales de occidente, existe un menosprecio hacia el valor de

---

<sup>48</sup> Hannah Arendt es una de las pensadoras que ha tratado este tema, estableciendo una distinción entre *Animal laborans* y *Homo faber*, como dos imágenes de la condición humana. Mientras la primera representa al ser humano como una bestia de carga y un siervo condenado a la rutina, para el que el trabajo es un fin en sí mismo, la segunda hace referencia al hombre en cuanto productor de una vida en común. Para Arendt, los humanos vivimos en estas dos dimensiones (Sennett, 2009:17-18).

El problema de esta distinción es que mientras en la dimensión de *Animal laborans* hacemos cosas como seres amorales absortos en nuestra tarea, en la de *Homo faber* detenemos la producción y comenzamos a analizar y juzgar juntos. Para Richard Sennett (2009) esto menosprecia la persona práctica volcada en su trabajo. Si para Arendt la mente entra en funcionamiento una vez terminado el trabajo, para Sennett en el proceso de producción están integrados el pensar y el sentir (Sennett, 2009:18).

los oficios domésticos. Para Richard Sennett, el desarrollo de la ciencia clásica en Grecia contribuyó a cargar la habilidad de un sentido de género, vinculándola al género masculino, en tanto “oponía la destreza manual del hombre a la fuerza de los órganos internos de las mujeres como portadoras del hijo en su seno; contrastaba los músculos de los brazos y las piernas de uno y otro sexo, más fuertes en los hombres que en las mujeres, y daba por supuesto que el cerebro masculino era más «musculoso» que el femenino” (Sennett, 2009:36). A partir de esta distinción se ha posicionado en el sentido común la idea sobre que “la mayor parte de las habilidades domésticas parece de distinta naturaleza que el trabajo que ahora se realiza por fuera del hogar” (Sennett, 2009:36).

En contra de esta distinción, en campos como los estudios feministas del trabajo, las políticas públicas y las conferencias mundiales (2007), se ha venido posicionando la categoría del cuidado como trabajo. Entre los antecedentes de esta categoría, la crítica feminista ha usado conceptos como la división sexual del trabajo, el trabajo reproductivo, el trabajo doméstico y la reproducción social. El objetivo de este posicionamiento, además de su interés científico, es la politización del cuidado (Arango y Molinier, 2011:15-21). Entenderemos al cuidado como una actividad humana que se realiza con el fin de mantener, continuar o reparar nuestro mundo para vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos y subjetividades, así como los objetos y espacios “que buscamos tejer juntos en una red compleja que sostiene la vida” (Tronto, 1993 citada en Paperman, 2011:26).

El trabajo del cuidado involucra una sensibilidad moral y una forma de relacionarse con los otros que se dirigen al acondicionamiento y al mantenimiento de un mundo común habitable y se desenvuelven en la vida cotidiana. Este trabajo opera mediante la atención, la preocupación, el cuidado y la anticipación y es un eje organizador de las diversas actividades que componen las vidas de las personas que se dedican a cuidar (Paperman, 2011:27-28) (Damamme, 2011:157-167). Una pregunta que atraviesa la preocupación por el cuidado es ¿cómo el mundo social se sostiene apoyándose en un trabajo que no es reconocido? Este déficit de reconocimiento está asociado también a la invisibilidad que les es intrínseca a los trabajos de cuidado: sólo se ven cuando fallan y la clave de su éxito es no ser percibidos

mientras se realizan, lo que se convierte también en parte de su maldición. Esta invisibilidad ha dado lugar a que hayan sido nombrados como *saberes discretos* por las teóricas feministas (Molinier, 2011:45-64).

Las prácticas cotidianas de trabajo que han emprendido campesinas y campesinos para reconstruir una vida y unos lugares en común al volver a sus veredas o al reubicarse en otros sitios demuestran una creatividad para reconstruir vínculos, entre personas y entre ellas y los lugares, que han sido deteriorados por contextos hostiles y diversas formas de opresión, como el desarraigo, la violencia estructural y las iniquidades de género. Estas prácticas pueden ser entendidas como *artes de hacer* en tanto tienden a una terapéutica de los vínculos y están atravesadas por el pensar y actuar cotidiano de hombres y mujeres (Certeau, 2000). Veamos a continuación un repertorio básico de estas prácticas y trabajos.

### **3.3.1. Trabajar a machete, pico y pala rastrojeras, montes y potreros**

En las veredas donde hemos investigado, personas campesinas nos han contado relatos sobre cómo era el lugar al que se enfrentaron cuando volvieron o se reubicaron después de haber sido desarraigadas. Las palabras *rastrojera*, *monte* y *potrero* son usadas para referirse a lugares como estos, algunos de los cuales pasaron años deshabitados.

Una noche estábamos preparándonos pa' acostarnos cuando sentimos a los perros, a esos que cazaban, los oíamos latir <sup>49</sup>y latir -contaba una mañana doña Gloria mientras cocinaba en su casa de la vereda La Eresma-. Esto era una rastrojera, estábamos en oscuro, no había luz, había ruido. Nos preguntamos, asustados, ¿será una culebra muy grande? Teníamos una linterna y mucho miedo de arrimarnos. Un animal se había tirado al techo de la cocina, que estaba destapado. El muchacho que vivía conmigo lo encendió fue a machete. Eso era peludo, me dio pesar, estaba esperando para criar. Lo arreglamos para cocinarlo y los muchachos se lo comieron. Esos animales son hasta bonitos pero son muy peludos (DC

---

<sup>49</sup> Es una expresión coloquial sinónimo de ladrar.

4/9/2017).

En relatos como este podemos ver que, en los lugares que pasaron deshabitados, la gente al llegar se topó con extraños animales, como el oso perezoso de esta historia. Estas narraciones nos dibujan imágenes de tierras con vegetación exuberante que se tuvo que trabajar para hacer habitable a punta de mano y machete. “Esto era feo, una rastrojera, esto no tenía patio, era lleno de rastrojo, era sólo un caminito” -contaba Doña Gloria-. “Ya me vine yo toda contenta, empezamos a desherbala, a organizala”. “Esto aquí era como mejor dicho, esto era como un monte” (DC 4/9/2017). Lo primero que había que hacer al llegar a la rastrojera era desherbar alrededor de las casas, luego la huerta, el viaje de madera que había, después organizar. Para comer, los vecinos daban revueltico y el sacerdote ayudaba con mercado. Luego llegaron los proyectos de café y de huertas (DC 4/9/2017).

En La Eresma cuentan que cuando las familias comenzaron a llegar allá, reubicadas, junto con la maestra limpiaron la escuela, que además de mugre no tenía nada. La violencia a golpes le había reventado la chapa y estaba vacía. Poco a poco iba entrando uno que otro cristiano. También cuentan la situación de las familias de la vereda en el momento en que el municipio les comenzó a dar tierras en comodato, sin escrituras de propiedad:

Y ya cuando nos repartieron la tierrita... la mayoría de gente tenía que venir aquí a trabajar y volverse pal' pueblo a hacer otra vuelta porque ellos aquí no tenían nada donde vivir. La mayor parte de la gente tuvo que hacer las casitas, los de buenas fueron don Andrés, que le tocó una casita hecha... de resto la otra gentecita se tuvo que poner a levantar las casitas de cuenta de ellos mismos y se pusieron a cultivar fruticas, y así, paso a poco nos fuimos hasta que ya estamos aquí posesionados gracias a Dios. Desde entonces nosotros lo que queremos es que nos hagan las escrituras de acá de la tierra, a cada uno para uno trabajar más animado, porque es que así como estamos.... La escritura es para saber uno con qué cuenta” (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

Otra expresión que escuché en la vereda Boquerón para describir los lugares a los que se vuelve era: “todo estaba en montes” (Conversación con Doña Vilma 31/7/2017). Óscar, uno de los vecinos de Boquerón, cuenta que él por su parte estableció una unidad productiva en su finca aprovechando un incentivo que daban de 408.000 pesos, en la que está produciendo hace 7 años, “porque he luchado la vida y he trabajao, onde yo me cruce no

tenía nada”. “Yo entré con las manos a trabajar, yo no entré con nada [...] a la finca. Y aquí estoy [...] porque tocó trabajar y ganar la comida con el sudor de su frente. [...] No nos han dado nada” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Una mañana trabajando en Boquerón con don Pablo rozando y socolando<sup>50</sup> un terreno, sentí en carne propia lo difícil que es comenzar a trabajar una tierra que ha estado deshabitada y sólo ahí entendí su respuesta a mi pregunta sobre qué sería de la vereda si no estuviera la gente. Esa mañana debíamos convertir un monte en un potrero, trabajo que el dueño de la tierra había encargado. El tramo que nos tocó era tupido, difícil. Pablo contaba que así le tocó trabajar cuando volvió a su casa (DC 4/7/2017).

En Jardín Matecaña las mujeres cuentan que cuando llegaron “esto era un potrero”. Las familias que habían sido desplazadas de Jardín Campoalegre se reubicaron en una finca ganadera de cerca de 30 hectáreas que bautizaron como Jardín Matecaña. Una de las mujeres contaba que “como tenía familia muy pequeñita, eso tenía que estar al cuidado de ellos”. “Esto era un potrero, luego se pusieron a sembrar de ahí pa’ arriba, lo que sembraron fue una estancia de caña, después sembraron quingrás<sup>51</sup>, después de ese bore” (Conversación con mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).

Por su parte, uno de los hombres contaba que cuando llegaron era “puro potrero, mero potrero y esto fue vea, pico y pala mijo”. “Esto aquí nos tocó empezar fue pala y pico mijo y enseguida entrar material de esa carretera, en las bestias”. “Diario se venían del pueblo a trabajar acá”, contaba una mujer. “Todos los días nos veníamos del pueblo a sembrar yuca, maíz”, completaba el hombre, porque antes de re-ubicarse en Jardín Matecaña tuvieron que venir del pueblo a construir las casas y sembrar los cultivos para tener de que vivir y comer. “Hicimos como 8 estanques a punta de pala y pico, los de la parte de abajo los hizo la retro<sup>52</sup>, son 18 estanques por todos los que hay, cuando eso la gente trabajaba toda en grupos” (Taller

---

<sup>50</sup> Desmontar, cortar árboles o matas.

<sup>51</sup> Es una especie de pasto.

<sup>52</sup> La retroexcavadora que prestaba el municipio.

historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017). En el 2005 ya estaba la primera casita que habían construido en Jardín Matecaña, la primera “de material” que habitaron porque antes en Jardín Campoalegre las casas eran de madera. Aquí se ve una división muy común en San Francisco, donde las mujeres trabajan cuidando la familia y los hombres en la construcción de la infraestructura comunitaria y la agricultura. Pero no sólo se cuidan personas, también se cuida ganado, peces, gallinas, pollos.

Cuando todo era puro monte y potreros la gente había trabajado unida para construir sus casas, caminos, los estanques de peces, para sembrar los cultivos, levantar establos, cocheras y trapiches -me contaba Jairo mientras caminábamos por Jardín Matecaña-. Toda la tierra que el municipio les había cedido en comodato la trabajaban de forma colectiva, así como los estanques y los proyectos que llegaban para trabajar con ganado, cerdos, gallinas. Tras cerca de 4 años de trabajar juntos, la comunidad sintió que de esa forma no ganaba lo suficiente, que no daba rentabilidad y no quedaba para repartir, entonces dividió la tierra repartiéndola en lotes en partes iguales para las familias, cerca al año 2009. Metieron unos fichos en una bolsa con el número del lote para que cada familia sacara al azar el que le tocara (DC 20/9/2016) (Conversación con Francisco 22/9/2016) (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017).

Las razones que dan para esta división es que unos trabajaban más que otros y les parecía injusto que repartieran igual las ganancias cuando no había sido igual el empeño, el tiempo y el esfuerzo gastado en el trabajo. La forma individual de propiedad de la tierra de este tipo de campesinado antioqueño también pudo incidir en que no funcionara una forma de propiedad comunal o colectiva, que fue una idea con la que se proyectó el proceso de reubicación.

#### ***3.3.2 El colinito de plátano: sembrar para volver***

Antes de volver, se necesita sembrar comida. Cuando las familias de la vereda Jardín Campoalegre habían sido desterradas les tocaba andar pidiendo cidra y plátano antes que

cosecharan los primeros cultivos. Hasta que se encontraron un colinito de plátano en el suelo: “Cuando llegamos por acá, no había nada por acá, porque no se veía nada, por esta entrada la sobrina mía se encontró un colinito y ahí mismo fui yo a sembrarlo juntico a la casa y vea, eso no deja de dar racimo” (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017). En la vereda Boquerón también recuerdan que trajeron un “colino e plátano del pueblo” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Para algunas de las mujeres que trabajan con la ACA, los cultivos más importantes de San Francisco son café, cacao, yuca, caña, frijol, plátano, papaya, ahuyama, cebolla, cilantro y tomate. La caña es uno de los cultivos con mayor tradición en la región, asociada a la molienda en los trapiches para “hacer nuestro propio guarapito”. Este trabajo no sólo transforma la caña en guarapo o panela, también transforma a sus trabajadores. En el *Amansayernos*, una forma de trabajar la caña, se pone a los yernos a molerla. Las señoras me advirtieron sobre meterme con una muchacha campesina, porque me ponían a amansarme moliendo caña a ver si era un buen yerno, si trabajaba y era capaz de casarme y ser un buen esposo, buen muchacho, buen hombre casado y parte de la familia” (DC 22/4/2017).

Veredas como La Eresma en el pasado eran cañaverales propiedad de un señor llamado Manuel Arias, en la que vivían familias agregadas que trabajaban para él. La ramada<sup>53</sup> que está abandonada hoy es una materialidad asociada a esos tiempos. Algunas personas de la vereda dicen que sería bueno volver a usarla, pero un muchacho cuestiona que ese trabajo cansa mucho (DC 6/11/2017). Ahora la tierra de La Eresma no es fértil debido a las fumigaciones que hicieron sobre la hoja de coca, envenenando los demás cultivos y el suelo (DC 4/9/2017). Algunos de sus pobladores recuerdan con nostalgia que dejaron “unas bellezas de tierras por allá”, de donde vienen. “Uno sembraba por allá la yuca, y uno la sacaba a punta de dedo como se dice, en cambio por acá tiene que...meterle cal, meterle la linaza” (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

“Todos los que estamos aquí, paseábamos unas casas grandes, como la mitad de esta casa, y

---

<sup>53</sup> Forma coloquial de nombrar un instrumento con el que se muele y se trabaja la caña.

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

las llenábamos de maíz. Hoy en día aquí pa' comernos una mazamorrita o cualquier cosa hay que ir a comprar al pueblo, porque aquí se siembra, pero comenzando por un pajarerío el horrible que acaba con eso, las tierras no son tan buenas como las que dejamos, una mata de plátano sale con dos platanitos todos asustados que por ahí se asoman, mientras que antes uno miraba la tierra pa' abajo y habían unos gigantes racimos que uno entraba pa' la casa" (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

En la vereda Jardín Campoalegre había una importante organización comunitaria alrededor del trabajo con la caña y la producción de panela. Antes del destierro tenían un grupo de paneleros que sembró buena caña, tenía un entable panelero comunitario con 7 moliendas. Estaban muy animados trabajando hasta que comenzaron las operaciones militares, los enfrentamientos "y a molestar mucho pues al campesino", hasta que tuvieron que desplazarse" (Conversación con Norberto Quinchía 22/9/2016), "salir, dejar allá todo tirao" (Historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017). Esto se recuerda gracias al nombre de Jardín Matecaña con el que bautizaron el lugar donde ahora viven. Sin embargo, en Jardín Matecaña ahora están trabajando más en la piscicultura y el cacao para la comercialización y el resto de agricultura para el autoconsumo, ya que el poco tamaño de las tierras no da para producir en cantidades que ameriten la venta (Conversación con Norberto Quinchía 22/9/2016). En Jardín Campoalegre no faltaba el maíz y el frijol, alimentos importantes para la comida antioqueña, y eran comunes los jugos de maíz y de yuca. Hoy en Jardín Matecaña hace falta el frijol y el maíz, porque no hay donde cosecharlo, a veces al maíz se lo come un pájaro negro llamado carbuco, y en ocasiones toca comprar estos alimentos.

Una de las principales problemáticas de veredas como Boquerón es la dificultad para la comercialización de los productos agrícolas, ya que no les compran lo que producen o se los pagan muy barato. Por eso lo que se cultiva ahora es principalmente para el autoconsumo, en las sementeras. En esta vereda los hombres que sacan cosechas para vender se madrugan dos días de la semana y transportan sus cultivos en bestia o en la línea<sup>54</sup> (DC 31/7/2017). Otra de las dificultades, además de los precios, es la falta de mano de obra: "ahora ya no hay

---

<sup>54</sup> Línea o chiva se le llama a un carro grande y colorido para el transporte público de pasajeros y productos.

es quién trabaje” (Taller historia de nuestra vereda Boquerón 9/10/2017), asociada a la reducción del número de familias a una tercera parte de las que había antes del destierro y a que los jóvenes actualmente buscan mayoritariamente trabajar en las ciudades en búsqueda de oportunidades de empleo o estudio.

Una de las propuestas de comercialización local que se llevan a cabo en San Francisco es jalonada por la ACA a través de las Ferias Campesinas que viene promoviendo desde 2011. A partir de ese año estas ferias se hicieron sin mucha periodicidad, pero a medida que pasaban los años se fueron haciendo cada vez más periódicamente hasta llegar a hacerla cada dos meses, como se hace actualmente. Al comienzo la gente llevaba para vender en la Feria los productos que cultivaban, pero se cansó debido a que casi no se los compraban. Ya finalizando el evento llegaban los comerciantes ofreciendo precios muy bajos, aprovechándose de la situación. Entonces para vender tan barato mejor “se lo echaban a las gallinas”, expresión usada para referirse al poco sentido que tiene vender los productos al ínfimo precio que pagan los intermediarios (DC 1/8/2017). Miembros de la ACA han intentado comercializar productos como hoja, limón, murrapo, plátano, mandarina y lima llevándolos desde Medellín hasta Rionegro, pero han encontrado el mismo problema de los bajos precios (DC 6/8/2017).

El reto actual de la comercialización de los productos de las familias campesinas asociadas, es la tercera etapa por la que está atravesando el equipo de Producción y Economía Campesina de la ACA desde el 2005, año en el que comenzó a trabajar en San Francisco. Cuando la Asociación llegó al municipio encontró que en todo el pueblo había un monocultivo: la coca.<sup>55</sup> Después comenzó a promover las huertas y los cultivos de

---

<sup>55</sup> Pobladores que antes vivieron en veredas como Jardín Campoalegre cuentan que la coca comenzó a llegar en los años 90 y poco a poco este cultivo se fue expandiendo a la vez que iba incrementando la presencia de grupos armados.

San Francisco ha sido un municipio que ha estado inserto en el negocio del narcotráfico al menos desde la década de 1990, por lo cual han hecho presencia instituciones como la Oficina de las Naciones Unidas Contra las Drogas y el Delito (UNODC), que se ha encargado del monitoreo de los cultivos ilícitos y de implementar iniciativas productivas para que los pobladores rurales los sustituyan por productos legales (Ministerio del Trabajo y PNUD, 2013:22). Estas iniciativas

subsistencia con las familias, para pasar a la comercialización.

Las Ferias Campesinas y la creación y el actual fortalecimiento de la cooperativa COPROACA<sup>56</sup> son proyectos que se encaminan hacia la soberanía alimentaria y la economía propia (DC 18/12/2017). Hacia estas alternativas también se dirige la promoción de la agroecología. En ocasiones algunos jóvenes que quieren cultivar de forma orgánica en sus huertas tienen dificultades porque sus madres, quienes en ocasiones toman las decisiones sobre lo que se cultiva, prefieren cultivar productos como café usando abonos y fertilizantes industriales, siguiendo las recomendaciones que les dieron en los programas de sustitución de cultivos ilícitos y las asesorías que han recibido de otros proyectos (DC 30/6/2017).

Las personas mayores de las veredas recuerdan que antes cultivaban sin usar químicos. Iban a vender lo que cosechaban caminando hasta Cocorná y Santuario. Cultivaban café pajarito y borbón, así como los cultivos de pancoger que aún hoy cultivan. El café lo recogían en canastos de cogollo de guadua o guaduillo. Los primeros químicos llegaron con el café caturro hace cerca de 40 años. Pero realmente se popularizaron con los cultivos de coca, que fumigaban con urea. También cuentan que se cultivaban y se usaban plantas para actividades cotidianas, como la fabricación de jabones y lejías. Hace cerca de 50 años recuerdan que los antiguos usaban una herramienta llamada calabozo o taciso, que servía para arrancar maleza y tumbar rastrojeras (DC 9/10/2017) (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

---

productivas han contribuido a la formación de agrupaciones como la Asociación de Familias Guardabosques -ASOFAGUA- que se han dedicado a la producción de cultivos como cacao y café. Condiciones estructurales, como la falta de infraestructura para la comercialización de los productos agrícolas, los impactos de las políticas agrarias neoliberales sobre la economía campesina a partir de la década de 1990 (Fajardo, 2014) y los efectos del conflicto armado, contribuyeron a la expansión de los cultivos de coca en el municipio, que desde hace aproximadamente una década se vienen sustituyendo por la producción de alimentos.

<sup>56</sup> En el siguiente capítulo profundizaremos en estas iniciativas.

### **3.3.3 Cuidados y saberes discretos**

En veredas como Boquerón hay mujeres que han dedicado su vida a los trabajos del cuidado de su entorno, sus familiares y vecinos. Doña Vilma es una de estas mujeres, tiene 85 años y pasó su niñez trabajando para una familia a la que su mamá la había encargado porque ella era muy pobre y no tenía como mantenerla. A los 16 años, cansada de encargarse de todos los trabajos domésticos de esa finca, se casó y formó su propia familia. En la vereda Boquerón ha enseñado en guarderías donde estudiaron los hombres que hoy rondan los 30 años y ha sido madre comunitaria, enseñando a comer a los niños. El trabajo en las guarderías realizado por las mujeres también ha sido importante a la hora de reubicarse. Uno de los primeros trabajos que tuvo María cuando fundaron Jardín Matecaña fue abrir una guardería para cuidar y enseñar a los niños, por lo que recibía una pequeña entrada de dinero que complementaba el sustento familiar que daban las cosechas. El trabajo que le siguió a ese fue en el restaurante escolar.

El trabajo del cuidado es fundamental para el sostenimiento de la vida cotidiana de las veredas, así como de las dinámicas diarias del movimiento campesino. Desde el día anterior a cada feria campesina, algunas mujeres de lugares como Jardín Matecaña ahuman pescados, aplastan plátanos para hacer patacones, preparan la ahuyama para hacer jugo, iluminando sus cocinas tiznadas por el humo con las llamas del fogón de leña. El día de las ferias se madruga con el cantar del gallo y terminan sus preparativos para llevar sus comidas al pueblo. Incluso muchas mujeres no se le miden a llevar productos a la feria por el trabajo que implica (DC 1/10/2017). En los encuentros o eventos de los movimientos campesinos y ambientalistas en San Francisco y el Oriente antioqueño, es común que las mujeres campesinas preparen la comida para los participantes. Esto en ocasiones implica realizar desplazamientos entre veredas y cumplir con largas jornadas, esfuerzos que a veces están acompañados por presiones emocionales o morales de cumplir con el deber. Pero las mujeres también participan de diferentes reuniones, comités, cooperativas y otros escenarios importantes para la vida organizativa, participación que en ocasiones se ve obstaculizada por la exigencia de tiempo por parte de los esposos. En algunas veredas las casas de algunas

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

mujeres líderes son incluso los sitios predilectos de encuentro y de las reuniones organizativas. Y ellas, como pasan más tiempo al interior de las veredas, frecuentan estas reuniones mientras los hombres jornalean por fuera.

Cuando realizamos los ejercicios de cartografía social, en algunas veredas se propuso señalar los espacios más frecuentados por mujeres y los más frecuentados por hombres. Por lo general se señalaban las casas, las cocinas, los lavaderos, las huertas y algunos cultivos de café como los lugares de las mujeres. Sin embargo, había algunas excepciones de mujeres que lo hacían todo, trabajaban afuera, moviéndose por toda la vereda. En estas ocasiones, los vecinos les preguntaban inmediatamente por su marido y ellas contestaban que eran solteras. Los hombres señalaban los cultivos y los sitios de trabajo afuera de las casas como sus lugares (DC 2/10/2017). Aquí podemos ver cómo se constituye mutuamente una división de acuerdo al género y una división socioespacial en las veredas, en las que tanto las personas como los espacios de las mismas son asignados con un género (McDowell, 2000:27).

En relación con esta división del trabajo asociada al género existen creencias sobre que “se ve feo un hombre en la cocina”. Pero las mujeres que viven solas con sus hijos los ponen a cocinar sin hacer caso a estas ideas (DC 6/11/2017). Con respecto a esta división, algunas mujeres comentan que “ellos jornalean pa’ la comida y uno cocina acá”, en la casa, en “su destino” “y el ratico que le queda se va pa” la huerta. Algunas mujeres son unas “berriondas” porque son capaces de trabajar en distintas tareas además de la cocina y el cuidado de los familiares, aunque lograrlo no es nada fácil ni algo que se pueda hacer siempre:

“antes no era si no levantame e ime pa’ la huerta a sembrar colino de plátano, maíz, frijol, a organizar lagos, a cuidar pescao, pollos, pero ahorita con las muchachas me tienen acá sola me ya queda más complicaao. Ya con estos dos muchachos, pues no, la casa enreda mucho” (Conversación con mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017).

“Que más que a uno le toca lavar, hacer de comer, organizar casa, organizar cocina, llevar al niño hasta la escuela, también pilar maíz pa’ hacer mazamorra, pilar maíz pa’ hacer arepa, todú eso...” (Taller historia de nuestra vereda Boquerón 9/10/2017).

Sin embargo, esta idea de “mujer berrionda” significa llevar prácticamente una triple

jornada de trabajo con la que se presiona a las mujeres de acuerdo a los valores morales dominantes en el “ethos sociocultural paisa” de la laboriosidad y “virtuosidad”.

En otras ocasiones sucedía que los hombres decían que las mujeres eran amas de casa y cocineras, a lo que ellas respondían que no, que ellas trabajaban en todo, en “café, cacao, en la huerta, con las bestias, de todo...” (DC 4/9/2017). A algunas mujeres que son madres solteras sus vecinos las ayudan, pero cuando ellas se van a cocinar o a ayudar a los hombres con los que establecen una relación sentimental, mientras ellos se quedan bebiendo, la vecindad deja de ayudarles. Estas relaciones en ocasiones les restan autonomía.

Sobre todo las mujeres más jóvenes son las que cuestionan esta división del trabajo, que está asociada a cómo se concibe lo que debe ser un hombre y lo que debe ser una mujer y las actitudes, actividades y orientaciones sexuales correspondientes: “los hombres no pueden tender la cama ni lavar los platos ni organizar la casa, deben coger el machete y salir a trabajar. Si hacen labores domésticas son juzgados como homosexuales. Si las mujeres juegan fútbol son juzgadas como lesbianas, lo mismo si no son delicaditas, estilo princesitas” (DC 23/4/2017).

En su vida cotidiana, las mujeres despliegan un repertorio de *saberes discretos*: doblar bien la ropa y ponerle un plástico para que no se moje cuando llueve, si hay un reguero de comida en el suelo separar los alimentos y repartirlos entre diferentes animales, si llegan visitantes o pasan caminantes recibirlos con aguapanela o guandolo<sup>57</sup>, enseñar a los niños a comer alimentos que no conocen, entre muchos otros. Incluso hay mujeres que han vuelto a veredas como La Eresma con el único fin de cuidar a sus papás enfermos, después de haber criado en las veredas donde vivían sus esposos a los hijos que ahora están grandes y viven en Bogotá.

Los *saberes discretos*, un aporte conceptual de la economía feminista del cuidado,

---

<sup>57</sup> Bebida fría que se prepara dejando diluir panela y limón en agua.

son aquellos que las mujeres han aprendido en la práctica de trabajo que se les ha asignado históricamente en muchas sociedades, los cuales tienen la característica de que no se notan en el momento en que se realizan, sino que solo hacen falta cuando están ausentes. Un ejemplo es que al ver limpia una casa no siempre notamos el trabajo de barrer, trapear y sacudir que tuvo que hacerse. Sólo sentimos su ausencia cuando la encontramos llena de polvo y suciedad. La maldición de esta característica es que, por invisibilizados, estos saberes son infravalorados y desconocidos como trabajo por parte de la sociedad patriarcal y capitalista y su imperio del valor de cambio.

#### ***3.3.4 Trabajos remunerados***

Es frecuente que los trabajos remunerados se realicen fuera de las veredas, en otras fincas donde se trabaja al jornal o en las ciudades. Para muchos, el primer contacto duradero con las ciudades se dio en la época en que estaban desterrados. He conocido hombres mayores de San Francisco que les tocó vivir en Medellín y trabajar como recicladores, obreros de construcción o vendedores ambulantes para sobrevivir, algunos recibiendo dinero que sus hijas ganaban a fuerza de jornales.

Es común que los jóvenes vayan a las ciudades en busca de oportunidades de trabajo, incluso siendo menores de edad y abandonando el colegio. Muchos se van a la edad de 14 años desde sus veredas hacia Bogotá, Medellín, Cali o Barranquilla a través de conocidos de sus padres en el casco urbano que tienen contactos en estas ciudades. Los trabajos que les ofrecen por lo general son en tiendas o pequeños mercados de frutas, verduras, carnes y otros productos, en las que deben cumplir largas jornadas de trabajo, de 6 de la mañana a 11 de la noche. Para que los jóvenes logren irse sus patrones les adelantan un dinero para los pasajes que después les descuentan del sueldo del primer mes, que apenas llega a cerca de la mitad del salario mínimo. Para justificar los malos pagos, los patrones les dicen que ellos no tienen experiencia, que ellos no saben nada. A los jóvenes les toca atender clientes, descargar mercancía, organizar, hacer de todo. En estas tiendas les dan el hospedaje y la alimentación, pero aun así en estas ciudades el dinero que ganan trabajando se esfuma de sus manos

rápidamente (Conversación con jóvenes de San Francisco DC 13/4/2017).

Según los jóvenes, en esas tiendas de ciudades prefieren a los muchachos de “pueblitos” de Antioquia como San Francisco porque saben atender bien a los clientes y son buenos trabajadores (Conversación con jóvenes de San Francisco DC 13/4/2017). Los prefieren para no escuchar quejas ni reclamos, ya que para estos jóvenes es una considerable mejoría de sus condiciones económicas recibir dinero y tener con qué mandar algo para sus familias. Además, irse a trabajar en la ciudad hace parte del ideal de progreso que hace parte de su sentido común y el de sus vecinos. Mientras estos jóvenes son explotados en las ciudades, las tierras donde sobreviven sus padres y abuelos van quedando sin mano de obra para ser trabajadas, la economía familiar campesina va perdiendo este sector poblacional de sus integrantes. Cuando van a trabajar a las ciudades, el contacto que mantienen con sus familiares y amigos es a través de las mesadas que les mandan o las visitas que realizan en las Fiestas del Retorno o en Semana Santa a San Francisco, si sus patrones les dan permiso.

El trabajo en jornal ha aumentado en sitios como Jardín Matecaña y La Eresma, a los que las familias se reubicaron en pequeñas parcelas de tierra, que no alcanzan para cultivar todo lo que se necesita para satisfacer sus necesidades. Por eso los hombres deben salir a jornalear a sitios como Pailania, Boyacá, Doradal, Puerto Triunfo y otros lugares de la cuenca del río Magdalena que son conocidos como “la caliente”, por el clima, el conflicto y el tipo de trabajos que allí se realizan. En San Francisco no hay muchos lugares donde trabajar, no se consigue trabajo al jornal más de 3 veces por semana. Antes de desplazarse, cuando vivían en veredas como Jardín Campoalegre, donde tenían buenas tierras, no les tocaba salir a trabajar fuera, ya que ahí podían cultivar para la venta y el autoconsumo, trabajando junto con los vecinos. La tierra brindaba autonomía, así no se contara con mucho dinero.

Otros hombres han trabajado en minería en los ríos Santo Domingo y Río Verde e incluso en otras regiones de Antioquia como el suroeste, pero como se hace con draga es una actividad insegura porque la policía puede decomisar la maquinaria. El dinero que los hombres reciben por medio del jornal o de otras actividades remuneradas les posibilita

imponerse sobre las mujeres, diciendo que “hacen más” que lo que ellas hacen a través de sus trabajos de cuidado, que son invisibilizados y no reconocidos. En esta relación de poder, las mujeres tratan de generar algunas relaciones solidarias de trabajo entre ellas, agrupándose en espacios como cooperativas. Hemos notado que entre hombres y mujeres hay concepciones diferentes con respecto al trabajo, ya que mientras ellos se quejan porque no hay trabajo, para ellas trabajo sí hay pero no hay es cómo conseguir dinero (DC 9/9/2017). Veamos a continuación formas solidarias de trabajo que no están mediadas por el dinero y que han sido muy importantes en la historia de las veredas, ya que a través de ellas se han construido y mantenido las condiciones materiales que hacen posible la vida en estos lugares.

#### **3.3.5 Convites, juntas y mingas: formas solidarias de trabajo**

Los actuales habitantes de Boquerón recuerdan que antes que el conflicto social y armado afectara esta vereda su población tenía un alto nivel de organización. Había casi ochenta familias que hacían *convites*, *juntas* y *mingas* para trabajar en las tierras de los vecinos que lo necesitaran, para arreglar el camino y construir la carretera:

“cuando eso era más harto, y la gente, se colocaban hasta 12 de las casas a trabajar en un sólo lugar, y a los 8 días le tocaba a otro, a los 8 días a otro y así hasta que daban la vuelta. Éramos muy avenidos” (Conversación con Doña Vilma 31/7/2017).

“Todo mundo vivía unido, si usted necesitaba yuca ahí mismo le prestaba al otro y después le traía frijoles, todo era una comunidad”.

“Eso era diario, ha sido trabajo en convites, en mingas, aquí se llamaba mingas... Aquí si una familia necesitaba una rocería hay mismo se invitaba a toda la comunidad, me ayuda tal día, hacemos una minga, íbamos toda la vereda a ayudarlo al otro a hacer la rocería. Una vivienda también, aquí las viviendas eran de sola paja y bahareque, pero pa’ construir una vivienda convocaba una minga, cargar paja”...“Y tome chicha” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 9/10/2017).

A través de estas formas solidarias de trabajo se han construido espacios centrales para la vida comunitaria como la escuela, el salón de la JAC y la cancha. Cuando cerca del 2003 construyeron la escuela “de material” para reemplazar la antigua escuela de barro y techo de paja, niños, adultos, estudiantes, hombres y mujeres hacían juntas, convites y mingas para traer al hombro o a lomo de mula materiales como gravilla y arena de los ríos Verde y Calderas y del pueblo. Los ranchos antes los construían también a través de mingas usando

materiales como paja, bahareque, guadua, tierra, boñiga y ceniza:

“Desde que yo me distingo... aquí había los ranchos todos de paja, las casas eran todas de paja y material en bahareque, el bahareque se encerraba en sola guadua así, se paraban palos y se encerraba en guadua así, entonces se rellenaba de barro. [...] La boñiga era pa’ empañetar, pa’ que quedara bonita, quedaba blanquita...”

“Con boñiga, tierra y ceniza, se hacía como estucado, empañetado [como también] lo llamaban. Y aquí cuando se iba a hacer un rancho, toda la gente llegaba a hacer el rancho, en el día se hacía, 45 personas se juntaban”. “Trabajando y tomando chicha”... “Tomando pura mona y comiendo gallina o marrano”. “Y en la noche a bailar”, “era con fiesta, “era la minga y por la noche el festival aquí en la escuela” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

Trabajar en grupo, en minga, fue incluso parte de las normas comunitarias que los vecinos de la vereda establecieron para vivir juntos. Otra de las reglas era, por ejemplo, establecer una mediación comunitaria de las peleas y los conflictos (DC 30/10/2017) (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017).

El trabajo en *minga* incluía tomar chicha, o “mona”, como también la llamaban, comer gallina y bailar en la noche: “Si no se daba chicha no había minga, oiga y por canecadas”, “a mí me hacían cargar canecas dos horas”. La chicha se podía hacer de arroz o de piña. Los muchachos por molestar le echaban cerveza o aguardiente a la chicha: “Eso era sabroso, una caneca como así de grande y la llenábamos llena entre todos, pa’ tomar”. “La mejor chicha usted pa’ tomásela es en un tajo de tutuma, esa es la chicha que sabe sabroso” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 9/10/2017).

Los materiales para la construcción de las primeras viviendas de adobe y cemento en Boquerón se consiguieron por intermediación del representante de la JAC quien a su vez habló con el padre, quien por su parte hacía el contacto con programas estatales de vivienda. Los programas ponían los materiales y la comunidad el trabajo por convites. Esta dinámica de construcción de la infraestructura comunitaria funciona en estas veredas al menos desde finales de 1970 hasta ahora (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 9/10/2017).

En distintas veredas he escuchado varias maneras de diferenciar las *mingas*, los

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

*convites* y las *juntas*. Para la gente de Boquerón, en las *mingas* el vecino que vive en la tierra donde trabajan hace un sancocho de gallina en agradecimiento a los mingueros, mientras que en los *convites* cada uno carga su almuerzo. La diferencia entre las *juntas* y los *convites* es que estos se hacían cada quince días o según la necesidad y aquellas se hacían durante la semana. Para un hombre que vive en Jardín Matecaña, los *convites* son para hacer un trabajo que sirve a toda la comunidad, como arreglar un camino, y las *mingas* son para hacer un trabajo que beneficia a una persona o familia, como socolar un cultivo de su finca (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017). En La Eresma, diferencian las *juntas* porque alguien los llama a trabajar madrugados en un horario específico, mientras que “en un convite uno va a cualesquier hora” (Taller historia de nuestra vereda en La Eresma 4/9/2017).

En la vereda Jardín Campoalegre sus pobladores recuerdan que les gustaba trabajar en *junta*, organizados. “Éramos una población muy grande” cerca de 45 familias, “hacíamos actividades, hacíamos convites, eso la gente era harta, buena presencia, también había harto niño estudiando” (Entrevista Francisco 22/9/2016).

El desarraigo acabó con las *mingas*, *juntas* y *convites* por varias razones. Una de ellas es porque para trabajar de estas formas se requiere buena cantidad de población, con la que antes contaban las veredas, pero ésta fue diezmada con la expulsión de más de la mitad de las familias hacia otros lugares. Otra de las razones es que el conflicto armado fracturó el tejido social y la organización comunitaria generando desconfianza, miedo y dependencia de la población campesina. En Boquerón, cuando la gente volvió intentó retomar el trabajo en grupos, pero no les funcionó. “Lo único que organizamos fue la JAC” (DC 30/10/2017), y a través de la JAC se programan convites al menos una vez al mes actualmente, como también se hace en la mayoría de veredas del municipio. “Trabajábamos más unidos antes, hoy no”, “hoy es cusumbosolo”, son expresiones locales que sintetizan muy bien esta ruptura del tejido social que hace que hoy cada persona trabaje por su lado: “Falta de uninos, de uninos todos otra vez, habemos más poquita gente”... “hoy en día, después del desplazamiento se desorganizó todo, [...] todas jalaron pa’ su lado” (Taller historia de nuestra vereda en

Boquerón 30/10/2017).

Cuando la gente de Jardín Campoalegre se reubicó en La Maravilla comenzó a trabajar unida por medio de convites y eso marcaba una diferencia entre la población establecida en esta vereda, que no participaba en estos trabajos colectivos, y la que llegó a fundar el sector de Jardín Matecaña, que sí lo hacía. Sin embargo, la población de Jardín Matecaña participa de la JAC y sus niños estudian en la escuela de La Maravilla, espacios que integran a los distintos sectores de la vereda.

A pesar de que ya no son tan frecuentes, todavía cuando en una casa necesitan mano de obra hacen un convite, le ofrecen desayuno a los conviteros y juntos hacen un mejor y más rápido trabajo (Conversación con mujeres Jardín Matecaña 15/7/2017). Actualmente los convites se realizan cada mes dirigidos por las JAC de cada vereda y también son promovidos frecuentemente por la ACA. En los convites de la ACA en los que he participado trabajan niños y adultos, hombres y mujeres. En los convites que organizan las JAC los hombres por lo general trabajan más en relación con los materiales para construir, bien sea que los saquen de los ríos, que los encuentren en la tierra para hacer mantenimiento a los caminos o las carreteras o que hayan sido comprados por la misma gente o donados por el municipio para arreglar los espacios comunitarios o familiares. Las mujeres por lo general tanto en los convites de la JAC como en los de la ACA trabajan en el fogón cocinando el sancocho, preparando los alimentos, en parte para dar energía al resto de conviteros, pero sobre todo para dar fuerza a lo colectivo, a lo comunitario.

### ***3.3.6. Hacer comunidad***

En estrecho vínculo con los convites, mingas y juntas se tejen un repertorio de prácticas y espacios que hacen una comunidad campesina: las fiestas, la comida del sancocho, la JAC y otras que no hemos mencionado como los ritos religiosos, los deportes y las agrupaciones por clubes. Es importante tener en cuenta estas prácticas, en tanto “la comunidad” campesina no es una realidad dada, sino una producción histórica, resultado de

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

acciones humanas que establecen una cohesión en determinadas coyunturas y frente a adversarios o amenazas externas.

En veredas como Boquerón antes se hacía festivales cada mes, en los que en la mañana se jugaban torneos deportivos y en las noches se bailaba en quioscos de paja, al son de canciones como “Moneda sin valor”, “Llorando arrepentida” o “El pávido návido” que sonaban en vitrola y radiola. Recuerdan que venían músicos provenientes de La Florida (Cocorná) y La Capotera y Pescado (San Luis). Los bailes incluían la compra de fichos para poder sacar a bailar a una pareja. En estos festivales se comía empanadas, natilla, buñuelos y tamales y se bebía aguardiente y cerveza al clima, porque las neveras llegaron después (DC 1/8/2017) (DC 9/10/2017). Uno de los objetivos de estos bailes era recoger fondos para la JAC y los trabajos que se tuvieran que hacer, como la construcción de la escuela, el sostenimiento de la guardería, entre otros (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 9/10/2017). A esos festivales venía mucha gente, incluso con la asistencia de la gente de la misma vereda bastaba.

Pero los festivales se acabaron con el conflicto armado y el desarraigo: “venía muchísima gente, con los meros de la vereda había, ahora es que no hay, todos los que había se fueron, ya los hijos se casaron por allá, tienen su forma de vivir por allá, ya no vuelven”. Los festivales “no se volvieron a hacer, desde antes de nosotros desplazan ya no había, ya la gente se estaba saliendo aburrida de tanta cosa por acá. Antes de echarnos, que nos echaron, la gente se estaba yendo” (Conversación con Doña Vilma 31/7/2017).

Entre los ritos religiosos se recuerdan las romerías, en las que venía el padre desde el martes hasta el viernes en la tarde. Eran un retiro espiritual en el que se hacía misa, se jugaba, se charlaba, se hacían viacrucis, se les impartía catecismo a los jóvenes y también se trabajaba con niños y adultos. Otro rito era los alumbrados a la Virgen, en los que se rezaba el rosario y se cantaba en su honor y se hacían rifas cantarillas con el fin de recoger fondos para ella, dinero que terminaba llevándose la parroquia (DC 9/10/2017) (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 9/10/2017). Actualmente, las novenas son otra práctica religiosa

importante que genera vínculos comunitarios en las veredas. En las noches la gente sale a caminar y pasa saludando y recogiendo los vecinos que se unen al grupo. Caminan y conversan haciendo chistes y contando historias hasta que llegan a la casa donde se va a hacer la novena. Las familias se juntan y se visitan para hacer las novenas y compartir una noche, unas palabras y un tinto (DC 9/10/2017).

El comer juntos el sancocho después de los convites es una práctica que también estrecha vínculos comunitarios. Un día que almorzábamos afuera de la escuela una muchacha dijo que era muy bonito ver a la vereda reunida comiendo sancocho DC 30/10/2017).

Las JAC, por su parte, son espacios organizativos en los que las comunidades a través sus presidentes establecen relaciones con el afuera, buscan ayudas, proyectos y traen cosas para la vereda. Las personas que asumen la presidencia se encargan de canalizar las exigencias comunitarias y de generar interlocución con políticos locales, concejales, alcaldes, funcionarios del Estado y otras instituciones (DC 6/11/2017). Los clubes eran otras agrupaciones de gente que se armaban entre los jóvenes y entre las mujeres con la intención de hacer actividades para reunir fondos en beneficio de la comunidad (Taller historia de nuestra vereda en Jardín Matecaña 9/9/2017).

## Conclusiones

Toda una jornada de trabajo en un encuentro de la ACA había cerrado con la proyección de unos vídeos realizados por Producciones El Retorno. Cuando terminaron los vídeos, César, uno de los realizadores, contó un aprendizaje que habían tenido en sus recorridos por las veredas cuando trabajaron en el proyecto audiovisual de PazArte al Campo. Cuando en las visitas le preguntaban a la gente qué era el arte, ella le respondía que “El arte es lo que cada uno hace y hace bien” (DC 24/4/2017). Esta definición de arte dada por los

### 3. DISTANCIAS Y FORMAS DE VOLVER

campesinos es similar a la forma en que Sennett define la artesanía como “la habilidad de hacer las cosas bien”, “un impulso humano duradero y básico, el deseo de realizar bien una tarea, sin más” (2009:20).

Los trabajos que se hacen con el machete, el pico y la pala para transformar los montes, las rastrojeras y los potreros en lugares habitables, los cultivos, los múltiples cuidados que se llevan a cabo para mantener un mundo en común confortable, los convites, las juntas y las mingas en las que se trabaja unidos para construir una vida y unos lugares comunes, las formas de hacer y unir la comunidad a través de festivales, bailes, juegos, prácticas religiosas, sancochos, JAC; este repertorio de prácticas son técnicas para llevar un modo de vida particular (Sennett, 2009:20) en distintas veredas de San Francisco. Son artes de tejer la trama de la vida que ha sido puesta en tensión por el conflicto social y armado y por el desarraigo.

Esta tensión le ha dado fuerza a los trabajos remunerados que se realizan por fuera de las fincas, de las veredas y del mismo municipio, que generan mayor dependencia de los campesinos ahora convertidos en trabajadores de sus patrones. El trabajo al jornal o asalariado que se hace por fuera de la vereda también refuerza distancias al interior de las familias y las vecindades, entre los que se quedan y los que se van.

Las formas solidarias de trabajo y las prácticas de hacer comunidad han sido fracturadas por la expulsión de la población y por las heridas de la guerra que apenas cicatrizan en el cuerpo social fragmentado por múltiples violencias. Para reconstruir unas vidas y unos lugares en común es necesario recrear estas prácticas en las nuevas condiciones que se encuentra transformando la gente al volver. Por eso, volver es un proceso inacabado que cada día se moviliza a partir del trabajo y el cuidado.

En este capítulo vimos cómo las comunidades están recuperando y recreando estas prácticas que activan de nuevo la vida comunitaria después de la ruptura del tejido social que han sufrido. Su creatividad para volver a tejer los vínculos que los atan entre familia y

vecinos, con su tierra, sus animales, sus ríos y sus bosques, demuestra una gran capacidad de resistir y de reinventar la vida en las condiciones más adversas.



Imagen 20





B

D

E

C

F

G

H

J

I

K

L

M

N

O

SAN FRANCISCO tierra de bosques, sueños y esperanzas

PAZ

LA VIDA QUE...



Nos levantamos temprano. Frente a la casa de la familia de Guillermo se despejaron por un momento las montañas y se podían ver los picos del páramo. Para Río Verde estaba muy nublado. Lina, su compañera, nos dio un chocolate caliente. Luego el desayuno: arroz con carne y huevo frito. Mientras nosotros comíamos ella arreglaba a su hija para ir a la escuela: peinar, vestir, empacar cuadernos, apurar...

Salimos para encontrarnos con Don Pablo y ayudarle con un trabajo que tenía. Nos desviamos de la carretera por un camino que nos llevó hasta una casa que parecía abandonada, pero era donde se guardaban las herramientas. Subiendo al sitio donde trabajaríamos, Don Pablo nos contó que esta casa, antes del desplazamiento, estaba rodeada por otras, donde vivían distintos miembros de una familia, que ahora están en Rionegro, Marinilla o Medellín. Esteban, una tarde a bordo del mototaxi me contó que muchas de las numerosas familias que vivían en veredas como Boquerón se han acomodado en los lugares a los que huyeron y ya no quieren regresar a su pueblo ni a sus veredas. ¿A recordar lo que les pasó? ¿Todo lo que perdieron, sus cultivos, sus animales, sus casas? Cuando muchas familias tienen uno, dos, o más familiares muertos...

Después del desplazamiento, al estar la vereda casi diez años despoblada, muchas cosas cambiaron, muchas familias se quedaron en otras ciudades. ¡Qué bueno sería que hoy estuvieran todas las familias que había antes!

Esta añoranza se siente en la mayoría de veredas de San Francisco que he visitado y es similar a aquella nostalgia, a esa enfermedad por haber dejado atrás un hogar, por haber sido rotos los vínculos que sostenían la antigua vereda. Ya no volvieron a hacerse los festivales, ni las romerías, ni los viacrucis o los alumbrados a la virgen. Pero para volver a tener una comunidad unida y organizada, hay que retomar estas prácticas.

Ahora podemos encontrar distintos objetos que son huellas, a través de las cuales podemos producir sentidos de la vida de la vereda de antes. Vestigios de lo que en su momento fueron hogares: paredes de ladrillo color ocre oscuro, ahumado, con espacios para las ventanas, el techo y las puertas ausentes, rodeadas de vegetación. El piso de algunas de estas casas se conserva en cemento, o “material”, como allá le dicen. También se conservan las separaciones entre las antiguas habitaciones de las casas. Las entradas a algunos de estos vestigios de casas estaban obstruidas por alambres de púas, así como algunas partes de las ventanas.

Doña Vilma, una mujer mayor de Boquerón, recordaba que la vida era muy buena antes del desplazamiento porque había muchísima gente. Eso se veía por las casas que están tapadas, que son “de material”, que aún son de sus dueños, los que se fueron. Ahora no quedan huellas de los ranchos de madera, “eso se acabó todo, todo, todo” (Conversación con Doña Vilma 31/7/2017). Pero podemos narrarlos y recordarlos.

En los talleres sobre la historia de la vereda Boquerón, unos hombres que acababan de regresar de la costa atlántica, cuando yo les preguntaba por las casas en las que vivían antes de irse me respondían: “no hay nada, lo que es en mi casa no hay nada mi hermano, allá no hay nada. Las meras paredes” (Taller historia de nuestra vereda en Boquerón 30/10/2017). Pero estas paredes continúan la presencia de estos hombres, son una artimaña contra la aniquilación de sus antiguos moradores (Cardona, 2015:54).

En las casas de ahora también pueden verse huellas de la guerra: pintas de las FARC-EP sobre sus paredes, pipetas de gas que iban a ser utilizadas como bombas pero se les retiró la carga explosiva. En una casa, los campesinos tenían una de estas pipetas en su jardín.

Tras pasar unos días en Boquerón, tuve que volver al casco urbano. Regresando en moto hacia el pueblo, Esteban me señaló un lugar que se encuentra en la mitad del trayecto, llamado Cañadahonda. Según me contó, antes en ese sitio había varias tabernas, tiendas y estaderos. En esos tiempos, hace como 14 años, gente que vivía más arriba en el monte bajaba a mercar a ese lugar.

Dejaba las bestias amarradas con el mercado y se quedaban tomando unos tragos en los negocios. Cañadahonda también servía de punto de encuentro y de lugar de paso para los arrieros, que allí descansaban, dejaban sus bestias, jugaban billar y tomaban trago.

Esteban contaba que Cañadahonda se había acabado con la guerra. Hace pocos años se había vuelto a abrir uno de los negocios. En ese momento, desde la carretera, yo sólo veía un paisaje desolado: polvo, piedras y el corte en la montaña que formaba la vía. Según este hombre, la guerrilla había obligado a los dueños de estos negocios a pagar impuestos.

Otro día soleado y caluroso, sentado en Cañadahonda, me fijé que desde allí podía verse, al frente y en diagonal, a izquierda y derecha, vestigios de antiguos estaderos y negocios. Se veían paredes, cimientos o postes de lo que hace relativamente pocos años fueron casas donde se encontraban los arrieros, se compraban cosas, se jugaba billar y tomaba cerveza, como hacíamos nosotros ese caluroso mediodía, refrescando nuestras sedientas gargantas de caminantes.

## 4. NUESTRA HISTORIA HACE PARTE DEL RÍO

Oriente antioqueño, ríos y comunidades campesinas en movimiento



“La historia de un arroyo, hasta la del más pequeño que nace y se pierde entre el musgo, es la historia del infinito”.

Élisée Reclus (2001 [1869])

El proceso de reconstrucción de una vida y unos lugares en común, que se lleva a cabo en diferentes veredas de San Francisco por parte de campesinas y campesinos, actualmente está siendo puesto en tensión por problemáticas relacionadas con la apropiación de los bienes comunes, las cuales se presentan con mayor intensidad en la historia del Oriente antioqueño desde las décadas de 1970 y 1980. Algunas de estas problemáticas, que se relacionan con la construcción de infraestructura vial y aeroportuaria, la instalación de centrales hidroeléctricas y la expansión urbana e industrial sobre el altiplano, dieron lugar a la aparición de Movimientos Cívicos a nivel regional que surgieron en las mismas décadas reclamando mejoras en el acceso a los servicios públicos, cuestionando las imposiciones realizadas desde fuera del ámbito local y regional y posicionándose como alternativas de poder frente a los partidos políticos tradicionales (Olaya, 2012) (García, 2007) (Higueta, 2017:5).

El exterminio de estos movimientos por parte de los paramilitares y el ejército desencadenó el surgimiento y la llegada de frentes guerrilleros del ELN y las FARC que recogieron los acumulados de lucha social, canalizaron el descontento de comunidades campesinas y urbanas que pertenecieron al Movimiento Cívico frente al gobierno y los militares y enfocaron parte de su accionar armado en el sabotaje de las infraestructuras viales y energéticas así como en la denuncia de la guerra sucia contra la población civil<sup>58</sup> (Olaya, 2012) (García, 2007).

De manera posterior a la confrontación armada, que cobró particular intensidad entre 1997 y 2007, cuando campesinas y campesinos desterrados por múltiples formas de

---

<sup>58</sup> El tema de las guerrillas y el conflicto armado fue tratado con mayor detalle en el segundo capítulo del presente trabajo.

violencia tratan de volver a sus tierras o a otras para reconstruir una vida y unos lugares en común, ellas y ellos se encuentran de nuevo con la amenaza de proyectos hidroeléctricos que tratan de realizarse en los ríos que atraviesan sus veredas y conectan estos lugares con otros sitios del Oriente antioqueño; ríos que fertilizan sus *trabajaderos*, ríos en los que pescan, hacen minería, toman agua y materiales de construcción o tienen espacios de encuentro comunitario.

Muchos de estos proyectos hidroeléctricos fueron paralizados por la presencia de los grupos insurgentes y tras el control territorial alcanzado por parte del ejército y los paramilitares las empresas de energía volvieron a habilitar su construcción.<sup>59</sup> Sin embargo, actualmente en el Oriente antioqueño están emergiendo nuevas formas de resistencia social y alternativas de futuro frente a la profundización de un modelo de desarrollo que prioriza la construcción de centrales hidroeléctricas e infraestructura vial y aeroportuaria, la agroindustria y la formulación de un Ordenamiento Territorial que desconoce las decisiones, aspiraciones y prácticas sociales, culturales y espaciales de las comunidades campesinas y locales. En el trabajo de campo de esta investigación, nos acercamos a las resistencias y alternativas que se están construyendo desde el Movimiento Social por la Vida y la Defensa del Territorio -MOVETE-, en el que participa la ACA. Esto no quiere decir que en el Oriente antioqueño no se estén construyendo alternativas desde otros lugares, procesos y actores, a los que no tuvimos acceso en la pesquisa.

El MOVETE no empieza de cero, al contrario, la experiencia de los sujetos y procesos sociales que lo integran se enriquece de los recuerdos de la propia vida o de los saberes de

---

<sup>59</sup> La historia de la hidroeléctrica Calderas, que aprovecha aguas de los ríos Tafetanes y Calderas, entre los municipios de San Carlos y Granada, ejemplifica esto: “Se construyó entre 1982 y 1986. En 1987 culminó la desviación del río Tafetanes y entró en operación en 1988. Años más tarde, por causas naturales y de orden público quedó fuera de servicio. En 2005 iniciamos trabajos para su recuperación”.

“En 2006 entró nuevamente en operación comercial como planta menor de 19,9 MW, con ello se fortaleció el complejo hidroeléctrico del Oriente antioqueño en 356 GWh-año” (Recuperado del sitio web de ISAGEN: <https://www.isagen.com.co/SitioWeb/es/nuestro-negocio/generamos-energia/central-hidroelectrica-calderas> el 23 de junio de 2018).

otras vidas que libraron luchas anteriores como parte del Movimiento Cívico en el Oriente antioqueño y otros movimientos sociales a nivel nacional. Si bien las problemáticas y las expectativas han cambiado con el correr de 40 años, hay hilos de continuidad y aprendizajes que el MOVETE extrae de la experiencia del Movimiento Cívico, con los que actualmente trata de dirigir sus acciones como movimiento a nivel regional (Koselleck, 1993 [1979]:337).<sup>60</sup>

Este capítulo tratará sobre los actuales movimientos por la defensa del territorio en el Oriente antioqueño, desde una visión temporal que establezca hilos de continuidad con el Movimiento Cívico y desde una mirada espacial en la que los ríos son fundamentales en el establecimiento de vínculos y relaciones entre diferentes lugares de la región, haciendo énfasis en la vida campesina en movimiento.

## 4.1. Movimientos Cívicos

Con la demanda de energía eléctrica a nivel nacional producto, entre otras razones, de la migración del campo a la ciudad en la segunda mitad del siglo XX, el gobierno colombiano desde finales de los años 1960 autorizó la construcción de centrales

---

<sup>60</sup> Para este capítulo es inspiradora la visión del historiador alemán Reinhart Koselleck sobre el tiempo histórico. Para este autor el tiempo histórico no sólo es una determinación vacía de contenido, sino también una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa (Koselleck, 1993 [1979]:337).

Koselleck propone los conceptos de espacios de experiencia y horizontes de expectativa para tematizar el tiempo histórico, por entrecruzar el pasado y el futuro, y para intentar descubrir sus posibilidades y potencialidades por medio de la investigación empírica, pues “enriquecidas en su contenido, dirige las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político” (Koselleck, 1993 [1979]:337). Para este autor, la experiencia es espacial, está reunida formando una totalidad, [...] “en cualquier momento se compone de lo que se puede evocar del recuerdo de la propia vida o del saber de otra vida” (Koselleck, 1993 [1979]:339). El horizonte, por su parte, es la metáfora más adecuada para la expectativa, haciendo referencia a aquello que no se ha alcanzado, que se vislumbra en el futuro. Por último, [...] “la tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico” (Koselleck, 1993 [1979]:342).

hidroeléctricas en el Oriente antioqueño para satisfacerla, dada las óptimas condiciones que brindaba el nivel de los terrenos, la abundancia de aguas, la alta pluviosidad y el imaginario que se tenía de estos lugares como de “baja productividad”, que podían adquirirse a “bajos precios”, ya que sus economías se orientaban a la agricultura, la minería y la pesca, actividades que quedaban relegadas en el tiempo con respecto al ideal de progreso que representaba la producción de energía. Las gentes y tierras orientales sumidas en las tinieblas del atraso serían materia prima para la iluminación de otras ciudades, industrias y comercios que pudieran pagar su conexión. Así fueron construidas hidroeléctricas como la de Guatapé, por parte de EPM en 1971, las de San Carlos, Jaguas y Calderas, por parte de ISA a mediados de la década de 1970 y la de Playas, por parte de EPM en 1979, entre otras (Olaya, 2012:66-69).

Los primeros movimientos cívicos a nivel regional en el Oriente antioqueño se organizaron a comienzos de la década de 1970. En 1972 lo hicieron contra el cobro de valorización por la construcción de la autopista Medellín-Bogotá y entre 1974 y 1975 contra el manejo del circuito eléctrico por parte de la Electrificadora de Antioquia, exigiendo mejoras en el transporte veredal, el suministro de insumos agrícolas, la indemnización de los daños causados y la participación en la toma de decisiones respecto a las obras que se gestionaban en la región con los dineros públicos, así como a los planes de mitigación y compensación demandados (Olaya, 2012:65-68). El 19 de febrero de 1978 se realizó un Paro Cívico en el municipio de San Carlos, que tuvo como detonantes la falta de profesores de educación media, la deficiencia y el alto costo del suministro de energía eléctrica, la falta de agua potable y el mal servicio en el hospital local. Este paro fue reprimido por el ejército y sus promotores, los miembros de la Junta Cívica, fueron encarcelados (Olaya, 2012:85-86).

Las Juntas Cívicas o Juntas Pro-Defensa de los intereses municipales eran órganos de representación de la población civil autónomos frente a las instituciones del Estado y las empresas. En cada municipio, existían procesos organizativos locales que avanzaban a diferentes ritmos (Higueta, 2017:5). Por ejemplo, en la década de 1980 se conformó en San Carlos la Unión Cívica Municipal, que contó con representantes al Concejo municipal,

posteriormente fue reprimida y varios de sus líderes resultaron amenazados o asesinados por grupos paramilitares (Olaya, 2012:95). En este período de tiempo estas iniciativas municipales se organizaron en la Coordinadora Regional de Movimientos Cívicos y la Coordinadora Regional de Juntas Cívicas Pro-Defensa de los Usuarios de Energía.

El primer paro cívico a nivel regional en el Oriente antioqueño se realizó el 9 de septiembre de 1982, duró 48 horas y contó con la participación de los municipios de Rionegro, Marinilla, La Unión, El Retiro, El Santuario, San Vicente, Guarne, La Ceja, El Carmen de Viboral, El Peñol, Cocorná, Granada y San Carlos. Las exigencias que se hicieron estuvieron relacionadas con la prestación del servicio de energía eléctrica. En el segundo paro cívico regional, realizado el 11 de octubre de 1982, participaron los mismos municipios del paro anterior, que decidieron volver a parar en su asamblea regional realizada en El Retiro (Olaya, 2012:101-106). En el año de 1982 también hubo paros cívicos en diferentes regiones de Colombia (El Mundo, Medellín, octubre 13 de 1982, p.1 citado en Olaya, 2012:110). El tercer paro cívico regional se realizó en febrero de 1984.

El carácter reivindicativo que tuvo el Movimiento Cívico regional en sus inicios, relacionado con los servicios públicos, “dio un salto hacia la construcción de una propuesta política para la región construida desde abajo” (Higueta, 2017:5). Así, este movimiento amenazó a las élites políticas tradicionales al emerger como una alternativa de poder que llegaba a los Concejos municipales y tenía opciones reales de llegar a las alcaldías, las cuales fueron frustradas por el asesinato de candidatos como Ramón Emilio Arcila (1990), cuando en Colombia apenas se permitía la elección popular de alcaldes (1988) (Olaya, 2012:142). A nivel nacional, en la década de 1980 el exterminio de líderes sociales frustró intentos democráticos que surgían para dar solución política al conflicto armado de la mano de organizaciones y movimientos emergentes en la época como la Unión Patriótica, A Luchar y el Frente Popular.

Este mismo exterminio se vivió en el Oriente antioqueño. Los movimientos cívicos de esta región fueron reprimidos y estigmatizados como subversivos por parte de las

autoridades del Estado y sus líderes padecieron el asesinato sistemático perpetuado por el ejército y los paramilitares durante la década de 1980, que cobró la vida de importantes líderes como Julián Conrado (23 de octubre de 1983), Gabriel Velásquez Urrego (28 de febrero de 1986), William Tamayo Giraldo (20 de marzo de 1986), Froilán Arango Echavarría (28 de noviembre de 1987), Jorge Alberto Morales (11 de abril de 1988), Luis Felipe Noreña (junio de 1988), Alberto Giraldo Castaño (7 de octubre de 1988), Antonio Martínez Moreno (5 de enero de 1989), Gabriel Jaime Santamaría (27 de octubre de 1989), Ramón Emilio Arcila y Saturnino López Zuluaga (30 de diciembre de 1990) y Ernesto Ríos Arias (1995), entre otros (Olaya, 2012:112-142). Estos hechos negaron la participación de la población en la política institucional, acallaron sus reclamaciones de derechos y mejoramiento de las condiciones de vida, así como su incidencia en la elaboración y la ejecución de medidas que mitigaran el impacto de los megaproyectos (Olaya, 2012:68). En los años 1990 existió un movimiento a nivel regional llamado Oriente Unido, que retomó las propuestas del Movimiento Cívico e hizo énfasis en que líderes sociales comenzaran a llegar a instancias de decisión como la alcaldía y el Concejo municipal. Este movimiento también fue estigmatizado y estuvo en la mira de los paramilitares (Olaya, 2012)

Como vimos en el capítulo 2, el exterminio del Movimiento Cívico se desenlazó en el surgimiento del frente Carlos Alirio Buitrago, del ELN, la expansión de las FARC hacia el Oriente antioqueño y un profundo escalamiento del conflicto armado entre estas guerrillas, grupos paramilitares y ejército, que tuvo su pico más alto a partir del año 1997. Los conflictos sociales que originaron los Movimientos Cívicos cobraron una fuerte expresión armada hasta que entre 2002 y 2006 ocurrió un proceso de pacificación por la vía militar que tuvo profundas consecuencias en términos de desarraigo de comunidades campesinas y vaciamiento de veredas enteras, como vimos en los capítulos 2 y 3.

## **4.2. Del conflicto armado a los conflictos socioambientales: Movete**

En el año 2007, el municipio de Santuario fue testigo del Foro Energético del Oriente

antioqueño, en el que participaron más de 500 personas para cuestionar la forma en que las grandes hidroeléctricas se enriquecían a costa de la “destrucción del territorio” y sus habitantes, según la versión de sus participantes. En el 2008 se llevó a cabo en El Peñol el segundo Foro sobre el tema de transferencias, en el que se cuestionó que los dineros que llegan a las instituciones públicas por los proyectos hidroeléctricos no se ven reflejados en el bienestar de la población (Kavilando y Movete, 2015:8). En el 2009 se realizó en el municipio de El Peñol el Primer Encuentro Departamental de Servicios Públicos y Pobreza, que es reivindicado por MOVETE como el primer Festival del Agua, en la memoria que ha comenzado a construir como movimiento (Movete, 2017:6-7). El Encuentro de 2009 contó con la presencia de más de 1.500 campesinos provenientes de diferentes regiones de Antioquia como Nordeste, Bajo Cauca, Suroeste, Oriente y la ciudad de Medellín y se realizó en el marco del Foro Social Por la Vida, la Dignidad e Identidad Popular, que tuvo lugar en Medellín y el Oriente antioqueño, el cual se proponía “manifestarse públicamente contra la pobreza, la desigualdad y la exclusión al tiempo que promover la movilización de las organizaciones sociales y comunitarias de ambos territorios” (Agencia de Prensa IPC, 7 de octubre de 2009).

En este encuentro comunidades campesinas y organizaciones sociales del Oriente antioqueño realizaron denuncias muy similares a las que hacía el Movimiento Cívico, con respecto a la riqueza que empresas como ISA, ISAGEN y EPM obtenían de la producción energética realizada con el agua de la región y la forma en que contrastaba con la pobreza en la que vivían las comunidades campesinas que pueblan los mismos ríos con los que se produce la energía, sin tener acceso a servicios públicos como agua y energía, ni carreteras, ni escuelas, ni puestos de salud (Equipo de Servicios Públicos Domiciliarios, 2009). En frases como “de nuestras aguas y tierras surge la energía y la riqueza que nos niegan día a día”, “Cada segundo que se mueven las turbinas para producir energía, son un río de dinero a las bolsas de las empresas que manejan el negocio de la energía eléctrica en Colombia; así mismo cada segundo que pasa a los habitantes del Oriente Antioqueño nos consume la pobreza”, halladas en el documento que presentó el Equipo Departamental de Servicios Públicos Domiciliarios y Pobreza (2009) -el cual funcionó como articulación de distintas comunidades

y organizaciones del Oriente antioqueño- para este encuentro, se refleja la indignación local frente a este desarrollo desigual.

El Equipo Departamental de Servicios Públicos Domiciliarios y Pobreza promovió desde el 2010 hasta el 2013 el Festival del Agua en los municipios de Cocorná (2010), San Francisco (2011), Granada (2012) y Carmen de Viboral (2013), espacio cultural y político con el que se ha buscado unir y articular a organizaciones y comunidades del Oriente antioqueño en torno a la defensa del agua, la vida y el territorio frente a los megaproyectos y el modelo de desarrollo mineroenergético. Estos festivales han reunido anualmente, hasta el presente, cerca de 1000 personas de diferentes municipios de la región y en ellos se han generado espacios de interlocución con las instituciones encargadas de la toma de decisiones en los territorios, así como acciones de denuncia y movilización. Cuentan con cinco líneas de trabajo: hidroenergía, minería, monocultivos, seguridad y soberanía alimentaria y conflicto armado (Echeverry, 2015:2) (Perdomo, 2017:22).

En el Festival del Agua del año 2013 realizado en el municipio del Carmen de Viboral, que contó con un foro temático sobre “Minería y seguridad alimentaria” y la participación de por lo menos 1.200 personas, las organizaciones y comunidades participantes generaron un compromiso por la Defensa del Territorio, la Vida y la Paz que plasmaron en el Manifiesto del “Gran Festival del Agua del Oriente antioqueño” el día 26 de octubre de 2013. Este compromiso se concretó dos meses más tarde con la fundación del Movete, movimiento que fue creado con el fin de agrupar a las “diferentes expresiones de la comunidad del Oriente antioqueño en un espacio amplio de articulación, estudio e incidencia sobre los conflictos socioambientales que se viven en el territorio” (Movete, 2015:7).

Este Manifiesto sintetiza bien las condiciones que hacen posible y necesario el surgimiento del Movete, por eso lo citamos en extenso:

Considerando

A. Que desde la década de los 70's los territorios del Oriente Antioqueño han sido ocupados

e invadidos por actores económicos externos a través de megaproyectos de generación de hidroenergía, dirigidos a abastecer la demanda de los habitantes urbanos y aumentar la competitividad de las actividades industriales y comerciales de las metrópolis colombianas.

B. Que en el Oriente Antioqueño las actividades de generación de energía a cargo de EPM e ISAGEN han comprometido 10.718 Hectáreas; que 59.864 Hectáreas estaban comprometidas con títulos mineros a 2011; que a la fecha 405.235 Hectáreas están solicitadas por 317 títulos mineros nuevos; que 168.399 Hectáreas están en conflicto entre usos de proyección y conservación con actividades económicas y de expansión de la ciudad sobre el suelo rural, lo que evidencia la creciente presión por los suelos del Oriente Antioqueño para las actividades e intereses económicos de los actores externos [sic].

C. Que este modelo de desarrollo económico caracterizado como extractivo de las riquezas naturales de los territorios rurales, dirigidos a atender las demandas insaciables de las multinacionales y actores económicos, modelo que ha prometido prosperidad y desarrollo para los territorios y habitantes, ha profundizado las brechas de desigualdad sociales, económicas, aumentando la inequidad territorial y los desequilibrios territoriales entre lo urbano y lo rural.

D. Que el conflicto armado en el Oriente Antioqueño estuvo caracterizado por la disputa por el control territorial y que su impacto medido en número de víctimas, familias desplazadas, desaparecidos, superando las 170.000 personas, afectó mayormente a la población campesina.

E. Que la región del Oriente antioqueño se ha caracterizado por tener unos habitantes que han resistido al despojo, han trabajado por construir el territorio a través de acciones democráticas y no violentas [sic]

Manifestamos:

1. Que somos conscientes que la Constitución Política de Colombia otorga y reconoce el poder soberano del pueblo y que cualquier proyecto o iniciativa que afecte nuestra estabilidad en el territorio, debe ser una decisión de y con los pobladores.

2. Nuestro desacuerdo frente al modelo de desarrollo económico extractivo que profundiza la pobreza, pasa por encima de las comunidades locales, de culturas y sueños colectivos y amenaza nuestra permanencia en el territorio y por ello rechazamos la minería a gran escala, grandes hidroeléctricas y monocultivos forestales adelantados por transnacionales de capital nacional o extranjero.

3. Nuestra voluntad de estar juntos, firmes y persistentes en el propósito de la defensa del territorio, la autonomía territorial para ordenar y planear los usos y el destino de nuestros territorios, en un horizonte de construcción de paz y vida digna.

4. Que la concepción de desarrollo que defendemos debe garantizar el equilibrio y la armonía entre las necesidades y aspiraciones de los pobladores, las características, riquezas y potencialidades del territorio.

5. Estar convencidos y convencidas de las necesidad de conformar un MOVIMIENTO REGIONAL del Oriente Antioqueño, con capacidad de defender el territorio, interpelar el

modelo extractivista e interlocutar con los actores económicos, políticos e institucionales que gobiernan desde el centro, para que se logre una equitativa distribución de la riqueza, un aprovechamiento justo de nuestros recursos, dirigidos a aumentar el bienestar y el desarrollo de nuestros vecinos y del territorio.

6. Nuestro desacuerdo con el Gobierno Nacional y sus diferentes expresiones como el Congreso de la República por privilegiar en la legislación y las políticas mineras y de generación eléctrica a las multinacionales y los gremios económicos, excluyendo a las comunidades locales y sus actividades ancestrales de aprovechamiento de dichos recursos (Movete, 2015:7).

En la memoria que ha comenzado a construir el Movete a partir de la producción académica y la comunicación comunitaria por parte de sus colectivos, es recurrente que se reconozca el legado de luchas sociales en torno al cuestionamiento del modelo de desarrollo, los megaproyectos y la exigencia de autonomía local con respecto al manejo del agua y la energía que dejó el Movimiento Cívico en el Oriente antioqueño. Uno de los aportes más explícitos lo ha realizado Johan Higuita (2017:5), integrante del proceso juvenil Tulpa Comunitaria, al reconocer cinco enseñanzas políticas que legó el Movimiento Cívico para la proyección política del Movete.

La primera enseñanza es la articulación regional, entendida como “la capacidad de trascender la reivindicación local para pensarse en clave regional”, comprendiendo que los problemas afectan a la región en su conjunto y por eso requieren de la articulación de sus actores para buscar soluciones comunes. Para Higuita, esto tiene vigencia para el presente “si pensamos los ríos como venas que atraviesan nuestro territorio y nos juntan en su defensa” (Higuita, 2017:5). El actual proceso comunitario de Vigías del río Dormilón -articulado a Movete desde el municipio de San Luis- en el que los habitantes de su cuenca ejercen labores de protección, cuidado, vigilancia y defensa de este río, también ha hecho referencia a la continuidad entre las luchas del Movimiento Cívico y las luchas actuales, en lo que atañe al papel de los ríos como base material de la articulación política en la región: “Nuestra historia hace parte del río” (DC 12/8/2017).

La segunda es la capacidad del Movimiento Cívico para construir un proyecto propio, regional y político, a partir de proyectos como las asociaciones autogestionarias de vivienda,

la construcción de escenarios deportivos, las cooperativas campesinas, las expresiones artísticas, entre otros, que demostraban creatividad y capacidad de autogestión (Higuita, 2017:5).

La tercera es la capacidad de este Movimiento de lograr una “identificación con el sentir y las necesidades de sus comunidades, pues su agenda y sus reivindicaciones se construyeron a través de la participación directa de estas mediante asambleas populares y no con imposiciones y manipulaciones externas e interesadas” (Higuita, 2017:5). En estrecha relación con esta forma de participación, la cuarta enseñanza consiste en que las organizaciones cívicas regionales y locales lograron ser órganos de participación contruidos desde las comunidades que habían estado marginadas del ejercicio político institucional tradicional, logrando en algunos municipios incluso desplazar el bipartidismo y “recuperar los espacios públicos para la deliberación abierta de las comunidades” (Higuita, 2017:5). Esta concepción de la democracia y la participación llevó al líder Ramón Emilio Arcila a expresar que el Movimiento Cívico fue un “germen del poder popular”.

La quinta enseñanza es la capacidad que tuvo este movimiento para “construir una gran confluencia social, ciudadana y política, cuyo eje de articulación no se fijó en aspectos ideológicos ni partidistas, sino en las necesidades inmediatas de las comunidades y su disposición para la acción” [...] (Higuita, 2017:5). El investigador de la Tulpa Comunitaria actualiza esta forma de confluencia y construir desde la diversidad a las necesidades del Movete bajo el principio de la “defensa del territorio como bandera de lucha”: “finalmente más allá de nuestras posturas somos Oriente antioqueño y los conflictos socioambientales afectan la generalidad de la región” (Higuita, 2017:5).

Desde su fundación en 2013, el Movete ha continuado realizando Festivales del Agua en San Carlos (2014), Carmen de Viboral (2015), San Luis (2016) y Sonsón (2017). Además, ha participado en acciones, movilizaciones y espacios deliberativos a nivel nacional como el Paro Nacional Agrario (2012), la Asamblea Nacional por la Paz (Rionegro, 2015), la Mesa Social Minero-energética y Ambiental por la Paz (2016), la Minga Nacional promovida por

la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular (Santuario, 2016) y a nivel regional como la movilización en contra de la construcción de la Pequeña Central Hidroeléctrica -PCH- La Chorrera (San Carlos, 2013), la Audiencia Pública sobre el proyecto Porvenir II (San Carlos, 2013), la marcha realizada a Cornare en defensa del territorio (2014), la movilización y la Audiencia a Cornare para defender el río Dormilón de una licencia para un proyecto hidroeléctrico (2014), el Cabildo Abierto en defensa del río Arma (Sonsón, 2015), el Encuentro de Comunidades Afectadas por Proyectos Hidroeléctricos en el Oriente antioqueño (San Carlos, corregimiento de Puerto Garza, 2016), el Samaná Fest Comunitario (San Francisco y San Luis, 2016), la movilización contra las hidroeléctricas (Cocorná, 2016), el foro y el plantón de la comunidad sancarlitana en contra de Porvenir II (Medellín, 2017), la Caravana por la Vida, el Agua, el Territorio y la Paz (2017), la Audiencia Ambiental sobre el proyecto hidroeléctrico Aures Bajo (Sonsón, 2017) y la Audiencia Senatorial de Control Político (Sonsón, 2017), entre otros (Movete, 2017:7).

Como se ha propuesto por el Movete en sus espacios de encuentro y construcción de pensamiento, como son las jornadas de movilización o los Festivales del Agua, los ríos resaltan como ejes que articulan los espacios, las demandas y luchas de las comunidades y organizaciones sociales en el Oriente antioqueño. Los ríos son uno de los principales focos de la disputa en los conflictos socioambientales que se libran en esta región, siendo esta clase de conflictos aquellos que se presentan entre diferentes formas de apropiación, manejo productivo, distribución y significación de la biodiversidad (Leff, 2005) (Leff, 2003).

En el año 2017 tuvimos la oportunidad de acompañar la IV Caravana por la Defensa de la Vida, el Agua, el Territorio y la Paz en el Oriente antioqueño, un evento organizado por Movete, la ACA y REDHER que tuvo por objetivos identificar las tensiones asociadas a los proyectos minero-energéticos adelantados en el Oriente Antioqueño, que ponen en riesgo la “permanencia de las comunidades en el territorio”, y contribuir al fortalecimiento de las iniciativas que permiten la defensa de la vida, el agua, el territorio y la construcción de paz, generando una retroalimentación a través del intercambio de experiencias de resistencia entre las organizaciones participantes (Movete y Redher, 2017). La Caravana permitió la

generación de aprendizajes e intercambio de experiencias entre procesos sociales de diferentes lugares de Colombia y el mundo, tales como: Cúcuta (Colombia Informa); Bucaramanga (Equipo Jurídico Pueblos y Colombia Informa); Cajamarca (Cosajuca – procesos por las Consultas Populares); Ibagué (Comité Ambiental); Nariño (CIMA); Tulcán, Ecuador (comunidades religiosas); Bogotá y Centro Oriente colombiano (INS, CNA, UTL de Alberto Castilla, Movimiento Político de Masas Social y Popular del Centro Oriente de Colombia); Ibagué (Comité de Solidaridad con Presos Políticos); Casanare y procesos internacionalistas de España, Italia y Alemania (DC 12/8/2017).

A continuación, conozcamos algunos de los conflictos socioambientales en el Oriente antioqueño que la Caravana permitió reconocer, así como buscar alternativas para su superación.

En los ríos Dormilón y Samaná, empresas como Taborda Vélez, Integral, I2, Argos y Celsia generan presiones al realizar estudios o solicitar permisos para realizar proyectos de producción de energía o de otras actividades extractivas. Instituciones del Estado como Cornare, quien rige los proyectos energéticos menores a 100 MV; el ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, quien rige los mayores a 100MV; y las alcaldías y concejos municipales, también son actores del conflicto socioambiental al ser las entidades donde recae la toma de decisiones con respecto a la realización estos proyectos. Para el movimiento de Vigías del Río Dormilón, actualmente la política estatal hacia esta clase de proyectos es rebajar los costos de la “regalías” e impuestos para las empresas. Desde la perspectiva de estos movimientos, por lo general los alcaldes son portavoces de las ideas neoliberales que equiparan el progreso con la explotación de los llamados recuerdos naturales (DC 13/8/2017).

Para sus pobladores, las espacialidades de la cuenca del río Dormilón ha sufrido un proceso violento de vaciamiento de las comunidades que lo habitaban, que las empresas están aprovechando para hacer negociaciones fáciles con personas que fueron desarraigadas y que hace poco volvieron a sus tierras. Por esta razón, para comunidades y organizaciones del Oriente antioqueño articuladas en Movete la guerra vivida en la región por parte del

paramilitarismo, en complicidad con el Estado, tenía como objetivo prioritario el desarraigo de los campesinos para dejar vía libre a la entrada de multinacionales para explotar los ríos. El destierro campesino y el desarme de las insurgencias habría facilitado la implementación de la política extractivista minero-energética en el país, siendo el caso del Oriente antioqueño un ejemplo de esta realidad (DC13/8/2017).

Procesos como el de Vigías del río Dormilón tiene entre sus propósitos intervenir en el desarrollo de los proyectos energéticos desde que se empiezan a solicitar los permisos de estudio, buscando evitar que los procedimientos lleguen a su fase de licencia y presionar para que el Estado en su ordenamiento territorial establezca figuras para proteger este río, prohibiendo proyectos hidroenergéticos, mineros y de extracción forestal y definiendo y privilegiando usos del suelo para la recreación y el turismo de naturaleza. Sus principales mecanismos de incidencia política son: asambleas comunitarias, Cabildos Abiertos, marchas por la autopista Medellín-Bogotá, publicaciones mensuales en el periódico El Arriero, relacionamiento entre profesionales y comunidades y realización de videoforos en el parque principal de San Luis (Diario de campo, 13/8/2017). Algunos de los retos que enfrenta el proceso de Vigías del río Dormilón es que municipios como San Luis dependen económicamente de los ingresos que llegan de los proyectos hidroeléctricos.

En el municipio de Cocorná, proyectos hidroeléctricos como la PCH El Popal, construido por HMV Ingenieros del 2011 al 2013, han generado consecuencias como los grandes flujos de población, la llegada masiva de trabajadores que luego quedan desempleados al terminar las obras, la competencia por la mano de obra entre las empresas hidroeléctricas y las fincas campesinas, donde estas últimas se quedan sin mano de obra, el desplazamiento y la disminución del agua. Las afectaciones que estos proyectos tienen sobre la vida campesina son el desarraigo, la no retribución de las ganancias, el secamiento del agua de las veredas y el impacto sobre el abastecimiento regional de alimentos, debido a que las tierras se dejan de usar para la agricultura (DC 14/8/2017).

En un conversatorio realizado cerca de la PCH El Popal, en el marco de la Caravana, los

movimientos CNA, ASOPROA y Movete cuestionaron el “desarrollo”, idea con la que las empresas y administraciones promocionan las hidroeléctricas en el Oriente antioqueño. Denunciaron que sólo les hablaron de los beneficios de estos proyectos, haciendo reuniones y promesas en las veredas: ahora “nos venden el tema del desarrollo”, “pero eso no es verdad, hace 34 años se construyó el primer embalse y el campesino apenas sobrevive a medias”, cuando “EPM e ISAGEN sí reciben dinero”. “¿Desarrollo para quién?”, se preguntaban los voceros de los movimientos, cuando “lo vemos pasar por los cables de alta tensión” (DC 14/8/2017). En el municipio de Cocorná, el 13 de mayo de 2017 los movimientos locales realizaron una movilización rechazando los proyectos hidroeléctricos y mineros y han buscado mecanismos jurídicos para defenderse de estos. En esta Caravana fue palpable una gran desconfianza por parte de las comunidades campesinas y las organizaciones sociales y ambientalistas frente a las empresas de energía y agroindustria e incluso frente a la autoridad ambiental. Desde la versión del Movete,<sup>61</sup> en la que nos hemos enfocado en este trabajo, hay fuertes cuestionamientos frente a los modos de operar de los megaproyectos.

El corregimiento de Puerto Garza del municipio de San Carlos, mejor conocido por sus habitantes como Narices, es otro de los lugares del Oriente antioqueño donde se presentan conflictos socioambientales entre las comunidades locales y los proyectos hidroeléctricos, particularmente con el Proyecto Porvenir II, del cual estas se enteraron en el año 2012. La población local ha utilizado mecanismos como la organización de mesas de trabajo, audiencias públicas, alianzas con otros actores, creación de una mesa de concertación, presionar a las autoridades municipales a comprometerse con la promoción de espacios de participación comunitaria, convocatorias a diferentes actores como el Concejo Municipal, la empresa Celsia/Integral, la personería y la comunidad, la discusión del proyecto hidroeléctrico en el Concejo Municipal, la creación de Mesas de Seguimiento al proyecto, la promoción de un debate por la Defensa del Agua, la Vida y el Territorio, el acompañamiento

---

<sup>61</sup> Como los conflictos socioambientales no fueron el foco de esta investigación, sino un tema secundario pero importante para entender las espacialidades relacionadas con la vida campesina, tomar en cuenta la perspectiva de otros actores que intervienen en estos conflictos, como las autoridades y las empresas, hubiera implicado esfuerzos metodológicos que desbordaban los tiempos de la pesquisa, por lo que no aparecen sus versiones o puntos de vista.

por parte de organizaciones de DDHH como la Corporación Jurídica Libertad, la interlocución y búsqueda de apoyo por parte de la administración municipal y la exigencia de un Plan de Acueductos y Alcantarillados (DC 15/8/2017). La comunidad local manifiesta que necesita la ayuda de profesionales para interpretar los documentos de la Agencia Nacional de Licencias Ambientales -ANLA-, que permita la apropiación de conocimientos que permitan debatir. La ANLA hizo casi 3000 requerimientos del proyecto y pedía un concepto técnico y científico del mismo, ignorando los saberes de las comunidades del río. Es común que en este tipo de conflictos, salga a relucir la jerarquía de saber-poder establecida entre el conocimiento científico y los conocimientos populares, debido a que se privilegian los argumentos de las disciplinas científicas y no se reconocen los de las comunidades, que no son tomadas en cuenta como interlocutoras válidas.

En un conversatorio realizado en Narices en el marco de la Caravana, los campesinos, pescadores y mineros participantes sintetizaban en algunas frases su inconformidad con respecto al modelo de desarrollo del Oriente antioqueño y su relación con el desarraigo: “Somos los dueños de la vaca pero tenemos que comprarles leche”, decía un campesino, hablando de la riqueza que sacan del territorio y la miseria que dejan. “No hemos terminado de desempacar la maleta y ya nos están diciendo que la volvamos a empacar”, decía otro en relación con el despojo y el desarraigo generados por la violencia que causan los megaproyectos. “Si no nos sacó la violencia nos van a sacar los megaproyectos”, era otra frase que contenía el mismo sentido.

En un foro con la Mesa de Derechos Humanos del Oriente antioqueño que también hizo parte del itinerario de la Caravana, Adiela, una mujer de la vereda La Esperanza en el municipio del Carmen de Viboral, que representa a las víctimas en el Movice luego que los militares de la Cuarta Brigada en asocio con los paramilitares detuvieran y desaparecieran a sus familiares, señaló la revictimización a la que estaban siendo sometidas las comunidades desarraigadas en el Oriente antioqueño por parte de los megaproyectos. Ella denunció que

las hidroeléctricas, la minería y las áreas protegidas<sup>62</sup>, violaban La Ley 1448 pues constituían un obstáculo para el retorno y una revictimización de las comunidades y el territorio. Veredas como San Vicente y La Esperanza, de donde ella proviene, van a ser afectadas por la hidroeléctrica Cocorná I. “¿Para quién es el modelo de desarrollo del Oriente antioqueño?”, se preguntaba, “tras 21 años de lucha por nuestros desaparecidos y que ahora se tomen el río”.

En estos conversatorios las comunidades compartían sus problemáticas comunes pero también sus experiencias exitosas de resistencia. La movilización llevada a cabo en la vereda El Pajuí, de San Francisco, que logró que al proyecto Porvenir I le fuera negado la licencia, demostraba que sí es posible parar estos proyectos. En San Francisco, existen solicitudes de títulos para proyectos hidroeléctricos como el que tiene EPM sobre el río Santo Domingo, que impactaría las veredas Pailania y La Maravilla.<sup>63</sup>

En la vereda La Loma, corregimiento Alto de Sabanas del municipio de Sonsón, existen afectaciones por la construcción ilegal de una carretera para transportar material para la puesta en pie de la Pequeña Central Hidroeléctrica -PCH- Aures Bajo en el río Aures. Los pobladores locales manifiestan que no ha habido socialización del impacto de los megaproyectos, sólo se dieron cuenta de la existencia de este proyecto en mayo del 2017.

---

<sup>62</sup> Si bien es necesario establecer diferencias entre los proyectos extractivos y las áreas protegidas, por ahora mencionemos que se han venido generando tensiones entre las restricciones a los usos del suelo que se establecen en estas áreas y las prácticas productivas de las comunidades campesinas que las habitan. Los usos que suelen privilegiar estas figuras se enfocan en la protección ambiental y en ocasiones restringen el agrícola o pecuario así como la construcción de viviendas y equipamiento que las comunidades defienden. En contextos de “procesos de retorno”, si las familias no pueden desarrollar sus proyectos productivos, ni acceder a vivienda o a puestos de salud, por entrar en conflicto con los usos del suelo, se trunca el retorno en condiciones de dignidad.

En investigaciones como la de Irene Piedrahita y Carolina Peña (2015) puede verse las repercusiones y los conflictos socioambientales que involucra el establecimiento de áreas protegidas y la delimitación de figuras de conservación de los ecosistemas, para el caso específico del Complejo de Páramos de Sonsón. Las autoras también advierten que estos procesos de delimitación estatal integran el modelo de desarrollo extractivista, ya que para operarlo se requiere de una administración y una zonificación del espacio.

<sup>63</sup> Esta solicitud se encuentra en la resolución emitida por Cornare el 27 de octubre de 2015.

Para los pobladores locales, la empresa ha tratado de engañarlos con falacias como “que el proyecto va a traer desarrollo”. Las grandes afectaciones se presentarán sobre todo en las veredas Naranjal abajo, Naranjal arriba, Alto de Sabanas y La Habana. También denuncian que CORNARE ha ignorado el daño ambiental causado por la construcción ilegal de la carretera que une La Loma con Naranjal. Las principales afectaciones han sido causadas porque la compañía Aures Bajo ha arrojado material de construcción a los nacimientos de los ríos donde la comunidad toma el agua para sus cultivos y animales, así como por las inundaciones de las casas y de entables paneleros, los constantes derrumbes que afectan los cultivos y el desplazamiento de pobladores que han quedado con sus tierras dentro de los predios de la empresa, a los que esta firma no les quiere comprar sus títulos. Esta intervención ha afectado la economía de la vereda, que estaba basada fundamentalmente en la agricultura, principalmente de caña y panela, la ganadería y el trabajo en una mina de barro, con el que se construían las tejas de las primeras casas de Sonsón (DC 17/8/2017).

Las acciones tomadas por la comunidad han sido el cierre de la carretera, presionando la presencia de funcionarios e instituciones; la reunión con actores como Aures Bajo, el Concejo Territorial de Planeación -CTP-, la personería, la comunidad, entre otros; y el contacto con MOVETE. La administración casi nunca aparece a los ojos de los pobladores, sólo ha llegado la policía a derribar los cercos que se hacen en las movilizaciones y a abrir la vía. La construcción de la carretera y la hidroeléctrica da cuenta de un conflicto socioambiental en el que se enfrenta la forma en que la comunidad local valora el espacio con el que se relaciona y la forma en que el Estado y la empresa privada quieren apropiarlo para acumular capital. La comunidad local preguntaba en un conversatorio que tuvimos en una de sus casas: “¿Para qué la carretera?” Para ellas y ellos, Sonsón tiene su riqueza, su más grande potencial, en la ruralidad. Y lo privado ha venido copando esa riqueza con la ayuda del Estado. Una de las afectaciones que resaltaron fue la del patrimonio arqueológico saqueado por la empresa, ya que el territorio ha sido intervenido sin un Plan de Manejo Arqueológico (DC 17/8/2017).

En la vereda La Honda, jurisdicción del Carmen de Viboral, pero que mantiene relaciones de diversa índole con el municipio de La Unión, los pobladores cuentan que en el pasado la

población de su vereda era numerosa, vivían cerca de 30 familias y casi 40 niños asistían a la escuela veredal. Después del destierro que vivieron como consecuencia del conflicto armado, en 2017 apenas 2 niños iban a la escuela. “Antes eran los grupos armados, hoy es CORNARE el que no quiere que estemos acá”, denunciaba la población local, debido a que el conflicto socioambiental que se presenta en esta vereda está asociado a las figuras de protección ambiental que restringen las prácticas de manejo productivo de la biodiversidad de la población campesina. Para la comunidad, el desplazamiento ahora está asociado a la figura de Reserva Forestal, que implica la “imposibilidad de restablecernos, de retornar” (DC 18/8/2017). En el municipio de San Francisco, estas restricciones asociadas a las figuras de protección ambiental se presentan sobre todo en el corregimiento de Aquitania y las veredas aledañas, cuyas tierras son para el Estado comprendidas en mayor medida como “baldías”. Anteriores investigaciones, como la de Irene Piedrahita y Carolina Peña (2015), han estudiado los conflictos socioambientales asociados a los procesos de delimitación de figuras de conservación ambiental. Esta clase de conflictos se han profundizado tanto en el Oriente antioqueño, que CORNARE, la autoridad ambiental de la región, es percibida por los movimientos socioterritoriales como una entidad vinculada a los procesos de despojo y como facilitadora del modelo extractivista.

La ubicación de La Honda es estratégica porque allí se encuentran algunos de los nacimientos de los ríos que pretenden ser capturados para producir energía. La población local reconoce la importancia de esta ubicación y señalan la relación entre las figuras de protección ambiental que se les impone desde las autoridades ambientales y los megaproyectos hidroeléctricos que afectan otros lugares de la región: “Pretenden que cuidemos los bosques, cuidemos las aguas, para más abajo hacer proyectos hidroeléctricos”. Con la reserva pretenden “cuidar el agua y los bosques que van a usar en las hidroeléctricas”. “Nosotros tenemos el pulmón para ellos, para pagar lo que ellos van a contaminar con los megaproyectos” (DC18/8/2017). Desde esta perspectiva que tienen las comunidades, la zonificación del espacio en áreas de protección y áreas de producción energética, sería funcional al aprovechamiento del agua con fines hidroeléctricos y no tanto a su cuidado como bien fundamental para la vida de las especies de la región, entre ellas las comunidades

campesinas que la habitan.

Con respecto a los conflictos por las figuras de protección ambiental, actualmente hay 4 Reservas Forestales Protectoras en el Oriente antioqueño, en los ríos Melcocho y Santo Domingo. Para los movimientos locales, las áreas delimitadas como Reservas Forestales tendrían relación con las áreas destinadas para la construcción de hidroeléctricas. Además, como mencionamos anteriormente, las normas y reglamentaciones con respecto al uso del suelo en las Reservas no garantizan los derechos de las comunidades “retornadas” y “víctimas del conflicto armado”. Los usos del suelo que se establecen en estas áreas entran en conflicto con la construcción de viviendas, puestos de salud, escuelas, infraestructura vial, así como con las actividades agropecuarias; restricciones que obstaculizan el “proceso de retorno” con garantías y condiciones de dignidad.

Centrales hidroeléctricas, agroindustria, expansión urbana<sup>64</sup>, vial y aeroportuaria, figuras inconsultas de ordenamiento territorial; estos elementos que configuran el modelo de desarrollo que actualmente busca imponerse en el Oriente antioqueño generan conflictos socioambientales entre empresas privadas, Estado y movimientos y organizaciones locales articuladas en el Movete, las cuales buscan defender el espacio reivindicado como regional frente al despojo que actualmente cobra un nuevo rostro en una región que por el momento ha dejado atrás la confrontación armada.

Desde una visión desprevenida, pareciera paradójico integrar como parte de un mismo

---

<sup>64</sup> En el espacio definido como la zona del Altiplano se ha venido generando un proceso de gentrificación urbana en el que ha incrementado el costo del suelo y de la vida y la construcción de conjuntos residenciales asequibles sólo a familias adineradas que buscan escapar de la agitada vida urbana del área metropolitana del Valle de Aburrá y encuentran en sitios como Llano Grande (municipio de Rionegro) espacios donde construir sus condominios cerrados y exclusivos para su clase social, con acceso a centros comerciales, hoteles, restaurantes y otras infraestructuras indicadoras de prestigio social. Esta forma de crecimiento urbano es otra de las muestras del desarrollo geográfico desigual que ha caracterizado la configuración regional del Oriente antioqueño.

El Movete ha agrupado sobre todo a las comunidades campesinas y las organizaciones sociales que habitan los espacios perjudicados por este modelo de desarrollo.

modelo de desarrollo las centrales hidroeléctricas, los monocultivos agroindustriales y las figuras de ordenamiento que delimitan áreas protegidas y de reserva forestal, ya que mientras unos elementos generan impactos en los ecosistemas, otros pretenden conservarlos. Sin embargo, anteriores estudios sobre las desigualdades socioambientales contemporáneas como los de la antropóloga colombiana Astrid Ulloa (2014), han señalado la forma en que diferentes escenarios de creación, extracción, apropiación y globalización de las naturalezas -el de la biodiversidad-conservación, el del cambio climático, el de monocultivos y el minero-, son codependientes, se coproducen, se retroalimentan, se complementan, son simultáneos, se superponen y/o son secuenciales en el tiempo (Ulloa, 2014:144).

En escenarios de extracción y conservación en el marco del capitalismo, la naturaleza es convertida en una mercancía que circula por los circuitos mercantiles y financieros mundializados. En cuanto a la dimensión política, los Estados capitalistas necesitan hacer legibles los territorios que pretenden administrar para facilitar los procesos de producción, circulación, distribución, cambio y consumo. Esto lo logran por la vía de la zonificación y la delimitación de áreas que permitan la intervención de las fuentes de materia y energía.

### **4.3. Ríos y vida cotidiana: entender la movilización regional desde la experiencia campesina**

En un balneario del Dormilón conversé con Diana, una vigía de este río que me habló sobre la importancia de la soberanía alimentaria para “defender el territorio”. Cuando en tiempos de conflicto armado hacían cercos militares para no dejar pasar la comida, las familias que resistían, que no se desplazaban, eran las que tenían comida sembrada, caña, yuca, plátano. En San Luis y en el Oriente hay personas que se conocen como “los resistentes”, porque nunca se desplazaron, me contaba esta mujer. Comer de lo que siembra es ser autónoma, por eso ella ha buscado aprender de agroecología y enseñar a la gente de veredas aledañas al río Dormilón y la autopista Medellín-Bogotá, ya que muchas de estas familias que viven al borde de la autopista no cultivan y eso las hace dependientes de las

ventas de carretera (DC 12/8/2017).

“Los resistentes” cultivaban y así resistían el destierro que los grupos armados querían imponerles con sus armas y con el hambre que provocaban a través de los cercos de alimentos. Esta experiencia nos habla de una forma de resistencia cotidiana presente en la vida campesina, que la mayoría de las veces ni siquiera es nombrada así por sus protagonistas, sino que opera a través de prácticas<sup>65</sup> que involucran formas de producción del espacio social, como la agricultura, la pesca, la comida, el baño y el encuentro, las cuales conectan espacios como las fincas, las huertas, los cultivos, los *trabajaderos*, los trapiches, los corrales, las cocheras, los establos, los caminos, los ríos y sus *charcos*, que a través de sus relaciones configuran las “territorialidades campesinas”, que reconocemos en el habla cotidiana con el nombre de veredas. Este conjunto de relaciones -a su vez espaciales, ambientales, económicas, culturales y políticas- entre espacios, cuerpos, bienes comunes, materialidades y prácticas sociales rebasan con fuerza la connotación administrativa de la palabra vereda. Una vereda es mucho más que una porción de territorio delimitada y administrada por el Estado. Las veredas se conectan a través de los ríos y se articulan, con otras comunidades y organizaciones sociales del Oriente antioqueño, por la defensa de la vida que se organiza alrededor de las relaciones entre el agua y la tierra.

Ya que el agua es un elemento que hace posible la articulación de comunidades y organizaciones sociales en el Oriente antioqueño, es necesario que conozcamos con mayor detalle la relación entre ríos y comunidades campesinas, porque las exigencias y demandas que hace el Movete a nivel regional pueden entenderse y situarse a la luz de las experiencias concretas, la vida cotidiana y los lugares donde habitan las colectividades que integran este movimiento, siendo las campesinas el foco de nuestra investigación.

En el municipio de San Francisco, las comunidades campesinas se relacionan con los ríos a través de la agricultura que se hace en los *trabajaderos* -tierras ricas en nutrientes que aporta la materia orgánica que baja con la corriente del río-, así como de otras prácticas

---

<sup>65</sup> En el capítulo 3 presentamos un repertorio de estas prácticas con las cuales se reconstruye una vida y un lugar en común.

productivas como la pesca y la minería. A través de la pesca, los campesinos han adquirido conocimientos de los peces de la región, como la mueluda, el pataló (*Ichthyoelephas longirostris*) y el bocachico (*Prochilodus magdalenae*). Estos peces han sido afectados por la pólvora y la dinamita que se usaba para la minería y la pesca en los ríos. Los campesinos recuerdan que “la gente del monte” -forma de referirse a la guerrilla- en los años 1980 y 1990 controlaban los ríos y en sus reglamentos prohibían la pólvora y la dinamita para hacer minería y pesca, al igual que impedían la construcción de hidroeléctricas (Taller historia de nuestra vereda 30/10/2017). La minería se hace en ríos como Santo Domingo y río Verde, algunas veces con batea y otras con draga. En ocasiones a los mineros les va bien encontrando oro, pero casi todo el dinero se les va pagando las deudas que adquieren para comer los 15 días que se van a miniar -forma en que se llama a estar sacando oro de los ríos-.

De los ríos se toma agua para refrescarse en medio de las caminatas habituales hacia las veredas y para realizar las labores domésticas. En la historia de conformación de las veredas, de los ríos se sacaron, y aún se sacan, materiales como gravilla y arena para la construcción de las escuelas, los salones comunales y las casas.

Fundamentales son también las actividades de encuentro e integración que se hacen en los ríos -tanto de los integrantes de familias de una misma vereda que ahora trabajan en otros lugares, como de las familias de veredas distintas- como son los “paseos de olla” donde se baña, se cocina y se come, o la sencilla “tirada de charco”. Los ríos, al ser muchas veces “límites” administrativos entre veredas o municipios, antes que limitar, juntan a las poblaciones de estos lugares a través de estas actividades. Un “paseo de olla” o una “tirada de charco” son más o menos como lo que describimos a continuación.

Cuando llegamos a La Maravilla atravesamos un camino que nos llevó a cruzar algunos arroyos y a caminar por tramos del bosque hasta llegar a los charcos de Santa Ana. Un arroyo formaba remolinos en las rocas y las corrientes reposaban tranquilas esperando a los bañistas, con una profundidad máxima de dos metros. En ese descanso del arroyo, libre de la turbulencia de sus rápidos y cascadas, niños y jóvenes se bañaban cuando llegamos. Al

cruzarlo, en una manga, dos mujeres cocinaban en una olla en leña y dos hombres adultos las ayudaban. El aroma y el humo llegaban hasta nosotros. Nos sumergimos en el agua, fría y refrescante. Yo nadaba desde la orilla hasta la cascadita donde terminaba el charco. El agua era cristalina y al uno sumergirse boca abajo, con los ojos abiertos, podía ver el reflejo de las piedras formado por los rayos de sol, estallando las profundidades de colores (DC 15/4/2017).

Los niños salieron para sentarse a comer en la manga. Sentados, comían y reían, divisando el arroyo. Nosotros estábamos sentados sobre unas piedras, tomando el sol y contemplando el paisaje, cuando una muchacha nos trajo un recipiente de plástico lleno de comida, con arroz, yuca, lechuga, tomate y tres pescados fritos. Otros jóvenes nos trajeron jugo de borjój. Con platos y vasos en la mano, cruzamos el arroyo con los pies descalzos sobre las piedras, sintiendo un poco de dolor en la piel de las plantas. Nos sentamos en la manga con la gente de la vereda. Eran dos mujeres y dos hombres adultos acompañados por cerca de catorce niños y jóvenes. Los niños nos dieron churima, un fruto que viene en vainas verdes que se abren para extraer sus semillas, que están recubiertas de una textura suave y blanda, de sabor dulce y color blanco. Al interior de esa pulpa está una semilla café, verdosa y brillante. Un rato después de almorzar, las mujeres adultas también se bañaron y luego todas se fueron, porque esa misma tarde unas personas de su grupo viajaban para Bogotá y debían hacer los preparativos (DC 15/4/2017).

Prácticas de trabajo como la agricultura, la pesca y en ocasiones la minería; el aprovechamiento de materiales para la construcción; la apropiación del agua para los trabajos y cuidados domésticos, así como para animales y cultivos; las actividades de encuentro comunitario; el disfrute del paisaje y el sonido del agua; este conjunto de relaciones entre ríos y comunidades campesinas son afectadas en el momento en el que son construidas las centrales hidroeléctricas en cualquier punto de los ríos, dado que generan consecuencias sobre los peces, los nutrientes que bajan con las corrientes de agua para fertilizar la tierra, entre otras. En el punto en que es construida la infraestructura de la central, a la población le es vedada el ingreso al río donde antes se integraban este conjunto de prácticas socioespaciales.

Actualmente se viene incorporando la defensa del territorio y el agua como parte de las luchas de las comunidades campesinas, las que, más allá de la resistencia frente al modelo de desarrollo que trata de imponerse en el Oriente antioqueño, generan alternativas de economía propia para permanecer en sus tierras, tales como las Ferias Campesinas donde comercializan sus productos agrícolas y los transforman en alimentos con la sazón de las mujeres campesinas, que disfrutan la gente de pueblos como San Francisco y sus visitantes. Estas mujeres tienen un importante protagonismo en el desarrollo de las Ferias Campesinas, así como en otras iniciativas de comercialización que en el momento se están implementando como la Cooperativa de Productores de la Asociación Campesina de Antioquia COPROACA. La cooperativa distribuye parte de sus productos en la ciudad de Medellín en una tienda sostenida por el movimiento social donde se venden productos agrícolas y transformados de cooperativas y asociaciones campesinas de distintas regiones del Colombia, así como otros elaborados por estudiantes y organizaciones sociales de la ciudad.

El protagonismo de las mujeres en la Feria y la Cooperativa puede verse también en muchas otras actividades donde se desenvuelve la vida cotidiana del movimiento campesino. El trabajo de cuidado que ellas realizan sostiene una vida en común que se teje a partir de diferentes espacios como la casa, la finca, la vereda, los ríos, los espacios organizativos y otros espacios que se producen en relación con las luchas sociales: los convites, las escuelas de formación, las asambleas, los paros, las marchas, entre otros.

## Conclusiones

La historia del Oriente antioqueño es la historia de sus ríos. Podemos entender algunas de sus corrientes a partir de 1970, cuando se produce una reconfiguración de la región por una inserción dinámica a la economía capitalista, impulsada por un modelo de desarrollo basado en la producción de hidroenergía, infraestructura vial y aeroportuaria, expansión fabril y urbanística, agroindustria, entre otros elementos. Los Movimientos

Cívicos que surgieron en respuesta a estas transformaciones socioespaciales, las cuales se hicieron a través de imposiciones y atropellos de la población local, sin representar bienestar para ella, fueron fuertemente reprimidos y exterminados. La tramitación de estos conflictos sociales por la vía de la violencia provocó más violencia y dichos conflictos adquirieron una fuerte dimensión armada. Así corrieron vientos de guerra en la región por más de 20 años, hasta que se produjo una pacificación a sangre y fuego con la política de tierra arrasada del expresidente Álvaro Uribe en los umbrales del nuevo milenio. Con esto se vaciaron los espacios de los obstáculos que se le presentaban al modelo de desarrollo, que eran principalmente los movimientos armados y las comunidades campesinas.

Cuando las comunidades campesinas quieren recuperar los caminos para volver a sus tierras y reconstruir allí la vida y los lugares que tanto extrañaban, se encuentran con que los conflictos históricos de la región se profundizan cada día más: los proyectos hidroeléctricos por fin pueden reactivarse, no llega el bienestar para la región que prometía el “desarrollo” del que hablaban las empresas y el gobierno y hay nuevas amenazas de volver a ser desterrados por el represamiento de los ríos, la expansión de la agroindustria, figuras de ordenamiento que excluyen sus formas de vida y el mantenimiento de las condiciones de empobrecimiento y desigualdad, entre otras problemáticas. Frente a estas nuevas formas de despojo y revictimización, las comunidades y organizaciones han generado nuevas articulaciones para defender el territorio, disputar el modelo de desarrollo y construir alternativas de vida digna en el Oriente antioqueño.

Alrededor de los ríos que conectan la región se generan las articulaciones entre las diferentes comunidades, colectividades y organizaciones sociales. Si bien el Movete se reivindica como Movimiento Social con una serie de reivindicaciones, demandas frente al Estado y acciones colectivas a nivel regional que lo caracterizan, también es importante reconocer formas de vida y territorialidades que antes que denominarse como movimientos sociales constituyen comunidades en movimiento (Zibechi, 2017:14). Las colectividades conformadas por campesinas y campesinos tratan de construir alternativas de vida que producen territorios particulares, los cuales se disputan y entremezclan con las

territorialidades del Estado, el colonialismo interno, el capitalismo y el patriarcado. Un repertorio de prácticas sociales y de trabajo, así como de relaciones entre diferentes cuerpos, espacios, materialidades, bienes comunes y organizaciones sociales y políticas configuran las “territorialidades campesinas”.

Es importante recordar en este punto la noción de *vividero*, con la que las mujeres nombran el espacio hecho a partir de las relaciones entre vecinos, la solidaridad, la ayuda, los espacios de encuentro y el trabajo comunitario (DC 25/3/2017), concepción que enriquece y profundiza el sentido político de un concepto como el de “territorialidad campesina”.



Imagen 26



A

B

D

C

Rio Samaná

E

G

F

I

J

K

L

M

N

O

## CONCLUSIONES

En este trabajo hemos aprendido la importancia de hacer investigación a pie, mano a mano y artesanalmente, para profundizar nuestro conocimiento sobre una experiencia humana en relación con la Tierra que actualmente cobra vigencia en el mundo y particularmente en Colombia, país que con más de 7 millones de personas desarraigadas encabeza las cifras internacionales del desplazamiento forzado.

Sentir la transformación de la infraestructura de la región de origen y la agitación de los ritmos de la vida cotidiana, ver cómo se producen grandes riquezas con los bienes naturales a la par que abunda el hambre, la miseria y la falta de acceso a los derechos fundamentales en las veredas, padecer el exterminio de los movimientos que se opusieron a estas desigualdades, sufrir las crueldades del conflicto armado hasta el punto de ser desterrados por los enfrentamientos armados y las amenazas, que se combinan con la violencia física y psicológica al interior de las familias y las políticas asistencialistas que minaron la autonomía que alguna vez tuvieron las comunidades, complejizando así la experiencia del desarraigo. Descubrir, atónitos, que aún después de volver y tratar de reconstruir una vida y unos lugares en común luego de ser desarraigados, a partir del trabajo y el cuidado, sigue la amenaza del despojo por la nueva arremetida de los megaproyectos y los ordenamientos estatales que, al sentir de muchas comunidades locales, afectan sus formas de vivir.

No rendirse y luchar, organizar iniciativas de producción de alimentos para el autoconsumo y la comercialización, cooperativas, movimientos que defienden los ríos y la “permanencia en el territorio”, oponerse al modelo de desarrollo y proponer alternativas de vida que superen las inequidades económicas, el despojo de las tierras y los cuerpos y la violencia y la opresión de las mujeres que se generan aún dentro de los mismos movimientos sociales y campesinos.

## CONCLUSIONES

Esta experiencia, compartida por muchas personas del campo colombiano y en particular del Oriente antioqueño y San Francisco, sería inabarcable en una sola investigación si no se recurriera a enfoques teóricos y metodológicos como la etnografía del espacio y el lugar, que nos permite, a partir del trabajo con sujetos de carne y hueso, entender cómo se entretrejen múltiples formas de dominación para dar molde a sus trayectorias vitales en relación con espacios y tiempos particulares. Estas formas son la opresión estructural de comunidades campesinas empobrecidas y segregadas espacialmente por un desarrollo geográfico desigual, y los modos violentos de acumulación de capital a partir de los que éste opera y se expande por la Tierra y los cuerpos en busca de fuentes de materia y energía, así como la violencia contra las mujeres y el refuerzo del mandato de la masculinidad, que combina la potencia sexual, bélica, económica, política, moral e intelectual que sustenta el patriarcado, el colonialismo, el capitalismo y la guerra que oprime tanto a hombres como a mujeres de los pueblos del mundo (Segato, 2016).

El desarraigo condensa ese entramado de violencias y opresiones y para entenderlo en su complejidad es necesario poner en diálogo corrientes teóricas que con recurrencia han sido trabajadas de modo separado para entender los procesos socioespaciales, como la geografía crítica y el feminismo. Las relaciones de explotación y desigualdad entre clases sociales, entre grupos humanos con diferentes historias, identidades y prácticas compartidas, entre regiones y lugares que se dividen entre cercanos “polos de desarrollo” y lejanas “reservas de materias primas” y entre cuerpos a los que se le han adscrito histórica y culturalmente identidades de género, agrupándose unos en la cofradía masculina hegemónica que oprime a las demás formas de experimentar la sexualidad; estas iniquidades y opresiones le dan molde a la vida de los sujetos y para captar su complejidad y sus relaciones es necesario armarnos de instrumentos teóricos diversos pero complementarios, que sean brújulas que orienten el trabajo de campo etnográfico, en donde en lo concreto vemos y experimentamos la condensación de variables que los análisis abstractos tienden a fragmentar.

Por medio del contar historias, trama narrativa subterránea que ha dado sustento empírico y suelo firme a este trabajo, podemos ver otros matices del desarraigo que

normalmente son opacados por las cifras del desplazamiento forzado y las noticias sobre la guerra.

Tras hacer una pausa en el trabajo de campo y concentrar la atención por algunos meses en la redacción del presente texto, me encontraba tomando unas cervezas en una licorera del municipio de Itagüí con unos amigos. Hacía calor y el hombre que atendía el establecimiento nos ponía salsa a buen volumen, gracias al significativo número de birras que habíamos comprado y pasado heladas por nuestras gargantas al ritmo de la música caribeña y alguna que otra canción de rock. Sorpresivamente, una mujer me abordó por la espalda. Era doña Manuela, una señora de San Francisco que había participado activamente en los grupos de tejedoras que organizaba la ACA y con la que habíamos compartido momentos significativos del trabajo de campo. Nos abrazamos, alegres por el inesperado encuentro. Recordamos el tiempo compartido en San Francisco y ella me dijo que ahora estaba viviendo en Medellín. Luego se fue a otra mesa con unos señores. Al rato me llamó y me ofreció aguardiente. Entre copas le pregunté la razón de su venida a la ciudad y ella me dijo que había tenido problemas con el esposo, luego se puso sincera y me contó que él la había violentado y que ella no aguantó más. Como había llegado a San Francisco siguiéndolo a él, por eso volvía a Medellín.

La violencia que la había traído a la ciudad fue ejercida por el hombre con quien vivía. El mandato de masculinidad, en el que los hombres refuerzan su poderío económico, político, militar, moral, intelectual y sexual a través de la guerra y la violencia, tuvo lugar en su cuerpo y la desarraigó de San Pacho, de los grupos de tejedoras, de los trabajos con la ACA y el movimiento campesino. Tras eso no ha vuelto a tejer su vivero... Muchas de estas historias, que no son tan visibles y espectaculares, nos hablan de la complejidad del desarraigo y de la integralidad de la violencia a partir de casos que pasamos desapercibidos en algunos análisis más estructurales y en nuestra misma vida cotidiana. Pero basta prestarles atención e importancia para verlos en toda su magnitud.

En términos metodológicos, sigue siendo un reto asir la forma en que se entretienen

## CONCLUSIONES

las violencias, así como las formas cotidianas de la resistencia. Se necesita mejorar en el diseño y la puesta en práctica de instrumentos para la construcción de conocimiento donde participen con mayor protagonismo diferentes tipos de sujetos oprimidos, como mujeres, jóvenes, niños, debido a que en muchas ocasiones las situaciones de privilegio de los hombres tienden a realzar sus voces y a silenciar las de sus compañeras.

Otro desafío es profundizar en la relación entre segregaciones socioespaciales y desigualdades de género, ya que en este trabajo alcanzamos a entrever algunos procesos de feminización de espacios y trabajos rurales alrededor del cuidado, así como de asignación de connotaciones masculinas a los trabajos remunerados y los espacios de representación política. En futuras investigaciones podría ahondarse en esta relación y cómo en los procesos de desarraigo y volver se reconfiguran estos órdenes de género, que afectan y son afectados por órdenes socioespaciales.

No sólo hemos aprendido del desarraigo, también hemos conocido historias de aguante, de berraquera y de lucha, que han tenido campesinas y campesinos para volver a sus tierras abriendo trocha o para reubicarse en lugares desconocidos después de haber sufrido el desarraigo. Los caminos de vuelta son intrincados y se han recuperado a partir del sudor del trabajo que se necesita para mantener y cuidar las condiciones que hacen posible habitar un lugar y vivir juntos.

Estos caminos son difíciles, al volver se han profundizado distancias que heredan viejas jerarquías coloniales en las que se hace imposible la vida en los parajes “lejanos”, “inhóspitos”, “abandonados” y en últimas “salvajes”, que hoy, después de haber sido blanco de colonizaciones, operaciones militares y proyectos asistencialistas, buscan re-colonizarse a través del llamado “desarrollo” y sus megaproyectos hidroenergéticos y extractivos. Las soledades de estos lugares contrastan con el amontonamiento de las casas en caseríos alrededor del casco urbano, forma de habitar que obliga cambios en la economía familiar, las prácticas cotidianas, la relación con la tierra y los animales. Una de las consecuencias directas de estos cambios es la masificación de la migración para acceder al trabajo asalariado o al

jornal en grandes ciudades o regiones vecinas como el Magdalena Medio, al carecer de tierras suficientes para trabajar en la finca. Esta migración profundiza distancias al interior de las familias, las cuales tratan de recortarlas a través del establecimiento de redes de intercambio que ayudan a constituir eso que recientemente ha venido siendo llamado el sistema migratorio entre las regiones de Antioquia y áreas metropolitanas como la del Valle de Aburrá, otras ciudades principales, así como otras regiones del país (Blanco, 2017).

La forma de experimentar los lugares cambia cuando se llega a ellos después de haber sufrido el desarraigo. Muchas tierras están agotadas por haber sido fumigadas con glifosato o por no haber estado destinadas al habitar humano sino a la ganadería y a las constantes pisadas de las vacas. Muchos cuerpos se sienten agotados por el paso del tiempo. Y ya no hay tantos vecinos como antes del destierro, porque muchas familias se fueron y no volvieron, lo que hace difícil retomar los convites, las juntas y las mingas por la falta de manos de gente joven y con energías. Estas energías ahora se las gastan las muchachas y los muchachos atendiendo tiendas en grandes ciudades o rebuscando poder trabajar y estudiar para “salir adelante”, en un contexto en el que viven privados de derechos fundamentales como el de una vivienda digna, salud, educación, acceso a servicios públicos, apoyo a la economía campesina, entre otros. Con tierras y cuerpos agotados no se puede trabajar bien y menos sin contar con un buen músculo comunitario.

Conversando en medio de la cena que hizo la ACA para despedir el año 2017, el presidente de esta asociación dijo que alrededor del casco urbano de San Francisco, donde se ubicó gran parte de la población desterrada que antes vivía en lugares más retirados, la tierra está agotada. La tierra fértil está para el corregimiento de Aquitania (DC 21/12/2017), para “lo lejos”. ¿Cuántas posibilidades no abriría volver y recuperar esas tierras, que hacían parte de la ruta del camino “real” recorrida por los caminantes protagonistas del documental “Por las huellas de los abuelos”? ¿Podríamos sacudirnos la nostalgia y recuperarlas?

La gente no se rinde y está reconstruyendo una vida y unos lugares en común. Para hacerlo necesitan recrear formas solidarias de trabajo y prácticas para juntar la comunidad,

## CONCLUSIONES

sin olvidar que las condiciones han cambiado y que la misma gente, con su lucha y su trabajo, está transformando día a día esas condiciones para hacerlas más favorables a la minga, al convite, al festival y a nuevas apuestas como la economía campesina, “la permanencia y la defensa del territorio”. Volver es un proceso inacabado que cada día se moviliza a partir del trabajo con el que se recupera, se mantiene, se cuida y se mejora un mundo común habitable. Comienza por la recuperación de los caminos, pero sigue por los *trabajaderos*, las huertas, las fincas, los salones comunales, las organizaciones comunitarias, las JAC, las cooperativas y así se va yendo hasta tejer todo el *vividero*, llegando a un mejor punto del que las comunidades campesinas estaban cuando tuvieron que salir. Por eso no se puede pretender volver a lo mismo y quizá sea preciso no sólo volver sino mirar hacia adelante, levantar la cabeza frente a los nuevos retos y conflictos y avanzar hacia la vida digna. Y para frentiar los nuevos retos las comunidades campesinas no están solas, los ríos en los que pescan, se bañan y comen las conectan con otras colectividades y organizaciones que se juntan para defender al Oriente antioqueño, espacio que reivindican desde los movimientos populares frente al modelo de desarrollo extractivista que busca imponerse en su región.

Actores sociales como el Movete constituyen un proyecto socio-político que define, disputa y se moviliza alrededor de un espacio que es foco de sus objetivos y estrategias (González, 2005). Así se recrea al Oriente antioqueño como escala de movilización que los movimientos socioterritoriales disputan con el bloque hegemónico, constituido por actores económicos y políticos que buscan establecer su pauta particular de organización socioespacial, la cual se concreta en un modelo de desarrollo regional. Estos movimientos se han caracterizado por producir historias que justifican, enmarcan y dan coherencia a la emergencia de la escala regional como un ámbito de movilización política en el Oriente antioqueño, al menos desde los años 1970 (González, 2005). En términos teóricos, es pertinente continuar desarrollando una lectura desde la política de escalas que evidencie la forma en que la *región*, el *territorio* y el *lugar* redefinen sus límites, sus distancias y cercanías y sus conexiones con otros nodos del espacio económico mundializado, así como con redes de movimientos sociales de dimensión internacional; procesos socioespaciales que condicionan la práctica social y la vida cotidiana de las comunidades campesinas.

La etnografía puede ser un enfoque, un método y una narrativa pertinente para el estudio del espacio y el lugar. Tradicionalmente, el trabajo de campo etnográfico se ha circunscrito al ámbito local. Puede continuar haciéndolo, pero para estar a tono con los tiempos y tener algo que aportar para entender el mundo contemporáneo debe comprender al lugar tal como se presenta en las condiciones actuales: como un nodo abierto de relaciones, una articulación, un entramado de flujos, influencias e intercambios (Massey, 2004). Es en el lugar donde se arraigan y se concretan la totalidad de relaciones y vínculos que constituyen el espacio mundializado por las relaciones capitalistas y por los procesos coloniales. Para el avance de los procesos de reconstrucción de los lugares y de una vida en común desde las comunidades campesinas, así como de sus luchas políticas por la soberanía campesina y la “permanencia y defensa del territorio”, es necesario hacernos conscientes de las relaciones geográficas a través de las cuales los lugares se mantienen y desarrollan su forma particular de existencia (Massey, 2004).

El mayor reto que queda ahora es cerrar un ciclo de esta investigación a partir de una retroalimentación con las comunidades, con las mujeres y los hombres que participaron de este trabajo, a partir de procesos educativos que permitan cuestionar los resultados a los que llegamos y generar mayores aprendizajes para potenciar las luchas campesinas actuales. Este escrito puede ser entonces un esfuerzo por fijar textualmente lo aprendido, que debe cobrar vida en una puesta en común con campesinas y campesinos, que nos ayude a mirar la vida con nuevos ojos y transformarla.

## BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (2005). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

Agamben, Giorgio (2010). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-textos.

Agnew, John (2008). “Spatiality and territoriality in contemporary social science”. En: Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (coords.), *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: La Carreta Editores (pp.15-31).

Albet, Abel (1993). “La nueva geografía regional o la construcción social de la región”. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense* N. 13, 11-29

Aramburo, Clara; Carmona, Sergio; González, Josefina y Lucelly Villegas (1990). *San Francisco*. Medellín: INER/CORNARE.

Arango, Luz Gabriela y Molinier, Pascale (Comps) (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.

Arango, Manuela (2017). “Crítica de la razón del conflicto armado en Colombia: una entrevista a Forrest Hylton a partir del lanzamiento del libro “La horrible noche””. *Ainkaa, Revista de Estudiantes de Ciencia Política Edición 2*. Recuperado de: [https://cienciashumanasyeconomicas.medellin.unal.edu.co/Boletin-2018-01/5-Critica\\_de\\_la\\_razon\\_del\\_conflicto.pdf](https://cienciashumanasyeconomicas.medellin.unal.edu.co/Boletin-2018-01/5-Critica_de_la_razon_del_conflicto.pdf) (25 de enero de 2018).

Arias, Beatriz Elena (2013). *Violencia, resistencia, subjetividad: destejer y tejer la salud mental*. Estudio de caso municipio de San Francisco, Oriente antioqueño, Colombia 2011-2012. Medellín: Tesis doctoral en Salud Mental Comunitaria, Universidad Nacional de Lanús.

Asociación Campesina de Antioquia. (2009). *Hacia la Recuperación y Apropiación de la Tierra y el Territorio Vía Autogestión Comunitaria*. Medellín: ACA/Misereor.

Blanco, Darío (editor) (2017). *Migrantes de ida y vuelta. El sistema migratorio entre las regiones de Antioquia y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá*. Medellín: Editorial

Universidad de Antioquia.

Botero, Sofía (2005). *Caminos ásperos y fragosos para los caballos: apuntes para la historia de los caminos en Antioquia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Botero, Sofía (2007). “Redescubriendo los caminos antiguos desde Colombia”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*. 36 (3): (pp. 343-352).

Cámara de Comercio del Oriente antioqueño (2014). Diagnóstico de competitividad del Oriente antioqueño. Rionegro: Cámara de Comercio del Oriente antioqueño.

Cardona, Jacobo (2015). *Historia natural de los objetos insignificantes*. Medellín: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia.

Certeau, Michel de (2000) *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer Volumen 1*. Ciudad de México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/ Universidad Iberoamericana.

CINEP (2011). *Deuda con la humanidad II. 23 años de falsos positivos (1988-2011)*, CINEP-PPP. Bogotá: Códice.

Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Quito: Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, Red Latinoamericana de Mujeres defensoras de Derechos Sociales y Ambientales e Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo/CLACSO.

Coordinación Colombia-Europa-Estados Unidos (2007). Ejecuciones extrajudiciales: el caso del Oriente Antioqueño. Bogotá, s.f.

Cortés Severino, Catalina (2009). “Recolecciones sonoras y visuales de escenarios de memorias de la violencia”. *Antípoda*. Núm.9 Julio-Diciembre.

Dammame, Aurélie (2011). “El care en las familias: perspectiva temporal versus radiografía”. En: Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier (Comps), *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia (pp.157-167).

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1993) *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.

Di Cione, Vicente (2004) “¿Acumulación por ‘desposesión’ o/y ‘despojo’? ¿Una cuestión puramente terminológica?”, en *GeoBaires* actualización del 06/05/2004 recuperado

de: [www.geobaires.geoamerica.org/vdc/ap\\_geosociales/ap\\_desposesion\\_despojo.htm](http://www.geobaires.geoamerica.org/vdc/ap_geosociales/ap_desposesion_despojo.htm) (15 de febrero de 2017).

Elden, Stuart (2010). Land, terrain, territory. *Progress in Human Geography*. 34(6) (pp.799–817).

Escobar, Arturo (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones Universidad Autónoma Latinoamericana.

Estrada, Jairo (2012). “Configuraciones del capitalismo colombiano en la primera década del siglo XXI”. En: *VII Seminario Internacional Marx Vive. América Latina en disputa. Reconfiguraciones del capitalismo y proyectos alternativos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (pp. 501-528).

Fajardo, Darío (2014). “Colombia: agricultura y capitalismo”. En: Almeyra, Guillermo; Concheiro, Luciano; Mendes João Márcio; Porto-Gonçalves, Carlos Walter (coord.). *Capitalismo: tierra y poder en América Latina (1982-2012)*. Buenos Aires/México D.F: UAM/CLACSO/Ediciones Continente (pp.65-123).

Fals Borda, Orlando (1986). *Conocimiento y poder popular. Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Bogotá: Siglo XXI Editores y Punta de Lanza.

Fals Borda, Orlando (2002 [1979]). *Historia doble de la Costa 1. Mompox y Loba*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Banco de la República/El Áncora.

Favret-Saada, Jean (2013 [1990]). “Ser afectado”. *Avá. Revista de Antropología*, núm. 23, (pp. 49-67).

Febvre, Lucien (1997). “Frontera: la palabra y la noción”, *Sociología* (Medellín) No. 20-41.

Fernandes, Bernardo Mancano (2005). “Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais”. *Observatorio Social de América Latina*, Año VI, N.16 enero-abril, (pp.273-284).

Fernandes, Bernardo Mancano (2013). Territorios: teoría y disputas por el desarrollo rural. *Novedades en publicación*, N. 17, enero-junio (pp.116-133).

Garay, Luis Jorge (2016). La Restitución de Tierras y el Retorno. Primera Encuesta Nacional sobre la intención de retorno de la población víctima de despojo o abandono forzado

de tierras - 2015. Codhes.

García, Andrés (2012). *Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín*, Colombia. Medellín: La Carreta.

García, Clara Inés (2007). “Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz”. *Controversia* no. 189. (Diciembre). Bogotá: IPC, FNC, CINEP, CR, ENS (pp.129-145).

García, Clara Inés (2009). “Nuevo enfoque para el análisis regional. Elementos para la discusión”. En: Clara Inés García y Clara Inés Aramburo (editoras), *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, INER, Universidad de Antioquia.

García, Clara Inés y Aramburo, Clara Inés (2011). *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños 1990-2008*. Bogotá/Medellín: Cinep-Odecofi/INER.

Giraldo, Carlos Augusto (2008). “Los confines del proyecto cultural paisa”. En: Carlo Emilio Piazzini y Vladimir Montoya (editores), *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: La Carreta. (pp. 51-71).

González Casanova, Pablo (2006). “Colonialismo interno”. En: Atilio Boron, Javier Amadeo y Sabrina González (compiladores). *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO (pp.409-435).

González, Fernán, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez (2002). “Una mirada histórica del desarrollo político de Colombia como trasfondo de la violencia”. En: *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep (pp. 259-280).

González, Sara (2005) “La geografía escalar del capitalismo actual”. *Scripta Nova REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA Y CIENCIAS SOCIALES* Universidad de Barcelona Volumen IX, número 189.

Gregory, Derek y otros autores (2009). *The dictionary of Human Geography*. S.F:Wiley-Blackwell.

Grisales, Marisol (2012). *El espacio roto: entre la violencia y el retorno*. Bogotá:

Universidad de los Andes. Tesis de la maestría en Historia.

Guber, Rosana (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma.

Gutiérrez, Raquel (2012). Pistas reflexivas para orientarnos en una turbulenta época de peligro. En R. e. Gutierrez, *Palabras para tejernos, resistir y transformar en la época que estamos viviendo*. Oaxaca: Pez en el árbol. (pp. 9-35).

Haesbaert, Rogério (2011). *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI

Haraway, Donna (1991). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial, En: Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra (pp. 313-346).

Harvey, David (2007). "Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual". En: *GeoBaireS. Cuadernos de Geografía*.

Harvey, David. (2004). El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist Register*, (pp. 99-129).

Ingold, Tim (2015). "Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía", *Etnografías Contemporáneas* 2 (2), (pp.218-230).

Jiménez, Carolina (2012a). "El capitalismo contemporáneo y su nueva forma espacial. Una lectura aproximativa al caso latinoamericano". En: *VII Seminario Internacional Marx Vive. América Latina en disputa. Reconfiguraciones del capitalismo y proyectos alternativos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (pp. 473-500).

Jiménez, Carolina (2012b). "El territorio latinoamericano como fuerza productiva estratégica. Una aproximación crítica a los procesos de redefinición capitalista del espacio". En: Jairo Estrada (coord.). *La crisis capitalista mundial y América Latina: lecturas de economía política*. Buenos Aires: CLACSO (pp.265-279).

Koselleck, Reinhart (2000/2001) *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona: Paidós.

Koselleck, Reinhart. (1993 [1979]). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.

Lacoste, Yves (1977). *La geografía: un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.

Leff, Enrique. (2003). “La ecología política en América Latina: un campo en construcción”. *Sociedade e Estado*, Vol. 18, Núm 1/2 (pp.17-40).

Leff, Enrique. (2005). “La Geopolítica de la Biodiversidad y el Desarrollo Sustentable: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza”. *Seminário Internacional REG GEN: Alternativas Globalização* (pp. 1-18). Rio de Janeiro, Brasil: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Lopera, Pedro (2016). “Crónicas del Nus”. *Revista Símbolo y Esperanza*, Año I, Núm.1 (pp.15-19).

Low, Setha (2017). *Spatializing Culture. The ethnography of space and place*. Londres y Nueva York: Routledge.

Massey, Doreen (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press.

Massey, Doreen (2004). “Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización”. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57 (pp. 77-84)

Massey, Doreen (2007). “Geometrías del poder y la conceptualización del espacio”. Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela, Caracas.

McDowell, Linda (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Valencia: Cátedra.

Molinier, Pascale (2011). “Antes que todo, el cuidado es un trabajo”. En: Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier (Compiladoras), *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia (pp.45-64).

Montañéz, Gustavo (2001). Razón y pasión del espacio y el territorio. En R. d. Territorio, Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (pp. 15-32).

Montoya, Vladimir, García, Andrés, & Ospina, César (2014). “Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos”. *Nómadas*, núm. 40 (pp.190-205).

Movete y Redher (inédito, 2017). Documento de trabajo metodológico. S.F.

## BIBLIOGRAFÍA

Nelson, Lise (2016). “La geografía feminista anglosajona: reflexiones hacia una geografía global”. En: Ibarra, María y Escamilla-Herrera, Irma (coords.). *Geografías feministas de diversas latitudes. Orígenes, desarrollo y temáticas contemporáneas*. México DF: UNAM (pp.21-55).

Olaya, Carlos (2012). *Nunca más contra nadie. Ciclos de violencia en la historia de San Carlos, un pueblo devastado por la guerra*. S.F: Cuervo editores.

Oslender, Ulrich (2002). “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia". *Scripta Nova*, s.f.

Paperman, Patricia (2011). “La perspectiva del care: de la ética a lo político”. En: Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier (Comps), *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Social y Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia (pp.25-44).

Pardo, José Luis (1992). *Las formas de la exterioridad*. Barcelona: Pre-Textos.

Piazzini Suárez, Carlo Emilio (2015). “Sobre espacios, conocimiento y poder: para las geografías del conocimiento”. En: *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Homenaje a Hernán Henao Delgado*, Medellín: Universidad de Antioquia (pp.42-61).

Piedrahita, Irene y Carolina Peña (2015). “Disputas y conflictos en torno a la delimitación de los complejos de páramos en Colombia. El caso del complejo de páramos Sonsón de los departamentos de Antioquia y Caldas”. *Revista Ágora. USB*. Vol. 16, Núm. 1. Medellín (pp.257-275).

PNUD y Ministerio del Trabajo de Colombia (2013). *Perfil Productivo municipio de San Francisco*. Bogotá: PNUD y MinTrabajo.

Prodepaz y Strata (2002). *Proyecto Bitácora: hacia una incorporación de la mirada histórica al ejercicio de la planeación regional*.

Prodepaz (2012). *Del Movimiento Cívico del Oriente al Proceso Estratégico Regional -PER-. Reseña Histórica de las Experiencias de Articulación en el Oriente Antioqueño (1970 – 2012)*. SF: Unión Europea, Departamento de Prosperidad Social de la república de Colombia, y Prodepaz.

Reclus, Élisée (2001 [1869]). *El arroyo*. Valencia: Media Vaca.

Santos, Milton (2000) *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*.

Barcelona: Editorial Ariel S.A.

Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México D.F: Ediciones Era.

Segato, Rita (2006). “En busca de un léxico para teorizar la experiencia territorial contemporánea”. *Politika. Revista de Ciencias Sociales* nº 2 / Diciembre.

Segato, Rita (2014). “Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres”. *Revista Sociedade e Estado*, Vol. 29, Núm. 2. (pp. 341-371).

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Sennett, Richard (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.

Serje, Margarita (2005) *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá: Universidad de los Andes-CESO.

Serje, Margarita (2013). “El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las "zonas de frontera" en Colombia”. *Cahiers des Amériques Latines*, 71 (pp.95-117).

Silveira, Maria Laura (2004). “Escala geográfica: da ação ao império?” *Terra Livre*. Goiânia Ano 20, v.2, n. 23 pp. 87-96 Jul-Dez.

Smith, Neil (1984). *Uneven Development. Nature, Capital, and the Production of Space*. Georgia: The University of Georgia Press.

Tuan, Yi-Fu (1979). “Space and place: humanistic perspective”. En: Stephen Gale y Gunnar Olsson (eds.), *Philosophy in Geography*. Dordrecht/Boston/Londres: D. Reidel Publishing Company (pp. 387-427).

Ulloa, Astrid (2014). “Escenarios de creación, extracción, apropiación y globalización de las naturalezas: emergencia de desigualdades socioambientales”. En: Barbara Gobel, Manuel Góngora-Mera y Astrid Ulloa (editores), *Desigualdades socioambientales en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (pp. 139-166).

Uribe de Hincapié, María Teresa (2001). “La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia” En: María Teresa Uribe de Hincapié. *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín, Corporación Región, (pp. 95-126).

Vasco, Luis Guillermo (2002a). “Para los guambianos, la historia es vida”. En: Luis

Guillermo Vasco, *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: ICANH.

Vasco, Luis Guillermo (2002b). “La lucha guambiana por la recuperación de la memoria”. En: Luis Guillermo Vasco, *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: ICANH.

Vasco, Luis Guillermo (2002c). "Replanteamiento del trabajo de campo y la escritura etnográficos". En: Luis Guillermo Vasco, *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: ICANH.

Vega, Renán (2010). Crímenes ambientales. En Renán Vega, *Los economistas neoliberales: nuevos criminales de guerra. El genocidio económico y social del capitalismo contemporáneo*. Bogotá: CEPA, Periferia Prensa Alternativa, Corporación Aury Sará Marrugo, Alejandría Libros e Impresol Ediciones (pp. 343-413).

Vélez, Fernando (2015). Una vida, muchas historias. Historia de vida de un combatiente, hoy preso político del ELN, en el marco del conflicto en el Oriente antioqueño. Medellín: Trabajo de grado para la maestría en Ciencias Políticas, Universidad de Antioquia.

Vergara-Figueroa, Aurora (2018). *Afrodescendant Resistance to Deracination in Colombia. Massacre at Bellavista-Bojayá-Chocó*. Cham: Palgrave Macmillan.

Viveros, Mara (2016). “La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación”. *Debate Feminista*, 52 (pp.1-17).

Zelik, Raul (2015). *Paramilitarismo. Violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Fescol, Goethe Institut.

Zibechi, Raúl (2017). *Movimientos sociales en América Latina. El “mundo otro” en movimiento*. Bogotá: Desde Abajo.

## **Prensa y sitios de internet**

Agencia de Prensa IPC (7 de octubre de 2009). “Pobreza en el Oriente antioqueño contrasta con riqueza del territorio”. Recuperado de: <http://www.ipc.org.co/agenciadeprensa/index.php/2009/10/07/pobreza-en-el-oriente->

antioqueno-contrasta-con-riqueza-del-territorio/ (20 octubre de 2017).

Echeverry, Andrea (Septiembre 2015). “Editorial”. *Movete*. Año 1 - Núm.1 - Oriente antioqueño (p.2).

*El nuevo siglo* (8 de octubre de 2012). “Falsos positivos: víctimas no recogían café”. Recuperado de: <http://www.elnuevosiglo.com.co/articulos/10-2012-falsos-positivos-victimas-no-recogian-caf%C3%A9?> (5 de agosto de 2017).

Equipo de Servicios Públicos Domiciliarios (2009). *Transferencias, equidad y desarrollo regional*. Recuperado de: <https://cjlibertad.org/files/Transferencias,%20equidad%20y%20desarrollo%20regional.pdf> (24 de marzo de 2018).

Higuita, Johan (Octubre 2017). “Enseñanzas políticas del Movimiento Cívico para MOVETE”, *Movete*. “¡Para amar, defender y vivir el páramo!”. Año 3 - Núm.3 - Oriente antioqueño (p.5).

ISAGEN (S.F.) Central hidroeléctrica Calderas. Recuperado de: <https://www.isagen.com.co/SitioWeb/delegate/documentos/nuestro-negocio/generamos-energia/caracteristicas-tecnicas-central-calderas.pdf> (5 de junio de 2018).

Kavilando y *Movete* (Septiembre 2015). “Nuestra historia”. *Movete*. Año 1 - Núm.1 - Oriente antioqueño (p.8).

MOVETE (Octubre 2017), *Movete*. “¡Para amar, defender y vivir el páramo!”. Año 3 - Núm.3 - Oriente antioqueño (pp.6-7).

Ortiz, Juan David (25 de enero de 2016). *Revista Pacifista*, “Así es el encierro de “Karina”, Recuperado de: <http://pacifista.co/asi-es-el-encierro-de-karina/> (27 de marzo de 2017).

Perdomo, Manuel (Octubre 2017). “*Movete: Una resistencia heredada*”. *Periferia*, Edición 132, recuperado de: <https://www.periferiaprensa.com/index.php/component/k2/item/1912-movete-una-resistencia-heredada> (20 de marzo de 2018).

Robledo, Ángela María (4 de septiembre de 2012). Periódico *La Patria*. Recuperado de: <http://www.lapatria.com/columnas/esas-tristes-frases-celebres> (2 de agosto de 2017).

Verdad Abierta (2 de marzo de 2010). La carretera con la que ‘Macguiver’ quiere

reparar a sus víctimas. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/la-carretera-con-la-que-macguiver-quiere-reparar-a-sus-victimas/> (el 24 de febrero de 2017).

Verdad Abierta (2 de septiembre de 2011). Un MinObras paralelo en el Oriente antioqueño. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/un-minobras-paralelo-en-el-oriente-antioqueno/> (el 24 de febrero de 2017).

Verdad Abierta (7 de abril de 2015). En San Francisco las minas son cosa del pasado. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/en-san-francisco-las-minas-son-cosa-del-pasado/> (el 24 de febrero de 2017).

Verdad Abierta. ¿Qué nos dejan 10 años de justicia y paz? Recuperado de: <https://verdadabierta.com/especiales-v/2015/justicia-paz-10/> (el 2 de mayo de 2018).

## Filmografía

Producciones El Retorno (Directora Luz Dary Zuluaga) (2011). Una puñalada en el corazón. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=1xuDPWbsrnM> (2 de agosto de 2017).

Producciones El Retorno (Productora Luz Dary Zuluaga) (2017). Por las huellas de los abuelos. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=eknk7fMJfC4> (el 3 de mayo de 2018).

## LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1: Portada de tejido de mujeres de San Francisco. Copacabana, Antioquia 01/04/2018. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 2: Delimitación espacio- temporal de San Francisco, Antioquia. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 3: Taller cartografía social, Jardín Matecaña, 19/03/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 4: Taller cartografía social, vereda La Eresma, 02/10/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 5: Taller cartografía social, vereda Boquerón, 30/09/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 6: Taller cartografía social desde los niños, vereda Boquerón, 30/09/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 7: Caminar para conocer, vereda La Eresma, 04/09/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 8: Infografía de la estrategia metodológica del capítulo “Caminar para Conocer”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 9: Infografía de La Frontera de los proyectos colonizadores español y antioqueño. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 10: Taller de la historia de Boquerón, vereda Boquerón, 13/08/2017. Fuente: tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 11: Collage de las experiencias del capítulo “Caminar para Conocer”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas. En este se encuentran las siguientes imágenes:

A) Taller de tejido, Parque Educativo de San Francisco, 5/8/2017. Fuente: tomada por el autor.

B) Convite, vereda La Eresma, 2/10/2017. Fuente: Tomada por el autor.

C) Taller de tejido, Parque Educativo de San Francisco, 20/5/2017. Fuente: Tomada por el autor.

D) Taller de Cartografía Social, vereda La Eresma, 2/10/2017. Fuente: Tomada por el autor.

E) Taller de Cartografía Social, vereda La Eresma, 2/10/2017. Fuente: Tomada por Arbey Tamayo.

F) Taller de tejido, Parque Educativo de San Francisco, 25/3/2017. Fuente: Tomada por el autor.

G) Caminata con jóvenes, Argelia, 19/12/2017. Fuente: Tomada por el autor.

H) Caminata con jóvenes, vereda La Eresma, 21/9/2016. Fuente: Tomada por el autor.

I) Caminata con jóvenes, Argelia, 19/12/2017, tomada por el autor.

J) Taller de presentación, vereda La Eresma, 7/8/2017. Fuente: Tomada por Arbey Tamayo.

K) Taller de presentación, vereda Boquerón, 3/7/2018. Fuente: Tomada por Ancisar Morales.

L) Taller de presentación, vereda Boquerón, 3/7/2018. Fuente: Tomada por Ancisar Morales.

Imagen 12: Vestigios del cementerio, vereda la Eresma, 21/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 13: Camino, vereda Boquerón, 22/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 14: Vestigios de la violencia en las casas campesinas, vereda Boquerón, 22/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 15: Infografía de la guerra integral contra campesinos y campesinas. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 16: Collage de las experiencias del capítulo “Violencias y Desarraigos”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas. Contiene las siguientes imágenes:

A) Vestigios del cementerio, vereda La Eresma, 21/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

B) Vestigios del conflicto en las casas campesinas, vereda La Eresma, 21/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

C) Vestigios de las casas campesinas, vereda Farallones, 02/09/2017. Fuente: Tomada por el autor.

D) Vestigios de los objetos de trabajo campesino, vereda La Eresma, 21/09/2016.

Fuente: Tomada por el autor.

E) Vestigios del conflicto en las casas campesinas, vereda La Eresma, 21/09/2016.

Fuente: Tomada por el autor.

F) Cementerio abandonado, vereda La Eresma, 21/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 17: Casas campesinas abandonadas, vereda Boquerón, 31/07/2017. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 18: Objetos de trabajo campesino abandonados por la guerra, vereda La Eresma, 21/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 19: Distancias y formas de volver, vereda Jardín Matecaña, 20/09/2016. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 20: Infografía de Trabajos y Cuidados para Volver. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 21: Cartografía social de mujeres de la vereda Boquerón, 30/09/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 22: Collage de las experiencias del capítulo “Distancias y formas de volver”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas. Contiene las siguientes imágenes:

A) Huerta, vereda Jardín Matecaña, 20/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

B) Cultivo de plátano, vereda Jardín Matecaña, 20/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

C) Campesino cultivando cebolla, Cocorná, 19/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

D) Habitabilidad de vivienda campesina después del retorno, vereda La Eresma, 04/09/2017. Fuente: Tomada por el autor.

E) Convite, Cocorná, 19/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

F) Vivienda campesina después del retorno, Jardín Matecaña, 20/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

G) Convite, Cocorná, 19/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

H) Casas campesinas, Jardín Matecaña, 20/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

I) Sancocho comunitario en el día del campesino, San Francisco, 01/07/2017. Fuente:

## LISTA DE IMÁGENES

Tomada por el autor.

J) Venta de pescado en feria campesina, San Francisco, 26/03/2017. Fuente: Tomada por el autor.

K) Mural San Francisco: tierra de bosques, sueños y esperanzas, 20/03/2017. Fuente: Tomada por el autor.

L) Actividades competitivas de tala en el día del campesino, San Francisco, 01/07/2017. Fuente: Tomada por el autor.

M) Mujeres tejedoras en la feria campesina, San Francisco, 03/12/2017. Fuente: Tomada por el autor.

N) Fotografías de talleres en la integración de la ACA en el fin de año, San Francisco, 28/12/2017. Fuente: Tomada por el autor.

O) Mujer campesina vendiendo en la feria, 26/03/2017. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 23: Vestigios de casa campesina y nuevos usos, vereda La Eresma, 04/09/2017. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 24: Vestigios de la violencia en las casas campesinas, vereda Boquerón, 22/09/2016. Fuente: Tomada por el autor.

Imagen 25: Nuestra historia hace parte del río, Río Samaná, 15/08/2017. Fuente: Tomada por el autor y editada por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 26: Infografía síntesis del capítulo “Nuestra historia hace parte del río”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas.

Imagen 27: Collage de las experiencias del capítulo “Nuestra historia hace parte del río”. Fuente: Elaborado por Andrea Orozco Cuartas. Contiene las siguientes imágenes:

A) Río Dormilón, San Luis, 23/10/2016. Fuente: Tomada por el autor.

B) Río Samaná Norte, Puerto Garza, 15/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.

C) Pescador en río Samaná Norte, Puerto Garza, 15/8/2017, tomada por el autor.

D) Quebrada, vereda La Eresma, 21/9/2016. Fuente: Tomada por el autor.

E) Construcción de carretera para hidroeléctrica, Sonsón, 17/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.

F) Construcción de carretera para hidroeléctrica, Sonsón, 17/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.

- G) Monocultivo de aguacate hass, Sonsón, 17/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- H) Hidroeléctrica El Popal, Cocorná, 14/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- I) Construcción de carretera para hidroeléctrica, Sonsón, 17/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- J) Tejedoras en marcha del Festival del Agua, Sonsón, 19/10/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- K) Asamblea ACA, Copacabana, 1/4/2018. Fuente: Tomada por el autor.
- L) Asamblea ACA, San Francisco, 24/4/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- M) Mujer preparando pescado, Puerto Garza, 15/8/2017. Fuente: Tomada por el autor.
- N) Asamblea ACA, Copacabana, 1/4/2018. Fuente: Tomada por el autor.
- O) Convite con jóvenes, Argelia, 19/12/2017. Fuente: Tomada por el autor.

## **CAMINOS DE VUELTA**

Historias de (des) arraigos, trabajos y movimientos campesinos  
en San Francisco (Antioquia, Colombia).